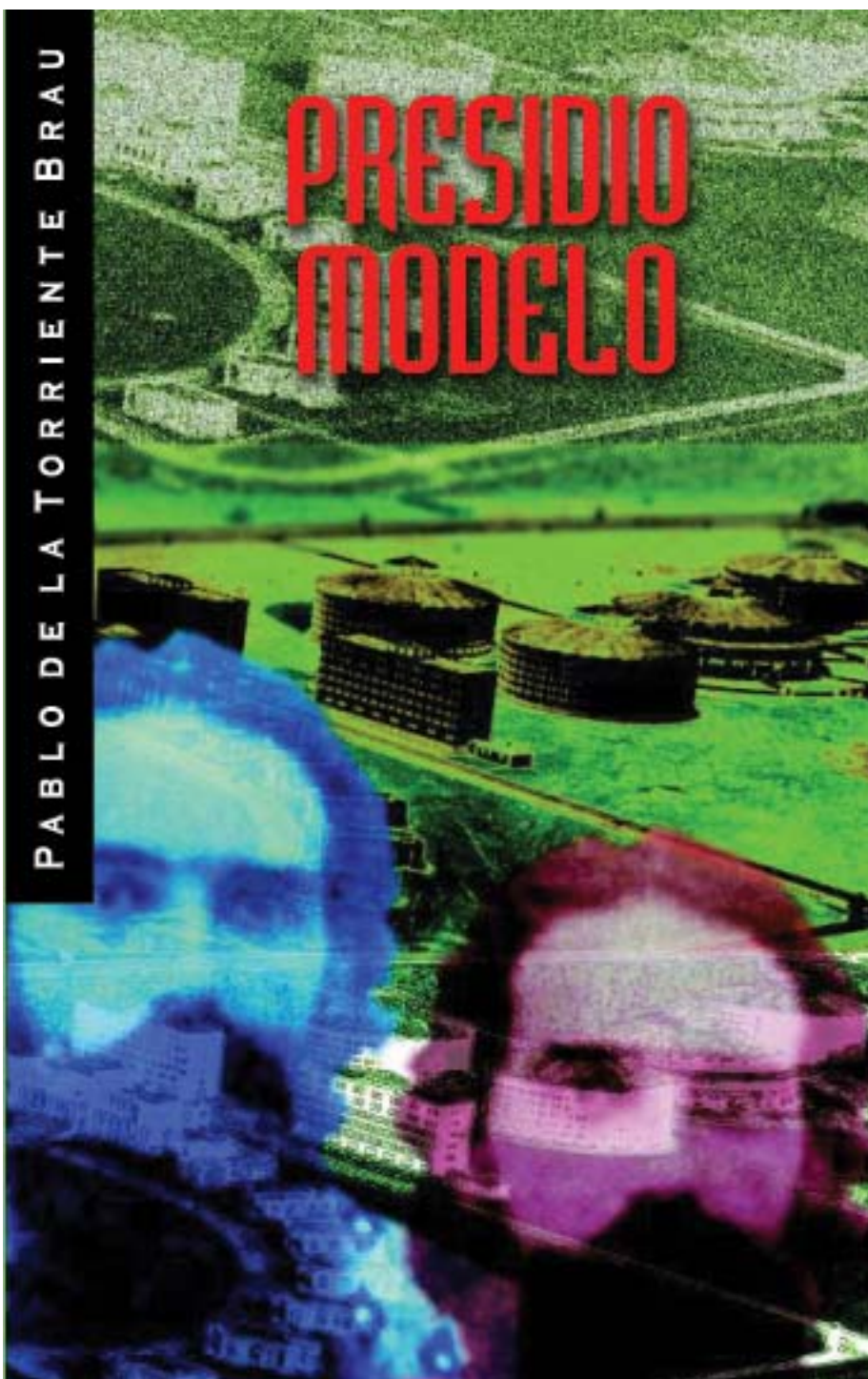


PABLO DE LA TORRIENTE BRAU

PRESIDIO MODELO



PRESIDIO MODELO

PRESIDIO MODELO

**PABLO DE LA
TORRIENTE BRAU**

**PRÓLOGO
ANA CAIRO**



Centro Cultural *Pablo de la Torriente Brau*
La Habana, 2000

Edición: Emilio Hernández Valdés
Diseño y cubierta: Héctor Villaverde
Emplane computadorizado: Vani Pedraza García
y Emilio Hernández Valdés
Corrección: Armando Núñez Chiong
Composición: Aníbal Cersa García

© Sobre la presente edición:
Ediciones La Memoria
Centro Cultural *Pablo de la Torriente Brau*, 2000

ISBN: 959-7135-09-4

Ediciones La Memoria
Centro Cultural *Pablo de la Torriente Brau*
Calle de la Muralla N° 63, La Habana Vieja,
Ciudad de La Habana, Cuba
Apartado 17012, Habana 17 C.P. 11700, Ciudad de La Habana
Correo electrónico: vcasaus@colombus.cu vcasaus@artsoft.cult.cu

MEMORIA



P A B L O
de la Torriente Brau

Nota del editor

*Esta es la tercera edición de Presidio Modelo y el cuarto volumen de las obras de Pablo de la Torriente Brau que desde hace dos años se vienen publicando por Ediciones La Memoria en su colección Palabras de Pablo. Las dos primeras apariciones de Presidio Modelo (1969 y 1975) tuvieron el mérito de dar a conocer a los lectores de nuestra lengua, póstumamente y con un retraso de más de tres décadas, esta obra a la que Pablo dedicó tantos esfuerzos mientras la escribía, y después, infructuosamente, para publicar su irrefutable denuncia del injusto régimen carcelario que existía entonces en nuestro país y de la represión machadista. De ello dan fe las numerosas referencias a este libro que pueden encontrarse en muchas de las cartas que escribió —y en las respuestas de sus correspondientes— durante sus dos últimos años de vida.**

Como expresa AnaCairo en el estudio que precede esta edición, existen fundadas sospechas de que la versión conocida de Presidio Modelo no corresponde al original y la copia revisados por Pablo en Nueva York. Tomando en cuenta este supuesto —y ante la imposibilidad de cotejar el texto con la copia que sirvió de base a las ediciones anteriores—, con la anuencia del único familiar directo que le sobrevive, su hermana Ruth de la Torriente Brau, y también previa consulta con algunos de los más dedicados estudiosos de su obra, emprendimos la tarea de suprimir evidentes erratas, actualizar tanto la ortografía de algunos términos y el empleo de determinados signos de puntuación, así como introducimos leves modificaciones en la estructura de algunos diálogos, lo que, sin alterar el contenido del

* Véase el «Apéndice» que se incluye al final del libro.

texto y el estilo del autor, facilita su lectura al lector de nuestros días. En cuanto a los documentos y testimonios intercalados en la obra, se ha respetado su sintaxis, ortografía y puntuación.

Por lo demás, hemos mantenido la integridad del texto, tal y como apareció en las ediciones anteriores, pese a la explícita autorización que en su momento Pablo otorgó a José Antonio Fernández de Castro y a José María Chacón y Calvo para suprimir aquellos episodios que se reiteran a lo largo del libro, acción que, a estas alturas, aunque con seguridad lo beneficiaría, la consideramos improcedente.

El Editor

La odisea para *un grito de indignación*

El azar concurrente

*Todo azar es en realidad concurrente, está regido por la voracidad del sentido. Las etapas de sus metamorfosis se muestran deshilachadas en su propia identidad. El azar se empareja en la metáfora, prosigue en la imagen, el contrapunto [...]*¹

José Lezama Lima

I

En 1901, Fernando Ortiz (1881-1969) concluyó la carrera de Derecho Penal en la Universidad Central de Madrid. Regresó a Cuba sin título, por no tener dinero para pagar los gastos de expedición. Matriculó en la Universidad de La Habana. Mientras reexaminaba materias, emprendía un novedoso proyecto investigativo sobre la criminalidad causada por creencias religiosas. Visitaba cárceles, estaciones de policía, juzgados y la Audiencia de La Habana. Entrevistaba a presos comunes, familiares de víctimas y autoridades.

En mayo de 1903, Ortiz partió hacia Europa para estrenarse como funcionario subalterno del servicio consular cubano. Aspiraba a cumplir dos objetivos científicos: escribir un libro que sabía que era fundacional

¹ En el universo poético de José Lezama Lima (1910-1976) la categoría de *azar concurrente* constituye un oportuno hallazgo que aquí se refuncionaliza con valor metacrítico e historiográfico. La definición puede hallarse en Carmen Berenguer y Víctor Fowler: *José Lezama Lima. Diccionario de citas*, La Habana, Casa Editora Abril, 2000, p. 17. (Los subrayados son míos, A.C.)

(por los temas nuevos y la metodología), y ampliar estudios de derecho penal y en otras ciencias sobre la criminalidad.

Durante dos años trabajó en el libro; lo publicó bajo el título de Los negros brujos (1906) en España. El éxito internacional lo favoreció y le facilitó el acceso al claustro profesoral de la Escuela de Derecho de la Universidad de La Habana (1908-1916).

Al disponer de recursos estables pudo casarse con Esther Cabrera en 1908. Años después logró asociarse con los cuñados de su esposa para constituir el floreciente bufete Giménez Lanier-Ortiz-Barceló. Gracias al apoyo y a las relaciones políticas de su suegro, Raimundo Cabrera (1852-1923), obtuvo un escaño en la Cámara de Representantes (1916-1924).

A la muerte de Raimundo Cabrera, lo sustituyó como presidente de la Sociedad Económica de Amigos del País y junto a José María Chacón y Calvo (1892-1969) fundó la Sociedad de Folklore Cubano (6 de enero de 1923).

Pablo de la Torriente Brau (1901-1936), ex estudiante de bachillerato, deportista y narrador novicio, llegó al bufete Giménez Lanier-Ortiz-Barceló en 1923. Venía a ocupar la vacante que dejaba el poeta Rubén Martínez Villena (1899-1934), porque este último había concluido sus estudios y aspiraba a ejercer como abogado.

Pablo era mecanógrafo y taquígrafo. Por ochenta pesos de salario, tenía que servirle de secretario exclusivo a Fernando Ortiz.

Rubén lo entrenó en las habilidades de llevarse bien con un jefe famoso, sólo totalmente interesado en sus investigaciones científicas y en las instituciones culturales que regenteaba. Además, le explicó cómo el jefe entendía que el secretario inventara tiempo laboral para escribir textos personales.

Rubén le traspasó amigos como José Z. Tallet (1893-1989), José Antonio Fernández de Castro (1897-1951)

o Juan Marinello (1898-1977), quienes compartirían una lealtad de hermanos con ambos.

En febrero de 1930, cuando Pablo escribió la autopresentación humorística a sus cuentos en Batey, ya se ensalzó como el «Decano de la Sociedad de Empleados del Bufete»² y estaba convencido de que desde su jefe hasta el último recién llegado, todos lo querían y ayudaban a ser un buen narrador:

En ese mismo año, Pablo hizo amigos entre los miembros del Directorio Estudiantil Universitario (DEU), quienes junto con un comité de intelectuales (entre ellos Ortiz), organizaban un homenaje a Enrique José Varona (1849-1933) para el 3 de octubre, con motivo del cincuentenario de su primer curso de Filosofía.

Varona era adorado por los estudiantes e intelectuales, porque, desde marzo de 1927, cuando se hizo público el proceso inconstitucional para lograr una prórroga de poderes beneficiadora de Machado y del Congreso, había exhortado a los jóvenes a la insurgencia patriótica.

Pablo se matriculó en la Universidad de La Habana para poder afiliarse al DEU de 1930. Participó en la gran manifestación estudiantil del 30 de septiembre. Por el azar concurrente, se cumplió la profecía de Rafael Trejo: él había vaticinado que habría un mártir y fue él mismo. Pablo resultó herido, Juan Marinello fue enviado preso al Castillo del Príncipe. Raúl Roa (1907-1982) y José Lezama Lima (1910-1976) lograron escapar.

Pablo, Roa y Lezama, escribieron páginas literarias imperecederas sobre la manifestación,³ que se convirtió en la ofrenda a Varona más trascendente, con respecto al programa cultural originalmente preparado para el

² Pablo de la Torre Brau: «N 2 Pablo de la Torre Brau». Batey, La Habana, Cultural, 1930, pp. 5-10.

³ Pablo de la Torre Brau: «Informe oficial estudiantil sobre el 30 de septiembre de 1930», *Alma Mater*, octubre, 1930. En: *Hombres de la revolución. Pablo. Páginas escogidas*, [prólogo de Fernando Martínez

3 de octubre. Los actos previstos para ese día se suspendieron por el incesante aumento de la represión gubernamental.

Cuando, en diciembre, Pablo se reincorporó al bufete, su jefe partía al exilio y le encomendaba una tarea insólita: escribirle cartas detalladas sobre la evolución del acontecer político.

El 3 de enero de 1931, Ortiz ya residía en Washington, donde alternaba las acciones políticas antimachadistas con la investigación científica en la Biblioteca del Congreso. Ese mismo día, Pablo fue detenido junto con otros miembros del DEU y encerrado en el Castillo del Príncipe. Después fue transferido a la cárcel de Nueva Gerona, donde oyó las primeras historias sobre la otra prisión existente en Isla de Pinos. En abril fue liberado y de inmediato escribió la serie «105 días presos»⁴ (periódico El Mundo, 26 de abril-8 de mayo de 1931), con la cual narró su evolución de deportista y narrador de cuentos a combatiente y escritor antimachadista.

II

Durante veinte años (1906-1926) Ortiz se destacó por la promoción incesante de los adelantos en las ciencias jurídicas y sociales afines a la criminalística. Junto a científicos como Israel Castellanos hizo el máximo por actualizar los conocimientos sobre policología, medicina legal, etnografía y sociología.

Heredia, selección y notas de Diana Abad], La Habana, Imprenta André Voisin, 1973, pp. 47-49; Raúl Roa: «La jornada revolucionaria del 30 de septiembre». En: *Bufa subversiva*, La Habana, Cultural, 1935; José Lezama Lima: «Capítulo IX». En: *Paradiso*, La Habana, Ediciones Unión, 1966, pp. 296-362.

⁴ Pablo de la Torriente Brau: «105 días presos». En: *Pluma en ristre*, La Habana, Ministerio de Educación, Dirección de Cultura, 1949, pp. 3-80.

Entre 1924 y 1926, Ortiz encabezó la Comisión Nacional Codificadora con la cual redactó el primer Código criminal cubano. En ese equipo incorporó a jóvenes abogados como Rubén y Marinello. De este modo, lideró un activismo cívico para conseguir una mayor atención gubernamental a las instituciones penales.

El 20 de mayo de 1925, Gerardo Machado juró la presidencia y nombró a Jesús Barraqué secretario de Justicia, a Rogerio Zayas Bazán secretario de Gobernación, y a Carlos Miguel de Céspedes secretario de Obras Públicas. Cada uno debía cumplir misiones propagandísticas para legitimar una reelección en 1929. Barraqué intentó capitalizar el éxito internacional del Código criminal cubano. Zayas Bazán puso a la firma de Machado el decreto para comenzar las obras de una nueva cárcel nacional para hombres (31 de agosto de 1925). Carlos Miguel anunciaba un ambicioso plan constructivo, que abarcaba el Capitolio Nacional y la Carretera Central.

El arquitecto César E. Guerra fue el autor del proyecto del Presidio Modelo. Se situó en Isla de Pinos porque había posibilidades de un buen negocio con las canteras de mármol, en el que estaba involucrado Carlos Miguel. Las ganancias podrían beneficiar a numerosos funcionarios, puesto que con la mano de obra barata de los reclusos la inversión sería muy rentable.

El capital Pedro A. Castells fue nombrado, en agosto de 1925, jefe de la construcción. El 1° de febrero de 1926, Machado y Zayas Bazán viajaron a Isla de Pinos para la ceremonia de la primera piedra. Inmediatamente la Secretaría de Gobernación publicó el folleto El Presidio Modelo, dedicado a la megalomanía de Machado.

Zayas Bazán informó que el gobierno acogería algunas sugerencias de los científicos (entre ellos Ortiz e Israel Castellanos) y se crearía un Gabinete de Antropología Penal. Cuando se inauguró la primera galera circular del Presidio Modelo (17 de febrero de 1928), él anunció

que dicho gabinete se construiría allí, como correspondía a una cárcel canónica del machadato.⁵

La apertura del Presidio Modelo de Isla de Pinos se correlacionó con la inauguración de la escalinata de la Universidad de La Habana. Ambas construcciones se utilizaron para la propaganda del régimen dentro del programa de festejos por la visita colectiva de varios presidentes (entre ellos, el de los Estados Unidos) con motivo de la celebración en La Habana de la Sexta Conferencia Panamericana (febrero-marzo de 1928).

Con la gran manifestación estudiantil del 30 de septiembre de 1930, la escalinata de la Universidad de La Habana devino un símbolo imperecedero de la rebeldía y de la dignidad patriótica contra la satrapía de Machado.⁶

En septiembre de 1933, Rubén de León (miembro del DEU de 1930) presentó una demanda judicial para forzar una investigación sobre los crímenes cometidos en el Presidio Modelo desde que llegaron los primeros presos comunes en 1925 para iniciar las edificaciones. Así, comenzó una campaña de prensa para ilustrar la existencia de un «Antro Modelo», institución canónica de la criminalidad machadista. Como primera señal del limpa público de las denuncias, Castells⁷ fue destituido y encarcelado en La Habana. Se aspiraba a un gran juicio público, que comenzó a ser diferido.⁸

⁵Rogelio Zayas Bazán mintió descaradamente, porque nunca aparecieron los recursos financieros para construirlo.

⁶La escalinata se consagró en sus valores simbólicos en las jornadas heroicas contra la segunda satrapía de Fulgencio Batista (1952-1958).

⁷Pedro A. Castells logró ascensos hasta el grado de comandante.

⁸Según Carlos Montenegro, quien compareció como testigo, el juicio se celebró en 1936.

Un errante por selva salvaje

III

En medio del camino de la vida
errante me encontré por selva oscura
en que de la recta vía era perdida

¡Ay, que decir lo que era, es cosa dura,
esta *selva salvaje*, áspera y fuerte,
que en la mente renueva la pavora;

¡Tan amarga es, que es poco más la muerte!⁹

Dante Alighieri

En la epopeya de las revoluciones del 68 y del 95, el sistema represivo del poder colonial español instrumentalizó la crueldad y el sadismo en acciones eficientes para aterrorizar a la población civil cubana y obstaculizar las múltiples formas de acción solidaria con los combatientes.

Francisco Javier Balmaseda (1823-1907) fue detenido y enviado a la isla de Fernando Poo. Logró escapar y desde Nueva York publicó el relato de Los confinados de Fernando Poo e impresiones de un viaje a Guinea (1869).

José Martí (1853-1895) cumplió sentencia de trabajos forzados en la cárcel de La Habana durante 1870. Gracias a las gestiones de su madre, Leonor Pérez, fue indultado y condenado a destierro. En 1871 escribió y publicó artículos como «Castillo» y el folleto El presidio político en Cuba, que le daría prestigio entre los emigrados cubanos en España y los Estados Unidos.

⁹ Dante Alighieri: «Canto primero». *La divina comedia. Infierno*, La Habana, Instituto Cubano del Libro, 1968, p. 3. (Los subrayados son míos, A.C.)

En 1891, Raimundo Cabrera editó Mis buenos tiempos. (Memorias de un estudiante). En el texto evocó sus días de cárcel y el posterior destierro a Isla de Pinos durante la Guerra del 68. Así, se denunciaban los horrores de ese espacio geográfico solitario, ya utilizado como castigo suplementario para las víctimas.

De nuevo, durante la Guerra del 95, decenas de revolucionarios cubanos fueron confinados a Ceuta, donde encontraron que también se hacinaban presos comunes cubanos.

Gonzalo de Quesada y Aróstegui (1868-1915) asumió a partir de 1900 la tarea fraternal de editar quince tomos con las Obras completas de José Martí. El último volumen de esta colección apareció en 1919. «El presidio político en Cuba» (en esta edición) devino un texto muy conocido. Podría decirse que resultó de obligada consulta para cualquier escritor interesado en la problemática de las cárceles.

Pablo confesó que había aprendido a leer en un ejemplar de La Edad de Oro que le había regalado su abuelo materno, Salvador Brau. Si bien él sentía una gran admiración por el revolucionario, a diferencia de Rubén, Roa o Marinello, sus primeros textos no evidenciaron esas marcas intertextuales¹⁰ que sí se apreciaron en los otros tres en la década de 1920.

Pablo supo aprovechar la agradable certeza de que había alcanzado cierta fama pública con la circulación de «105 días presos».¹¹ Cuando fue detenido por segunda vez (agosto de 1931), en casa de José Z. Tallet, pidió al policía un tiempo para concluir el artículo que

¹⁰ Piénsese en el poema «El gigante» de Rubén y en la polémica entre Roa y Marinello sobre la poesía de Martí en la *Revista de Avance* (1927).

¹¹ Rafael García Bárcenas (1907-1961) decidió extender el buen impacto en el público con la colección de artículos «105 días huyendo» (periódico *El Mundo*, 21 de mayo-4 de junio de 1931). Narró las peripecias y sobresaltos de los que lograron escapar de la redada de la policía machadista.

redactaba. El sicario accedió a esperar y le permitió que instruyera a Tallet de cómo entregarlo. Este tipo de deferencia policial podría ser indicativa de las órdenes especiales de trato, para evitar que como periodista con prestigio escribiera nuevas acusaciones.

El 16 de septiembre de 1931, en unión de veintitrés presos más, Pablo llegó al Presidio Modelo. Esa misma noche pudo observar a Castells, quien los recibió con respeto y amabilidades.

Con humor excepcional se declaró en rebeldía. Se dejó crecer la barba y el pelo. Vivía desnudo. Dibujaba. Escribía cartas a su mujer, Teté Casuso, a sus padres y hermanas, a amigos. Elaboraba objetos de artesanía con maderas. Aunque se alojaba en el espacio de la izquierda marxista, visitaba a sus amigos que habían optado por el territorio de la derecha en política.

Pablo demostró tener cualidades carismáticas para inspirar afectos que obviaban los antagonismos violentos del debate político. En 1932, trabajaba clandestinamente en un libro asumido como un mandato moral.¹² Los presos políticos de izquierda y derecha, y los comunes, le estructuraron una red para suministrarle todo tipo de datos y anécdotas.

Mientras Pablo compilaba materiales orales y escritos, meditaba cómo diseñar una obra que continuara la tradición de belleza y de utilidad política, social y ética que encarnaba El presidio político en Cuba de Martí, y seleccionaba una estructura vanguardista audazmente transgresora. Otros presos políticos también optaban por

¹² Pablo le escribió a su padre el 5 de agosto de 1935, desde Nueva York, sobre la posibilidad de publicar *Presidio Modelo* en España: «Esto no me dará nada, según parece, pero saldré de ese *cargo moral* que tenía por no haberlo publicado.» En: *Cartas cruzadas. Pablo de la Torriente Brau*, selección, prólogo y notas de Víctor Casaus, La Habana, Editorial Letras Cubanas, 1981, p. 122. (En el Apéndice incluido al final de esta edición se recopilan fragmentos de cartas escritas o recibidas por Pablo de la Torriente en las que se hace referencia a *Presidio Modelo*.)

esbozar textos clandestinos tan originales como los de Raúl Roa, Aureliano Sánchez Arango o Carlos Duque de Estrada. En la cárcel de mujeres de La Habana, Ofelia Domínguez anotaba con intereses similares a los de Pablo.

En marzo de 1933, Franklyn D. Roosevelt juró la presidencia de los Estados Unidos. En mayo, retiró al embajador Mr. Guggenheim, (demasiado aliado de Machado) y envió a La Habana a Benjamin Sumner Welles como su representante para alcanzar con una parte de los opositores un acuerdo pacificador.

Welles le sugirió a Machado una excarcelación masiva de presos, como acto conciliatorio hacia los opositores de derecha acogidos a la Mediación. Pablo, como otros presos de la izquierda, fue beneficiado. Enseguida viajó hacia Nueva York. Allí se enteró de la huida de Machado, el 12 de agosto de 1933. Regresó de inmediato.

Después del pleito judicial promovido por Rubén de León y el encarcelamiento de Castells, Pablo retornó al libro. El 10 de octubre de 1933 se enroló en la cooperativa de periodistas que fundó Ahora¹³ Así, accedió a una praxis diaria, porque como reportero tenía que mantenerse atento a las interioridades del gobierno del presidente Ramón Grau San Martín, a los manejos del coronel Fulgencio Batista al frente del Ejército, a las maniobras de Welles primero y de Jefferson Caffery después en la Embajada, a los pactos de las fuerzas de derecha con Batista y a las inconformidades de otros sectores de izquierda hostiles al gobierno de Grau.

En diciembre de 1933, Pablo solicitó a Antonio Guiteras, secretario de Gobernación, un permiso especial para registrar archivos en el Presidio Modelo. Estuvo tres días. Decidió llevarse las pruebas documenta-

¹³ Según Guillermo Martínez Márquez, director del periódico, se alcanzaron tiradas de hasta 60 000 ejemplares. El diario fue clausurado el 8 de marzo de 1935, en la violenta represión de Batista contra los huelguistas.

les¹⁴ contra Castells y otros funcionarios del machadato para evitar que fueran destruidas. Ya disponía de todas las fuentes para emprender la versión final del libro.

Después del fin del machadato, fue liberado el narrador Carlos Montenegro (1900-1981). En una reyer-ta de juventud, había matado a una persona por accidente. Como era muy pobre, no pudo pagar un buen abogado y fue condenado. Guardó prisión en el Castillo del Príncipe y en el Presidio Modelo.

José Z. Tallet trabajaba en el departamento de contabilidad de El Príncipe. Supo de un preso con talento narrativo y lo apadrinó. Hizo que le publicaran un cuento en la Revista de Avance (1927-1930). Lo convenció para que completara un primer libro. Además, inició el proselitismo para organizar un comité de intelectuales pro libertad de Montenegro.

Cuando fue excarcelado, él se dedicó al periodismo. Supo del libro en proyecto de Pablo y quiso adelantar sus vivencias en los artículos «Suicidados, fugados, enterrados vivos. Una serie sobre los horrores de Cambray» (revista Carteles, 24 de diciembre de 1933-18 de febrero de 1934).

Pablo se vio forzado a acelerar su colección en «La isla de los 500 asesinatos» (periódico Ahora, 8-24 de enero de 1934), que estaba conformada por trece textos, en los que dialogaba con los criterios de Montenegro.

Con posterioridad, Pablo añadió «Presidio Modelo otra vez» (Ahora, 24 de febrero de 1934), «Castells no ayudó a Machado» (Ahora, 24 de mayo de 1934) y «La justicia en Presidio» (Ahora, 29 de julio de 1934).

El 16 de enero de 1934, Fulgencio Batista dio un golpe de Estado. Hizo presidente al médico Carlos

¹⁴ Cuando cayó la satrapía de Machado, un grupo de revolucionarios buscó en los archivos de la Secretaría de Gobernación y encontró las pruebas irrefutables de las delaciones a la policía. Pablo procedió con la lógica ya habitual en una situación parecida.

Mendieta¹⁵ y gobernó desde la jefatura del Ejército, con el apoyo del embajador Caffery.

La izquierda se enfrentó a la dictadura Batista-Mendieta-Caffery y los temas pendientes del machadato (como el juicio a Castells) pasaron a ser preocupaciones sin urgencias.

Con motivo de su viaje a Bayamo, Santiago de Cuba y Guantánamo, abandonó la escritura del libro, cuya publicidad había retomado con «La justicia en Presidio».

Pablo se había apasionado con otros temas, como el de la colección «Tierra o sangre» (Ahora, 16-24 de noviembre de 1934) y se involucraba cada vez más en el combate antibatistiano. Tuvo una participación muy valiente en los días de la huelga general frustrada de marzo de 1935. Para salvar la vida, tuvo que marcharse al exilio.

Llegó a Nueva York en compañía de su esposa. Traía en su escaso equipaje el manuscrito de Presidio Modelo. Pedro Capdevila (amigo y compañero del bufete de Ortiz) lo había ayudado con la mecanografía y le guardaba una copia. En carta fechada el 22 de mayo de 1935, Pablo le pidió a Capdevila que le copiara la lista de los 529 presos políticos del machadato que había contabilizado José Embade Neyra en su libro El gran suicida (1934).

Pablo dio por concluidos los arreglos a su manuscrito el 9 de junio de 1935, en la carta destinada a José Antonio Fernández de Castro¹⁶ (diplomático en la Embajada Cubana en México). A partir de ese día, comenzó la odisea de cumplir el mandato moral de publicarlo.

¹⁵ Carlos Mendieta era coronel. Había sido eterno contendiente frente a Machado dentro del Partido Liberal. Al pactar con Mendieta, Batista comenzaba a reutilizar para su provecho a sobrevivientes de la política anterior a 1933.

¹⁶ *Cartas cruzadas*, ed. cit., pp. 92-95.

El 12 de julio, Fernández de Castro, primer crítico literario e historiador que leyó Presidio Modelo, le afirmaba: «Me parece, sin ninguna exageración, un libro que hará época.»¹⁷ Y le enumeraba las gestiones que realizaba para que la Editorial Botas asumiera imprimirlo.

El 14 de agosto, Pablo¹⁸ rechazó la sugerencia de un cambio de título formulada por Fernández de Castro.¹⁹ El 21 de noviembre solicitó a Aureliano Sánchez Arango que le recuperara el mecanuscrito y añadió con amargura: «Ese pobre libro es tan desgraciado como los presidiarios que en él retrato.»²⁰

El 15 de diciembre se lo reclamó a Fernández de Castro y el 30 de diciembre se lo remitió por correo a José María Chacón (diplomático, amigo de Ortiz, con residencia en Madrid).

El 24 de enero de 1936, Chacón le contestó: «Tu gran libro lo he leído casi todo. Me parece una de las cosas vitales de nuestras letras. Quizá porque no haya demasiada preocupación por las letras. Hay capítulos excesivos.»²¹

Chacón quería sinceramente ayudar a Pablo, pero no encontró editor.²² En septiembre de 1936, Pablo llegó a Madrid. Residió durante las primeras semanas en la casa de Chacón. ¿Hablaron del libro? Él se dedicó a los quehaceres apasionados de cronista y combatiente. Chacón, por el contrario, estaba aterrado con la violencia de la guerra y quería regresar a Cuba.

Si existían dos mecanuscritos de Presidio Modelo: el original en poder de Pablo y el incompleto en manos de

¹⁷ *Ibid.*, p. 458.

¹⁸ *Ibid.*, pp. 127-128.

¹⁹ En la misma carta del 12 de julio ya citada. *Ibid.*, p. 458.

²⁰ *Ibid.*, pp. 156-158.

²¹ *Ibid.*, pp. 523-524.

²² Lino Novás Calvo (1905-1983), narrador y traductor, también cooperó en dicha búsqueda.

Pedro Capdevila, cabría preguntarse cuál fue publicado en 1969.

El original de Pablo fue el que leyó Fernández de Castro en México y el que después estaba en manos de Chacón en Madrid. ¿Lo recuperó Pablo cuando residió en casa de Chacón? ¿Lo trajo Chacón a Cuba y se lo entregó a Teté Casuso? ¿Habrá quedado el original en la casa de Chacón en Madrid, o se habrá perdido en manos de otros mediadores en busca de un editor durante el caos de la guerra?

En cuanto a la copia custodiada por Pedro Capdevila, ¿se la traspasó a Teté Casuso?

Raúl Roa hizo publicar Aventuras del soldado desconocido cubano (1940), novela inconclusa, cuyo mecanuscrito guardaba Teté Casuso. Cuando Aureliano Sánchez Arango se desempeñaba como ministro de Educación del gobierno de Carlos Prío Socarrás (1948-1952) y Raúl Roa enaltecía la Dirección de Cultura de dicho Ministerio, ambos impulsaron la publicación de la antología Pluma en ristre (1949), en la que se recogieron las colecciones «105 días presos» y «La isla de los 500 asesinatos», entre otros textos. Entonces, ¿por qué en ese contexto de homenaje a Pablo no se incluyó Presidio Modelo?

Teté Casuso se llevó los secretos a la tumba. Después de 1959, ella ocupó cargos diplomáticos en el extranjero. Cuando decidió romper con su adhesión al Gobierno Revolucionario, se dice que dejó abandonados los mecanuscritos y otros efectos personales de Pablo. Personas responsables las salvaron y las entregaron a Roa.

Roa, ministro de Relaciones Exteriores del Gobierno Revolucionario (1959-1976), había favorecido reediciones de la obra de Pablo, como La isla de los 500 asesinatos (1962) o Pluma en ristre (1965), o Aventuras del soldado desconocido cubano (1968).

Rolando Rodríguez fue el director fundador del Instituto Cubano del Libro (1968). Según él recuerda, un

amigo le dijo que Roa tenía en su poder papeles inéditos de Pablo. Después de ultimar detalles, Presidio Modelo alcanzó —¡por fin!— su primera edición en 1969.

Roa guardó celosamente el epistolario político de Pablo (fechado entre 1935 y 1936). Cuando conocí a Roa en 1973, me habló apasionadamente de tres proyectos: la biografía de Rubén, la de Pablo y la de Ernesto Che Guevara. A finales de los años setenta, me narró fragmentos de lo que escribía sobre Rubén²³ y me reiteró que seguiría con Pablo.

Cuando Víctor Casaus rodaba el filme Pablo y escribía Pablo, con el filo de la hoja (1983), Roa le entregó el epistolario inédito para que lo ordenara y completara con notas. Apareció con el atractivo título de Cartas cruzadas (1981). Dichas epístolas permitieron reconstruir la historia del texto Presidio Modelo hasta donde todavía hoy se conoce.

IV

La recepción favorable de «La isla ...» o de «Suicidados, fugados, ...» propició que otros ex presos se decidieran a publicar sus textos.

Roa incluyó «Presidio Modelo» en su primer libro, Bufa subversiva (1935). Aureliano Sánchez Arango aportó «Hombres-fardos» (Carteles, 15 de abril de 1934). En ambos textos los narradores resaltaron la complejidad de la experiencia subjetiva. Intentaron describir las variaciones de una conciencia descentrada, el esfuerzo volitivo por sobreponerse a las angustias de un encierro prolongado.

Carlos Duque de Estrada conformó «Soy un fugitivo de Presidio Modelo»²⁴ (Carteles, 25 de febrero-1º de abril de 1934). A modo de una narración con elementos

²³ Raúl Roa: *El fuego de la semilla en el surco*, La Habana, Editorial Letras Cubanas, 1982.

de picaresca, el autor detalló los pasos de su espectacular huida y el modo simpático en que fue descubierta.

Si bien Duque aspiró a un empleo acertado del humor, no alcanzó la eficiencia cualitativa de Roa, ya en la construcción de diálogos, ya en la de soliloquios.

Ofelia Domínguez, una de las líderes en las organizaciones femeninas antimachadistas, escribió «De seis a seis»²⁵ (Ahora, 1º de abril-20 de mayo de 1934). Relató la entereza moral de las combatientes, la solidaridad con que interactuaban y el respeto que suscitaban entre los guardianes y autoridades.

Como especialista en legislación social y defensora de nuevos derechos jurídicos para las mujeres, enumeró los aspectos de una cotidianidad indignante y embrutecedora para las presas comunes.

Domínguez logró concitar la ira de los lectores ante la presencia de niños pequeños (enfermos y sin acceso a la educación) que cumplían también la sentencia con sus madres.

En Manzanillo, el poeta Manuel Navarro Luna (1894-1966) estimuló al ex preso común Eladio Bertot Cabrera, quien cumplió catorce años preso, a que publicara sus recuerdos.

Bertot escribió el texto en tres días. Navarro lo prologó y apareció bajo el título de Presidio (1936). El autor no sabía de técnicas narrativas, pero las historias logran interesar por la fuerza dramática de los hechos.

En particular, la historia de «La venta de esputos», para inocular la tuberculosis por venganza entre presos, podría ser material insólito para escritores profesionales.

Algunos de los intelectuales presos durante el machadato decidieron atender como especialistas las

²⁴ Después lo refundió en el libro *El penado 3120*, Guanabacoa, 1941.

²⁵ Como libro apareció titulado *De 6 a 6. La vida en las prisiones cubanas*, México, 1937.

problemáticas sociales de las cárceles. El médico José Chelala Aguilera (miembro del DEU en 1927) se consagró a la denuncia de las insuficiencias en la atención específica a los reclusos. Publicó las Reacciones mentales, psíquicas y sexuales en nuestras prisiones (1941).

En 1938, el gobierno de Federico Laredo Bru-Batista promulgó un Código de Defensa Social, con el que se pretendía afirmar que se habían modernizado las estructuras jurídicas y comenzarían a desaparecer los horrores denunciados entre 1933 y 1935.

El Presidio Modelo fue rebautizado como Reclusorio Nacional para Varones, para así favorecer el olvido de su leyenda negra. Las autoridades no consiguieron este objetivo.

Chelala Aguilera afirmaba:

El Presidio Modelo de Isla de Pinos constituye [...] un motivo de vergüenza para nuestro país. Quizás en el futuro sea transformada su organización y funcionamiento, pero hasta hoy sigue siendo un depósito de carne humana sin esperanza de vislumbrar un rayo de luz para su mejora-miento.²⁶

Enumeraba las viejas verdades en torno a la reinstauración de los supervisores militares (como en el machadato) y a la persistencia de concepciones discriminatorias y antieducativas:

[...] nuestro presidio de Isla de Pinos y nuestras cárceles son lugares donde se «enmohece» el espíritu del hombre, donde ni siquiera se coloca al individuo al nivel de los animales inferiores. Nuestra tragedia carcelaria no está tanto en el gran número de hombres privados de libertad como en el sistema antihumano que impera

²⁶ José Chelala Aguilera: *Reacciones mentales, psíquicas y sexuales de nuestras prisiones*, La Habana, Editorial La República, 1941, p. 64.

dentro de las prisiones. [L]a sociedad nos devuelve a los hombres que fueron a cumplir una deuda y mejorarse, hechos guiñapos humanos, sedientos de venganzas y [llenos] de rencores, más convencidos de la injusticia de la justicia que los condenó y dispuestos a batirse con esa sociedad y morir odiándola que vivir sometidos a leyes que jamás comprenderán.²⁷

*Waldo Medina, juez nombrado en Isla de Pinos, evaluó de nuevo los mismos problemas denunciados entre 1933 y 1934. Publicó el folleto El presidio que estorba (1947). Insistía en que era un «gran almacén circular de hombres en desbarate y desgaste constantes, no sirve para nada»; «un monstruo asqueroso encerrado en jaula de mármol»; «una escuela de crimen».*²⁸

El último testimonio localizado fue el de la señora Ángeles Caiñas, titulado Presidio Modelo (1952), quien evocó su labor profesional en 1931 dentro de la institución. Chelala Aguilera lo prologó con cautela, pero sin dejar de aludir a las superficialidades que caracterizan lo narrado.

El hecho de que el mecanuscrito Presidio Modelo de Pablo no se publicara en la década del treinta, afectó a la más amplia repercusión social de los problemas sociales examinados. Las reiteraciones implícitas en los textos de Chelala y Medina corroboran la utilidad colectiva que hubiera educado mejor la conciencia pública en torno a las instituciones carcelarias y a la preocupación moral de solidarizarse con las víctimas de prácticas discriminatorias en nombre de una justicia transformada en venganza inhumana.

²⁷ *Ibíd.*, p. 56.

²⁸ Waldo Medina: *El presidio que estorba*, La Habana, Editorial Lex, 1947, pp. 47, 52, 58.

Un nuevo grito de indignación

Que estas palabras arranquen una lágrima de piedad a los buenos corazones; que levanten *un grito de indignación* en los hombres rectos.²⁹

José Martí

V

Entre 1932 y 1935, mientras Pablo construía Presidio Modelo, tuvo que meditar en no pocas ocasiones en el desafío de inscribirse en una tradición literaria e historiográfica que tiene en El presidio político en Cuba de José Martí uno de sus cánones más fascinantes.

El presidio político... funciona como un paradigma de la estética romántica en su modalidad de servicio social. Están fusionadas la audacia de los recursos tropológicos para transmitir una visualidad pictórica, y las argumentaciones de los ideogramas emancipatorios a favor del independentismo como acción política.

Martí diseñó con El presidio político... un mensaje poético que promueve las lágrimas y la indignación al unísono. En el texto se ama más la justicia y el bien como principios éticos universales, mientras mejor se identifica el lector con víctimas y verdugos absolutamente individualizados.

El presidio político... promueve la admiración literaria ante la fuerza intuitiva de un joven creador que todavía desconocía las potencialidades de un instrumental retórico abrumador, como el que él mismo desplegó veinte años después para gestar «Nuestra América» (1891).

²⁹ José Martí: «Castillo». En: *Obras completas. Edición crítica*, La Habana, Editorial CEM-Casa de las Américas, 1983, t. 1, pp. 52-56. Es un texto preparatorio de *El presidio político en Cuba*. La cita en la p. 56. (Los subrayados son míos, A.C.)

Otras de las altas cotas artísticas que ilustra El presidio político... radica en la estructura profunda de un texto breve. Martí elige doce partes (o cantos) agrupadas simétricamente en dos modalidades genéricas: un ensayo lírico y una narración. El tránsito entre ambas es abrupto por inesperado. El lector se desconcierta, cuando aprecia que el autor implícito del ensayo lírico se desdobra en narrador y en uno de los personajes, cuando aparece el relato.³⁰

José Martí ingresa en la historia de la literatura cubana con El presidio político..., es decir, a los dieciocho años. Tiene una personalidad estilística tan poderosa que, cuando un texto suyo se erige en un canon, a los escritores posteriores se les impone la premisa de generar nuevas opciones en las modalidades genéricas para desde otro canon ingresar en la tradición cubana a partir del contrapunto eficiente.

VI

¿Cómo Pablo estructura Presidio Modelo? Lo divide en diez partes con nombres independientes y cada una en capítulos titulados en sucesión de números romanos hasta el LIII. En el «Prólogo» presenta la tesis central que fundamenta la denuncia política y social:

[...] el Presidio no es sino un reflejo de la calle. El capitán Castells impuso en la penitenciaría de Isla de Pinos el terror que sobre toda la República de Cuba desató el general Machado; ahora de nuevo Cuba bajo el terror, la muerte vuelve a pender sobre el presidio... No hay diferencias... No hay más diferencia que la que va de un

³⁰ Como ampliación de este análisis: Ana Cairo: «Un altivo Prometeo escritor de *El presidio político en Cuba*.» *Universidad de La Habana*, no. 245, enero-diciembre, 1995, pp. 23-28.

nombre a otro: Castells, la fama conseguida y Fernández Pulido, la fama por conseguir [...]»³¹

Además, agrega que los reclusos ven incrementada la sanción con el aislamiento de sus familiares y la lejanía de instituciones ciudadanas capaces de acelerar un ingreso no traumático.

Seis capítulos diseñan la primera parte, «Iniciación», antecedido de una viñeta como preámbulo. En la misma el autor implícito evoca un día de su infancia en que por primera vez oye la palabra cárcel. Se transita entonces a las imágenes dramáticas unidas a ese mismo vocablo.

Los seis capítulos caracterizan la cosmovisión de los presos políticos. Se explica la diferencia de trato de los verdugos, quienes les escenifican roles convencionales para persuadirlos de que acepten una imagen pública diseñada por la satrapía.

El imaginario de los presos políticos sobre la institución conforma una de las alteridades de los grupos sometidos a la violencia represiva.

La segunda parte, «Hombres del presidio» (capítulos VII al XIV), presenta a los presos comunes mediadores entre los políticos y los otros reclusos. Son otra de las caras de la alteridad, porque se autopresentan como privilegiados: interactúan con los superiores y con el universo de los tipos de presos.

En la tercera parte, «El Zar de Isla de Pinos» (capítulos XV al XIX), se entrega un retrato polifónico de Pedro A. Castells. Por una secuencia de fragmentos autónomos (distintas voces y estilos narrativos) se construye una imagen plural, caótica, con versiones contradictorias.

³¹ Pablo de la Torre Brau: *Presidio Modelo*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1969, pp. XXIV-XXV.

Cada lector se elabora una imagen conceptual de ese jefe polémico. El autor implícito establece premisas que indican cuál es su imagen: Castells no es un loco ni un fanático; tiene su propio sistema de intereses y reglas de juego para asumir los roles con los que interactúa, ya con los superiores, ya con los presos políticos, ya con los verdugos subalternos, ya con los otros presos comunes.

La cuarta parte, «Bestias», se subordina a la anterior, porque son los sicarios de Castells. Los más inteligentes imitan al jefe: identifican sus prioridades y equilibran la sumisión a la autoridad con una contención abusiva hacia sus víctimas.

La quinta parte, «Divinidades», genera una transgresión en el orden discursivo. Se articulan tres relatos fundados en la alegoría. En «La Justicia», «La Venganza» y «El Tiempo» se utilizan las personificaciones para igualar problemáticas que obsesionan a todas las víctimas. «El Tiempo» es el texto mejor, porque se alcanza una concentración dramática y reflexiva sin desniveles de intensidad en el tiempo del universo imaginado.

En la sexta parte, «Víctimas», se rearticula el hilo expositivo con la cuarta. El espacio imaginario de los sujetos oprimidos se extiende a la séptima, octava y novena partes.

Se trata de un corpus de narraciones en las que los personajes reiteran desde anécdotas diferentes las angustias del terror, o el disfrute de las crueldades, según relaten las víctimas o los verdugos.

Dos cuentos de la novena parte, «Las pupilas» y «La mordaza» iluminan la maestría de Pablo en el género. Ambos textos, unidos a «El Tiempo» sintetizan los más altos logros cualitativos de Presidio Modelo como universo narrativo vanguardista.

La triada mencionada de cuentos y la polifonía de las voces narrativas en «El Zar de Isla de Pinos» cons-

tituyen quizás los aportes más audaces al nuevo canon que construye Pablo en la tradición gestada con El presidio político...

Martí y Pablo, a partir de las dos obras, pueden contraponerse ya para esclarecer mejor sus programas culturales, ya para confirmar la pervivencia de una aspiración ilustrada de servicio colectivo, de justicia fundada en la equidad.

El presidio político... ilustra el canon romántico; Presidio Modelo, el vanguardista. Dentro del corpus historiográfico, cada obra refulge por sus originalidades implícitas. Sería muy estimulante como ejercicio cognoscitivo avanzar en los aspectos de convergencia.

Presidio Modelo debe atraer más a lingüistas, psicólogos, antropólogos o historiadores sociales, por la riqueza de modos de vida que en él se representan.

Con una nueva edición de Presidio Modelo se redimensionan las aspiraciones de nuevos lectores, mejor entrenados para identificar matices, más capacitados para aprehender las redes sociales en la primera mitad del siglo XX.

Ana Cairo

Prólogo

Presidio Modelo

Aunque generalmente se cree que la idea de edificar el Presidio en Isla de Pinos fue de la exclusiva paternidad de Rogerio Zayas Bazán, aquel Secretario de Gobernación del machadato que murió en duelo irregular, en una carta que tengo, dirigida por Cecilio Soto Llorca al capitán Castells, con motivo de un incidente que tuvo con Carlos Miguel de Céspedes, del que se hicieron eco los periódicos, este político pinero reclama para sí toda la gloria de «tan humanitaria» idea...

Algo importa saber a quién deben gratitud los presos por su eterno aislamiento. Porque esto es lo primero que hay que señalar cuando se quiera hacer la historia del Presidio Modelo. Aunque allí todo se hubiera desenvuelto con la mayor bondad posible dentro de la severa disciplina de un penal, el confinamiento, pena que no se les impone en las sentencias, fue añadido a la carga de los presidiarios...

Isla de Pinos está a más de cien kilómetros al sur del puerto de Batabanó; los vaporcitos que hacen la travesía pasan muchas veces cerca de cayos inhospitalarios; el cielo es limpio y cruzado por aves del mar; el mar es bajo, arenoso, de un bello azul turquesa, y las toninas juegan por la proa, a todo lo largo del camino, como si fueran perros del mar... De vez en cuando, se ven barcos pesqueros o esponjeros, y, otras, bongos que regresan cargados de frutas, de la Isla ... Ni el viaje es largo ni es desagradable y, sin embargo, cuando en el horizonte aparecen las primeras montañas, algo sucede en lo interior que sobrecoge... Parece que la isla está a

miles de leguas de Cuba... parece que el barco arriba a ella, roto, desarbolado, en busca de refugio después de una tormenta, acaso para no poder salir más nunca de la isla... parece, incluso, que el tiempo ha retrocedido, que fue hace siglos que hicimos esta travesía de ahora... Mas es inútil tratar de explicar la sensación indefinible que nos invade a la contemplación de la isla...

Hay en esto algo de la historia: allí fue enviado José Martí, adolescente todavía; allí los hombres llegan para no salir sino dentro de diez... de veinte... de treinta años... Esos hombres, al divisar en lontananza la fila de las lomas, saben que aquello es su cementerio... que allí, privados de todo lo que es la vida, van a morir... Y Cuba se convierte para ellos, al instante, en un país fabuloso y remoto... ¡Allá viven las madres, las mujeres, los hijos, los amigos... los enemigos!...

El confinamiento, de hecho, es absoluto. Una vez al mes los reclusos tienen derecho a recibir en el locutorio de la Penitenciaría a sus familiares. Pero, el 90 % o más de la población penal procede de las más empobrecidas capas de la sociedad. El viaje, desde La Habana, les cuesta cinco pesos, y a esto hay que añadir el precio del pasaje hasta La Habana desde sus pueblos respectivos. Y, desde luego, sin considerar lo que es para un campesino la idea de ir sobre el mar... la necesidad de comprar ropa con qué hacer el viaje... la necesidad también de llevar algún regalo al preso... Y todo, para estar luego dos horas nada más hablando con él... No necesito decir que la inmensa mayoría de los hombres jamás reciben una visita y, cuando salen en libertad, la madre ha muerto, la mujer es una vieja... los hijos ya tienen hijos... El mundo es nuevo... hay cosas de las que han oído hablar a los reclusos de reciente ingreso... y ellos son cosas viejas en un mundo raro. Por eso Isla de Pinos parece que está al sur, en el espacio y en el tiempo...

De esta crueldad no se puede desprender al Presidio Modelo. Se hizo con tal magnitud, y son tan pocas ya las posibilidades de hacer nada parecido en Cuba, que habrá que aprovecharlo sabe Dios por cuántos años, así como está, aislado e inhumano.

¿Por qué no se construyó en la provincia de Santa Clara, al centro de la República, para que fuera asequible por igual a todos?... La idea era tan natural y tan humana que quedaba fuera de la imaginación de aquellos hombres del machadato, enfermos de crueldad.

Además, ellos planeaban el exterminio, y la soledad y la distancia les convenían, como cómplices. Y así, el Presidio Modelo resultó lo que tenía que ser. Su historia abrumba y deprime. Su historia es una leyenda. La imaginación se puso allí a la expectativa; los hombres devinieron monstruos, y algunos pocos, héroes, y centenares fueron redimidos por el martirio... El silencio público fue durante años el sepulturero de aquella tragedia, la más bárbara sin duda en la historia penal del mundo. Cuando aquel período político fue derribado por el impulso popular, fragmentos de la leyenda —que ya, parcialmente, se habían dado a conocer— salieron en tropel a la luz. Hoy, yo, testigo apasionado, formulo otra vez la denuncia, en nombre de los hombres muertos y en nombre de los vivos, para los que nada he podido obtener todavía, ni siquiera en el orden personal.

Por ello, este libro es un libro de acusación, de denuncia. Es un libro duro, áspero, de páginas crueles muchas veces, de narraciones inverosímiles casi, de evocaciones estremecidas. La palabra ruda del presidiario, procaz, desnuda, insolente, con frecuencia salta en sus páginas, como un insulto, como un recuerdo de la baja a que se encuentra sometido... Por eso no es un libro para señoritas irreales ni para hipócritas de sacristía.

En este libro aparecen parte de mis recuerdos del Presidio y parte de las narraciones que escuché de los presos. Mucho de esto lo escribí hace bien ya dos años. Algunas cosas más tarde, cuando obtuve documentos. Pero siempre, hace ya mucho tiempo, demasiado tiempo, que lo escribí todo. He tardado en publicarlo más de lo que hubiera querido, pero puedo defenderme con tres razones.

En abril de 1931, durante el machadato, en una serie de artículos publicados en el periódico El Mundo, bajo el título de «105 días presos», denuncié los atropellos que se cometían en El Príncipe por el teniente Ambrosio Díaz Galup y su cohorte de asesinos; denuncié el asesinato del Chino Wong, el luchador comunista ahorcado en las celdas, y, denuncié también, al paso, la leyenda que existía sobre el terror en Isla de Pinos. Esta es la primera razón de mi defensa. La segunda es, que en enero de 1934, en una serie de trece artículos publicados en el periódico Ahora, titulada «La isla de los 500 asesinatos» formulé, públicamente, mi denuncia de los horrores cometidos en el Presidio Modelo bajo la jefatura del ex comandante Pedro Abraham Castells, en cuya serie acumulé suficiente número de acusaciones contra aquel régimen brutal.¹ Esto, y la publicación de dos capítulos de este libro, «La Venganza» y «La Justicia», me excusan en buena parte, pues consideré que ya había dado a conocer suficientemente aquel ambiente, aquellos hombres olvidados y aquellos bestiales «corrregidores». Por último, la tercera razón que me asiste, es la de no haber podido hacer frente al problema económico de la impresión, por mi cuenta, como hubiera deseado.

¹ Como una prueba del olvido en que se tiene a los presos, debo recordar que sólo recibí una carta de los familiares de estos, con motivo de la publicación de los artículos.

Quería hacer el libro, como querría hacer la película, para que la denuncia tuviera expansión. Por humanidad, quisiera obtener un gran éxito; quisiera que este libro se tradujese a todos los idiomas del mundo, para que en todo el mundo se supiese hasta qué punto puede descender el hombre en su abyección, sometido al terror, con la amenaza constante de la muerte violenta y terrible...

Quisiera el éxito para este libro, porque en él, aunque sin la fuerza de aquel espectáculo intraducible, de alguna manera se penetra hasta el antro de la inmundicia humana; porque en él se muestra el espectáculo de un grupo de hombres —nosotros— llegados del mundo libre, asomados al vórtice aterrado y aterrador de los hombres sin libertad, sin esperanzas, bajo el temor, bajo el espanto, sobre la traición, nadando en la ignominia, olvidados, sin redención... ¡Bestia hay que ser para no haber sentido —¡para siempre!— un estremecimiento largo y profundo; para no haber sentido un impulso de comprensión casi amorosa, por aquellos forzados, de expresiones bárbaras y ojos sombríos, plenos de recuerdos inenarrables; para no haber sentido —¡también!— un aliento de rencor y de castigo para los opresores de aquellos hombres que habían descendido hasta simas tan insondables que apenas si se reconocían como hombres por otra cosa que por la figura casi inhumana!...

Mi imaginación siempre padecerá la enfermedad del Presidio. Desde una ventana del pabellón en donde estábamos reclusos, una mañana, cuando casi todos dormían, yo vi cómo disparaban contra Oramas, ¡hasta que lo abatieron a balazos!... (Luego el mayor Durán me dijo que era que ¡estaban matando gavilanes!...) ¡Desde nuestro patio, más de una vez, oímos los gritos espantosos de los hombres que mataban en las celdas de los locos!... ¡Y los mandantes, después, con cara plácida y hasta humanizada, nos venían a asegurar, ante

nuestras protestas, que nada les pasaría!... Por las noches, cuando leíamos, aprovechando el gran silencio del sueño colectivo, sentimos muchísimas veces el camioncito que llegaba a la puerta y, al poco rato, partía de nuevo en marcha atrás, ¡llevándose un cadáver tibio todavía!... Desde las altas ventanas del pabellón, todos los días, bajo el sol, bajo la lluvia, bajo el viento, veíamos desfilas las cuadrillas, sin descanso, las de los hombres azules, que iban a trabajar en La Piedra, días, meses, años... ¡siglos!... Saumell, desde su celda, todas las tardes de crepúsculos tristes y desolados, contaba, al regresar la cuadrilla de los castigados, los hombres que día a día hacía desaparecer la mordida de las balas infalibles, y sentía una piedad impotente por aquellos hombres, hambrientos y aterrados, llenos de fango, y de miedo, podridos de llagas y de espanto, para los que la vida no ofrecía otra conmiseración que la que les pudiera brindar un soldado, ¡que de vez en cuando ejercitaba su puntería en la cabeza de los hombres!... A Raúl Ruiz, una noche, mientras daba clases a un grupo de confinados, un hombre se le cayó, sobre el pupitre, muerto... ¡muerto de vencimiento, de hambre, de llagas sin curar, que llenaron de sangre purulenta el banco y el piso!... A Pepelín Leyva el mayor Oropesa vino a darle la mano, sonriente, cuando todavía la tenía empapada con el sudor del cuello de un hombre que acababa de estrangular en la celda, ¡sin que nada pudieran hacer por el infeliz los compañeros!... Una noche, en un rincón del patio, en voz muy baja, temerosa, un preso me contó cómo a José de la Cruz le hicieron comerse los propios excrementos, y el cabo Claudino García le puso el pie sobre la cabeza y se los restregó en la cara, contra la tierra... ¡y al día siguiente lo mató a balazos!... ¡Y eso fue «una fuga!»... ¡Otra vez, el propio Rafael Magañas me contó cómo el cabo Quintero lo llamó para que viera cómo le mataba al hermano!... Allí supe cómo

un hombre lograba degradar a otros reduciéndolos por el hambre... ¡hasta que saciaba en ellos monstruosos apetitos!... ¡Allí estuvimos nosotros, y casi dos años, asomados, atónitos, al borde de aquel remolino de inmundicia, que arrastraba en vértigo un clamor confuso de voces de espanto; aullidos de los locos aterrorizados; explosiones de los disparos homicidas; estertores angustiosos de hombres estrangulados por sorpresa; voces iracundas de generosa protesta suicida, de Huerta y de William Müller; súplicas humilladas de hombres que imploraban la vida, que apelaban, de rodillas, al recuerdo de las madres y los hijos de los asesinos; gritos desesperados de los que morían de hambre y de sed en las celdas!... ¡Rumor estremecido de un mundo indescriptible, que dejó enferma de recuerdos mi imaginación!... ¡Para siempre!...

Pero este libro, para el que deseo el éxito, no quiere limitarse al escaso triunfo de la denuncia contra un hombre. ¡Porque es mentira que el ex comandante Castells sea el único y máximo culpable de los horrores del Presidio, y es mentira también que sus mayores y sus chotas fueran sus únicos y mejores cómplices!... Cómplices suyos fueron, y responsables en grado mayor aún que él, todos los que integraban el alto mando del Poder Judicial en Cuba, que siempre consideró aquello como un Presidio Modelo, sarcástica burla que, como denuncia de su incuria, conservo al frente de este libro... ¿Por qué no ha de caer la infamia sobre esta gente, que merece, tanto por lo menos como el ejército que sostuvo a Machado, la antipatía y la repulsa y el castigo público? ¿Por qué no castigar y arrastrar también, como verdaderos porristas que fueron, a esos jueces y a esos magistrados, que se cansaron de mandar hombres y hombres para el Presidio sin saber lo que era el Presidio, sin importarles lo que pudiera ser?... ¿Por qué no meter en Presidio a esos jueces y a esos magistrados que ja-

más fueron a inspeccionar ni La Yana, ni El Cocodrilo, ni La Fuente Luminosa, ni La Piedra, ni las celdas de castigo?... ¿Por qué no mandar a los fangales pestilentes de La Yana, a enterrarse en ellos hasta la cintura, a esos jueces que echaron sobre las espaldas de los hombres, años, meses, y días, de acuerdo con una tabla de penas tan inhumana, que parece el balance de un mercader que lleva sus cuentas hasta el centésimo de centavo?... ¿Por qué no mandarlos allá a enterrarse en el fango, a sufrir el acecho del rifle del soldado, la picadura del insecto, el vencimiento de los músculos desfallecidos, el hambre insoportable, para que aprendan a conocer lo que era un día, lo que era un mes, lo que era un año de esos que ellos imponían como castigo, como si un día en el Presidio Modelo fuera lo mismo que un día en el Tribunal Supremo o en la Audiencia, con la máquina a la puerta, el teatro y el club y la querida los sábados por las noches?...

El capitán Castells, por lo menos, tiene la excusa científica de una probable paranoia, como asegura Enrique Henríquez; Castells tiene la excusa, como aseguramos todos nosotros, de haberle dado el frente a la historia, de haber asumido la responsabilidad; de haber hecho, casi, vida de presidiario; de haberse sometido también a una vida relativamente ruda... ¿Pero qué excusas tienen todos estos señores?... ¡Para mí sólo tienen, si acaso, la excusa de una imbecilidad más culpable que la misma infamia!

Pero mi apasionamiento me pierde. Debo volver a la realidad y recordar que todo esto no es más que el engranaje de una maquinaria sostenida a lo largo de los siglos, precisamente con combustibles humanos, ¡con sangre y sudor de los hombres esclavizados!... ¡Debo recordar que en Presidio no conocí a ningún hombre rico!... ¡Debo recordar que en Cuba, como en el resto del mundo, los ricos no tienen hoja penal, son impolutos,

inmaculados!... Son las aves que cruzan el pantano y no se manchan... ¡porque pueden pagarse el jabón perfumado... que les quita las manchas y el olor y que puede llamarse soborno, influencia, amenaza, o promesa!... ¡Debo recordar que la Ley también está al servicio de los ricos, que la hicieron precisamente para descansar en ella; que tiene que ser dura, brutal, inhumana como ellos, que son tan pocos y necesitan mantenerse sobre los millones de oprimidos!... ¡Y ya, vuelto a la realidad, puedo hasta sonreírme, con un poco de asco y otro poco de desprecio, ante una revolución que puso al comandante Castells² en prisión porque es un tornillo gastado que ya no puede utilizar y, en cambio, al juez Vignier, el que certificó todos los asesinatos de Isla de Pinos, como ha sabido mantenerse a la sombra y supo huir a tiempo, no sólo no lo ha encarcelado ni fusilado, sino que, por el contrario, el ABC lo exaltó hasta una magistratura en la Audiencia de Santa Clara!... ¡Y hasta puede ser que llegue pronto al Tribunal Supremo!... ¡La Ley lo necesita ahí, porque conoce como pocos lo que es el Presidio Modelo!...

He visto a Castells asistir a uno de sus juicios. Tenía la cara un poco asombrada; no había en ella ni miedo, ni cinismo, ni altivez. Sólo había en su aspecto cierto azoro. Casi por instinto, si no simpatía, por lo menos he sentido hacia él cierta piedad. Por el mismo impulso que me puse en Presidio al lado de los presos, en los tribunales me he sentido más de su parte que de parte de sus jueces. Porque creo que eran estos la causa de su asombro. Ellos, los que le mandaban con las peores recomendaciones millares de hombres, ahora lo juzgaban a él, por haberlos tratado con la fría crueldad que le ha-

² En este libro se da el grado de capitán a Castells, porque aunque llegó a comandante, fue bajo el grado de capitán que lo conocimos, y bajo él alcanzó toda su sombría fama.

bían permitido entonces. A su presencia Alberto Saumell increpó al fiscal Ramírez de León, que acusaba al ex comandante, por haber sido el mismo que, con palabras aún más violentas, lo había insultado y enviado a Presidio. ¡Él, que no se había preocupado de lo que pudiera ser el Presidio, había enviado allá a Alberto Saumell y ahora denunciaba a Castells por el trato que le había dado!... ¡Era natural que la cara de Castells mostrase asombro!... ¡Y también a este Ramírez León lo han ascendido a Fiscal de la Audiencia!...

El recuerdo de estos hombres, de estos tipos, del mundo de los libres, me hace recordar las opiniones de Piné, aquel recluso enfermero, lector de Anatole, que decía que el Presidio no era sino un mundo chiquito, en donde se encontraba, concentraba, la poca bondad y decencia y la mucha vileza, cobardía e ignominia que había en la calle...

Había «inventado» Piné un aparato cuya virtud consistía en hacerle vibrar los oídos cada vez que se le aproximaba un sinvergüenza... «Y se pasa el día sonando el aparato», me decía: «Y lo mismo es aquí que en la calle, sólo que en la calle, pues hay más oportunidades de alejarse de los sinvergüenzas»...

A pesar de ello, Piné dividía a los hombres en libres y presos, dándole la preferencia a estos últimos, por cuanto los graduados en Presidio era como si hubieran pasado por la Universidad de la picardía humana.

—Si yo tuviera un hijo —decía—, al cumplir los veinte años lo metía en Presidio y aquí lo tenía un par de años aprendiendo... Al cabo de ese tiempo lo examinaba en «preso» y si no se había «graduado», lo mataba, porque iba a ser incapaz de resistir la vida, de dura y cruel que es... Y era que Piné, al contemplar las intrigas, los triunfos de los mediocres, la preeminencia de los más canallas, el exterminio de los pocos buenos, el

silencio acobardado de casi todos, la rebeldía inútil de unos cuantos y la hipocresía y detonante bondad de las autoridades, se acordaba demasiado del mundo de los libres...

Yo, aunque comparto las ideas de Piné en un buen trecho, con respecto a los «hombres libres», como él los llamaba, estoy obligado a tener cierto optimismo; y, como este libro es un libro de denuncia, una acusación, pido por medio de él algo más que el castigo de los culpables, de los horrores que en él se narran. Pido la reforma, aunque sea parcial, en espera de mejores tiempos, de métodos que sólo conducen al asesinato, a la degradación. La sociedad actual, aunque sea por egoísmo, debe transformar al Presidio, de un estercolero en un taller de reparaciones, de donde pueda extraer hombres para el trabajo. Debe hacerse, como aconseja el doctor Fernando Ortiz, una reforma sustantiva de la ley penal, una reglamentación humanizada de la vida del hombre preso. Por egoísmo, por aprovechar más hombres, en muchos países capitalistas se hace un esfuerzo, aunque sea superficial, para reintegrar al preso a la vida normal. ¿Por qué no intentar algo entre nosotros? ¿Por qué no hacer, como lo pidió Ramiro Valdés Daussá, desde sus artículos en Luz, un comité director del Presidio Modelo, integrado por juristas, médicos, alienistas, psiquiatras, antropólogos y criminalistas, que hiciera frente al problema del hombre preso, con valentía y con calor humano, y de esa manera terminar para siempre con la jefatura militar del Presidio, que lo mismo puede caer sobre un hombre malo y cruel que sobre un hombre bondadoso y hasta débil? Esta petición de Ramiro Valdés Daussá mereció el apoyo de Cotubanabana, Enrique Henríquez, de Carlos Montenegro, de mí y de cuantos, habiendo pasado por el Presidio, con mayor o menor intensidad vivieron su vida, palparon sus horrores, compadecieron a sus hombres y sintieron la necesidad de

una reforma en aquel mundo, en aquel antro, vergüenza eterna de una sociedad sin conciencia. El doctor Fernando Ortiz, nuestro trabajador más apasionado en cuestiones penales, que ya con anterioridad había propuesto una renovación profunda en el Código Penal, sin la cual resultaría ficticio cualquier intento de modernización en las penitenciarías, también apoya la proposición de Ramiro Valdés Daussá. ¿Por qué no intentar algo entonces? Hombres hay con capacidad científica, con intención alzada, con empeño humano para iniciar la empresa y llevarla adelante. ¿Por qué no ofrecerles la oportunidad?

Los últimos sucesos del Presidio Modelo, de los cuales ha dado cuenta la prensa, demuestran la necesidad imperiosa de acometer una reforma.

A la caída de Machado, el capitán Castells fue recluido, y, si al cabo no se ha enjuiciado por la Ley, el pueblo sí tuvo oportunidad de juzgarlo y condenarlo. Lo mismo sucederá en su día, cuando, siguiendo el mandato fatal de la historia, toque la oportunidad de juzgar a sus continuadores. Sólo que hay ya más experiencia y la sanción será más enérgica, sin duda.

Todos los periódicos del mundo han publicado la noticia de la última rebelión de presos en Isla de Pinos. En ella murieron dos reclusos y otros dos quedaron gravemente heridos... A los escoltas, por supuesto, nada les ocurrió... De los rebeldes, un grupo grande cumplía su condena y salía en libertad al día siguiente de la rebelión...

La misma técnica del capitán Castells parece que se propone emplear el capitán Fernández Pulido, de quien algo mejor parecía poder esperarse. Ello indica que el enfermero Piné, lector de Anatole, tiene razón y que el Presidio no es sino un reflejo de la calle. El capitán Castells impuso en la penitenciaría de Isla de Pinos el terror que sobre toda la República de Cuba desató el

general Gerardo Machado; ahora de nuevo Cuba bajo el terror, la muerte vuelve a pender sobre el Presidio... No hay diferencias... No hay más diferencia que la que va de un nombre a otro: Castells, la fama conseguida y Fernández Pulido, la fama por conseguir. Pero el crimen es como el juego, que mientras más se pierde, más se quiere perder...

Ya el capitán Fernández Pulido ha justificado la rebelión de unos hombres que se iban en libertad al día siguiente... Algún día acaso pueda yo narrar crímenes cometidos bajo su mando, tan monstruosos como los cometidos bajo el mando del capitán Castells, que constituyen el tema de este libro.

¡Y acaso para entonces no haya mucha diferencia entre su nombre y el de Castells!

PRIMERA PARTE

INICIACIÓN

Una vez, cuando yo era niño, allá, en El Cristo, en Oriente, un hombre mató a otro de una puñalada. Cuando salimos del colegio, todos los muchachos fuimos al lugar donde estaba la sangre, que había corrido por entre las grandes piedras blancas e irregulares de los portales de las casas del pueblo.

Como cuando moría envenenado algún perro de algún amigo, todos los muchachos fuimos al charco de sangre donde se había muerto un hombre, con un cuchillo clavado en la espalda.

Me acuerdo que alguno de nosotros, como con un gesto de valentía, acercamos el pie hasta ponerlo en contacto con las manchas, sobre las piedras... Pero los viejos nos decían, con una extraña autoridad que nunca tenían otras veces:

—¡Muchacho... respeta... saca el pie de ahí... respeta!...

El recuerdo se remonta a los días más remotos de mi infancia, cuando yo aprendía a leer, y tenía un flamboyán en el patio, y un perro negro que me encontré en el camino un día, cuando iba a la escuela... Pero el pueblo era muy chiquito, y un hombre muerto por otro parece que era algo muy importante entonces... también... Por eso, todo aquel día, y todos los muchos días después, todo el mundo hablaba del muerto, que era «un pobre» y del matador «que iría a Presidio»...

En el colegio, papá, que era maestro, nos habló del Presidio toda una clase, y aunque él nunca había estado allá, como los maestros saben de todo, nos contó cómo vivían los pobres presos, agujoneados como bueyes, sucios,

hambrientos, olvidados... Y nos dijo también que era terrible ir a Presidio, todo por no tener calma; por dejarse arrebatar por la cólera y por malos sentimientos, que acaban hasta con la amistad, como había sucedido en el pueblo...

Pero mucho más interesante que lo que decía papá en la clase, era lo que decían los mayores, los muchachos más grandes que nosotros.

Por muchos días siempre estaban discutiendo el caso. Y aunque las discusiones eran muy violentas, todos decían lo mismo: «que ningún hombre podía permitir eso y que si cogían a su mujer con otro, aunque fuera su mejor amigo, los mataban a los dos»...

Después, no se habló más ni del muerto ni del matador. Un tiempo después, un día llegó un periódico de La Habana, en donde se decía que habían condenado a cadena perpetua al que mató a su amigo... Pero esta vez, nadie nos explicó lo que quería decir eso de cadena perpetua ni los muchachos grandes discutieron nada...

Por todos estos recuerdos singulares, desde muy temprano en mi vida tuve yo una noción, aunque fuera vaga, de lo que era el Presidio.

Y un día yo también fui a Presidio. Fui con un grupo de compañeros que luchábamos en una causa común contra la tiranía y la explotación.

Algo, que ya tengo escrito, me ocurrió. Debo contarlo aquí también.

Un día, hablando con un preso viejo, que tenía la costumbre maniática de ir contando los días que le faltaban por cumplir, de pronto todos aquellos recuerdos de mi infancia volvieron a mi imaginación, con esa claridad extraordinaria y casi maravillosa que da la distancia en el tiempo...

Aquel viejo que me hablaba era aquel joven que había matado cuando yo era niño... Cuando no habían tumbado el flamboyán del patio y, por la carretera, jugando, ladraba a mi carro de cuatro ruedas, León, aquel perro negro que fue mi primer amigo en el mundo...

Y, aunque casi —no sé por qué— me dio alegría encontrarme a alguien de entonces, aunque tenía ganas de evocar mis días en aquel pueblecito querido, y aunque el hombre ya estaba casi insensible, algo instintivo me impidió decirle que yo lo conocí desde aquella vez en que él había matado a su amigo, en aquella madrugada... Lo que me contuvo no fue su vida, sino mi vida. Mientras él vino para el Presidio, yo, en veinticinco años, había aprendido a leer, había ido a Santiago, a La Habana, había estudiado, había trabajado en un ingenio, había tenido novia, me había casado, había escrito un libro, tenía amigos, tenía perros... Yo había vivido durante esos veinticinco años, de los cuales él sólo conservaba la costumbre maniática de ir contando los días que le faltaban para volver a la vida... ¡Veinticinco años!... ¡Yo, vivo, y él muerto!... Entonces vine a saber lo que era aquello de la cadena perpetua, que papá leyó una tarde en el periódico, sentado en un balance en el portal de la casa... Y entonces comprendí también aquello que papá nos dijera en clase, aunque tampoco él lo comprendía, porque nunca había estado en él, que era terrible ir a Presidio...

Sólo el que ha pasado por él podrá hablar del Presidio. A nosotros nos llevaron allí por criticar y combatir las injusticias y los horrores del mundo libre. A nuestra salida no podíamos dejar de criticar y combatir las injusticias y los horrores aún mayores que comprobamos en su interior.

Sólo el que ha hablado con un hombre, muerto durante veinticinco años de vida, podrá hablar de ese estercolero de la sociedad que se llama el Presidio.

A nosotros, que llegábamos inéditos, nos quisieron engañar, pero no pudo ser. Entramos casi alegres y salimos con la conciencia abrumada.

Por eso este libro empieza como empieza y termina como termina.

Capítulo I

¡Recojan!

Nosotros salimos para el Presidio después de una fiesta...

Durante la tarde anterior a nuestra partida, las bolas sobre la revolución habían sido numerosas y de gran calibre. Por la noche, como casi siempre, después de divertarnos un rato con los «versos» y las contestaciones de aquel famoso Profesor Carrasco, toda la galera había sido una fiesta estruendosa, casi terrible. Con latas y cajones, los muchachos habían «levantado» una columbia endemoniada, y luego, arrollando, habían recorrido varias veces La Leona en una conga frenética que terminó en una rumba bailada por Acosta, un negrito vendedor de periódicos que había caído preso esa tarde por pregonar: «¡Tiros en la Cámara... de Chile!», y Triana, rodeados de grupos aulladores que los acompañaban con instintivos movimientos de hombros y percusiones, de cucharas, botellas y palmadas. Al final, como siempre, se «rompió» la fiesta, con los ya clásicos gritos de: «¡Muera Machado!»... «¡Muera Díaz Galup!»... Y, como siempre también, acudieron los mayores para pedir que terminara el escándalo; «que no dejáramos dormir a los presos comunes que tenían que levantarse muy temprano; que había que ser considerados; que el Teniente»... Pero, tan pronto como se mentaba al Teniente, los muchachos empezaban a gritar: «¿Quién mató a Wong?»... Y la masa entera respondía: «¡Díaz Galup!»... «Muera Díaz Galup!»... Y se retiraban amenazadores los mandantes, con unas ganas tremendas de que les dieran permiso para «entrarnos» y desbaratarnos a cabillazos... Después, poco a poco, se iba haciendo el silencio, la gente se iba acostando, o se ponía

a escribir a sus familiares, hasta que, por último, Feito, el gordo Feito, comenzaba a roncar...

Y así pasamos aquella tarde y aquella noche, como todas, los presos políticos encerrados en el Castillo del Príncipe, algunos desde hacía más de dos meses ya, por nuestras actividades contra el régimen de Machado.

Y ni el más leve rumor había llegado hasta nosotros: fue una verdadera sorpresa la que nos dieron.

En la madrugada silenciosa, como a las dos, dormía toda la galera en las colombinas bajas y sucias que nos suministraba el penal y que nosotros pintábamos de insultos. Como en sueños me pareció oír algunos nombres: Roberto Lago, Carrillo, Vergara... Mi compañero de la cama contigua, Murphy, creo, acabó de despertarme violentamente:

—¡Oye, tú, Pablo, que te levantes, que recojas, que van trasladados!... Y tú también Saumell... ¡Qué cabrones!...

Ya, cuando logré despertarme por completo y ponerme en pie, estirando los músculos dormidos, la galera toda se revolvía gritando. Como águilas en una jaula, recorrían las bóvedas aullidos de insultos inauditos. Vociferaban los compañeros, muchos aún sentados en las camas y soñolientos; otros, completamente desnudos, saltaban de cama en cama, rompiendo los forros, lanzando terribles imprecaciones; otros daban espantosos puñetazos a los cajones en donde guardábamos nuestras cosas; algunos nos regalaban cosas; jabones, quesos, dulces... Mongo Miyar puso en mis paquetes dos latas de leche y una caja de guayaba...

Y así, entre los gritos de los compañeros y los apremios de la gente del Penal, fuimos haciendo nuestros bultos y saliendo de la galera.

Cuando todos estuvimos fuera, después de haber pasado por un verdadero desfiladero de abrazos y un remolino de gritos, la galera hizo un segundo de silencio, y, enseguida, retumbó bajo las bóvedas el infatigable grito de entusiasmo, trasladado por los muchachos desde los campos deportivos a los galerones de la prisión.

¡Cachín, cachán, cachumba!
¡Cachín, cachán, cachumba!
¡Shiiiiiiiiii!
¡A los que se van!...
¡Les zumba!...

Y detrás la salva trepidante de aplausos, más intensa que si hubiera ganado Cuba los 100 metros en las Olimpiadas...

De veras que muchos de aquellos compañeros nos envidiaban con toda sinceridad. Nadie sabía qué iba a ser de nosotros ni a dónde iríamos a parar; pero sentían envidia, porque adivinaban que aquella intempestiva orden de sacarnos de la prisión, por la madrugada, no sería para nada grato a nosotros y que, por tanto, constituía un sacrificio más a la revolución...

El triunfo estaba aún lejano; era todavía el tiempo de las esperanzas sinceras, de los heroísmos ingenuos...

Ya en las oficinas del Castillo, después de haber pasado por delante de muchas galeras de presos comunes, despertados por el estruendo de la nuestra, escuchábamos todavía el eco embravecido de sus insultos, sus cóleras, sus violentos anatemas e imprecaciones...

—¡Es tremenda esa gente! —comentó un preso, empleado de la oficina.

En la oficina teníamos algunos amigos o que decían ser nuestros amigos.

Pero los presos son amigos cuando están solos; nunca cuando están acompañados. Por eso nadie sabía con certeza a dónde íbamos a ser trasladados, aunque nos parecía claro que era para Isla de Pinos.

Sólo poco antes de que nos metieran en las jaulas varios presos nos dijeron:

—¡Creo que van para Presidio... ¡Tengan cuidado!...

Capítulo II

El traslado

La advertencia era obvia por demás. Para casi todos los que formábamos el grupo, ni eran cosa nueva los traslados por las madrugadas, ni la siniestra fama del Presidio Modelo nos llegaba por primera vez.

Pero nadie se impresionó más de lo natural y la noticia nos sirvió para ahorrarnos conjeturas sospechosas. Ya sabíamos que íbamos a un mal lugar y eso era preferible a no saber a dónde íbamos...

El patio del Castillo estaba como en neblina. Había el frío de la madrugada y los soldados que nos iban a conducir llevaban puestas sus capas. Algunos tenían el gesto hosco del hombre a quien han despertado antes de tiempo.

Se nos fue llamando por lista y fuimos enjaulados en dos estrechos y mal ventilados transportes de la Policía, que se cerraron con candados por fuera, aparte de venir en la custodia los soldados. Íbamos a viajar tan apretados, que si llegábamos a tener un choque o un vuelco, nos íbamos a romper unos contra otros, como si fuéramos de porcelana.

Dentro de las jaulas se reiniciaron nuestras protestas. Cerca de ellas se había quedado Díaz Galup, supervisor de la cárcel, odiado tan sincera y profundamente por todos, desde que nos enteramos de los detalles repugnantes de la muerte del Chino Wong, el valeroso luchador comunista, estrangulado en las celdas de El Príncipe por Romero, Miguel Ángel y otros asesinos. Al verlo allí y antes de que arrancaran los motores, los muchachos le lanzaron insultos hasta procaces, que él recibió con su imperturbable rostro de siempre, como si no le importaran nada. A veces, al es-

cuchar algunas de aquellas barbaridades, los soldados lo miraban como asombrados de que no les diese ya la orden de disparar contra nosotros... Su cara torva, su mirada escondida, huida, tenía la virtud de recordarnos los crímenes y las atrocidades de las celdas de castigo; y su inmutable actitud ante nuestros insultos, la de irritarnos casi hasta la desesperación.

Los gritos lanzados desde el interior de las jaulas tuvieron la virtud de acelerar nuestra salida del Penal, porque todos los cachanchanes del Supervisor, muchos de los cuales se hacían pasar por nuestros amigos, sentían la molestia de la situación y se apresuraron todo lo que pudieron para «despacharnos» pronto y que se liquidara el «asunto».

A nuestra salida tuvimos una sorpresa agradable; otra ambulancia nos esperaba, llena de compañeros sacados de La Cabaña, la prisión militar, los que iban a ser trasladados junto con nosotros. A gritos fuimos adivinando voces: Aureliano, Gabriel, Vergara, Juanillo, Ariet...

Y comenzó nuestro viaje por las calles de La Habana, solitarias por la hora y el terror...

Iban las jaulas rápidas, casi deslizándose, sin que encontráramos a nadie a quien poder gritarle que nos llevaban trasladados, para que de alguna manera se supiera en La Habana, y así llegaran a nuestros familiares noticias nuestras, aunque fueran vagas.

Sólo en dos o tres esquinas de las más concurridas siempre, y por donde nos pasaron como bólidos, había alguien y nuestros gritos de «¡Muera Machado!», produjeron asombro y estupefacción, según supimos después. Al pasar por frente a una estación de policía, de las tres jaulas partieron aullidos más bien que gritos de «¡Asesinos!». Y también al pasar por frente a la casa donde vivió Trejo, en silencio entonces, como siempre, le dedicamos un grito de recuerdo al compañero muerto...

Después, las jaulas fueron enmudeciendo poco a poco, a medida que nos alejábamos de La Habana y de ellas, de vez en cuando, sólo salían canciones, himnos de la revolución.

De una, en que predominaban los obreros comunistas y estudiantes simpatizadores de la Unión Soviética, saltaba a cada rato, agresiva:

*¡La estrella roja venció al capital
y se tiñó, con la sangre del Zar.
Sobre la estepa y el Volga rugiente,
la Armada Roja está alerta y potente.
Vigila el ancho mar
del enemigo afán
sus bayonetas bajo el sol
por Rusia obrera, patria del mundo
se alzan dispuestas a luchar!...*

Otras veces era la estrafalaria canción sacada por Gabriel Barceló en La Cabaña, y que llegó a ser el canto más popular en las prisiones:

*¡La plutocracia nombró al General
perro, asesino, ladrón y vulgar!
¡Y sobre el trono imperial se sentó
un tipo abyecto, senil y hablador!
¡Obreros, hacha es
su nombre en portugués,
y un hacha ha sido
del régimen burgués!
¡Machado mata,
Machado expulsa
su nombre es hacha en portugués!...*

En otra, en la predominaban los elementos puramente universitarios, era el *Himno Caribe*, con modificaciones insolentes, lo que se cantaba con más frecuencia:

*¿Quién vive? ¡Caribe, caribe, caribe!
Anacarina roto, macana macaná
¡Vi-vá!... ¡Vi-vá!*

*Despierta y levántate caribe
que tus enemigos te quieren arrollar..*

*Despierta y levántate caribe
Que tus enemigos te quieren arrollar*

*¡Anacarina, Machadato...
Caribe roto, Universidad!...*

*Al team que tiene ahora la Universidad,
sólo se le prende de casualidad...*

*Al team que tiene ahora la Universidad,
Sólo se le prende de casualidad*

*¡Óiganlo bien, óiganlo bien
y no jodan más!...*

Y siempre, al final, el «¡Muera Machado!» que provocaba la intervención de los soldados, para que «no los comprometiéramos»...

Así se fue venciendo el camino, y en el amanecer tranquilo, como en una postal de a *nickel*, llegamos a la ensenada de Batabanó, en donde nos esperaba el «24 de Febrero», para trasladarnos a Isla de Pinos.

Pero el cañonero era como nuestro y su comandante, el «Comandola» Loys, un hombre simpatiquísimo y muy inteligente, que se las sabía entender con nosotros a las mil maravillas. Por eso, al ser tan bien recibidos por toda la tripulación y por los oficiales, nos encontramos como en nuestra casa y nos dispusimos a pasar un agradable rato, antes de caer en Presidio, la sombra gris de nuestra imaginación.

Capítulo III

El Comandola

El comandante Felipe Loys era nuestro amigo desde la primera ocasión en que habíamos sido trasladados a Isla de Pinos, a la Cárcel de Nueva Gerona. En aquella oportunidad, como él decía, «nos había apagado un farol con otro farol». Lo que ocurrió fue que nosotros, que veníamos custodiados por más de cuarenta soldados, nos habíamos puesto a dar desaforados gritos, ya dentro del mismo barco, sin respetar a los oficiales que nos conducían; entonces se apareció él y dando unas tremendas voces de verdadero lobo de mar en medio de una tempestad, logró callar nuestros gritos, por la sorpresa y por la solemne autoridad que había empleado. Había rugido:

—¡Oficial de la escolta!... ¡No puedo permitir estos gritos en mi nave de guerra!...

Luego, a punto ya de partir, «la nave de guerra» se había embarrancado con el peso de todos nosotros y fue necesario que bajáramos a ver si se le podía «dar cranque»... Inmediatamente comenzó el relajo criollo y se le estropeó el plante al «Comandola», como empezó a decirsele enseguida, utilizando la palabra inventada por Fernando López.

Pero es que ni por eso pudo arrancar «la nave de guerra», y el Comandola, desesperado, aullaba de tonantes órdenes desde el puente de mando, que el sufrido «24 de Febrero», como un Ford del primer modelo, no podía cumplir por más que sus maquinarias rugieran como las del mismo «Bremen»...

Nuestra hilaridad y la de los propios soldados provocó una disposición heroica del Comandola: ¡Que se le diera remolque a «la nave de guerra»!... Y entre unánimes aplau-

sos e imitación de voladores y cohetes, pudo por fin despegar del fango el glorioso e inédito cañonero... Cuando por fin logramos penetrar en «la unidad de nuestra escuadra», el Comandola conservaba en la cara los signos de la tragedia y durante una hora larga después de haber partido, paseaba por entre nosotros con el hosco gesto de un Hamlet acabado de pintar, y exhibiendo una impresionante y niquelada Paravellum, que se le salía una cuarta por debajo de las nalgas...

Pero a la hora del almuerzo —que había dispuesto que fuera estupendo—, empezamos a congraciarnos con el Comandola y al poco rato ya aquello era una fiesta, enredándose en dicharachos con el Nelson cubano Cuchi Escalona, Totico Tamés y el Chino Seijas, a la vez que discutía sobre comunismo con el Cojo Estrada.

Pronto comenzó a hablarnos mal de todos los presidentes que Cuba había padecido y a demostrarnos que aquí lo que imperaba era el relajo más descomunal. Con el objeto de mostrarnos lo que era la Marina de Guerra, le pidió al teniente Mondéjar que nos enseñara el funcionamiento de los cañones, para terminar diciéndonos:

—Bueno, pues ya los saben manejar. ¡Ahora, si los disparamos, se abre esto en dos y nos vamos todos pa'el carajo!.

Nos había dicho:

—De todos ustedes los únicos que tienen la razón son los que simpatizan con el comunismo. Porque eso tiene que ser algo bueno cuando le ponen tantas trabas... Pero está muy lejos todavía y es «un tarro»... Los demás... Ya los ven con tantos griticos de «Abajo la tiranía y muera el dictador!»... Bueno, pues a muchos los veremos de representantes y senadores y robando igual que estos de ahora!...

Y así era el Comandola, cubano ciento por ciento, conocedor irónico de la vida nacional y de sus porquerías como ninguno de los sociólogos e historiadores que la han profundizado, y por eso nos llevábamos con él «a la

campana», y un viaje en su cañonero, aunque fuera para ir a encerrarnos en el Presidio, representaba para nosotros una oportunidad estupenda.

Esta vez, al llegar al barco, como ya había hecho un relato burlón para los periódicos sobre nuestra primera aventura «en su nave de guerra» preguntó:

—¿Dónde está el jodón ese de Torriente?

Y me dijo:

—Compadre, no me ponga más nombres ahora, porque ya hasta los hijos me dicen Comandola...

Luego se puso a contarnos de cómo el presidente Zayas, de quien él había sido Ayudante, se había burlado del embajador Crowder, y de cómo algunos jefes de la Marina se las arreglaban para que el presupuesto de carbón fuese siempre alto, a pesar de que casi nunca salían los barcos de los puertos y bahías.

—Y eso será igual en Cuba, hasta cuando triunfen los comunistas, allá para cuando mis nietos tengan nietos... —comentó.

Pero cuando nos reímos nosotros con ganas fue a la hora del almuerzo en que nos sirvieron un estupendo arroz con peto, el pez favorito del «batación» Machado. Entonces nos hizo una interpretación suya de cómo se efectuaban las famosas pesquerías del Asno.

Según el Comandola, toda la canalla dorada que lo acompañaba, lanzaba sus anzuelos y tan pronto sentían la picada del peto, amablemente lo cambiaban con el del Monstruo «para ver si tenía mejor suerte que ellos»... Y así, al terminar la pesquería, la Bestia ostentaba un récord de campeón del mundo... El Comandola llegaba a admitir la posibilidad de que llevaran los petos en viveros para que la pesca fuese «más difícil y habilidosa»...

Entre los cuentos del Comandola y las conversaciones con los marineros y maquinistas amigos se fue venciendo el camino y ya en las primeras horas de la tarde, cuando nos entreteníamos en mirar desde las cofas el vuelo de las corúas sobre los peñascos y el nadar elegante y juguetón

de las toninas, comenzamos a ver las lomas de Isla de Pinos...

Luego, en el atardecer ya divisamos las circulares del Presidio, llenas por tres mil hombres solos en el mundo, y la verdadera, la sombría sensación de soledad absoluta que da la Isla desde el mar, nos invadió un momento. La leyenda bárbara se infiltraba hasta en el paisaje y algo profundamente trágico nos conmovió el ánimo. No era el terror, porque nadie allí era capaz de sentirlo. Era la sensación de que también a nosotros nos iban a devorar el silencio y la soledad...

Capítulo IV

El discurso

El muelle estaba solitario cuando llegamos. Nadie nos esperaba. El Comandola fue hasta la caseta del teléfono que hay en el fondo y vino evidentemente preocupado. En Presidio tampoco había noticias de que íbamos a llegar, según nos dijo. Se nos regaló unas cuantas toronjas a cada uno. Sobre una roca saliente de las aguas se posaron dos corúas. Alguien entonces, habló del arroz con corúa. El Comandola hablaba en el puente con el teniente Mondéjar y el Oficial de máquinas. Entre nosotros comentábamos que tendríamos que realizar trabajos en las canteras. El Comandola nos mostró dubitativo el sobre cerrado. Decía: «Sr. Jefe del Presidio. Nueva Gerona».

—Esto no debe ser para aquí, sino para la Cárcel de Nueva Gerona —comentó como para darnos esperanzas. Y así se fue pasando el tiempo hasta que comenzó a caer la tarde con la rapidez usual en el trópico.

Más tarde el Comandante me dijo que si se demoraba cinco minutos más la escolta, leva anclas y no se aparece allí hasta por la mañana, pues de esa manera habían matado a Arroyito y su grupo. Dejaron llegar la noche para recibirlos y a la mañana siguiente, cuando el cañonero llegó a Batabanó, supieron que «habían intentado fugarse»...

—Y la jugada no me la repiten... ¡Y con ustedes menos! —aseguró.

Por fin llegó la escolta en dos camiones. Nos pasaron lista en el muelle y nos despedimos de la gente del barco con amistosos adioses.

La fama es la fama: todos aquellos soldados tenían caras de asesinos. Y los mandaba el teniente Máximo Gómez Jor-

ge, de receloso aspecto, y que ningún parentesco tenía con el Generalísimo Máximo Gómez.

Al lado mío, en la marcha, iba Raúl Roa, y me dijo:

—¿Cuántos habrá matado este? —y me señaló un sargento negro que iba casi al lado de nosotros. En la imaginación de todos vibraba la pregunta, de modo persistente.

Caminando entre los soldados, con nuestros bultos al hombro, parecíamos los prisioneros de alguna escaramuza. Éramos veinticuatro.

Ya en los camiones, hacinados junto con los escoltas, nos atrajo la atención el paisaje y la estupenda carretera.

Todos lanzábamos exclamaciones admirativas, porque en realidad era interesante el paisaje, estaba bien cuidado todo. Los campos de cultivo ofrecían una simetría perfecta y se notaba que el terreno, poco generoso de por sí, era aprovechado hasta el límite.

De pronto, uno, Roa, audazmente, comentó:

—¡Y pensar toda la sangre que ha costado esto!...

Y otro respondió:

—¡Caballeros, no se «atraquen»!...

La realidad es que de este diálogo instantáneo, en medio de los soldados que nos custodiaban, surgió una nueva y tácita línea de conducta entre nosotros. El aislamiento a que se nos sometía obraba sobre todos y era necesario adoptar otra línea de conducta. En lo adelante, una habilidad que nunca habíamos sospechado tener, rigió nuestra actitud, que no por eso dejó de ser digna en ningún momento. ¡El Presidio comenzaba a transformarnos apenas llegados a él!...

Los camiones enfilaron la carretera que conduce directamente al edificio de la Administración del Presidio, amplio, reluciente, espléndido. En arco, las casas nuevecitas de los empleados. Al fondo, dos edificios cuadrangulares y modernos y las cuatro circulares gigantescas, rodeando como elefantes en descanso, a la quinta circular, más chata, la del comedor.

El escenario intenta ser amable, pero no lo consigue a fuerza de frialdad. El edificio de la Administración semeja la entrada a algún recinto solemne. Algo como el comienzo de una universidad. Y, en parte, algo también parecido a esa llegada de los muchachos a un colegio grande y lejano de la casa familiar, era lo que producía en nuestro ánimo la recepción circunspecta que se nos hacía, a pesar de nuestra estrafalaria facha, en el casi lujoso y monumental vestíbulo de la entrada. Allí se nos alineó, con los bultos en el suelo. Y se hizo inmediatamente un silencio augusto, uno de esos silencios que se oyen pocas veces en la vida... ¡De veras que se oía el humo de los cigarros!... Los ojos oían rodar la volutas unas sobre otras, y ascender y desvanecerse... De pronto, como los grandes sucesos, que sorprenden aunque se esperan, apareció el capitán Castells. Cuarenta y ocho ojos lo iluminaron de arriba a abajo, como a la torre de un edificio...

Quedó bien grabada la escena. No se nos olvidará. Era un hombre grande, alto y corpulento. La cabeza voluminosa y la cara rosada. Ojos de líneas vagas. Voz un poco ronca, pero clara; las piernas abiertas, como para montar a caballo, y un tanto zambas; el vientre abultado y la cintura quebrada, hacia adelante; manos grandes y expresivas. Una figura con personalidad evidente e impresionante. Parecía una caracterización de Wallace Berry en un papel de villano.

Comenzó a hablar, a su lado, a su espalda más bien, un grupo de mandantes sargentos mayores, de un blanco impoluto, de velas de regata. Los soldados, con los *springfields*, en «descansen armas».

Comenzó a hablar. Y al comenzar tuvo un gesto estupendo. Recorrió con la vista a los que lo miraban y le preguntó a uno del extremo:

—¿Cuál es su nombre?

Le respondió Guillermo Estrada. El Cojo Estrada, airoso aun encaramado en sus muletas revolucionarias. Comenzaba con un gesto habilidoso de simpatía humana que no se nos escapó.

Enseguida dijo:

—Señores: Este Penal es una casa de disciplina y de orden. Aquí todo se hace de acuerdo con un reglamento oficial *acatado* por todos. Esta es una casa de disciplina y reforma, y también de trabajo. Todo aquí se realiza bajo un plan humanitario, porque a mí no me gusta hacer el mal; al contrario, más bien me gusta hacer el bien que el mal y todo el que me ayude es mi amigo... Y el que no me ayuda *no es mi amigo*... La disciplina que yo tengo aquí es una *disciplina necesaria y bastante rígida*, pero igual para todos; es, en una palabra, una *disciplina consciente*. Yo espero que ustedes, que son personas educadas y de *inteligencia* comprenderán todo esto y la necesidad de que nos rijamos todos por una disciplina consciente, y que *no tendremos dificultades de ninguna clase*...

»Ahora, yo realmente no los esperaba, y por esa razón no tienen preparado su alojamiento definitivo, que se les dará mañana. Asimismo, como han llegado después de la hora de comida en el Penal, habrá que prepararles algo especial y será necesario que esperen algo...

Había hablado con calma, acentuando algunas expresiones, sin una interrupción, en un silencio que iba aumentando, como un crescendo orquestal...

Era demasiado; pudiera parecer hasta miedo quizás. Entonces uno de nosotros se sintió en la necesidad de decir algo, para romper el silencio y para aclarar el fondo de veladas advertencias. Exclamó:

—Quiero decir dos palabras...

—Diga, diga —contestó el Capitán, con un gesto de sorpresa, como si fuera inaudito aquello... Los trajes blancos de sus acompañantes se agitaron inquietos y nerviosos... Y los hombres miraron con azoro...

—Nosotros tenemos fama de desordenados y de provocadores de escándalos, cuando la realidad es que, en las otras prisiones en donde hemos estado, y en donde hemos conquistado esa fama, se ha intentado tratarnos poco menos

que como a cerdos humanos, y como eso estaba en contra de nuestra dignidad, nos hemos rebelado, luchando por nuestros derechos. Por eso ahora le pedimos que nos dé a conocer ese reglamento de que usted habla, para conocer cuáles son nuestros derechos y nuestros deberes.

Así se le habló, con la voz un poco vehemente, y el Capitán respondió amabilísimo, que todo se nos daría a conocer poco a poco, repitiendo una vez más que la disciplina a la que íbamos a estar sometidos era una disciplina consciente, y que sin duda no tendríamos con él ninguna dificultad. Y se despidió:

—¡Hasta mañana, señores!

Con el murmullo de la multitud que sale de una catedral, salimos de aquel edificio y nos llevaron al de Selección e Ingreso, en donde nos registraron uno por uno y numeraron nuestros paquetes para registrarlos también más tarde.

Los mayores nos trataron exquisitamente, y así se iniciaron los dos años de vida que íbamos a estar allí, entre amabilidades e hipocresías casi inverosímiles.

Luego, cuando en plena noche ya, desfilamos por las calles del Presidio con rumbo al pabellón del hospital, a donde íbamos a dormir, pasando por entre las moles de las circulares, comparables a inmensos tanques de petróleo, experimenté una sensación de pequeñez que más nunca he sentido. Ni cuando, en la emigración, he pasado por las aceras de Nueva York filadas por los monstruosos rascacielos...

Desde las rejas, iluminadas de amarillo, nos miraron pasar los presos... los hombres del eterno silencio...

Capítulo V

¡Incomunicados!

La mañana siguiente a la noche de nuestra llegada, Badell nos lo comunicó devolviéndonos las cartas escritas por la noche: estábamos incomunicados por orden superior. De toda la correspondencia escrita por nosotros sólo logró salir mi carta a Teté Casuso, por haber sido entregada la primera.

La noticia, de momento, nos causó efecto, aunque no por nosotros mismos, incapaces de darnos cuenta momentánea de su magnitud.

Habíamos salido de La Habana por sorpresa, sin oportunidad para avisar a nuestros familiares, y ahora nos encontrábamos imposibilitados de hacerlo desde Presidio... Desde Presidio, cuya fama era tan siniestra, y en donde nos suponían pendientes de terribles castigos. El pensamiento de esta angustia familiar nos molestaba persistentemente por encima de todo y nos pusimos a calcular hasta qué punto era densa la incomunicación que nos rodeaba.

Desde el primer momento, como algo instintivo, desecharmos la idea de sondear a los mandantes que nos custodiaban. Esos, no sólo serían fieles a la consigna recibida, sino que denunciarían al Capitán nuestro intento de soborno.

Pero la «disciplina consciente» nos abría las puertas de una posibilidad y la utilizamos.

La «disciplina consciente» llegaba hasta brindarnos la oportunidad de que el médico nos visitara y el dentista nos sacara las muelas malas y nos arreglara las que aún servían para algo. El médico y el dentista, que no eran reclusos, resultaban, pues, los dos únicos medios de que disponíamos.

Al médico lo rechazamos *a priori*. El que estaba en esos días era un sustituto provisional y no se iba a comprometer.

Evidentemente, había que sondear al dentista. Aureliano y Raúl, que desde el primer día fueron al gabinete, se encargaron de explorar con habilidad el terreno y obtuvieron un magnífico resultado: el hombre se prestaba para hacer llegar cartas a nuestras familias. A muchos nos fue necesario, desde entonces, ir a arreglarnos la boca...

Yo tenía una muela empastada desde hacía mucho tiempo y me pareció prudente revisar el empaste. En efecto, el dentista me lo quitó, me puso uno nuevo, y como parece que no quedó muy bien, pues me lo volvió a quitar para ponérmelo otra vez... Y así hubiera seguido mi muela hasta el fin de los siglos si no es porque al cabo, después de treinta y ocho días, llegó la orden de suspender la incomunicación.

El doctor Crucet, encargado del gabinete dental del Presidio Modelo, era un hombre cuarentón, simpático, dicharachero y amigo de los cuentos verdes. Su ayudante le hacía el juego perfectamente y, según parece, era un experto mecánico dental. Estaba sacando muelas en Presidio por ejercer la profesión ilegalmente en la calle...

—¡Esto tiene rabia!... Por sacar muelas cobrando, en la calle, tengo que venir aquí a sacarlas de gratis... y allá fuera es ilegal y aquí no! —decía.

No dejaba de ser emocionante para nosotros la violación de lo que se nos imponía.

Con frecuencia, en el gabinete, muy pequeño, de un solo sillón, estaban junto con nosotros, dos y hasta tres mayores, vigilándonos, escuchando aun lo que nos decía Crucet. Por lo común, eran Badell y Domingo, quienes nos acompañaban, pero a veces se añadía Durán, otro mayor que luego habría de ser nuestro «jefe». Materialmente, resultaba imposible pasarles algo por las mismas narices a aquellas gentes, acostumbradas a la trampa, con ojos de águila para las pille-rías. Y, sin embargo, se las pasábamos...

Me doy gusto contando esto ahora, porque gracias a nuestra habilidad, los familiares de nosotros pudieron tener noti-

cias nuestras, a pesar de las disposiciones superiores, que venían desde el mismo Machado, pasando por Alberto Barrera, para ser cumplidas en el infiltrable engranaje construido por Castells en el Presidio Modelo.

El doctor Cruçet, que se jugaba el puesto, es decir, la comida, y hasta algo más acaso, es natural que se mostrase nervioso en todo aquel manejo. Nosotros, en cambio, ganábamos la tranquilidad de nuestras casas y empleábamos en ello audacia e ingenio.

¡*Juan Cristóbal!*... ¡Cuántas veces el incomparable libro de Romain Rolland no me sirvió para llevar en sus páginas la carta a Teté Casuso! La llevaba en él, y luego, después que salía del Gabinete, decía:

—¡Ah!... ¡Se me quedó el libro!...

El mayor me acompañaba celosamente y ya venía dentro la contestación de ella a la anterior mía...

Otras veces ofrecíamos los últimos cigarros de una cajetilla a los mismos vigilantes y luego tirábamos esta al cesto de la basura. Cuando nos íbamos, ya Cruçet sabía que en ella estaba nuestra carta, estrujada como un abrazo...

Algunas veces, mientras nos escarbaba alguna muela, nos decía casi dentro de la boca:

—Hoy no puede ser; tráiganla mañana...

Y mezclaba sus palabras con observaciones sobre nuestras dentaduras y con alguno que otro chiste.

Un día nos dijo, refiriéndose a uno de los mayores que nos cuidaban:

—Ese es un asesino... ¡pero de los de marca mayor!...

Otra vez:

—El Capitán ha «limpiado» esto...

Y enseguida, justificaba a su manera:

—Pero la realidad es que hacía falta... Antes, por donde quiera se veían caras de amenazas y presos que se entraban a puñaladas...

Y así, poco a poco, se nos fueron filtrando las primeras cosas, tan ocultas, que, como las cajas de banco, sugerían

irresistiblemente la idea de que dentro había algo... Mas un día, por fin, sorprendieron a Cruet en el cambio de unos recortes de periódicos, que le entregaba a Rafael García para Fausto Menocal, y ello, cuando ya se había levantado la in-comunicación. Le costó el puesto y el retiro, pues su carrera de empleado iba a terminar unos meses más tarde. Que yo sepa ninguno de los gobiernos «auténticamente revolucionarios» que han ocupado el poder después de la «brillante» fuga de Machado, ha hecho nada por él...

Dicen que al botarlo de su puesto, Castells lo increpó de manera violenta, echándole en cara que más fieles le habían sido «sus presos» que él, que era un hombre libre.

Yo no sé qué le contestó Cruet, pero muy bien pudo decirle que prefería ser útil a los que luchaban contra la dictadura a ser utilizado en el despreciable papel de espía...

Capítulo VI

La «disciplina consciente»

Acostumbrados a las destartaladas colombinas de El Príncipe y a las chinchosas camitas de hierro de La Cabaña; acostumbrados también al hacinamiento y a la porquería incalificable del Vivac de La Habana, a los pisos perennemente sucios, a los inodoros descompuestos y repugnantes y a las duchas sin agua, nuestro asombro al llegar al pabellón número dos del hospital del Presidio, una de cuyas salas se nos dio para pasar la noche, tuvo algo del azoro del guajiro que visita por primera vez una ciudad grande y moderna.

En los pisos pulidos se reflejaban las luces eléctricas, como en un espejo; las paredes, revestidas de yeso fino, parecían sábanas blancas tendidas al sol; nuestras voces, al entrar, no sé por qué me parecieron las primeras que se oían allí, de tanta quietud como se notaba; las camas nuevas, vestidas en su estreno, parecía que iban a hacer la primera comunión de blancas que lucían; pero los baños, sobre todo, cautivaron nuestro interés: de mármol y con piezas niqueladas, eran verdaderamente lujosos. Yo nunca, ni antes ni después, he tenido la oportunidad de usarlos mejores. Las duchas caían con el ímpetu y la copiosidad de aguaceros del trópico y era una delicia estar bajo ellas ratos enteros. Y en la bañera, de mármol también, daba gusto meterse. Pepelín Leyva enseguida la llenó y se puso a dar dentro unos bufidos de ballena, de puro regocijo. En realidad, desde que estábamos presos, hacía más de dos meses, no nos habíamos podido dar un baño a gusto, urgidos siempre, o por la escasez del agua, o por el tiempo limitado que nos tenían en «Las Playitas» en El Príncipe. Ahora, al vernos tan infantilmente contentos ante

tanta agua y tanta limpieza, los mandantes sonreían complacidos, casi paternalmente, y sólo nos decían:

—Apresúrense, apresúrense, que ahorita viene la comida y ya es tarde...

La comida nos la trajeron unos servidores vestidos a la clásica manera, con cofia y delantal blanco, y estaba caliente, sabrosísima y abundante. Sobre todo comimos de un estupendo picadillo que nos trajo la esperanza de que tal vez la comida de todos los días fuera así...

Raúl Roa dormía como si tuviera el estómago de un marinero de goleta y decía, con sus gestos desarticulados:

—¡Venga disciplina consciente!... ¡Millones de años!...

Después de la comida nos sentamos en el amplio patio cuadrado y allí los mandantes, Domingo, Lugo y Valoira se pusieron a hacernos el elogio del «Capitán»...

Del «Capitán», porque en sus bocas, especialmente en la del primero, esta palabra cobraba un sentido único, como si no hubiera más que un capitán en el mundo.

—¿Ustedes ven este piso? Bueno, pues el gusto del Capitán es, cuando viene alguna «visita grande», quitarse los guantes, pasar la mano por el piso y enseñarla sin un polvito... ¡Ah, eso sí! ¡Que no haya ni un polvito, porque él lo tiene advertido!... ¡Ese es un hombre!...

A las nueve sonó el toque de silencio, largo, agudo y quejumbroso como un lamento, y nos acostamos callados, apenas con cuchicheos, burlándonos de nuestra actitud Carlos Prío decía en voz baja:

—¡Caballeros!... ¡mucha «disciplina consciente»!...

A la mañana se apareció el capitán Castells y le pedimos que nos dejara dar baños de sol y accedió, jugar en el patio, y accedió, con la sola condición de que no hiciéramos ruido, por los enfermos del hospital; le pedimos que,

en vista de que estábamos incomunicados, se hiciera saber a nuestras familias que estábamos bien, y nos dijo que ya se había ocupado de ese asunto y que había contestado algunos telegramas; a Alejandro Vergara le comunicó que su hermana había pedido que le hiciera unas líneas; a todo accedió...

—¡Vamos a pedirle la libertad, caballeros! —dijo uno... Empezamos a sospechar si no se exageraría en todas las leyendas vertidas sobre el Presidio Modelo. Y con disimulo fuimos dejando caer algunas preguntas:

—El Capitán era un hombre; era un amigo; era un compañero; era un sacrificado; se levantaba antes que todo el mundo y se acostaba más tarde que nadie; no iba casi nunca a visitar a su familia; era el protector de los presos; devolvía dinero del presupuesto; comía lo mismo que los presos...

Eran demasiados elogios y desde entonces nos entró la sospecha de que nos quería «bajear»; de que el Capitán era un hombre inteligente, que no quería tener tropiezos con nosotros, y nos dispusimos a aprovechar esta circunstancia. Además, no teníamos motivos justos de protesta, porque cada día la «disciplina consciente» fue haciéndose más flexible y llegó hasta el punto de que dejamos el juego silencioso y los *shadow-cheers* (*cheers* mudos, con gestos), por unos escándalos de verdadera casa de locos. Esto comenzó a ocurrir cuando llegó la próxima cordillera de presos políticos, que nos trajo algunas personalidades de influencia y algunos amigos y conocidos del capitán Castells, como Fausto Menocal, Eugenio Sardiñas, Julio Cadenas, Alfredo Lima, Álvarez Tabío, Federiquito Morales, Enrique Pedro y otros.

Por último, la «disciplina consciente» nos concedió herramientas para trabajar la madera, y maderas preciosas también: granadillo, yaití, guayacán, yayajabita, etc.; nos concedió, con disimulo, evidente, el que hiciéramos fuego para cocinar algunas cosas y, finalmente, para rematar, los

dos últimos meses se nos cedieron los dos terrenos de beisbol del penal para que todas las tardes jugásemos en ellos durante hora y media...

Hasta este punto llegó la «disciplina consciente», en el Presidio Modelo.

Se nos trató como para que no tuviéramos derecho a quejarnos... Pero estuvimos demasiado tiempo en Presidio, y a lo largo de los días, sucesos aislados, observaciones variadas, relatos de los propios presos con quienes hacíamos amistad y, sobre todo, la constatación constante de una disciplina tan rígidamente observada que hasta los locos la seguían al pie de la letra, nos fue comprobando que la leyenda tenía mucho de historia, y nos fuimos acostumbrando a la idea de que si no teníamos derecho a quejarnos, algún día tendríamos el deber de hablar...

SEGUNDA PARTE
HOMBRES DEL PRESIDIO

Una serie de hombres se encargó de mantener entre nosotros la «disciplina consciente»... Fueron nuestros mandantes. A cada uno, algo le arrancamos de lo que era el Presidio en realidad. El simple desfile de ellos es como una serie de episodios, y por eso yo los evoco aisladamente, como una siniestra galería biográfica.

Con todo y mantenerse entre ellos el espíritu del Jefe Supremo, cada uno es un rostro aparte, una página distinta, un protagonista diferente. Cada uno sobresale por el desarrollo de eminentes «virtudes» de presidiario. El recuerdo de estos hombres es lo que más nos hace pensar que no fue un sueño, que de veras estuvimos dos años en Presidio, en el «Antro Modelo», como le llama José Rodríguez Villar.

En medio de estos hombres, el recuerdo de Cristalito, presidiario también, llena de claridad humana mi imaginación atormentada.

Capítulo VII

Domingo el Isleño

Domingo el Isleño, no era isleño según muchos: dicen que era de Venezuela; pero tenía ese aspecto de robustez excepcional que es tan frecuente entre los nativos de Canarias.

Era un hombre de mediana estatura, hombros poderosos, cuello macizo y facciones rudas; en la boca, amplia e insolente, le brillaban dientes de oro; tenía la carne de ese color rojo morado, característico en las personas capaces de violencias brutales, parecía que la sangre le trepidaba en su vertiginoso circuito por venas y arterias; cuando pulseaba —y no se sabía de nadie «que le tumbara el pulso»; por su poderío natural o por «política» de sus contrarios— el cuello se le hinchaba, la cara se le ponía de un morado sombrío, como una ciruela madura, y las venas le iban creciendo, creciendo, verdeazulosas, como la ramazón de alguna enredadera...

La fama de sus descomunales fuerzas dura aún en Presidio. Todos los presos cuentan que llegó a él por matar a un hombre de una trompada, y que, en cuclillas, se dejaba montar un hombre en cada brazo, se levantaba, y los paseaba orgulloso... Un día, iracundo, le rompió a un buey una costilla de un puñetazo...

Olvidaba decir que este hombre, Jefe del hospital del Presidio, tenía ojos chiquiticos, rojos, inyectados, tan frecuentes en los alcohólicos.

Con su aspecto repulsivo, jactancioso, la misma noche en que llegamos, este hombre, que disfrutaba de la confianza absoluta del Jefe del Penal, hasta el extremo de ser el *mayor* de la enfermería, nos dio la primera funesta impresión de lo que tenía que ser aquello en realidad.

Por perfectas que quieran hacer los hombres sus cosas, siempre aparece la pifia por alguna parte. En el *camouflage* que se nos preparó en Presidio —sanidad en apariencia estupenda, edificios magníficos, orden, tranquilidad y silencio— el error inicial estuvo en poner a Domingo el Isleño como *mandante* de nosotros. Con su presencia ese hombre no podía engañar a nadie. En una selección hecha por el mismo Lombroso, hubiera figurado en los primeros lugares, sin discusión ninguna...

En el patio del pabellón, después de haber comido, la noche de nuestra llegada, Domingo se puso a hacernos el elogio del «Capitán»... Porque sin duda, para él, el único capitán del mundo era el capitán Castells...

—Eso es un hombre... —decía—. Por ese hombre echo yo rodilla en tierra y fuego pa'lante... Él ha sido el único que ha hecho por mí. Porque él dice que quien es su amigo lo protege y lo saca pa'la calle. Yo, «caí» con doce y ahora para octubre pienso irme... Y su voz enronquecida adquiriría una entonación de sincero entusiasmo.

Y es verdad que hacía por cumplir fielmente las instrucciones que recibía, pues era amabilísimo; trataba de serlo, mejor dicho, porque así como el elefante, por más que se le enseñe, no puede bailar con gracia, así también hay personas incapaces de ser cordiales.

En una ocasión nos trajo a dos presos negros que tenían fama de improvisadores. Uno, sobre todo, parece que contaba con especial crédito entre los reclusos. Y allí los hizo improvisar décima tras décima, en elogio al Capitán, al Presidio y a él mismo... Cuando alguno, en la riposta, se demostraba más de lo acostumbrado, le decía impaciente:

—¡Dale! ¡Dale!

Otro atardecer se apareció con una vieja guitarra, y con el gesto alegre, y no sin cierta maestría, estuvo rasgueando el instrumento con aires exóticos.

De él no teníamos más que esa sospecha tan intensa que equivale a la evidencia, y que, sin embargo, no vale nada, aunque sea paradoja. Pero una mañana, al preguntarle Roberto Lago y yo que si no había una balanza para pesarnos, se puso con impertinencias cuando le manifestamos nuestra extrañeza de que no la hubiera en un hospital que parecía tan bien dotado. Yo tomé a estupidez su actitud, pero Roberto me llamó la atención:

—¡Pero si está borracho! ¿No le has notado el olor en la boca?

Entonces nos intrigó cómo era posible que aquella gente pasase el ron; más tarde nos lo explicamos todo. Quería decir que la «disciplina consciente» alcanzaba hasta para que los privilegiados pudieran tomar sus tragos...

Aún tuvimos otra comprobación más terminante: en una oportunidad en que también lo encontramos en ese grado de la borrachera en que todo se vuelve locuacidad y movimiento, pudimos observar claramente que llevaba un revólver, de brillante cañón niquelado...

Ya sabíamos que en el Presidio Modelo, algunos presos podían tomar bebidas y aun portar armas de fuego... El Capitán parecía un hombre demasiado astuto para que esas cosas se hicieran sin su conocimiento...

Nosotros, que íbamos obteniendo paulatinamente todo lo que podíamos, representamos para este hombre una ocasión de choque. Se le notaba que no se sentía bien sino hablando bronco y amenazando, y con nosotros le estaba vedado el hacerlo. Así, tuvo que tener un choque al fin y al cabo.

Una noche, después del toque de silencio, Miguel Montero y yo nos quedamos jugando al ajedrez. El leve impacto de las piezas al cambiar de lugar era lo único que se sentía en la noche... En esto una pieza cayó sobre el tablero, al cambiarla de posición. En el momento acudió desde fuera Badell, otro *mayor* de quien tendré que hablar, para decirnos con

buenas formas que dejáramos el juego, que hacíamos ruido y que molestábamos a los otros presos que se tenían que levantar muy temprano. Le dimos la razón y no sucedió nada.

Pero al amanecer, cuando todos dormíamos, se apareció Domingo como un desaforado, «tirando» charlatanerías de que:

—A mí sí que hay que respetarme, porque yo no consiento que nadie se burle de mí y no creo en «papelitos» —se refería a los periódicos— porque lo mismo que entré aquí una vez entro dos... Y si esto sigue así cojo y le doy cuenta al Capitán...

El escándalo nos fue despertando y en el neblisueño de los primeros bostezos nos preguntábamos a qué obedecería aquella irritación. Para su mala fortuna, Bernardo Blanco tenía esa mañana una de sus malhumoradas madrugadas y le gritó:

—¡Coño, no jodas más!... ¡Vaya y dígame al Capitán lo que le salga de los cojones, que aquí nadie le tiene miedo a él, ni a usted ni a nadie!... Y váyase a armar escándalos a otra parte y deje dormir...

Desde aquella mañana muchos no le volvimos a hablar por más que no dejaba de ponernos cara sonreída cuando el Capitán venía a visitarnos, con su corte de ayudantes y sus inseparables guantes de cuero...

Por eso, teníamos el ánimo predisuesto contra él y estábamos prontos a dar crédito a lo que nos contaran sobre sus crímenes. Y lo cierto es que, como confirmación de nuestro juicio de entonces, apenas fue puesto en libertad volvió a caer en prisión.

Un día, con un preso que estaba a punto de salir, y que, por lo tanto, ya hacía confianza en nosotros, comentábamos regocijadamente el aspecto afeminado de uno de los servidores del pabellón, siempre vestido de blanco y oloroso a barbería barata.

—¡Muchacho!... ¡ese es «la carne» de «esta gente»! («Esta gente» eran los *mandantes*). ¡Ah!... Pero ahora se vienen a «desayunar» ustedes... Aquí todos estos «tipos» tienen sus «carnes»... Y el que no lo es a la buena lo es a la mala... ¡Vamos!... E hizo con la boca eso que nosotros llamamos «freír huevos»...

Los presos que estaban a punto de salir, cuando uno había hecho amistad con ellos, mostraban siempre deseos de hablar... Era como si se les hubiese acumulado el silencio receloso y les fuera necesario romperlo... Nosotros siempre «les buscábamos las cosquillas» para oír sus relatos. Ese día «le dimos cuerda» para que nos hablara de «la sodomía», sobre cuyo motivo tan sombríos episodios se han desarrollado en el Presidio. Y el preso siguió:

—Y ahora la cosa va bien, porque «éste» —el *mandante* de entonces— no es como Domingo, y, además, a «la muchacha» parece que no le desagrada el «oficio»... ¡Qué desgracia!... ¿Pero ustedes saben lo que se ha hecho aquí? ¡Horrores!... —Y repitió:

—¡Horrores!... —Y se mantuvo un rato moviendo el arco de las cejas y abriendo a toda luz los ojos claros...

Luego, mientras nosotros sólo oíamos, continuó:

—Ese Domingo que estuvo con ustedes... ese... ¡Ese era una bestia sin freno!... Tuvo una bronca con Cheché y por eso mandaron a este para El Príncipe, porque parece que no le consentía sus abusos con los infelices...

—Ese siempre tenía aquí algún «desgraciao» de estos... Porque para mí estos muchachos, lo que son unos enfermos, no me cabe duda; porque a nadie que sea normal le puede gustar eso; que no vengan con cuento de que el que prueba una vez se embulla. ¡Pa'l carajo!... Y soltó la risa pícaro del hombre que pronto va a salir a buscar una mujer...

—Pero una vez —prosiguió— parece que le cayó bien un chiquito del *ingreso* y pudo conseguir que se lo manda-

ran para acá. Ahora que resultó que el muchacho era *machito verdá* y que fueron inútiles los esfuerzos por *conquistarlo*... ¡No valieron ni las camisetas nuevas de seda, ni los polvos, ni las esencias!... Bueno, ¡nada!... Por fin, como el tipo ese de Domingo no era más que una bestia, le cayó a amenazas al muchacho y le dijo que le iba a meter en las celdas, que lo iba a mandar pa'La Yana... ¡El demonio colorao!... ¡Pero que va! El chiquito, con su cara bonita y todo, sin una gota de pelo, había venido aquí nada menos que por matar a un hombre frente a frente, y no *tragó*... No valieron con él ni regalos ni amenazas. ¡Y entonces, muchachos, una noche, me lo agarraron durmiendo entre Domingo y dos o tres cachanchanes y lo forzaron a la brava!... ¡A la brava, como oyes!... Por eso yo te decía que aquí era una coña caer preso, siendo joven y teniendo la cara medio bonita... Así como tú —y se dirigió burlonamente a uno del grupo—... ¡Muchacho, si se te ocurre caer preso aquí te comen *los leones*!... ¡Y como están las *panteras*!... ¡Esperando na'más que llegue la *carne fresca* para repartírsela!... ¡Y no vale que tú seas *macho* ni nada, si no fijate!... ¡O entras por las buenas o por las malas!... O te *limpian*... ¡O te *limpian*, así como suena!... Porque no les he contado lo mejor...

Y el preso hizo otra pausa larga.

(Yo, que siempre procuraba no perderme estas narraciones improvisadas, que tan agrio sabor tenían, lamentaba in mente que el narrador hubiese empleado un tono tan festivo para hacer un relato tan intensamente trágico, y pensaba: ¡Qué lástima!... ¡Qué buen cuento dramático podría hacerse con esto!...)

El preso terminó:

—Yo me voy el viernes y antes de volver por aquí hay que matarme como un perro... ¡Me juego la vida a una sola carta antes, mira tú!... ¡Hay cosas que, bueno... ni se creen!... ¡Ni viéndolas!... El muchacho ese, por la mañana, llorando de rabia... ¡Pero mira que eso tiene cojones!... ¡Que

uno aquí no pueda ser ni hombre siquiera!... ¡Llorando de rabia el muchacho, echando sangre todavía, se apareció en la fila y le expuso el caso al Capitán, para que lo mandaran al médico a reconocer y se castigase a los culpables!... Dicen que el Capitán le preguntó al propio Domingo qué había de verdad en el asunto, y este le contestó:

—Capitán, este lo que parece que es un afeminao empedernío y va a echar a perder el pabellón...

—Bueno, ¡pa' que te voy a decir ná!... ¡hasta hoy!... Dicen que el Capitán dijo que antes que nada había que mantener el prestigio de los *mandantes*, de sus hombres de confianza...

Capítulo VIII

Badell

Los primeros días que lo tratamos, nos dio la falsa impresión de que era uno de esos jóvenes, generalmente empleados de bancos, que caen presos por malversación de caudales, motivadas casi siempre por alguna querida vampiresa, o por el juego, o por las borracheras y *rumbas* con los *amigos*. Estos individuos suelen ser utilísimos en los penales porque, conocedores como son de todo el mecanismo burocrático, saben llevar a la perfección una oficina por complicada que sea.

Badell sabía dar esa impresión. Entre los presos tenía fama de poseer «la mejor cabeza» que había allí.

—Bueno, en realidad él es el Jefe de todo esto —decían. Y si no lo era, muchas veces lo parecía, pues actuaba como tal. Él se encargó desde un principio de todos nuestros asuntos relacionados con el exterior: correspondencia, paquetes, visitas, etc., e insensiblemente, Domingo el *mayor* del hospital, vino a ser casi una visita para nosotros. Hombre de inteligencia natural y servidor fiel del Capitán, parece que se dio cuenta de la necesidad de aislarnos en todo lo posible de aquel imprudente, demasiado hablador, y así lo fue haciendo, encargándose hasta de nuestras peticiones más insignificantes.

Físicamente, Badell era un hombre fuerte, pero decían que en realidad lo era mucho más de lo que aparentaba. Era de buena estatura, joven y de buen aspecto, aunque no dejaba de tener, y en alto grado, ese mirar receloso y turbio, tan común en tantos presos, y que en vano durante mucho tiempo intentamos descifrar. Después, con la estancia y la costumbre de irlos viendo y conociendo, llegamos a la conjetura

de si no sería ello el reflejo de una incapacidad para ver el lado noble de las cosas del mundo, el hábito ya de buscar en todo la parte traidora y cobarde del espíritu.

Un día supimos que había sido condenado a diez y siete años, pero que ya le habían rebajado un montón de ellos y que pronto se iría.

Otra vez, hablando con un penado, este nos dijo despectivamente:

—¡Compadre!... ¡tanta «historia» y ese está aquí por matar a una puta!... ¡A mí me daría vergüenza venir a Presidio por eso! ¡Por mi madre que sí!... ¡Y así se lo dije una vez, no vaya a creer!

Ya esta última parte sí que no la creímos, porque los presos tienen la invariable costumbre de terminar sus conversaciones con un comentario elogioso de su dignidad y su valor personal. Parece que un complejo de inferioridad se les va formando con el encierro y el terror, y en cuanto tienen una oportunidad de hablar sobre estas cualidades, anestesiadas a la fuerza en la prisión, la aprovechan infatigablemente. A ello tal vez obedece el que de rareza se encuentre un preso que haya «caído» por robo o hurto o estafa. Casi todos «confiesan» que están por «atentado», «por darle una trompada a un policía» o «por quitarle el rifle a un guardia»...

Badell, a fuer de habilidoso, tuvo un día un choque con nosotros. El único, porque salió escarmentado. Ocurrió que Saumell tuvo el conato de una pelea con otro individuo, un farmacéutico apellidado Mora, político menocalista, durante un juego de *volley-ball*. Aunque los separaron, quedó siempre el ambiente de *bronca*, por toda la tarde. Ya todos nosotros teníamos fama de *comunistas* y nos pasábamos el día en las eternas polémicas, típicas entre los obreros y estudiantes marxistas. Aquella pelea fue el primer puntal para la separación de los presos políticos en derecha e izquierda y Badell, conocedor de las opiniones del Capitán, se inclinó

decisivamente al lado de la derecha, en donde estaban los «políticos de arrastre». Fue tanteando las cosas y al cabo vino directamente donde estaba yo —que no había desempeñado otro papel en el asunto que el de inclinarme al lado de Saumell, por ser compañero mío— y, sin más preámbulo, violentamente me gritó casi... poniéndose rojo:

—Esto no puede seguir así... ¡A mí nadie me «pone rabo» y estas peleas se acaban o vamos a ver lo que pasa aquí...; y no quiero ver más reunioncitas ni más discusiones de comunismo ni nada...

Pero me cogió en un mal momento y le contesté con duplicada violencia, lo que lo sorprendió evidentemente. Me puse a decir barbaridades de los que le habían ido con chismes y a afirmarle nuestro derecho de discutir lo que nos diera la gana...

Enseguida, y sin pedir «introducción de embajadores», Gabriel y Aureliano se pusieron a gritar en el patio «que eran unos cabrones y unos hijos de puta toda la piara de politicastos que se habían entretenido en intrigar para echarnos la bronca encima a nosotros, y que nosotros sí que no estábamos dispuestos a tolerar atropellos ni amenazas de nadie»...

El escándalo resultó demasiado grande y sincero y quedó en investigar y dar cuenta al Capitán, quien se apareció al día siguiente y llamó al patio a Gabriel para decirle que él quería que lo consideráramos como un maestro complaciente y bondadoso y que le pidiéramos lo que quisiéramos... Si queríamos separarnos de la derecha; nos separaba; si queríamos comer cada uno aparte, nos serviría aparte... ¡Lo que quisiéramos!...

Badell oía y aprendía. Más nunca tuvo disgustos con nosotros. El Capitán simpatizaba con la gente de la derecha, donde estaban los políticos influyentes, pero tampoco quería disgustarse con nosotros, la gente que decía las verdades lo mismo en la cárcel que en la calle...

Y el primer intento de separación fracasó cuando nosotros dijimos que eran ellos —los políticos— los que estaban

disgustados y los ofendidos y que hicieran lo que les diera la gana. Ese mismo día muchos vinieron a darnos satisfacciones y a pedirnos que no los confundieran con la gente del chisme, que según parece, en realidad sólo habían sido dos o tres.

Pero como Domingo, Badell se había dejado arrastrar por la violencia, disimulada por él con más habilidad hasta entonces, y había puesto al descubierto su verdadero carácter, colérico y brutal.

Hasta el día de la *bullá*, los presos, contenidos por las buenas relaciones que sosteníamos con él, no nos habían dicho nada. Después, poco a poco, nos fueron tanteando y soltándose. Un día uno nos dijo:

—¡Ese es un asesino!... ¡Ustedes no saben la gente que ha matado en las celdas el hombre ese!...

Una noche en que fui trasladado a La Habana, para un juicio, junto con Miguel Montero y Carlos Prío, en el mismo barquito iban tres presos en libertad, llevaban puestos sus trajes nuevos de salida del Presidio, y nos miraban desde sus mesas, amistosamente. Les invitamos a tomar algo y no aceptaron más que café. Se les notaba que aún se sentían presos. Al fin se mezclaron en nuestra conversación con los soldados y los pasajeros y convinieron en que el Capitán era un hombre emprendedor y que gracias a él el Presidio se desenvolvía bien...

Pero la noche fue entrando, y con el viento el barquito comenzó a saltar; los pasajeros se fueron a dormir y los soldados, seguros ya de que sería un suicidio tonto el intentar fugarnos, se arrinconaron también a cabecear un poco. Cuando yo iba en busca de un lugar donde recostarme, uno de los libertados me salió al paso y me dijo, como si aún estuviera dentro del Presidio, con el mismo tono aterrorizado con que, cuando hablaban, lo hacían allá dentro:

—Mire, allí no se podía hablar porque estaban los soldados... ¡Usted no sabe lo que es eso! ¡Al mismo Capitán lo tienen engañado esos asesinos!... La *flota blanca* esa y la

Comisión de Mayores esa, hacen lo que les da la gana... ¡Para esos asesinos un hombre es un perro!... ¡Menos que un perro todavía!... Hay veces que usted está durmiendo y lo despiertan los gritos de los infelices de las celdas, que ya no pueden más, que se los come el hambre y el frío. Porque los tienen allá arriba, sin comer, desnudos y echándoles agua a cada rato... ¡Y después, cuando los sacan, es para mandarlos a La Yana!... ¡Yo le digo a usted que el que gracias a Dios logra salir de allí, no debe volver más nunca!... ¡Más nunca!... ¡Ese Badell y ese Domingo que los atienden ahora a ustedes son candela pura!... ¡Y que por cualquier nada matan a un hombre!... ¡No hace mucho Badell trabó a un infeliz allá en el taller de la carpintería haciendo una boquilla y dicen que armó «una tartaria» del demonio!... Bueno, cogieron al hombre, y lo mandaron pa' las celdas... ¡Y ese ni llegó a La Yana!... Bueno, mejor pa' él, el pobre!...

—Oiga, y es que son asesinos porque les nace, por gusto!... Yo tenía un *consorte* y ahora, cuando ya iba a cumplir, «se puso fatal»... Calcúlese que uno de los trabajos peores que hay que hacer allá dentro es ese de trabajar en los techos de las circulares, limpiándolos y recomponiéndolos. Bueno, ustedes lo habrán visto, que parecen monitos allá arriba... Lo peligroso es que se puede resbalar uno con facilidad y el que se cae de esa altura «no hace el cuento» de ninguna manera... Además, para tener cierta garantía hay que quitarse los zapatos, para no resbalar, y los zincs esos se calientan que parecen reverberos... Y eso sin contar con el vapor que le sube a usted a la cara. Yo he estado allí... ¡No hay quien me cuente nada!... Bueno, pues el caso es que mi *consorte*, que estaba trabajando fuera, en una cuadrilla, pidió que lo pusieran a trabajar dentro del *cordón*, y parece que el capataz de la cuadrilla dio mal informe de él o sabe Dios, la cosa es que me lo pusieron a que subiera al techo, y él, que siempre le había tenido miedo a aquello, fue a hablar con Badell para que le diera otra *pega*... Pero no valió ni que le dijera que sólo le faltaban unos días para cum-

plir... Se tuvo que encaramar allá arriba y parece que no pudo resistir el sol y se puso los zapatos... ¡Pa'qué contar-te!... ¡Resbaló y por más esfuerzos que hizo, cayó al suelo, como un tronco!... ¡Se reventó por dentro!... ¡Cuando lo enterraron le faltaban cinco días para cumplir!...

En el pasillo del barco me había hablado, sin interrupción, casi en secreto, con rapidez, como si tuviera miedo de que lo sorprendieran y su cara negra se había vuelto pálida, ceniza, como si a él mismo le estuvieran haciendo el relato...

Habló mucho más, pero ya yo estaba cansado... ¡Desde entonces me quedó siempre la duda de si la boquilla que Badell me regaló una vez no sería la que hizo el infeliz carpintero, asesinado en las celdas!...

Capítulo IX

Durán

Al irse Domingo en libertad, lo sucedió en el cargo Durán, quien fue precisamente el que sorprendió al doctor Cruces pasándole unos recortes de periódicos a Rafael García, en el gabinete dental. Con este servicio de fidelidad al Capitán, ganó, si es posible, el chance de ser Jefe del Hospital, uno de los cargos privilegiados en el Presidio y, por lo tanto, de los más codiciados entre los válidos que integran la Corte Suprema de la *Comisión de Mayores*.

Pero Durán carecía de esa fuerte personalidad, necesaria para distinguirse, aun en el crimen, y lo cierto es que «el día menos pensado corremos el riesgo de olvidarnos de él»... Así decíamos algunas veces comentando su insignificancia, cuando no conocíamos muchas de las hazañas que le atribuyen los presos y gracias a las cuales su paso por el Presidio fue meteórico...

Pero como Durán era así de engañoso, cuando nos contó «su hecho» nos sentimos inclinados a creerlo. Él había sido segundo alcaide de una cárcel del interior, y, allí, por regañar a un escolta que maltrataba a un preso, tuvo con él un duelo irregular, y tuvo la suerte de matarlo cuando ya él estaba a punto de morir...

—Lo mío fue una legítima defensa clara... El Capitán conoce bien mi caso y por eso me está ayudando a salir pronto, —decía.

El que estuviera preso por haber impedido atropellos a los presos le conquistó nuestras simpatías. ¡Estábamos tan acostumbrados a que todo el mundo atropellara a los presos y que precisamente saliera para la calle por eso! Pero un día otro preso nos dijo:

—¿Ustedes son bobos?... ¡Ustedes todo lo creen!... ¡Vamos!... ¡Lo que él hizo fue *limpiar* de mala manera al escolta!... Se retaron para ir a matarse a un sitio y cuando llegaron a una cerca, el escolta, para demostrar que no le tenía miedo, quiso pasar él primero... ¡Al cruzar entre los alambres lo asesinó!... ¿Si no hubiera sido así, ustedes se creen que estaría aquí, siendo alcaide, casi, como era, y el otro un infeliz escolta?... ¡Vamos!...

—Es verdad que él aquí en el hospital es bastante bueno y no es abusador; pero parece que le cogió *respeto* al asunto ese del desafío y pensó... ¡Pa'su madre!... Además, cuando era *mayor de la Comisión*... ¡Busquen, busquen por ahí quienes les cuenten, para que no se dejen *tupir* más...

La narración tenía una base bastante lógica y ya estábamos acostumbrados a poner en duda cualquier acto filantrópico de los que se atribuían los presos con el fin de excitar nuestra simpatía, muchacha inexperta... Por lo tanto, pusimos también a Durán en cuarentena. Pero lo cierto es que se portó muy bien con nosotros. Hombre de cierta viveza, inició un sistema que luego habría de llevar a la apoteosis su sucesor, Luis María; el de intentar crear entre los presos políticos otra especie de *flota blanca*, como la que tenían ellos entre los comunes. Así, prefería dirigirse a un grupito de entre los más conocidos, para que estos a su vez pusiesen en conocimiento de la masa las órdenes y disposiciones generales.

Aunque ciertamente la orden de que la «disciplina consciente» fuese cada vez más consciente con nosotros venía desde arriba, la realidad es que Durán pasaba verdaderos trabajos para evitar que aquello degenerara en un relajo colosal.

Y es que demostraba ante el Capitán un temor parecido al que los niños le tienen a la noche y sus ruidos... En su presencia se estaba rígido, inmóvil, en su ausencia, el Capitán era la unidad de sus pensamientos.

—Al Capitán no le gustaría esto... Al Capitán le gustaría... Yo creo que el Capitán... ¡Caballeros, miren que el Capitán me ha dicho!....

Decididamente, esto le hizo perder en gran parte el respeto de la gente, que notaba, con demasiada claridad, que al Capitán lo que le interesaba es que no hubiera quejas de él.

Por eso, cuando Durán por las noches para imponer silencio lanzaba por los pasillos su grito clamoroso de «¡Las nueve!»... los muchachos lo coreaban burlonamente... Es más, se puso de moda dar el grito a cualquier hora, por cualquier cosa... «¡Las nueve!... ¡Las nueve!»...

Sólo cuando estaba a punto de irse, tuvo Durán un incidente con nosotros, que de haberle ocurrido antes acaso lo hubiera perjudicado. Fue con Rolando Soria y se complicó de tal suerte que llegó a conocimiento del Capitán, quien envió una comisión a investigar si teníamos quejas de él. Aunque hubo que confesar —lo que era honrado— que colectivamente no se le podía reprochar nada, de hecho fue sustituido. Y Soria se negó rotundamente a admitir sus explicaciones, con la natural consternación de Durán.

Así era Durán, bajito, grueso, con voluminoso vientre... Leía nuestras cartas con gran velocidad, como si se las supiese ya, y siempre decía:

—Sí, bueno, tu mujer no te va a mandar a decir nada... Y le ponía la letra roja de la censura.

Luego supimos que las leía tan rápidamente, porque apenas sabía leer...

Pero la silueta de Durán no queda completa si no cuento el caso de Quijada.

Quijada, Guillermo Valdés Urdaneta, el 12024, murió ahorcado, es decir, suicidado, el 11 de julio de 1932, en el sexto piso de la *circular* No. 5.

Su *suicidio* se clasificó entre los *suicidios por vergüenza*, los cuales fueron tantos, que, de admitirse como

ciertos, no quedaría otro remedio sino reconocer en los presidiarios un sentido de la dignidad muy superior al de los hombres libres...

Pero la realidad fue esta. Quijada era un preso industrioso y servicial. Como a tantos otros, el Presidio le había desarrollado la nativa habilidad manual. Una vez, al ver una goma vieja de automóvil, abandonada, se le ocurrió aprovecharla, y, con una chaveta de zapatero, se puso a hacer tacones de goma. Fue un éxito su idea. El *mayor* Durán lo vio y quiso tener un par de tacones de goma y, luego sucesivamente, Quijada le fue haciendo tacones de goma a los otros *mayores*. Mas al oído del capitán Castells no tardó en extrañarle el silencio del paso de sus *amigos*, e, irritado de que algo útil se hubiera hecho sin que se le hubiera ocurrido a él, reclamó un culpable a quien castigar... La culpa fue rodando hasta llegar a Quijada, a quien Durán, apoyado por Manes, Badell y otros, acusó de haberse robado una goma nueva para hacer los tacones...

Quijada fue a las celdas y allí lo suicidaron, después de varios días de angustia, los mismos a quienes él había regalado los tacones de goma, y entre ellos, Durán el insignificante...

Capítulo X

Luis María

Cuando Durán me lo presentó, unos días antes de que se hiciera cargo del hospital, me dijo:

—Tengo las mejores «ausencias» de usted y de todos sus compañeros.

Y cuando se fue del patio, Ignacio González Techellea, que «nunca se cortó» con él, dijo:

—Este lo que es un «político»... ¡Tanto «dao» de mano y tantas «ausencias»!...

Y otro comentó:

—Con este sí que me parece que no vamos a tener bulla nosotros»...

Y, efectivamente, resultó un político y no tuvimos con él ninguna dificultad.

Luis María era alto, grueso, corpulento, buen tipo, inteligente y simpático. Era un hombre joven, de mucho mundo, que vestía su uniforme de preso con la misma irreprochable pulcritud que si se tratara de un smoking o un frac. Sin duda, le gustaba vestir bien en la calle. Y como prueba de ello, el día que se sublevaron los presos comunes contra la *flota blanca*, en sus maletas dicen que le encontraron diez flamantes *majaguas*, diez trajes de última moda, aparte de la fina ropa interior complementaria...

—Yo no sé de dónde rayos sacó tanta ropas ese hombre, —comentaba el preso que me dio la noticia.

—Luis María ha debido ser a quien el Capitán ha debido poner con ustedes desde un principio —nos decía uno de sus subalternos una vez. Y, en efecto, Luis María resultaba el hombre exacto para el puesto, tal como Castells lo quería. Era amable, sabía resolver los problemas, darle largas a las

peticiones, hacer chistes, camaradear. A la vez, llegó a controlar la correspondencia y el despacho de los libros, y, habilidoso como era, sabía no ser estúpidamente rígido en la censura, lo que le ganó nuestra estimación y nuestro deseo de que continuara en el cargo, cosa que supo aprovechar muy bien.

Con todo, y a pesar de su indudable inteligencia —acaso por ella misma—, Luis María nos sirvió para ir desmadejando parte de la tenebrosa tela de araña que envolvía el bárbaro mecanismo del Presidio.

Domingo, con su brutal aspecto; Badell, con su recelo constante, y Durán con su terror pueril al «Capitán», nos hicieron admitir la sombría realidad de aquella vida lóbrega de los presidiarios; pero poco o nada nos dejaron filtrar de cómo funcionaba todo aquello. En cambio, fue la habilidad e inteligencia de Luis María, hombre cuya flexibilidad le había hecho plegarse a los subterfugios y recovecos del Presidio, lo que más nos dejó entrever del engranaje, del mecanismo de toda aquella maquinaria de terror, ajustada a la perfección, como un torno mecánico. El tiempo y el trato con otros presos, nos corrieron por completo el telón.

Hombre de múltiples y buenas cualidades para tratar a un grupo de individuos tal como el que integrábamos nosotros, parece que los años de Presido se habían grabado demasiado en él; que había puesto demasiado empeño en asimilarse a aquella vida y adaptarse al tipo estándar de hombre que la robusta influencia de Castells reflejó en «sus presos». Así, resultó el hombre que con más fidelidad cumplió entre nosotros el papel que el Capitán quería que desempeñaran sus *mandantes*.

Fue, pues, amable, perspicaz y sutil; trató, casi hasta el punto de ser molesto, de halagar la vanidad personal de los más destacados y conocidos entre los presos políticos, con el fin de que fueran sus auxiliares naturales en el buen orden y disciplina del conjunto y para que se llevaran buena impresión de todo aquello; quiso, en una palabra, lograr la creación de una casta privilegiada entre los presos políticos, seme-

jante a la que existía entre los comunes y de la cual era él uno de los máximos exponentes.

Esta táctica, que sin duda seguía de acuerdo con el Capitán, entre nosotros, en la izquierda, no le motivó incidentes de importancia, porque, organizados como estábamos, a los primeros conatos de disgusto, acordamos que fuesen comisiones elegidas mensualmente las que se entendiesen con él para los asuntos de interés general; pero en la derecha, desorganizada, carcomida ya por las interminables divisiones que de tan pútrida manera se han manifestado a posteriori de la caída del machadato, las referencias de Luis María le granjearon la animadversión de un grupo grande, que llegó a elevar sus quejas hasta el Capitán.

Como su Jefe, Luis María mostraba marcada preferencia por la gente de derecha y lo trataba de disimular ofreciéndonos amistad a un grupo de nosotros, los que llevábamos más tiempo en Presidio. «Los veteranos», como él decía:

Decía:

—Gabriel, Pablo, Roa, Carvajal, Pendás... Esa gente, donde quiera que estemos son mis amigos... Porque, caballeros, hay que saber distinguir...

¡Y nunca dejaba de citar a uno solo de los del grupo con que conversaba!...

Que le gustaba conversar era evidente.

Por las noches, muchas veces, venía a la cama de Guillot y allí un grupo le oía sus cuentos.

Sin duda que también era orador político y no perdía ocasión de ejercitarse en el Presidio para no «perder las facultades» con el tiempo. Así, cada vez que llegaba una *cordillera* de presos políticos él le endilgaba un discurso.

Más o menos:

—Señores, han llegado ustedes al Presidio Modelo en donde, como tendrán ocasión de comprobar, nosotros tratamos con toda corrección al que aquí viene. Verán ustedes la limpieza y buen orden que hay en todo; disfrutarán de los distintos juegos que el Capitán ha concedido y lo único que

se les suplica es buena armonía y que todos nos llevemos bien, como compañeros. Ahora, señores, aquí tenemos dos divisiones y cada uno debe escoger el lugar a dónde quiera ir. En la derecha están el coronel Mendieta, el coronel Méndez Peñate, el doctor del Cristo, el teniente Min, Prío Socarrás, Varona Loredó, Justo Carrillo, Chibás, Rubio Padilla, el doctor Henríquez, el doctor Escoto... En la izquierda están los obreros comunistas, César Villar, Miguel Montero, Antonio Paradas, Ignacio González Tellechea, Luis Pradas, Manuel Gaona, etc., y los estudiantes, Gabriel Barceló, Carlos Martínez, Aureliano Sánchez Arango, Raúl Roa, Manuel Guillot, Porfirio Pendás, Ladislao González Carvajal, Torriente-Brau, y otros más. Ustedes pueden escoger libremente a dónde quieren ir...

Y una vez «tiró este plante»:

—Yo sé que ustedes, ante todo, son unos caballeros... Yo tengo la obligación de registrarles sus paquetes y guardar las cuchillas y demás «armas» que traigan. Pero yo confío en ustedes. Así, pues el que traiga algo que me lo entregue y los demás pueden pasar sus bultos sin ser censurados...

Este era uno de los rasgos salientes de Luis María. Era un verdadero maestro en el arte de «vender caros los favores». Para él esto alcanzaba la categoría de un placer.

Cuando se le pedía un pedazo de madera, estaba ofreciéndolo un mes como promedio, con la excusa de las dificultades con que tropezaba para conseguirla, alegando que «por ustedes estoy dando la batalla en la carpintería» y que estaba «dispuesto a tener un disgusto personal con Enrique si seguía haciendo lo que le daba la gana»... «Esta noche le planteo el problema al Capitán», solía ser su sentencia final.

Otras veces «la batalla» la daba por la comida, y según él «hizo saltar a un cocinero y lo mandó para las cuadrillas», por aquella vez que llegaron los frijoles llenos de bichitos y los devolvimos... Pero lo cierto es que se mejoró bastante la comida «bajo su gobierno», como él decía.

Sin embargo, donde los *favores* de Luis María cobraban verdadera importancia era en el problema de la censu-

ra. Durante dos años casi, las cartas fueron el único medio de comunicación con nuestros familiares; así se comprenderá la importancia que para nosotros tenía el recibirlas o no.

En realidad, el día se dividía en dos partes: antes y después de llegar las cartas. Cuando no teníamos cartas nos caía encima el mal humor de tanto tiempo encerrados y de cualquier cosa estallábamos: éramos como bombas de reloj que estallábamos al faltarnos *la cuerda* de las cartas; toda clase de conjeturas nos hacíamos, ya suponiendo a nuestros familiares enfermos, presos, ausentes o muertos. Todo lo agigantábamos y teníamos que permanecer con la imaginación rumiando tragedias hasta el día siguiente o hasta que llegaran noticias. Otras veces nos daba por pensar que todo era debido a alguna imbecilidad de la censura e indagábamos molestos, cual había sido la causa de que no se nos entregara la correspondencia. Entonces era que Luis María entraba en juego, y, algunas veces, ya tarde, se nos aparecía con la carta retrasada...

—Había tenido que «darle la batalla» al censor, para demostrarle que «tal frase, tal símil, tan metáfora» —siempre repetía esto— no tenía ningún sentido misterioso, o que tal dibujito no era mezcla de clave alguna sino cualquier nadería familiar... Y así, hasta que él mismo fue el censor y entonces resolvía más fácilmente los «problemas».

De esta manera y con su «labia», como decía la gente, fue como Luis María fue «bandeando» los problemas que se le presentaron y labrándose nuestra simpatía, que era una cosa inicial desde el momento en que supimos que era el primer *mayor* de nosotros que no estaba preso por haber matado a nadie, sino por acto realmente meritorio: haber *distráido* de una Zona Fiscal del interior, parte del dinero que iba a ser entretenido por el «Asno con garras»... Además, mientras estuvimos allí, aunque hubo dos o tres incidentes en el patio de los locos, que entonces nos parecieron demasiados sospechosos, no supimos con absoluta certeza que se hubiera mezclado en ninguno de los asesinatos de Presidio.

Por eso, más tarde, cuando supimos que sí pesaban sobre él acusaciones concretas, casi que nos hemos asombrados... Lo considerábamos demasiado inteligente para meterse en esos líos.

Luis María nos hablaba del Capitán, sin la tosca vehemencia de Domingo y sin el temor infantil de Durán, con la naturalidad de quien se refiere a un amigo de méritos superiores y notables. Y presumía de que el Capitán lo tratara tan bien como a un amigo. Por esto tal vez es que nos hablara como si él no fuera un preso y con ello, colocándose en un plano de observador, nos revelaba modalidades que de otra manera nos hubiera sido más difícil captar.

Así, nos narró la serie de intrigas con las que había tropezado antes de poder llegar a que el Capitán «estimase sus servicios», y por eso se había pasado seis meses en La Piedra, rompiendo mármol.

Nos contaba también lo desagradecidos que eran los presos, pues más de uno a quien él «le había dado la mano» para sacarlo de las *cuadrillas* tan pronto se veían «con las rayitas coloradas» en las mangas, se volvían personajes, y había que «llamarlos a capítulo». Sin darse cuenta, nos revelaba en sus relatos una gran parte de la vida subterránea que se desarrollaba en aquel antro de las ambiciones mezquinas, que se agarraban de cualquier clavo ardiendo, motivadas, en el fondo, por ese impulso animal que siente el hombre de buscar la libertad.

Conocedor indudable de las atrocidades que ocurrían por dentro de todo aquello, tan brillante por fuera, y adivinando que en nuestro interior culpábamos al Capitán de las mismas, habilidosamente descargaba sobre sus subalternos muchas de las culpas... Es posible que, en parte, no dejara de tener razón.

Al defender con calor su verdadera colaboración al Capitán, la comparaba con las de otros individuos que «le vendían un afecto que no sentían y que aprovechaban los puestos que con sus adulonerías alcanzaban para luego perjudicarlo con su venganzas y sus ruindades». Este párrafo, que

se nos quedó bien grabado, era un compendio sutil de muchas de las cosas que pasaban en Presidio y que a diario costaba vidas de hombres. Sin embargo, se hacía en sincera ayuda del Capitán, jefe de todo aquello y responsable máximo, por tanto.

Pero Luis María estaba enterado de sobra, de que nosotros teníamos muchos hilos de la trama e intentaba, con verdadera habilidad, desviarnos del nudo principal. Cuando nos despidió, una noche que no estaba el Capitán en la Isla, no dejó de endosarle a la escolta un hermoso discurso:

—Estos compañeros que ustedes trasladan son unas personas decentes y como a tales los deben tratar. Cualquier cosa que en su obsequio puedan realizar se la agradeceremos mucho, tanto el Capitán como yo...

¡Así nos despidió el hombre por quien sabíamos que en una ocasión hubo en Presidio, entre el reducido grupo «modelo», encargado de servir de ejemplo a los demás, *diecisiete hombres*, condenados por matar a infelices mujeres!...

Y él estaba justamente orgulloso de no estar incluido entre los diez y siete...

Capítulo XI

Lugo

El Viejo Lugo, como le decíamos nosotros, era un guajiro lépero, astuto, ladino, inteligente, e ignorante, cercano a la cincuentena e inverosímilmente conservado, pues tenía un aspecto lleno de robustez, con un cuello firme, macizos los brazos, y una vivacidad en los ojos verdosos de felino, que era el doble reflejo de una vitalidad singular y de un mundo interior pendiente del acecho y la emboscada.

Aunque nunca, acaso por no saber leer ni escribir, pasó de ser Sargento Primero del Hospital, de hecho, bajo «el gobierno» de Durán, fue el verdadero Jefe del Pabellón, y el que de modo más directo se entendió con nosotros.

A nuestra llegada nos dio la sensación de que era un hombre lleno de serenidad, tranquilo e inmutable en la espera del tiempo que le quedaba por pasar entre rejas; cuando salimos, cada día estaba más nervioso, más intranquilo, lleno de supersticiones y recelo, temeroso siempre de que le pudiera pasar algo... Consciente ya de que era tonto ocultarnos algunas cosas, hacía confianza en nosotros y no dejaba de mostrar esperanzas de que lo sacáramos algún día.

Por lo pronto, nuestra estancia allí le representó una rebaja de cinco años, que le produjo —¡cosas del Presidio!— un efecto desastroso, y por ello, estuvo varios días enfermo. Federiquito Morales había hecho todo lo posible por sacarlo en libertad, pero sólo pudo obtener esos años de rebaja. El hombre recibió una dura decepción al calcular que aún le quedaban más de tres años de prisión.

Tampoco Lugo había llegado a Presidio por el camino del homicidio.

Todo había sido por la «traición» de un individuo que «en combinación con una mujer que se prestó para perjudicarlo» le echó encima una «violación en despoblado»...

Y aunque él, siguiendo la regla general, negaba de plano el hecho, su jocunda vitalidad y la fama que tenía entre los presos de tener siempre algún «muchachito engatusao», lo vendían.

Pero el Viejo Lugo era verdaderamente servicial y acabamos por tomarle afecto. Él era quien con más prontitud y mejor nos resolvía los problemas de la madera, de la ropa, de los libros, de todo, en fin.

Cuando nos hacía falta algún pedazo de granadillo, de yaití o de guayacán, para terminar algún trabajo, seguramente que sería Lugo quien más pronto nos lo consiguiera; cuando nuestros uniformes necesitaban ser lavados, se los dábamos a él y al día siguiente los teníamos, y acabó por llevar nuestros libros a encuadernar, cosa que aprovechó muy bien «Salomé», como le decía a Saumell.

Hombre de auténtica picardía, tuvo que explorarnos poco para conocernos bien y así comenzó a explotar el tema sentimental de su familia a la que llevaba una partida de años sin ver...

Cuando quería conseguir algo de nosotros, nos decía:

—Les voy a traer un pedazo bueno de ácana para que hagan un par de pulsos para ustedes y me hagan otros dos para mis hijas...

Y se le hacían los pulsos... ¡que luego cambiaba a otros por cigarros!...

Otra vez se nos acercaba:

—Tengo ya medio conseguida una boquilla de ébano para tu señora y una pluma de yayajabita, y quiero que me hagas una sortija para una hija mía que quiero regalársela, ahora para su santo»...

Siempre estaba próximo el cumpleaños o el santo de alguna de las hijas de Lugo, cuyo número, además, nunca logramos saber, pues parece que ni él mismo lo sabía con

exactitud, ya que siempre nos daba una cifra distinta... Unas veces eran cuatro, otras cinco... Hasta siete creo que llegó a tener...

Indiscutiblemente, él se traía algún negocio con todo aquello. Y por el misterio con que hacía sus evoluciones, y por el empeño que ponía —sobre todo en tiempo de Luis María— para que no se supiese nunca por qué caminos nos habían llegado las cosas, comprendíamos que de veras le esperaba un castigo terrible al que fuera «trabado en el brinco».

Pero el preso, aunque le cueste la vida, tiene necesidad de especular, acaso porque ello sea un vicio de la especie, acaso también, porque el preso necesita algunas cosas tanto como la vida: el cigarro, por ejemplo. Por el mismo impulso cae en la sodomía y en esa necesidad, que muestran muchos, de tener un arma, cualquiera, escondida, y, si no la encuentran, fabrican un puñal con una cuchara de lata...

Lugo, posiblemente, aparte de su carácter servicial, tenía el vicio de especular. A él nada le hacía falta, pues nosotros le dábamos siempre tabacos y cigarros y también dulces cuando los recibíamos.

El tabaco, que era la unidad comercial del Presidio, nos servía para obtener algunas de las filigranas que a escondidas hacían los presos y con los cuales nos unía Lugo y algún otro. En los tratos con nosotros, Lugo era de veras liberal, pero en cambio supimos después que muchos de los cigarros que le dábamos para otros presos no les llegaron nunca...

Una vez supimos que a un infeliz de aquellos lo cogieron haciendo una fusta para un soldado de la custodia... Al soldado lo licenciaron, y en cuanto a él... *se ñamaba*, como con macabro e inverosímil humor comentábamos algunas veces estas cosas. Acaso por eso, Lugo se sintió más de una vez en peligro...

Sin embargo, estoy seguro de que era un hombre valiente. Tenía en los ojos ese algo inconfundible, compañero de la audacia y amigo del peligro, que muestran algunos hombres decididos.

A veces me decía, refiriéndose a los que, en momentos especiales estorbaban nuestra libertad poniendo bombas, inefectivas aun desde el punto de vista del terrorismo, porque, si acaso, mataban o herían a algún infeliz ajeno a los problemas políticos.

—¡Pablo, carajo, en el monte, con un rifle en la mano, detrás de una palma, es como quiero yo ver a los hombres!... ¿No's verdad?... Y, o engañaba mucho, o de veras resultaría un hombre temible en el monte, detrás de una palma, con el rifle en la mano...

Siempre hablaba así Lugo, preguntando al final «¿no's verdad?», y para él, indiscutiblemente, los hombres se dividían en *hombres* y *no hombres*, división esta muy común entre los presos, que entendían por «hombre» a todo el que fuera capaz de asimilar el clásico «ver, oír y callar»; esto es, no ocuparse más que de los asuntos propios, dejarse de *chivateos* y *reptilismos*, y aguantar *como macho* la prisión.

Entre los *hombres* Lugo escogía sus *amigos* y en tal concepto, que comprendía a los presos con quienes podía hacer negociaciones sin temor de que «lo entregaran», entramos varios.

Personalmente debo reconocer, que gracias a estos conceptos profesados por Lugo, de la amistad y la hombría, pude evitarme un problema acaso serio, a la par que salvar dos relatos, «La obra» y «El Guanche». Pero este incidente reclama una atención especial por cuanto refleja escenas características de nuestra vida en el Presidio, y por ello he decidido narrarlo en capítulo aparte, al comenzar la parte del libro que titulo «Relatos».

En aquella oportunidad, profundamente satisfecho de haberse portado con nosotros «como hombre y como amigo», no dejó Lugo de hacernos notar la diferencia de su actitud con la de Fu Manchú, a quién él no podía ver; y, como en ocasiones semejantes, poco después, con un regocijo animal en la mirada, me llamó aparte y me dio una botellita:

—Para ti, para «Salomé» y «Grabiél», que ustedes son mis amigos, me dijo.

Era un bárbaro alcohol, que materialmente incendiaba la garganta, sustraído de la botica sin duda, y que nos explicaba por qué aquella gente estaba algunos días con los ojos encendidos, alegres, eufóricos, de fiesta... ¡Y por qué tantas veces no había con qué desinfectar las agujas de las inyecciones!...

Aunque siempre le habíamos visto a Lugo un cuchillo, en los últimos tiempos, gracias a las confianzas, esa arma vino a perder el carácter de abrelatas casi con que antes lo portaba.

Desde la llegada de Luis María, Lugo fue perdiendo influencia y atribuciones, hasta el punto de parecerme que, de no ser por la presencia de nosotros, que le mostrábamos simpatías, hubiera ido a parar entonces a las *cuadrillas*...

Fue el período en que se fue volviendo receloso, como si estuviera en acecho de que se cumpliera sobre él algo fatal, inevitable...

Una vez nos dijo a Saumell y a mí:

—Hace dos noches que no duermo... ¡na más que con un ojo abierto siempre!... ¡Haciéndome el dormío!... Yo creo que el Gordo ese me está preparando un *número ocho*... Pero —y se llevó la mano al cuchillo— antes de salir de aquí yo acabo con dos o tres... Ya, total... No se muere más que una vez, ¿no's verdad, Salomé?... Y se puso más tranquilo, animado por sus propias palabras, y por las nuestras, que le ofrecimos ayudarlo en todo lo que pudiéramos.

Tal vez yo sentí entonces la morbosa curiosidad de presenciar el desenlace sangriento de una típica intriga de presidarios...

Pero no le pasó nada a Lugo, pese a sus presentimientos. Sólo sé que, cuando la sublevación de los presos contra sus *mandantes*, desapareció y por tres días nada se

supo de él. Al cabo lo encontraron escondido sobre las celdas, donde estuvo todo el tiempo sin comer ni beber...

Para mí, sin embargo, ha sido penoso el comprobar que fue Lugo «nuestro amigo», uno de los asesinos más repugnantes del Hospital. Hay quien asegura que en todas las muertes ocurridas allí, Lugo tomó parte, y que, como prueba de sumisión y acatamiento a su «maestro», hubo épocas en que durmió echado a los pies de la cama de Domingo el Isleño...

Capítulo XII

Fu-Manchú

Cuando Luis María, a la ida de Durán, se hizo cargo del «gobierno» del hospital, como si se tratara de un cambio de gabinete, fue colocando nuevos «secretarios de despacho»...

Poco a poco todo «el personal» fue variado y tuvimos nuevos barberos, nuevos sanitarios, nuevos criados y hasta nuevos locos...

En realidad podíamos decir que los liberales habían perdido las elecciones y que disfrutaban ahora del poder los conservadores... Y como para hacer más exacto el símil, Lugo fue perdiendo atribuciones y confianza y llegó Fu-Manchú...

Cuando pienso en Fu-Manchú, en cómo lo tratábamos, en cómo le hablábamos, tengo que admitir que ya también nosotros teníamos algo de la hipocresía del presidiario, de ese cobarde sometimiento a la brutal realidad de la fuerza y del terror...

Porque Fu-Manchú, que en el mecanismo burocrático de Luis María representaba algo así como el Jefe de la Policía Secreta, tenía virtudes insignes para este cargo. Era astuto, hipócrita, sutil, inteligente, sigiloso y adulón. Paciente como un chino, además, y con una imaginación ejercitada prodigiosamente en el camino de la trampa y el enredo, Fu-Manchú era un verdadero artífice, un orfebre, un Benvenuto Cellini de la picardía y la doblez. Nosotros no tardamos mucho en conocerlo a fondo, aunque con ciertas reservas que a él no se le escapaban y que trataba de vencer, lo tratamos más o menos como a los demás presos comunes de servicio en el hospital. Sin duda nuestra astucia se había desarrollado en el encierro y el estrecho y rígido concepto de la digni-

dad, que alimenta el aire libre de la calle, se había ido rebajando bastante en la prisión.

Yo pienso que si hubiera sido únicamente por nosotros, lo probable es que la estancia de Fu-Manchú en el pabellón nos habría resultado insoportable y lo hubiéramos hecho saltar a riesgo de cualquier cosa; pero es que entraba en el problema el complejo familiar, que se desarrolla agudamente en la cárcel, en donde uno, efectivamente, quiere más a su familia y se siente capaz por ella de cualquier sacrificio, y como Fu-Manchú era el verdadero censor de nuestra correspondencia temíamos que, abusando de su cargo —de lo que lo creíamos muy capaz— botara nuestras cartas, las tachara con un pretexto cualquiera, e interrumpiera a capricho las comunicaciones con nuestras casas, en las cuales, tal hecho, unido a la siniestra fama del Presidio Modelo, ocasionaría zozobras enfermizas.

Véase lo que es la cárcel. El hombre libre no puede imaginarse lo que ella es hasta que pasa un buen tiempo en su interior. Y yo pienso que si para nosotros, que la prisión fue tan relativamente leve, nos presentó tales problemas, ¿qué no representará para un hombre digno el verse sometido al silencio ante espectáculos que asquearían a un aura tiñosa?... ¡Qué entereza de carácter se necesita para salir limpio del Presidio!... ¡Por eso, muchas veces, le encuentro disculpas a tanto infeliz bribón a quien acaso el terror dio fuerzas suficientes para llegar al crimen, con la esperanza de así salir pronto de aquel antro!...

Pero es que este Fu-Manchú, con su catadura de presidiario perfecto, hace a la vez, hablar de él, y reflexionar sobre las cosas y los pensamientos de aquel tiempo, y desvía la imaginación.

Fu-Manchú —y ya es hora que diga que aún, mientras escribo todo esto, no he podido acordarme de su verdadero nombre— era alto, grueso, caminaba lentamente, como un buey, pero con la dignidad de un arzobispo, con vientre saliente y la cabeza soñolienta, hacia atrás. Pertenecía a esa clase de individuos de quienes uno jamás puede acordarse

de qué color tienen los ojos... ¿Eran claros?... ¿Eran turbios?...

Para nosotros fue una sorpresa encontrármolo en el Presidio. Lo habíamos conocido, aunque apenas si lo habíamos tratado entonces, en el Castillo del Príncipe, en una prisión anterior, cuando vivimos en el Patio de los Incomunicados, donde estaban las celdas en que había sido asesinado el Chino Wong, luchador comunista.

Rejero de las celdas era entonces y de sobra nos conocía por nuestra actitud airada y violenta ante los atropellos que Romero, el jefe de las mismas, cometía con los infelices presos. Entonces apenas hablaba con nosotros y nos daba la impresión de que era uno más entre el montón de hombres aterrorizados por el régimen bestial mantenido por la figura verdosa del teniente Díaz Galup. Por eso tal vez, cuando nos lo tropezamos en el Presidio, casi ni nos contestó el saludo, pensando acaso que repetiríamos allí nuestras algaradas y protestas.

Sentado detrás de una de las dos columnas macizas que les servían de pórtico a las celdas, apoyaba una tabla en ella y se ponía a escribir con una letra inverosímilmente pequeña. Tan pequeña era que en una ocasión resultó campeón en un concurso miniaturista, de esos en los cuales se escribe *El Quijote* en una postal de correo... En una ocasión el censor le notificó que no podía escribir más que por un lado del pliego y entonces tuvo la humorada de escribir la carta con su letra de concurso, y en ella creo que copió capítulos enteros de «las Sagradas Escrituras»... No sé si tendría después la audacia suficiente para entregarla a la censura...

Es probable que gracias a estas habilidades suyas en la caligrafía, unido a «buenos servicios», llegara bajo «el gobierno» de Luis María, a ocupar un lugar importantísimo dentro del pabellón.

Se convirtió en el verdadero censor de nuestra correspondencia; se encargaba también del despacho de nuestros paquetes y certificados, y, asimismo, de registrarnos minu-

ciosamente cuando íbamos a salir del Presidio, o trasladados para otras prisiones, o en libertad.

Trataba de ser amabilísimo con nosotros y lo conseguía. Sin embargo, era demasiado inteligente para no comprender que nos repugnaba su trato.

Esta sensación motivó que, a pesar de nuestro control para no tener choques con él, porque no nos convenía, dadas sus funciones, al cabo las tuviéramos y aunque creo que nunca Luis María pensó de veras en quitarlo, por lo menos hizo el amago y siempre, después de cada uno de estos choques, Fu-Manchú se portó con nosotros más complaciente, más humilde, más untuoso... más repulsivo también...

Fatalmente, con toda su habilidad, o acaso para congraciarse algo con nosotros, también nos dejó filtrar algo de toda aquella urdimbre de recelos, temores y desfiladeros. Una vez, no sé por qué motivos, nos dijo, levantando los párpados:

—Yo aquí no hablo nada... Ni quiero un cigarro siquiera... —Y si no hubiera sido por el tono, cualquiera podría pensar que nada importante nos había dicho... Pero nosotros ya éramos veteranos. El «aquí no hablo nada», quería decir que tal vez ya había dicho demasiado... y el «ni quería un cigarro», quería decir que allí se estaba al acecho de la menor complicidad con nosotros...

Tenía una memoria estupenda. En cualquier momento podía dar cuenta de lo que decía cualquiera de las cien cartas, más o menos, que a diario llegaban para los presos políticos, y acabó por conocer el carácter, hábitos y preferencias de nuestros familiares tan bien como nosotros mismos. Con la intención de halagarnos solía decirnos:

—¡Como se pondrá fulana cuando reciba esos pulsos!... ¡A ella que le gustan tanto los de granadillo!...

En su inmoderado deseo de halagar no se daba cuenta de que molestaba, que irritaba verdaderamente con estas cosas. Ignacio me decía:

—Este lo que es «una perla»... una «pantera»...

¡Y tenía razón!

Sin que lo pudiera evitar, se le escapaban destellos de su técnica. Por ejemplo, con los sellos de correos.

Con su vista de cernícalo, no había *sello lavado* que se le pasara y se daba el gusto de venir a notificárselo al remitente:

—Hoy aprovechaste bien el sello; apenas se notaba nada.

Cuando llegaban las cartas, si alguna traía el sello en relativas buenas condiciones, nos decía:

—No seas bobo, aprovéchalo; con *un pase* está listo.

Y cuando se fue en libertad Parfemio Protopíleon y Agamenandrino de Bubea, aquel formidable poetastro de San Antonio de los Baños, que era el maestro de las transformaciones de los sellos, antes de salir del pabellón Fumanchú le pidió «todos los que tuviera en existencia»... ¡Él también los aprovechaba!...

Yo estoy completamente seguro de que su oficio de sondeador realizaba conmigo esfuerzos especiales.

Conocía los artículos que yo había escrito bajo el título de *105 días preso*, en *El Mundo*, por encargo de Guillermo Martínez Márquez, a mi salida del Castillo del Príncipe, en anterior prisión, contra el sistema penitenciario y los métodos empleados en la cárcel, y por eso *me trabajaba* con extrema finura.

Presentía que Teté y yo teníamos alguna clave secreta, por lo mismo que ella jamás me comunicaba nada en sus cartas, por salientes que fueran los sucesos ocurridos en la calle, y supongo que esto hería su susceptibilidad de sabueso.

Sin embargo, se equivocaba. La clave que existía entre nosotros estaba en el íntimo y profundo conocimiento de nuestros caracteres respectivos. Yo adivinaba, por su ale-

gría, que nos esperaban buenas noticias, y por su tristeza, que había sido asesinado algún buen compañero conocido... Eso era todo.

Pero Fu-Manchú me exploraba incansable:

—La cosa debe estar grave...

Yo empleaba siempre los evasivos:

—Debe ser... puede ser... quizás... ¡ojalá!...

Un día, en un máximo esfuerzo, me ofreció:

—Ahora, cuando yo me vaya, te voy a enseñar una clave, que esa sí no hay quien la coja... Y me miró a los ojos; pero yo le di la batalla en su propio terreno:

—Hombre sí, no te olvides... Así podríamos tener noticias de la calle...

Y hoy es un puro goce recordar que con toda su astucia, Perico, el incomparable Perico, nos mandaba esas noticias y hasta vino para celebrar la Noche Buena...

Pero con todo, lo que más espiaba Fu-Manchú era la posibilidad de que yo, al salir, publicase artículos o algún libro sobre la prisión, a semejanza de lo que ya había hecho anteriormente. No perdía ocasión para dejarme caer la posibilidad de tal cosa. Y me aconsejaba:

—Sí, ¡qué caray! ahora cuando tú salgas de aquí, te vas para México o para España, y allí publicas tu libro...

Yo nunca lo dejaba seguir:

—Esta vez no publico nada. Estoy desengañado de todo eso y veré a ver en qué trabajo...

La exploración que se me hacía era demasiado evidente para que no tuviese cuidado...

Pero todavía no he dicho por qué le pusimos a este hombre singular Fu-Manchú.

Creo que fueron Raúl Roa o Matías Barceló los autores del apodo. Y estaba muy bien puesto, porque toda su figura tenía algo de mandarín perverso.

Me parece, no obstante, que en el nombre tuvo más importancia la leyenda que nos llegó de la razón de su presencia en Presidio.

Alguien nos dijo que estaba complicado en la desaparición de varios chinos; que era contrabandista de chinos, y que los llevaba por unos cuantos cientos de pesos hasta la costa de la Florida, en donde los dejaba, hurtando la vigilancia de los cañones americanos.

Raúl, que siempre se burlaba de «su exquisita amabilidad», contaba que, cuando algún guardacosta yanqui sorprendía su embarcación en la noche, realizando el contrabando, Fu-Manchú despertaba a sus chinos, los ponía en la borda, todavía soñolientos, y, «exquisitamente» les decía:

—¡Tengan la bondad!... ¡Tírense por aquí, que hay menos fondo!...

Y cuando llegaba el guardacosta Fu-Manchú pescaba con caña, tranquila, paciente, sosegadamente, como si fuera un chino...

Hoy me alegra el poder complacerlo. Ya va a la calle el libro por el que tanto se interesaba...

Y lo que son las cosas. Cuando estuve en Presidio después, Fu-Manchú resultó uno de los pocos hombres, de los que estuvieron en contacto con nosotros, que no aparecía complicado en ningún crimen. Fue, sin embargo, el más odiado de todos. En gracia a esta circunstancia, lo dejaré sin nombre.

El hombre de profunda astucia que hay en él, encontró una respuesta ingeniosa a la rápida pregunta que le hice:

—¿Por qué usted siempre me pedía que hiciese un libro a mi salida?... ¡Eso era un espionaje de usted!...

—¡No, que va!... ¡Yo sólo quería suministrarle datos que usted no conocía!...

Fu-Manchú, seguía siendo Fu-Manchú, pero lo voy a dejar sin nombre!...

Capítulo XIII

Cortizo

Yo creo que a ningún hombre le cogimos nosotros tanto odio en Presidio, como a Gumersindo Cortizo... Ninguno, tampoco, se lo mereció tanto como él... Por él, por la animadversión que nos inspiraba, creo yo que vinimos a comprender lo que era el odio de un hombre preso...

Mas es preciso que lo recordemos, tal como fue para nosotros, para ofrecer siquiera alguna excusa sobre nuestros sentimientos, si es que a alguien se le ocurre pensar que eran poco nobles y generosos...

Cortizo fue la hipocresía en Presidio. Otros representaron la barbarie; otros la fuerza; otros la astucia; otros el valor; él fue la maldad disfrazada de insignificancia... Lo conocimos en El Príncipe, cuando aparentaba estar bajo la más abyecta sumisión del supervisor, teniente Ambrosio Díaz Galup, de quien se le había pegado la mirada torva, y al que informaba sobre nosotros.

Sin duda nos cogió odio de una manera natural. Nosotros éramos el desorden, la rebeldía, la protesta. Representábamos el estorbo y el conflicto. Presentía que íbamos a ser el obstáculo para su libertad, tan habilidosamente trabajada...

Era inteligente. Sabía trabajar. Era útil, hábil también, en extremo. Pero nosotros éramos una fuerza desordenada, en apariencia, pero demasiado grande y poderosa, en los inicios de una batalla larga y desesperada por la transformación de todo... Y, o no supo comprender esto —como instintivamente lo comprendieron otros presos— o tuvo la audacia de ponernos frente, al lado de Díaz Galup y de Castells, sus jefes, a los que iba debiendo la libertad...

A cada rato chocábamos con él. Hay que reconocer que éramos insolentes y agresivos; pero las circunstancias de-

mandaban que así nos comportáramos. Se pretendía que nos mantuviéramos tranquilos en una pocilga impropia de puercos... A capricho se nos permitían y se nos quitaban las visitas... A capricho se nos permitía o se nos quitaba la concesión de recibir comida y ropa del exterior... Se quería que nos sometiéramos a la disciplina de los presos comunes, hombres ya juzgados, y con la cual no estábamos de acuerdo, no sólo para nosotros, sino para ellos tampoco... Vivíamos juntos, en unas galerías sucias hasta el asco, con inodoros llenos de mierda hasta los bordes... Sin agua... Con camas incómodas, pegadas unas a otras... Sin medicinas... Juntos, tuberculosos, gonorreicos, sifilíticos... Hombres llenos de llagas... Olor de grajo... Cien, doscientos hombres que no se bañaban por falta de agua...

Por este escenario, bajo el mes de agosto... paseaba de vez en cuando por entre nosotros, Cortizo, el secretario del Teniente, con su uniforme blanco, sin una mancha, verdadero insulto a nuestra porquería... Siempre con su cara amarillosa, que sólo florecía en intentos de sonrisa cuando traía, para alguien, algún recado de Díaz Galup, concediendo algo...

Más de una vez escuchó nuestros insultos, nuestros mueras... Tenía la conciencia completa de nuestro odio... Sus informes constantes a Galup, fueron, sin duda, los que precipitaron aquel salvaje atropello, que no podemos olvidar, y en el cual, arrastrado por las circunstancias, tuvo que dar la cara...

Al frente de una banda de asesinos escogidos, que impulsaba, bajo amenazas, al resto, revólver en mano, pálido, acobardado y temible, capitaneó la horda que, armada de trinchas, punzones, flejes, puñales y cables, penetró en «La Leona», el 31 de enero de 1932, y que pasó como un huracán por las galerías, derribando las camas, tirando hombres, apuñalando compañeros, indefensos ante la sorpresa y el número aplastante de enemigos... Siempre cauteloso, planeó el asunto de manera que, las que él estimaba figuras principales, no fueron molestadas y así, Irisarri, Vergara,

Mongo Miyar, Tapia y algún otro, fueron rodeados para impedirles todo movimiento... Pero al suelo cayeron, gravemente heridos, Oscar Andino, que milagrosamente pudo salvar la vida; Manuel A. de Varona, Ismael Seijas, Bernardo Blanco y otros, aparte de los que sufrieron golpes y contusiones...

Mientras duró la *valerosa* invasión, Cortizo, capitán de cera amarilla, permaneció en un rincón, sosteniendo en la mano temblorosa un revólver, con el que, de puro miedo, hubiera matado al que se le hubiera acercado... Y al fin salieron de la galera los agresores, tan precipitadamente como si alguien los persiguiera, cuando sólo se les increpaba con el grito de: «¡Asesinos!»...

Fue una suerte para mí no haber estado aquella noche en El Príncipe, pues con la *simpatía* que tanto él como Díaz Galup me mostraban, lo probable es que algo me hubieran dedicado los forajidos en su desfile...

Si antes se le tenía antipatía, desde entonces se le tuvo un odio unánime, profundo... A pesar de la bestialidad del ambiente y del encono de la lucha política, el atentado a los presos políticos provocó una indignación popular tan grande, que, con toda su ferocidad, el gobierno tuvo que disimular y el propio Castells, en cuyo feudo ya había buen golpe de prisioneros, simuló un arranque de cólera y ordenó una severa investigación para depurar responsabilidades.

La pantomima comenzó bien. Enrique el Vizco, el negrito Tapia, y algunos más de los *audaces* protagonistas del episodio, fueron enviados para Islas de Pinos, a donde también fue a parar Cortizo, a quien, desde las ventanas, llenos de alegría, vimos pasar vestido de azul, de hombre de las *cua-drillas*. El *mayor*, insinuante, nos aseguró: «¡Lo veo mal!»...

Pero no en balde Cortizo había llegado a ser Secretario de Díaz Galup...

Cuando apenas había pasado la efervescencia de nuestra indignación, un día vimos pasar a Cortizo, ya vestido de blanco, con los galones de cabo...

Preguntamos, y el *mayor*, siempre optimista, nos dijo:
—Qué... ahí está de mandadero... Él aquí no camina...
¡¡Y, efectivamente, de mandadero saltó a Secretario del capitán Castells!!...

Parecía incapaz de hacer nada que no fuera obedecer, humildemente, las órdenes de un jefe cualquiera... De los hombres que prosperaron en Presidio, fue de los pocos que no mataron a nadie... No tenía fuerzas físicas para ello, ni valor tampoco... Pero en cambio, como decían los presos con rencor:

—¡Nadie ha dado más *cranque* que ese!...

Sin embargo, la figura de Cortizo no queda completa si no añado unos pequeños detalles sin importancia.

Cuando cayó Castells, los reclusos se lanzaron contra sus perseguidores y no ocurrió una verdadera matanza gracias a la rápida intervención de las fuerzas y a la carencia de los confinados de verdaderas armas... En aquel tumulto, todos los *mayores* tuvieron que refugiarse detrás de las rejas... Cortizo, por su parte, quedó olvidado... Y cuando vino el nuevo jefe, siguió de Secretario... Era ya demasiado: se le acusó de su ataque a los presos políticos; se protestó enérgicamente y... ¡siguió de Secretario!... Hubo entonces nuevo cambio en la dirección del Presidio, y el nuevo Supervisor... ¡escogió a Cortizo para Secretario!...

Sin embargo, aún había de ocurrir algo mejor. La «revolución» creyó humanitario conceder alguna gracia a los presos comunes, y, en una serie de rebajas de penas que se hicieron, además de Pérez Cubas y otros de los más temibles bandoleros del Presidio, entró Cortizo... ¡libertado por los mismos a quienes él había mandado a apuñalar!...

Para su desgracia, cuando salió en libertad, estaba yo en Isla de Pinos realizando investigaciones, en el Presidio Modelo, con autorización del entonces secretario de Gobernación, doctor Guiteras, y, al comprobar que no se atrevía a venir para La Habana, por temor a la justa represalia que le esperaba, en evitación de que se fugara a la justicia, dirigiéndose a la isla de Gran Caimán, lo denuncié de complicidad

con los crímenes de Castells, pues más de un preso podía atestiguar que, ya preso el Capitán, y en trance de investigación su causa, Cortizo quemó sacos enteros de papeles comprometedores, en la cocina del gran comedor del Penal...

Fue detenido cuando paseaba con el teniente Andreu, a cargo del Presidio provisionalmente, y el hecho me costó un disgusto con este oficial; más tarde, cuando llegó el capitán Pulido, supervisor en propiedad, Cortizo, que ya era un «preso político», ¡fue llamado por él nada menos que para trabajar en el Archivo!... Y fue preciso que pusiera en conocimiento del Supervisor la responsabilidad criminal en que incurriría si nuevos papeles se perdían, para que lo separara de aquel lugar, no sin antes asegurarme de que «nosotros estábamos equivocados con respecto a Cortizo»...

Gumersindo Cortizo dejó esta silueta en mi imaginación... Él no mató a nadie con sus manos, y Lugo, en cambio, mató a muchos, y mientras por este sentimos una corriente de inexplicable simpatía, a él lo odiamos profundamente... Y es que él fue como una víbora, pequeña, traidora y venenosa...

Capítulo XIV

Cristalito...

¡Cristalito!... ¿Por qué le pondríamos Cristalito? De todos modos fue un acierto, porque aún hoy, después de tanto tiempo, su recuerdo es un cosa transparente, cordial y simpática a nuestro corazón. Y Cristalito era negro. Tan negro que brillaba... Tan negro como sus propios ojos negros, que le brillaban como bolas de vidrio, cuando se asomaba sobre las ventanas del pabellón. Porque así fue como lo conocimos.

Él era el hombre encargado de limpiar los cristales de las ventanas altas del pabellón del Hospital en donde estábamos reclusos. El pabellón tenía qué se yo cuantas ventanas. Cien a lo mejor, todas grandes, anchas, con varios cristales, y estaban dispuestas de manera que, inclinadas, impedían el paso de las lluvias y dejaban sólo un estrecho espacio en la parte superior para una circulación insuficiente de aire.

Su misión era mantener limpios esos cristales y su instrumental consistía en una escalera, un cubo con un poco de agua y unos pedazos de trapos o de estopa. Comenzaba por las mañanitas, antes de que nosotros nos levantáramos, y poco a poco, tomándose su tiempo, subía por las escaleras, limpiaba unos cristales hasta donde le alcanzaba el brazo y entonces bajaba para rodar la escalera y subir de nuevo para limpiar más cristales. Y así iba repasando ventanas, una detrás de otra, de manera que cada cierto número de días —cuatro, cinco o seis— volvía a pasar ante la misma ventana, año tras año. En realidad era suave su trabajo, aunque fuera en extremo aburrido y obsesionante, limpiando siempre cristales, tan altos, que estaban destinados a no dejar pasar a través de ellos las miradas humanas...

Un día que estaba de buen ánimo, bien temprano, cuando le repartían el pan a los compañeros antes de que se levantaran, sin saber por qué, le di los buenos días. Desde aquel momento comenzó una especie de amistad entre nosotros. Como su rostro era agradable y tenía un aire así entre cómico y simpático, fue una cosa instintiva el tomarle afecto. Sucedió que yo no fumaba y así, cuando llegaba algún paquete de la calle, pues reclamaba algunos tabacos y se los tiraba por la ventana a Cristalito.

No siempre esto era fácil, porque había que vigilar que nadie estuviera por fuera del pabellón, a fin de evitar el chisme. Además de los tabacos y los cigarros, algunas veces conseguimos algún pedazo de dulce, o de queso, o de jamón, y se lo lanzábamos por encima de la ventana hasta lograr que el obsequio pasase por la estrecha abertura de la parte superior.

Poco a poco Cristalito fue estrechando amistad con nosotros, y un día, con mucho misterio, me pasó un paquetico por la ventana, y con una cara de gran satisfacción, me dijo:

—Son unos cuantos chicharrones que me conseguí en la cocina... Pero tenga cuidao que nadie se entere porque si lo saben *esa gente* me desgracio...

Y total eran unos cuantos trocitos de chicharrón, fritos, grasientos, que sin duda había conseguido desde un buen rato atrás y cuyo aspecto no era muy agradable. No sé si por esto, o por lo raro que nos pareció el que un preso nos trajera un regalo tan singular, fue que no los comimos. Gabriel mismo, que tenía ganas de probarlos, dijo:

—Mira, más vale que no los comamos...

Y cuando la próxima vez que pasó por la ventana me preguntó Cristalito qué tal estaban, con tanta hipocresía como cualquier preso, le contesté que los habíamos calentado y que estaban riquísimos... Y él entonces, muy contento, me aseguró que me iba a conseguir un buen pedazo de tocino... Pero que había que esperar una oportunidad en la cocina... ¡Porque si se enteraba esa gente se desgraciaba!...

Y, aunque parezca raro, lo cierto es que este rasgo suyo nos puso en guardia contra él. Ya nos habíamos acostumbrado, como buenos presos, a dudar de todo el mundo, a sospechar de cualquier cosa, a no creer en nadie. Nos pareció que Cristalito mostraba demasiado interés en hacerse amigo nuestro, y como la naturaleza de su trabajo nos indicaba que tenía algún *protector* en el Hospital, sacamos en consecuencia que él muy bien podría ser un anzuelo, un *gancho*, ya que no se trataba de un preso de los más explotados, que con frecuencia se acercaban a nosotros con la esperanza de una ayuda, o con la remota ilusión de que algún día denunciaríamos sus tormentos.

Más tarde, sin embargo, de manera insensible cobramos confianza en él. Creo que fue porque no nos preguntaba nada; o porque no nos pudo servir en dos o tres cosas de escasa importancia; o porque continuó trayéndonos pequeños obsequios de la cocina, que obtenía con gran trabajo y nos entregaba, con temor a «esa gente», todo lo cual revelaba que su influencia no era tanta. Un día trepó a lo más alto de la ventana y encaramándose yo a la cabecera de la cama, me pasó un pequeño bulto que contenía un vistoso y suculento trozo de tocino. Este sí que no lo pudimos *perdonar* y el Guajiro Pendás lo frió en lascas junto con el arroz de manera que fue para nosotros un plato regio.

Parece que también él nos *probaba*, porque tardó algún tiempo en manifestarse en su verdadero papel, en lo que habría de convertirlo en algo inolvidable para nuestros recuerdos.

Porque un día, de manera instantánea, Cristalito se transformó para nosotros en el hombre más importante, de cuantos había en Presidio. Fue aquella vez en que su rostro grande, negro, brillante, se pegó al cristal que limpiaba y, como un insecto que choca contra la ventana buscando una salida, golpeó con el dedo hasta hacerme saltar de la cama, sorprendido.

Me hizo señas y me aproximé, encaramándome al respaldo de la cama. Él, sin dejar de limpiar los cristales y mirando con disimulo a los lados me dijo:

—Mataron al capitán Calvo... el jefe de los Expertos... Y a cuatro o cinco más... Los ametrallaron desde una máquina... ¡Cerca del Malecón...!

La noticia me dejó estupefacto y sólo acerté a preguntarle:

—¿Detuvieron a alguien? ¿Mataron a algún muchacho?...

—No, creo que no...

Poco después la noticia resbalaba de grupo en grupo y las caras se iluminaban de alegría...

Al día siguiente, el paquete de las cartas disminuía de manera alarmante. La censura, celosa del prestigio de su *filtro*, recogió cualquier alusión por sutil que fuese y muy pocas cartas podían llegar hasta nosotros... ¡Sin embargo, ya estábamos enterados!...

Cristalito se convirtió en un personaje para nosotros. Por primera vez acaso contábamos con un verdadero aliado, que, además, tenía una importancia extraordinaria; que nos permitiría conocer lo que ni las cartas que nos llegaban, ni las revistas picoteadas nos podían dar a conocer. Además, lo interesante era la rapidez con que nos llegarían en lo sucesivo las noticias, porque, a la larga, siempre nos enterábamos de todo, o por nuevos presos que traían o por sobornos que los influyentes empleaban con los *mayores* más «fieles» a Castells y cuyo resultado, al cabo de los días, llegábamos a conocer los que no podíamos emplear el soborno.

Cristalito nos procuró las emociones más intensas del Presidio. Por eso no lo podremos olvidar. Una vez nos dijo:

—¡Mataron a Vázquez Bello, por el Country Club!... Y Machado mandó a matar a una partida... A los tres hermanos Freyre... Y a Aguiar... ¡y a mucha más gente que se

escondió!... ¡Dicen que está la cosa muy fea por La Habana!...

Otras veces, cuando había en la calle rumores de libertad, de «cordialidad cubana», Cristalito, a quien Seijas, Ramiro, Chuchi Escalona y otros le conseguían noticias, trepaba a la ventana y desde allí nos decía, llenándonos el corazón de esperanza:

—Dicen que hoy salen seis... Y que no va a quedar nadie aquí en quince días... ¡Ya el Comandante ha dado las órdenes para que los pintores se preparen a reparar todo esto!...

Sin embargo, más aún que por todo esto inolvidable, Cristalito será siempre un recuerdo emocionado para nosotros, porque él fue quien un día nos dijo:

—¡Mataron a Rubierita!... Lo asesinaron en los *repartos* porque dicen que le tiró al *experto* Castro...

Y otro día:

—¡Mataron a Pío Álvarez!...

Y otro:

—¡Mataron a Floro Pérez!... Y al hermano... Y a otro más que no sé cómo se llama!...

Y otro:

—¡Dicen que se están muriendo tres muchachos que quisieron matar a Arsenio Ortiz!... ¡Los ametralló él mismo... en el suelo!

Y así, otros y otros... Él fue el mensajero de las tragedias que iban ocurriendo... Cada vez que llamaba con los dedos sobre el cristal acudíamos presurosos a escuchar algo extraordinario: O la muerte de un héroe; o la de un asesino; o la noticia de que iban a llegar cincuenta presos más o la de que iban a poner a muchos en libertad... ¡Y muchas veces sólo era para pedirnos un cigarro o un tabaco!...

Tuvo valor y se expuso de veras al prestarnos tales servicios. Cuando la muerte de Vázquez Bello, Carbajal cometió una *pifia*. Indignado porque le habían retenido la correspondencia, le dijo a Luis María:

—¡Qué tanta cosa con la censura y las cartas!... ¡Si ya sabemos que mataron a Vázquez Bello!...

Inmediatamente se dio cuenta, pero ya era tarde. Luis María se puso a investigar y a los pocos días tuvo que fugarse Luis Rivero Morejón, nuestro barbero, a quien le echaron la culpa de la noticia. Si las sospechas hubiesen recaído sobre él, hoy no viviría Cristalito.

Pero Cristalito está vivo y trabajando. Cumplió su condena, y, cuando salió, Rubén León pudo conseguirle un trabajo. Se lo ganó. Fue, por instinto, más revolucionario que muchos que sólo lo fueron por negocio, por conveniencia...

TERCERA PARTE

EL ZAR DE ISLA DE PINOS

Documentos, acusaciones, anécdotas, pensamientos, versos y canciones acumulé a lo largo del tiempo para que algún día, alguien, escriba la biografía del capitán Castells, hombre digno del recuerdo por su dramática personalidad monstruosa, a la vez repulsiva e interesante, trágica y grotesca.

Tuvo más poder que nadie que haya podido considerarse señor de hombres, porque para él no fueron hombres los presos sobre los cuales tuvo mando.

Le llamo el Zar de Isla de Pinos, porque ningún otro título conozco que implique dominio más absoluto. Pero fue mucho más que un Zar, y, además, no tuvo su Ekaterimburg...

Capítulo XV

El capitán Castells

Sin razón ninguna se ha ido quedando para el último en los recuerdos de los hombres que nos mandaron en Presidio, el capitán Castells.

Porque, con mucha más personalidad que ninguno, en todos tenía marcada su huella, de una manera o de otra. Señor absoluto, como no lo fuera jamás ni el mismo Iván el Terrible, sus dominios llegaban hasta el subconsciente de sus hombres, y en cada uno, de acuerdo con sus temperamentos, esta influencia revestía un aspecto distinto. En Domingo el Isleño era la adoración animal, vegetal, mineral casi... en Badell, una imitación en el mando; en Durán, un terror infantil; en Luis María, una adivinación de deseos; en Lugo, una envidia admirativa de tanto poder, y en Fu-Manchú, un servilismo hipócrita y temeroso, de jesuíta obeso...Y en todos, como la dominante en un acorde, la vibración, el ánimo inspirador del Capitán.

Pero ya sé por qué este hombre se me ha ido quedando para el último.

Es porque demanda un juicio, que no será fácil de hacer en unas cuantas páginas.

Hombre excepcional por demás, no basta con pintar su físico impresionante de jefe galo, de villano de película del Far West, de pirata descendiente del Olonés...

¡Sobre él pesa la espantosa acusación de ser propiciador del asesinato de más de 500 hombres!... La hazaña no tiene nada de vulgar, ni aun dentro del machadato sombrío, y así tendremos que convenir en que se trata de un ser extraordinario al que hay que estudiar bajo moldes también excepcionales. Es un hombre que reclama una historia, un juicio y una sentencia.

Cuando por primera vez lo vimos, con su quepis colonial, al estilo de los oficiales ingleses de las plantaciones del Indostán y del África, y con sus enormes guantes de cuero, alto, corpulento, macizo, poderoso, la voz ligeramente enronquecida, la mirada exploradora, el ademán amplio, y un aire excepcional de mando, sentimos la pueril alegría de comprobar que el hombre se parecía al que nuestra imaginación, vagamente, había creado de acuerdo con la leyenda.

Pero su actitud con nosotros nos desorientó por completo durante algún tiempo. Con ello creció mi interés por un hombre tan excepcional.

Desde entonces, como pude, me dediqué a conocer pedazos de su historia, narraciones de su vida y detalles que me sirvieran para averiguar el porqué de su naturaleza contradictoria.

Para mi fortuna, en el tiempo en que estuve preso, desfilaron por el pabellón algunos centenares de presos políticos y entre ellos no dejó de pasar alguien que había sido su jefe en el Ejército y alguien también que había sido su subalterno. Otros lo conocían de la calle, algunos de las salas de armas y todos por su nombre y fama. De entre tanto fragmento, alguna conclusión yo podía sacar.

Su vida, en realidad, podía dividirse en dos partes: antes y después de ser Jefe del Presidio Modelo.

Creo que se puede afirmar —porque todos los relatos convienen a ello— que antes de hacerse cargo del Presidio Modelo, Pedro Castells había sido una excelente persona, que había ido ascendiendo desde soldado raso a capitán por el puro esfuerzo personal, con una hoja de servicios intachable y con la estimación de sus jefes; así al menos lo aseguraba el comandante Lima, bajo cuyo mando había estado. A su vez, dentro del Ejército, cuando tuvo mando, fue severo, inflexible, duro y escrupuloso en exigir el cumplimiento del deber militar, e insobornable a toda simpatía o influencia. Así, había desempeñado el cargo de Jefe de las Prisiones Militares de Columbia y Camagüey, creo, y si, ciertamente, no había contado con la simpatía de los solda-

dos, por la dureza de sus castigos, por lo menos tenía su respeto, ya que su hoja de servicios y su conducta eran insuperables.

Hasta el momento de hacerse cargo del Presidio Modelo, nada grave, pues, se le podía imputar al capitán Castells. Se trataba sólo de un militar severísimo y cumplidor, sencillamente. ¿Qué pudo determinar un cambio tan violento en su vida, en su manera de sentir y de obrar?...

Sobre este punto, en más de una ocasión, aprovechando esos días de prisión en que a uno no se le ocurre hacer otra cosa que pensar, yo me he puesto a hacer suposiciones de distinta naturaleza.

Con preferencia he admitido estas dos: o Castells era lo que llamó Lombroso un criminal nato, un criminal en potencia, que sólo esperaba la oportunidad necesaria para revelarse, y en este caso, la jefatura del Presidio, con sus poderes omnímodos, su tácita impunidad bajo el machadato, le ofrecieron la máxima ocasión, o bien el capitán Castells era sólo un engranaje más, un influenciado más, por la locura sangrienta que desde el poder desató por toda Cuba Gerardo Machado, quien, sin discusión ninguna, ejerció una avasalladora influencia sobre todos sus subalternos, entablándose entre ellos una verdadera y macabra rivalidad, por complacer al Asno con Garras, en su cruenta vesania... Y, amigo de las síntesis, he llegado a admitir que la solución puede encontrarse en una equitativa aligación de las dos suposiciones.

¡Pero qué extraño ser, o qué refinado histrión era este capitán Castells!

Varias veces habló con nosotros y en todas las ocasiones apenas si hicimos otra cosa que oír, dominados como estábamos por el interés de conocer sus ideas, su manera de pensar y sentir.

Primero nos sorprendió cuando, al ser incomunicados nosotros, se condujo de manera exquisita y en extremo caballerosa con nuestros familiares, angustiados por el silencio forzoso en que nos veíamos.

Entonces, no sólo recibía amablemente las visitas que le hacían para interesarse por nosotros, sino que les daba cuenta detallada de nuestra vida, estado de salud y ánimo; se prestaba gentilmente para cumplimentar encargos y, por último, cuando llegaba de La Habana, se aparecía por la mañana temprano en nuestro patio, rodeado de su cortejo de mandantes, y a cada uno informaba de las noticias que le habían encargado dar. Todavía mis oídos recuerdan aquello de:

—Roberto Lago... Su mamá estuvo a verme. Me pidió que si le podía mandar unas frazadas y un *sweater*. Yo le dije que aquí tenían frazadas y que no había frío ninguno, que ustedes cogen sol, desnudos, en el patio, pero que si quería, con mucho gusto...

—¡Muchas gracias, Capitán!...

—Raúl Roa... Su papá me llamó para saber si le habían llegado las medicinas...

—¡Muchas gracias, Capitán!...

Estábamos incomunicados. Aquella actitud, tan distinta a la que nos habíamos acostumbrado a confrontar en las prisiones, nos sorprendió y nos obligó. Desde entonces sospecho yo que acaso un cierto agradecimiento le quitará a mi juicio la dureza inevitable... ¡Es la debilidad, que se le aparece a uno por cualquier parte!...

Pasada esta fase, que fue la primera que le conocimos, el capitán Castells comenzó a darnos toda clase de concesiones dentro del pabellón, encaminadas a hacernos más llevadera la prisión y más distraídos los eternos ratos del tiempo preso.

Así, un día, viéndonos jugar al *handtennis* con dos bancos por *net*, nos ofreció una y nos mandó, además, dos raquetas; más tarde nos habilitó para el *volley* y para el *basketball* todos los patios; nos concedió el derecho a trabajar la madera, para lo cual el propio penal nos suministró maderas preciosas en relativa cantidad y, por último, al final de nuestra prisión, llegamos a tener a nuestra disposición,

todas las tardes, por hora y media, los dos terrenos de *baseball* del Presidio.

Esto en el orden general, que en el particular, aparte de su gentileza con nuestras familias, cuando llegaron Ramiro Valdés Daussá, Rubén de León y Rafael Escalona, capturados cuando lo del autobomba, los incomunicó en nuestras celdas, en donde la oficiosidad de Lugo nos los permitía ver; y más tarde, cuando los compañeros comenzaron a pasar para las circulares, ya como presos comunes, a todos, menos al Incógnito (un obrero), que yo recuerde, tras el aprendizaje del mes de ingreso, los vistió de blanco, les puso galones verdes, y se pasaron materialmente el tiempo sin realizar ninguno de los trabajos penosos a que pudo haberlos sometido.

—Demagogia pura —decían muchos... Otros sostenían:

—El Capitán pretende congraciarse con nosotros para quedarse en el puesto cuando triunfe la revolución...

Yo no creo que fuera tan ingenuo. El puesto de Jefe del Presidio, tal como se entiende con el sistema actual, deja mucho dinero para que no lo ambicionara alguno de los «revolucionarios»...

Yo me incliné siempre a creer que Castells nos trataba así, por el deseo de no tener líos con nosotros; por el orgullo de que no sucediera en «su» prisión lo que había ocurrido en las otras; con la esperanza, acaso, de silenciarnos a fuerza de concesiones... Pero después de haber leído su correspondencia con Trujillo, Fors, Barraqué, etc., no me cabe la menor duda de su refinada hipocresía para con nosotros. Innumerables veces interceptó nuestra correspondencia para remitirla con informes especiales a los jefes de Policía; y en más de una ocasión en sus cartas a esos cachanchanes del machadato, nos vejaba rabiosamente. Fue él, sin duda, el autor de la medida tomada con nosotros de mantenernos incomunicados de nuestras familias casi dos años, uno de los actos más brutales de aquel período de ignominias. Véanse si no estos párrafos de su carta del 13 de marzo de 1931, dirigida al licenciado Jesús María Barraqué, secreta-

rio de Justicia entonces, en ocasión del primer traslado que sufrimos los presos políticos:

No tenemos por aquí dificultad alguna que nos preocupe, y creo realmente que la medida de enviar esos locos a este retiro, habrá de producir efectos excelentes. Aquí no oyen el timbre de los carros eléctricos y habrán de extrañar el constante contacto con los enemigos gubernamentales de fuera, que son tan malos como los de dentro...
[Y] habrán de extrañar el constante contacto [...].

¡Por eso, luego, cuando volvimos a la Isla, nos mantuvo cerca de dos años sin ver a ningún familiar!... ¡Y mientras, nos vendía el favor de informarnos de nuestras familias!...

Llegó Castells a hacernos tantas concesiones que casi lo veíamos llegar con alegría. Él no dejó de adivinar esto y se veía que gozaba con llegar al patio y verse rodeado de todos, en espera de su palabra. Así fue como pudimos apreciar varias de sus extraordinarias facultades; de comprender qué clase de teatro trágico era aquel del Presidio.

Él llegaba y decía:

—¡Buenas, señores!... —y enseguida la gente comenzaba a hacerle preguntas. Así se iba desarrollando la charla hasta que sólo él hablaba.

Unas veces era una explicación de cómo se luchaba en el Presidio contra la plaga de las moscas, «que venían con el viento sur, porque al pudrirse los peces que quedaban aislados en las casimbas y charcos, al retirarse las mareas altas, se criaban millones de moscas»...; en otras ocasiones nos hablaba de los esfuerzos que hacía para lograr que el Presidio «se abasteciera a sí mismo, porque cada día el presupuesto se lo mermaban más y si no había una administración rígida, se le iban a morir de hambre los presos»...

Así fue como nos contó el intento que hizo de aprovechar para la siembra del arroz los terrenos bajos de la Isla...

—Pero lo tuve que dejar, ¡porque se me moría la gente a montones!...

(¡Nosotros, recordando los bárbaros episodios de El Cocodrilo y La Yana, nos estremecíamos!...)

Pero era cuando nos hablaba de su propia vida en el Presidio, de sus ideas sobre el preso, cuando más nos interesaba oírlo.

—Ustedes ignoran, no pueden saber lo que es esto —nos decía.

»A mí mismo, que me he pasado la vida entre presos; que casi soy un preso, puedo decir, me engaña con frecuencia esta gente... ¡Aquí hay quien se hace el enfermo y hasta quien se enferma de verdad con tal de no ir a trabajar!...

(Luego nos enteramos de que el capitán Castells, muchas veces, tomaba el pulso a los hombres con los guantes de cuero puestos... ¡Y nos enteramos también de que muchos hombres sentían por él tal terror, que preferían, antes que presentarse a la «fila de médico», salir para el trabajo, tiritando de fiebre!... ¡Y vimos cómo, mientras en la enfermería del penal eran frecuentes los «embotellados», fuertes y saludables, como mulos de Kentucky, en el desfile de las cuadrillas pasaban hombres macilentos, minados por la anemia y la escrófula!...)

—Yo aquí he tenido que impedir que en las cartas los presos pidan nada a sus familiares...

»Miren, aquí había un hombre que parece que estaba en el secreto de alguna «debilidad» de un individuo de cierta posición... (Nosotros sonreímos...) Bueno, pues se pasaba la vida explotando el secreto y exigiéndole cosas al infeliz bajo la amenaza de dar a conocer su «debilidad»...

»Naturalmente —y su voz tomó un tono distinto— cuando yo me hice cargo de esto, todo eso se acabó radicalmente...

»Había quien, sabiendo que su familia estaba en mala condición, le pedía, y hasta en malos términos, que le enviase camisetitas de seda, medias, polvos, esencias, haciendo que se

¹ Léase el relato «Una fuga».

sacrificaran los infelices y como si fueran a vestirse aquí igual que en la calle.¹

»Otra cosa, yo he observado que el hombre, cuando está preso, quiere mucho más a su familia, se preocupa más por ella y le afectan en alto grado todos los asuntos que a la misma conciernen. Especialmente, el preso es extremoso con su mujer, de cuyas cartas se preocupa de manera especial.

»Bueno, pues para que ustedes vean qué clase de gente es alguna de la que yo tengo aquí, les puedo contar que una gran parte de la correspondencia que llega, yo la aparto y la hago quemar, porque se trata de cartas enviadas a los presos, por otros que ya han salido, y en las cuales no hacen más que decirle a sus antiguos compañeros que su mujer le está engañando con fulano; que es un «tarrúo»; que está haciendo el ridículo, y que cuando salga, si quiere quedar «como hombre», tendrá que matarla... ¡imagínese si yo les entrego a esos hombres esas cartas!... ¡Qué va, no puede ser!...

Y como para dar mayor fuerza a sus palabras, dijo:

—¡Pregúntenle, pregúntenle a Badell que conoce esto!...

Luego, se ponía a hablarnos interesantes cosas de la realidad de los sentimientos y afectos humanos:

—La cárcel es una lección muy dura —nos decía.

»Aquí se queman muchas cosas...

»Por eso muchos hombres caen en la desesperación y hasta se matan... ¡Hace poco se me tiró uno, que se volvió loco, desde las circulares!...

»Yo los observo. Los primeros meses de estar aquí, hasta cartas de los amigos se reciben... ¡Al año o dos años, ya no quedan más que los hijos, la mujer y la madre!...

»Después, los hijos dejan de escribir y también la mujer... ¡La madre es la única que siempre está ahí!...

»¡Sin embargo, el preso se preocupa mucho más por la mujer que por la madre!...

»Y hay quien ha salido de aquí y se ha encontrado con hijos de otro, ya grandes!... ¡Y hay quien ha vuelto a Presidio!...

»¡Pero la madre nunca falla!...

»¡Miren, yo una vez me fijé en un «público» mensual, en una viejecita que vino a ver a un preso nuevo. No sé por qué me impresionó su presencia, y, desde entonces, cada primer domingo de mes, siempre la veía, nunca faltaba, siempre hablando con su hijo al que le traía regalitos...

»Bueno, pues una vez dejé de verla y me extrañó. ¡Pregunté por ella y supe que había muerto!... ¡Sólo así la madrecita había faltado a la visita!...»

Poseía auténtica vena histriónica este hombre. Cuando hizo ese relato de la madrecita, supo dotarlo de un candor y de un patetismo tales, que a varios compañeros se les aguaron los ojos...

Mientras tanto, otros pensábamos a cuántas canalladas no se prestaría ese «bondadoso» sistema de quemar las cartas malas...

Y pensé, ¡acaso si habrá aquí más de un infeliz, a quien el odio de uno de estos mayores ha impedido recibir nunca noticias de sus familiares!... ¡Y yo no estaba equivocado: Coronita me lo comprobó después!...

No menos interesante era para nosotros, para quienes el tiempo que llevábamos presos excedía con mucho de todo lo supuesto y amenazaba con no terminar nunca, escuchar al capitán Castells cuando nos hablaba de las poderosas influencias que la prisión había ido dejando en él.

Un gran número de años se le habían pasado en prisiones, primero, como Jefe de Prisiones Militares y después en Presidio. Y así, él notaba que muchas de las características del preso «se le habían pegado»...

—Aquí uno, a fuerza de estar pendiente de todo, y vigilando, se vuelve receloso y desconfiado... ¡Ya yo no tengo confianza en nadie!...

»¡Yo no sé que va a ser de mí el día que tenga que dejar esto, y vuelva a estar en la calle, sin la preocupación de probar el desayuno por la mañana y recorrer las cuadrillas!...»

Pero un día perdimos las charlas del Capitán.

Fue cuando las intrigas del doctor Guillermo Portela llegaron al ápice y este trasladaba a la «derecha», de patio a patio, como un ganado de corral a corral, con la complicidad de Durán.

Entonces, alguno de los que recientemente habían llegado —Benito Fernández, creo— escribió una carta que la censura mostró al Capitán; en ella se decía más o menos: «Aquí lo que se nota es que el capitán Castells está en todo de acuerdo con el doctor Portela y eso hace más difícil que nos podamos unir de nuevo...»

Dicen que Castells dijo:

—¡No entro más en el hospital mientras haya un preso político!

Efectivamente, él tenía sus simpatías por la «derecha», pero tampoco quería líos con la «izquierda».

Y a nosotros nos consta que no le hacíamos gracia, porque cuando José Sánchez Herrera, José Rangel Utrilla y Reinaldo Escudero Busto, los tres tripulantes del crucero «Patria» acusados de conspirar, llegaron al Pabellón, procedentes de las circulares, nos contaron que el Capitán les había aconsejado, más o menos, «que tuvieran cuidado con quién se juntaban; que en la galera había varios obreros y estudiantes comunistas con los que no convenía que anduvieran, porque esa gente tenían ideas disolventes y eran contrarios a la patria»... Sin embargo, como el tiempo en Presidio tuvo sobrada ocasión de extenderse, aunque el capitán Castells no dejó de cumplir su palabra de que no entraría en el Pabellón mientras estuviéramos nosotros, tuvimos de nuevo ocasión de hablar con él y aun en mejores condiciones: en su verdadero salón del trono, en su oficina de trabajo, con la ventaja de que, como éramos un grupo reducido de tres o cuatro, la charla cobraba caracteres de verdadera entrevista.

Por dos ocasiones hablamos con él entonces y en ambas nos dio a conocer aspectos tan notables de su carácter, que todo el mundo está de acuerdo en reconocerle: su capacidad de organizador y una energía trabajadora realmente extraordinaria.

Eran muchos los presos que nos habían dicho que, en el Penal, el primero en levantarse y el último en acostarse era el Capitán.

Y se le notaba, a flor de rostro, el orgullo de «su obra», de «su novia», como solía llamarle al Presidio.

Porque en sus palabras, sin él querer, o queriendo, se filtraba la convicción profunda de que todo aquello: las circulares inmensas; el magnífico edificio de la Administración; las elegantes residencias para empleados, los jardines cuidados; las secciones de siembra, impecables como una mujer bien peinada; los flamantes uniformes albos de sus favoritos; el gigantesco comedor silencioso; el hospital regio; las carreteras blancas, la marcha ordenada y sin ruidos de las cuadrillas... todo, absolutamente todo, era obra suya:

Yo estoy casi seguro de que Castells acogería resignado el duro juicio de la posteridad si esta le concediese siquiera el mérito de la obra exterior del Presidio. Pero es que César E. Guerra, arquitecto autor del proyecto, se opone con energía a ello y asegura rotundamente que el capitán Castells estropeó a su capricho todo su trabajo científico.

Una de las veces que lo fuimos a ver, antes de las nueve, un día de fiesta, sonaban las circulares. Voces de los soneros, rasgueos de tres, timpanear de las claves, llover de las maracas y golpes de los bongós nos llegaban confusos, como el eco de una expansión que quiere ser alegre y despreocupada...

—Se están divirtiendo un poco —nos observó el Capitán—. Luego continuó:

—Esta hora de acostarse y la de levantarse, son las dos peores horas del preso. ¡Es cuando el hombre se siente preso de veras, cuando siente más la necesidad de la mujer!...

Nosotros teníamos ganas de hablar sobre este tema apasionante y uno lo abordó preguntándole si él no conocía lo que, en beneficio del recluso, se estaba haciendo en Rusia.

—Sí, sí, yo he leído eso, pero aquí es imposible implantar nada de eso... Yo sí, yo lo podría poner en práctica; yo haría pequeñas casitas en donde los penados de buena conducta pudieran ver a sus mujeres una vez al mes, más o menos; yo lo podría hacer, porque bajo mi gobierno impera un respeto absoluto a la mujer...

»¡Aquí no hay un preso que se atreva a mirar a una mujer del público, cuando hay visita, porque ellos saben que eso aquí está prohibido!...

—¡Pero yo no voy a estar aquí toda la vida... siempre! — ¡Qué estupendo poder expresivo el de este hombre! Dijo esa frase con una fuerza patética sólo comparable a las de las despedidas... Y continuó:

»¡Y la verdad es que eso aquí provocaría verdaderas infamias!... Pronto verían ustedes al funcionario tal, tratando de obtener favores de las mujeres de los presos, a cambio de dejárselos ver...

»Ustedes son muy jóvenes todavía y no conocen bien nuestro país... ¡Únicamente cuando los ideales de ustedes triunfen se podrán implantar esas medidas!

Volviendo a su tema, nos dijo:

—La hora de acostarse y la de levantarse son las peores para el preso, y yo trato, en lo posible, de acortárselas. Por las noches, ya ustedes han oído que tienen un rato para tocar música y distraerse; y por las mañanas, apenas si les doy tiempo para meditar, porque, enseguida que suena la diana, tienen que estar de pie y listos para el desayuno. Y después, a trabajar...

»El trabajo es lo que salva al preso. El hombre que no trabaja en la prisión, se vuelve loco... Yo se lo aseguro... Si ustedes no tuviesen la madera para entretenerse, ya se habrían matado unos con otros...

Nosotros sonreímos, pensando que sería precisamente el trabajo, unos por el triunfo de la revolución y otros por

prolongar la agonía del régimen burgués, lo que haría que nos matáramos...

Una corneta lastimera sonó el toque de silencio... e instintivamente todos nos quedamos callados... Castells, con el semblante satisfecho, de manera espontánea, hizo una frase de vanguardia:

—¡Me gusta el silencio!... ¡Se oye!...

Efectivamente, se oía y gustaba oírlo... ¡Nada vibraba!... ¡Habían muerto tres mil hombres... millones de millones de insectos... los rumores de los árboles y el lamento distante del mar!... Por la ventana, abierta a la noche, sólo entraba, como diría José Zacarías Tallet, «el sonido de la yerba creciendo»...

Y cuando el Capitán reinició su conversación, parece que con más aliento, mostró detalles de su organización y expuso sus ideas, las que le habían llevado a implantar su tenebroso mecanismo.

Nosotros le habíamos preguntado por un preso cualquiera, creo que por Zabala, que guardaba prisión casi desde que Cuba era república.

—Ahora verán —nos dijo. Tocó el timbre imperceptiblemente y casi en el acto se apareció Gumersindo Cortizo, un viscoso mandante que había sido uno de los autores de un atropello cometido en El Príncipe contra los presos políticos, y a quien el Capitán tenía de secretario o algo por el estilo.

A una indicación de Castells fue a un estante y en un momento estuvo, sobre la estupenda mesa fileteada de yayajabita, el expediente de Zabala, que en unas pocas líneas compendia todo lo que de interés pudiera ofrecer el recluso.

El experimento se repitió con varios y siempre la misma rapidez, la misma escrupulosa exactitud en los detalles, datos y fechas.

Castells se mostraba satisfecho, pero quiso abrumarnos:

—Este es sólo un archivo para mi información personal del momento; claro que los archivos del Presidio son mucho más grandes y completos.

Y de caso en caso fue como nos dejó entrever una buena parte de su modo interno de pensar sobre la naturaleza del preso, razón fundamental de su conducta, y que, en parte, explica también el porqué del amable trato que nos brindó a los «presos políticos», pues a nuestros familiares, sin más preámbulos, les expresaba que él a nosotros «no nos podía considerar como presos, como vulgares asesinos y ladrones».

Nos habló así:

—El preso es un hombre a quien nunca se acaba de conocer bien. ¡Yo he tenido aquí a cada recluso!...

»Miren, aquí yo tengo un carpintero —creo que nos dijo carpintero, pero no lo puedo asegurar— que es aquí una persona excelente. Yo lo utilizo para los trabajos más difíciles y es cumplidor en grado extremo... Bueno, pues este hombre ha reingresado ya varias veces en Presidio. Apenas sale en libertad, reincide; no se puede evitar...

»Yo le he preguntado qué le sucede, cómo es que aquí resulta un hombre honrado y en la calle no, y ni él mismo se lo puede explicar...

»Aquí tengo yo hombres tan cumplidores que apenas se puede creer que hayan cometido delito alguno. Tengo un marmolista, que ese sí es un verdadero artista, y que me está terminando un trabajo; bueno, pues cumple en estos días y me ha pedido que no le dé libertad hasta que no termine su trabajo...

»Aquí hay quien viene ya por costumbre, porque no puede vivir sin el Presidio... A estos hombres no se les puede tratar como a otros que vienen, porque cualquiera puede tener la desgracia de tener que venir a Presidio. Son dañinos a la sociedad y la sociedad se tiene que defender contra ellos. Ya, al estar la primera vez en Presidio se les dio la oportunidad de reivindicarse, de curarse...

»Sí, porque yo creo que el criminal es un enfermo, y unos se curan y otros no. Los incurables, los que reinciden, son hombres peligrosos para la sociedad...

»Yo lucho, yo hago todo lo posible por regenerarlos, cuando llegan aquí por primera vez.

»Para eso siempre estoy tratando de mejorar la instrucción —porque es casi absoluta la ignorancia entre los delinquentes natos—, y ahora mismo estoy haciendo que los muchachos, compañeros de ustedes, me den conferencias a los presos, en el comedor, y algo en realidad he mejorado la enseñanza. Les voy a dar unas estadísticas, para que ustedes vean cómo funciona todo.

Y esa noche creo que fue que nos dio también unos tarros de un dulce de guayaba exquisito que le preparaban los presos.

Aquella noche, cuando regresamos al pabellón después de dar cumplimiento a la misión que se nos había encomendado, Carbajal comentaba conmigo, con su dejo oriental:

—Es un toro el Capitán ese: no se le puede entrar por ningún lado... Él habla, habla y no deja ni preguntar... ¡Eh, compay! ¿Y usted, no se fijó en la indirecta que tiró?... Sí, cómo no, cuando dijo: «Yo sé que hay quien critica mi actitud, pero a mí no me importa. Yo sigo mi obra»...

Es verdad que había lanzado la indirecta porque nos conocía lo suficiente como para temer que le criticáramos «su obra»...

«¡Mi obra!»... Siempre hablaba en posesivo el Capitán: «Mi obra»... «yo tengo»... «yo tuve»... Pocos hombres habrán sentido tan en lo hondo tal espíritu de posesión y de dominio...

Y es que fue el verdadero Zar de Isla de Pinos, en donde todos, desde los presos hasta los hombres libres, le pertenecían...

Pienso en el terrible castigo que debe ser para él estar preso y no ser jefe de su prisión, que encontrará llena de defectos... Debe serle un suplicio tantálico...

Siempre, después de una charla con el Capitán nos poníamos en grupo a comentarla.

De vez en cuando, lo que acaso no dejaba de ser una imprudencia, escuchaban nuestros comentarios presos comunes a quienes estimábamos buenos amigos.

En ellas siempre llegábamos a la conclusión de que «era un lío» ser jefe de un Penal.

Yo decía, con mi poca experiencia pedagógica, que dirigir un colegio de los treinta mejores niños del mundo era un problema, y que cuál no lo sería dirigir a los tres mil hombres peores de Cuba, exceptuando representantes y senadores... Sin duda, no admitíamos el cargo.

Por varios conductos conocíamos que el Penal, antes de su militarización, de su creación de castas, era algo bochornoso y monstruoso, en donde imperaba el hombre audaz y el matón de oficio; y, por otra parte, ya estábamos en el secreto de los «éxitos» del nuevo sistema... Una disciplina extraordinariamente rígida parecía necesaria para dirigir a los penados; pero ninguno de nosotros se sentía capaz de justificar el crimen de ninguna manera. Y, como en tantas otras cosas, arribábamos a nuestra justa meta, la Unión Soviética, en donde, al cambiarse el mecanismo económico-social, las masas trabajadoras —que son las que aportan la gran mayoría de los delincuentes en los países de régimen capitalista— al ver mejorada su condición de vida se vieron en menor necesidad de delinquir. ¡La Unión Soviética, donde la criminalidad desciende con gran rapidez, donde el preso es tratado como un hombre y no como una bestia!...

Pero no es sólo de la impresión que el capitán Castells nos produjo por sí mismo de la que tenemos que hablar. Hombre extraordinario, hay que mirarlo desde todos los ángulos posibles para que, dentro de lo humano, sus justas proporciones y dimensiones sean tangibles y perdurables. Vale la pena. Su nombre no se debe perder. Para esta labor nadie más indicado que Carlos Montenegro.

Montenegro, con su pluma de colorido sombrío, con su experiencia amarga de la prisión, testigo excepcional, hará páginas también excepcionales sobre la figura de Castells.

Fue él, precisamente, uno de los primeros que, en El Príncipe, nos habló de los horrores de aquella vida del hombre preso, hedionda y puerca, como un chiquero...

Por aquel tiempo —y no lo he vuelto a ver hasta después de hechas estas páginas— Montenegro tenía de Castells la firme idea de que se trataba de un anormal típico, de un hombre para quien matar, hacer sufrir, humillar y vejar, era una necesidad imperiosa.

Nos contaba cómo Castells, cuando leía cualquier libro que tratara sobre la vida y la psicología de los reclusos, asimilaba siempre para su método todo lo que representara una crueldad... Así, nos dijo que el rudo trabajo de las parihuelas con que se castigaba a los hombres en los fosos del Castillo, lo había tomado de una novela —no recuerdo el título del libro— en la que los presos se veían obligados a trasladar una montaña de tierra de un lado para otro, de un lado para otro... y así siempre, sin terminar jamás, como un nuevo tonel de las Danaidas...

De la marcada influencia que un preso —Goyito Santiesteban— había ejercido sobre el capitán Castells y aun sobre Díaz Galup, también nos habló muchas veces Montenegro.

Pero no fue por él sólo que nos llegó la visión cruel y sanguinaria de Castells.

Incontables presos anónimos, unos por simpatías, otros por agradecimiento a pequeños favores y muchos por deseos de vengarse de alguna manera, hicieron confianza en nosotros y nos dieron a conocer sucesos de monstruosos contornos...

Todavía recuerdo aquella sombría y vengadora canción que me enseñó con su lengua trabada el Gaguito del Cerro, el de los cien tatuajes:

¡Morirás... morirás... morirás!...

¡Infausto ser!...

¡Como murió Nerón!...

¡Como murió Nerón!...

¡Como Pompeya la opulenta

en el vorcán!...

[...]

*¡La maldición que tú tienes
es la que te tiene así!...
¡La-ra-li-lari-la!...
¡Aprende a ser hombre primero!...
[...]*

El canto, lento como un «largo», jamás se cantó sino a media voz, y es como un quejido vengador, como un sordo rechinar de dientes.

A un negro se lo oí una vez, que me lo entonó con una sordina emocionante, mientras miraba para todos lados... Él fue quien me dijo:

—Creo que al que lo «sacó», lo «chapearon»...

Pero sería inútil, valiéndonos de la anécdota, dar a conocer la siniestra fama que, entre la mayoría de la población penal, tenía Castells. En todo caso, para ello queda el resto del libro, que, con toda seguridad, no podrá expresar nunca la real magnitud de los hechos.

El número, traje de la verdad, he pensado que debe ser el testimonio perfecto e inapelable. ¿Por qué, para juzgar a Castells, no se toman las estadísticas y se compara el número de las muertes ocurridas durante su período —¡572!— con todos los anteriores?... Pero ya sé que es inútil la sugestión... ¡Acaso la culpa caería sobre el infeliz médico, por inepto!...

¿A quién no sorprenderá, pues, saber, así, de pronto, que el capitán Castells tenía rasgos de jocosos humorismo y que, en más de una ocasión, la alegre audacia de algún preso, le valió a este, para «caer bien»?...

Hay un cuento estupendo que sólo comprenderán los que conozcan la terminología y el ambiente y desarrollo de un juego de *baseball*, y que es popularísimo en todo el Presidio.

Allá, los presos llaman trabajar dentro del cordón «jugar en el cuadro»; y a salir en las cuadrillas, para el monte y La Yana, «jugar en los files»...

El capitán Castells, usando la nomenclatura del juego, único de carácter deportivo que practicaban los reclusos, daba «tres *strikes*» para «ponchar» a un hombre... Cada pifia en la «disciplina consciente», equivalía a un «*strike*»...

¡Y el «*umpire*» no admitía apelaciones!...

Bien, pues cuentan que en una ocasión un preso llevaba ya varios años trabajando en las cuadrillas, es decir, en los «files», sin que se pudiera decir nada de su conducta. El hombre estaba cansado... ¡Era mejor morir!...

Pero antes de morir quiso jugarse una carta a la suerte... Pidió ver al Capitán y una vez que estuvo en su presencia, en vez de demostrar el ya clásico temor de sus compañeros, empleando un vocabulario de pelotero, le dijo:

—Capitán... Llevo ya varios años «jugando en su novena» y siempre en los «files»... pero sin cometer un solo «*fumble*» y «sin tirarle» a un solo «*strike*»... ¡Yo quisiera que usted ahora me diera un «chancesito» para «jugar en el cuadro»! ¡Yo creo que me lo he ganado!...

Ante el asombro de todos, Castells, lo puso a trabajar dentro del cordón conquistado por la simpatía y el valor del preso.

En el complejo de características de este personaje excepcional, la honradez es una de las más notables. En Cuba fue siempre algo clásico el que se utilizara el Presidio como una fuente más de saqueo. La fama de ladrón ha quedado sobre la gran mayoría de los hombres que tuvieron en sus manos la jefatura del Presidio. Sobre Castells no. Los presos, a quienes el odio les ha estimulado la imaginación, le atribuyen con frecuencia hasta los vicios y las degeneraciones más infamantes, pero de rareza aparece uno que sospeche de su honradez.

Hay datos ciertos de que Goyito Santiesteban, su valido, especuló ampliamente, aprovechando su influencia con Castells, y resulta claro que este no podía dejar de saberlo o sospecharlo, pues era un hombre de magnífica inteligencia y astucia. Pero, que yo sepa, nadie lo acusa de haber sacado

provecho personal de su puesto. Se dice, inclusive, que más de una vez devolvió sobrantes del presupuesto.

Esta singular fama de honrado aumenta, si cabe, el interés sobre la figura del capitán Castells, tan llena de fases interesantes.

De entre estas, hay que hacer mención a su astucia —verdadera astucia de presidiario— y a su agilidad mental.

De la primera tuve una oportunidad excepcional para enterarme.

Una noche, cuando venía trasladado para La Habana, en los comienzos de la prisión, al tomar el camioncito que nos llevaba hasta el muelle, dos escoltas del Presidio relataban un incidente ocurrido aquella misma mañana en el barco. «El Pintero» y «El Colón» eran los vaporcitos encargados de la travesía entre la Isla y Batabanó y solían llegar por la madrugada. Siempre Castells los esperaba. Aquella mañana, mientras andaba por el barco, oyó que citaban su nombre voces que le parecieron conocidas. Se escondió para escuchar sin ser visto. Hablaban el preso encargado de conducir el camión y su escolta. Los dos hombres hablaban de Castells con la libertad de quienes se creen libres y formularon contra él juicios terribles... Castells no abandonó su puesto y escuchó con calma hasta el final... Se les puso delante, de pronto. ¡Los hombres se estremecieron aterrados!... ¡Al escolta le dijo que le presentara la renuncia y el chofer fue enviado a las celdas de castigo de una circular!...

Los escoltas que iban aquella noche en el camión comentaban el incidente y hablaban de la astucia de Castells, a quien nada se le escapaba. El chofer nuevo, un negro joven, no dijo una palabra.

—Muchacho, yo te recomendé... A ver si me haces quedar bien —le dijo uno de los escoltas y el chofer hizo un signo con la cabeza, pero no habló...

Que el capitán Castells era un hombre de agilidad mental, ingenioso, lo prueban las distintas versiones de sus anécdotas con los presos. Hay una, la más popular en el Presidio. La de su respuesta a unos versos sacados por los presos al salir de la Isla. Los versos dicen:

*¡Adiós, Fuente Luminosa!
¡Adiós, Gonzalo Gener!
¡Me voy pa 'la polvorosa!
¡Adiós, capitán Castells!...*

La letra requiere cierta explicación. La Fuente Luminosa era un terrible lugar de castigo y angustia y Gonzalo Gener era un capataz, hostigador de los forzados. En cuanto a la «polvorosa», era nada menos que la carretera, la libertad, la vida...

Pues bien, Castells, cuando retornaba a Presidio, condenado, algún hombre, solía decirle en tono de sorna, parodiándole su despedida:

*¡Te fuiste a la polvorosa
y no la supiste aprovechar
y ahora te vuelvo a mandar
pa 'la Fuente Luminosa!...*

Por nuestra imaginación, en el recordatorio demasiado estrecho, han cruzado ya varias fisonomías del capitán Castells; la severa, inflexible e intachable, acaso un poco cruel, de que hablaban los que lo conocieron antes de ser Jefe del Presidio; la penetradora, la todopoderosa, la benéfica, la del hombre-Argos, que dejaban traslucir sus favoritos, los mandantes del Penal; también la llena de una jocunda sensación de energía y de vitalidad, de orgullo ante el esfuerzo realizado, de habilidosa cautela y de gentileza extrema, que él mismo nos dio en sus relaciones con nosotros; la de su astucia, su honradez y su humorismo.

Pero aún queda otra, que es la que sin duda pasará a la historia con caracteres más firmes: la terrible, la cruel, la impiadosa, la truculenta y casi apocalíptica visión que de Castells nos daban los hombres azules de las cuadrillas, para los que el Presidio no era otra cosa que inclemencia perpetua, terror despierto por el día y soñoliento por las noches, turbadas de gritos desgarradores de las celdas; para quienes el Presidio era: pan y agua; celda y Yana, obsesión eterna de la venganza y la muerte; recelo medroso, en acecho durante interminables años; fatiga de la vida perennemente igual; humillación, hambre y tormento... ¡Miles de gritos, aullidos de hombres muertos, ahogados en los pantanos entre el fango y la pudrición, destrozados a culatazos por los soldados, derribados a balazos, como venados en fuga; muertos de hambre y de frío y de sed en las celdas; estrangulados alevosamente en las circulares, por los mayores; reventados sobre el pavimento, defenestrados como muñecos de trapo desde los últimos pisos; dormidos para siempre, en la mesa de operaciones, por la inyección traidora, ante el silencio aterrador o cómplice de los enfermeros!... ¡Miles de gritos de hombres para quienes la vida, en el último instante, fue un cuajarón de espanto, un salivazo de ignominia, un latigazo de bestialidad, una llamarada de pánico, un maelstrón vertiginoso de crueldades!... ¡Miles de gritos de hombres negros, blancos, mulatos, amarillos; de hombres culpables y terribles, reivindicados por la muerte sin paralelo, que forman una masa coral siniestra, lúgubre, ululante, aterradora, sombría e inaudita, clamadora de venganza; que aúlla en los silencios imponentes del Presidio; que se queja con extrahumano lamento en cada desesperado toque de silencio!... ¡Que gime o brama en la profunda y eterna voz del mar que rodea la Isla, agua sepulcral de tantas esperanzas desesperadas!... ¡Que se retuerce, atormentada, en los palos de los montes, en los bejucos de los árboles; que llora en la canción de la lluvia implacable que tantas veces la azotara; que silba y ruge en

el viento violento de las madrugadas; que sale infecta, podrida, en el vaho de los pantanos, de La Yana y El Cocodrilo!... ¡Masa coral de hombres podridos por la muerte, comidos de gusanos, con nubes de moscas de las charcas donde cayeron, como nimbos de un martirio pánico, que se lamenta con chirridos; que protesta aullando; que avanza sobre mi imaginación en los silencios pensativos y la recorre, en zarabanda macabra, frenética y lenta, como la peste; implacable y devastadora, como la peste; lívida y podrida, como la peste!...

¡Mi ánimo se queda enfermo en la combustión crepitante de los recuerdos sanguinolentos!... ¡No puede haber perdón para el hombre capaz de crear en el espíritu tal llaga y a la imaginación tal frenesí!...

¡Quedará del capitán Castells, sin duda, la visión aterradora de los hombres azules, los infelices presidiarios, acosados por el espanto y el hambre; y en nosotros, los que por ser tratados de distinta manera pudimos tener calma para analizarlo, la impresión de que era un hombre excepcional, no un asesino por el puro placer de matar; no un hombre como Arsenio Ortiz o Crespo, sino un vesánico, que acaso pensó limpiar a la sociedad de criminales, con el crimen!... ¡Un hombre con un *propósito* y unos medios y un poder terribles, para cumplirlo!...

Y pensamos si acaso nuestra relativa benevolencia para con él viene de que, en nuestra pobreza de espectáculos, nos conformamos con haberlo conocido a él, ya que no tuvimos la suerte de tratar ni a Torquemada, ni a Marat, ni a Fouquier-Tinville, ni a Czerchinsky, espléndidos exterminadores alucinados, en cuyo grupo, salvando las magnitudes y circunstancias, creo que se le debe incluir.

Capítulo XVI

El odio de los presos

Creo que debo ofrecer a los presos una oportunidad de hablar. Ellos, los que tuvieron que guardar tanto silencio, hoy pueden opinar desde mi libro sobre el hombre que tanto daño les hizo. En último extremo, pienso que sólo ellos tienen derecho a juzgar a Castells y a sentenciarlo.

Muchos presos han utilizado como mejor vehículo el de la décima para expresar sus sentimientos sobre el antiguo Jefe. Estas décimas no siempre han sido buenas desde el punto de vista literario. Pero eso no importa. Ellas expresan con sinceridad el odio de la población penal hacia Castells; un odio tan profundo, que sólo ellos podrían dar a conocer; un odio que es como la más humana revelación de todo lo que ocurrió allí.

Un día, Alfredo Mendoza Mendoza me trajo una porción de composiciones en verso contra Castells y el Presidio Modelo. Eran casi una libreta. Yo sólo guardé esto:

Los terribles criminales del presidio

*Ya se acabó el trujanismo
de aquel tirano asesino;
con su instinto serpentino,
inculto, y poco civismo.
Doctor, esto yo lo afirmo
por mi dignidad y criterio;
fingiéndose honrado y serio
llegó el cínico al penal,
y tanto llegó a matar
que hasta hizo un cementerio...*

*Al comandante Castells
es al que yo me refiero;
matador de prisioneros
inermes, en su poder,
y a su cómplice más fiel
llamada La Comisión.
Asesinos de afición,
incultos, semisalvajes,
que juntos daban sus viajes
en esta circulación.*

*Oropesa, cabo Villa,
también Acosta y Morales,
rondaban las circulares
como el verdugo a la silla.
Esta era la pandilla
que vivía estrangulando
y de las celdas tirando
a sus pobres compañeros
después de un suplicio fiero
por el cual iban pasando...*

*También conocí a Galano,
Manes, Arocha, Garcell;
todos eran copia fiel
del insaciable tirano.
Durán y Badell, como hermanos
iban a una ejecución,
a arrancarle el corazón
en la celda a un compañero;
analicen caballeros
lo que era La Comisión.*

*Le quitaban la comida,
el agua, todo alimento;
teniéndolos en tormento
hasta más de doce días.
Si acaso no se moría
lo llevaban a La Yana
donde yo vi una mañana*

*que asesinaron a cuatro,
en aquel terrible antro
de la bestia inhumana.*

*Pérez Cubas, capataz;
también Facundo y Jorrín;
los criminales sin fin
monstruos de la humanidad.
Ellos tenían facultad
para mandar a matar.
Evelio Quintero, igual,
Camejo, Sanz y Guillermo;
este era el mismo infierno
cubierto de criminal.*

*Aquí yo cito a Masó,
el Kangao y La Isabel,
Boniatillo o Rafael
esos cuatro eran atroz.
De los que recuerdo yo
mencionaré al Figurín
que hablaba como un clarín
llevando sus confidencias
a aquel monstruo sin conciencia
ejecutaba hasta el fin...*

*Lector, en la enfermería
era peligroso estar
porque te venía a inyectar
enseguida Luis María.
Esto el criminal lo hacía
cuando lo rendía el castigo
llamaba a Lugo su amigo
le aplicaba la inyección
y al darte mi conclusión
fijese lo que yo digo...*

Más popularidad que estas décimas alcanzaron los versos de Manuel Arzola, auxiliar del Ministro Ejecutor de la

Justicia, que, con el título de *Isla de Pinos* compuso una parodia de la canción de *San Juan de Ulúa*:

*Isla de Pinos tú eres terrible,
ninguna madre te puede ver,
porque en tu pueblo siempre apacible
se ceba un monstruo de entraña cruel.*

*Soy un penado, soy un proscrito
que solo vivo en esta prisión:
no importo a nadie, yo soy solito,
pues ya no tengo ni religión.*

*Mis ojos han visto cosas terribles
desde que vivo en la población,
que yo pensaba no eran tangibles
al que gobierna en una prisión.*

*Trece penados marchan un día
rumbo a La Yana en un camión
porque un mandante los denunciaba
de proyectar una rebelión.*

*Pinos y palmas adornan tus valles,
por los senderos de la prisión
suenan los tiros, no hay más detalles,
mueren penados, sin compasión...*

*Vienen los jueces, hablan y miran,
y a la oficina van a parar;
solamente después declaran:
¡Estos bellacos se querían fugar!...*

*José Martí en aquella isla,
fue atropellado con saña cruel;
pero eso es nada, pues lo hizo España
pero hoy lo hace Pedro A. Castells.*

*Allí los presos, en celdas encerrados
por ese infame sin corazón,*

*mueren de hambre, son torturados
como en el tiempo del cruel Nerón...*

Pero el poeta del Presidio Modelo es Evelio Díaz Ribes. Era un jovencito, casi un muchacho, de la misma Isla de Pinos, que ocasionalmente fue a parar al Presidio. Cuando salió de allá vino a verme para que le buscara trabajo y lo ayudara a caminar derecho por la vida. Pero, desgraciadamente, por los presos no he podido hacer otra cosa que formular la denuncia de sus males y gestionar, inútilmente, en unión de Ramiro Valdés Daussá, la libertad de unos cuantos que la merecían.

No sé qué se habrá hecho de Evelio Díaz Ribes. Sus versos —casi siempre décimas— se repartían entre los presos. Y eran, por lo común, buenos, fáciles, y, además, expresaban a la perfección el odio de los presos hacia Castells. Yo conservo estos que siguen, de descripción, denuncia e insulto del Presidio Modelo y su Jefe.

Al monstruo de Castells

*Te hallas Castells humillado
acción cobarde que cabe
en el criminal que sabe
que debe ser sentenciado.
Piensa y medita, taimado
en tu pasada fiereza,
en tu sórdida vileza,
en las cosas que tú hacías
y en tus muchas felonías
que dan horror y tristeza...*

*Recuerda que te ensañaste
en el Presidio Modelo,
en donde a diario su suelo
con sangre humana regabas
donde al preso maltratabas
con el mayor despotismo,*

*donde tuviste el cinismo
para establecer las normas
de matar en varias formas
que te han llevado al abismo.*

*El Gobierno de Machado
te dio supremo derecho
para llevar satisfecho
tu proyecto encarnizado.
En este lugar nublado
de dolor y adversidad,
se vieron en realidad
tus sentimientos villanos
inmolando ciudadanos
privados de libertad.*

*Recuerda La Luminosa,
cruel suplicio que existía,
do el castigo sufría
por su labor rigurosa;
con existencia forzosa
el capataz lo mandaba,
el custodio lo golpeaba
y después de desmayado,
era en el agua tirado
y un balazo lo mataba...*

*Celda muy lóbrega y fría
era el antro destinado
para el infeliz penado
que allí desnudo vivía
y dándole cada día
un solo pan por comida
y después de la salida
de dicha celda inhumana
lo mandabas a La Yana
donde dejaba la vida...*

*La Yana, castigo inmundo,
lugar de los culatazos,*

*de crímenes y balazos
y de martirio profundo
donde el preso moribundo,
por el trabajo forzado,
era en el acto matado,
y cuando no se traía
a la horrible enfermería
para morir inyectado...*

*Inyecciones de veneno
recuérdate que empleabas
y en tal forma exterminabas
al preso, obediente y bueno;
tu corazón duro y lleno
de podredumbre y maldad
ha demostrado en verdad
por la estela que ha dejado
que eres monstruo refinado
horror de la sociedad...
Recordarás La Cantera
que tantas vidas costó
en donde el preso llevó
muerte alevosa y certera,
y en caso de que no fuera
en la misma eliminado
era a la celda llevado
y en ella al siguiente día
a puñaladas moría
y cuando no, estrangulado...*

*El Cocodrilo es nombrado
como sangriento lugar,
pues no se puede contar
los hombres que se ha tragado...
Allí de fijo han matado
doce presos en un día
y de cierto se sabía
que aquel que lo visitaba
era una cosa muy rara
si a balazos no moría...*

*En fin, para qué seguir,
si hay casos tan miserables
tan tristes y abominables
que se tienen que omitir.
Imposible es describir
tu indecente biografía
y yo a gusto te diría
a qué especie perteneces
¡cuando estudie varios meses
un poco de zoología!...*

Si Castells era tan ingenuo —lo que no admito—, que no sospechase los verdaderos sentimientos de los presos hacia él, los versos anteriores le descubrirían la verdad.

Pero no sólo se valieron del verso los forzados para vengarse del látigo que sufrieron. Emplearon todas las artes a su alcance. Ya reproduje un fragmento de la canción sombría que le dedicaron —y esta en su mismo tiempo—. Vi también dibujos y pinturas monstruosas, destinadas a tener una vida efímera, en que Castells sufría los castigos, las vejaciones y las denigraciones a que los presos estaban expuestos... Los presidiarios utilizaron también el apodo sarcástico, burlón y cruel, para llamarlo, y se cuenta que a más de uno esto le costó la vida...

Por otro lado, sin contar a Carlos Montenegro, excepcional rapsoda épico del Presidio, muchos reclusos sintieron la atracción irresistible de escribir sobre Castells. La biografía que de él escribió para mí Antonio Reyna Leyva, está llena de sabiduría, de un sagaz espíritu de observación estimulado por el personaje extraordinario. Esta biografía no está escrita con odio, sin embargo, consigue hacer, a la par, dramática, grotesca y odiosa la figura de Castells.

Pedro Morales me envió una vez un trabajo sobre Castells, el que tengo extraviado, lo que siento, porque en él evocaba, cómo un preso, Anastasio Zayas, creo, adivinó quién era Castells apenas había tomado este posesión del cargo, y no tuvo inconveniente en proclamarlo públicamente, lo que, a la larga, le costó uno de los certificados de

defunción más originales del mundo: *murió de monomanía*... de la monomanía de decirle a sus compañeros cuáles eran los verdaderos sentimientos de Castells...

José Rodríguez Villar, el más digno superviviente de la hecatombe del Presidio, joven anarquista apasionado, que fue a parar allá, precisamente por luchar virilmente contra la injusticia explotadora de este mundo capitalista, tuvo que soportar en él el tormento moral de una injusticia aún más grande, más cruel, más implacable y contra la cual estaba impotente... Allí le asesinaron a Huerta, el heroico y altivo compañero... Allí se quedó él vivo, para que hubiera un testimonio de indubitable honradez que relatara el horror de aquel mundo inenarrable e inverosímil... Rodríguez Villar, que a través de años interminables mantuvo íntegro su espíritu luchador; que incluso salvó a muchos hombres de aquella tembladera de ignominia, inculcándoles su fe, dándoles valor, altivez ante el terror, deseos de luchar, no por ellos, sino por todos los infelices aterrados y oprimidos; él, a quien el capitán Castells no mató, sin duda por miedo... él, que es la verdadera figura dramática y humana del Presidio, el superviviente increíble, el protagonista para la tragedia o para el cine, también sintió, tanto como cualquiera, la necesidad de escribir su acusación. Parte de sus relatos yo los tengo y los utilizaré. Como hombre inteligente, a quien la vida le ha mostrado su dureza, Rodríguez Villar tiene fortuna para expresar sus pensamientos. Así, el Presidio Modelo lo rebautiza irónicamente y lo llama: «Modelo de Presidio»... Y, para burla de las ínfulas de Castells, en lugar de Presidio Modelo, lo denomina «Antro Modelo»...

Como hombre que ama, odia también. Odia profundamente a Castells. Y aunque la ley... quiere al testigo imparcial, la historia sabe muy bien que sólo el que ama o el que odia dice la verdad... Aquí yo sólo voy a reproducir las palabras puestas por Rodríguez Villar de prefacio a su álbum de fotografías del Presidio Modelo, dedicado a su madre y de cuya custodia me encargó:

Dedico a mi querida madre esta colección de vistas del famoso y trágico Presidio Modelo, Isla de Pinos, Cuba, construido bajo el mando del excomandante Pedro A. Castells, carnicero descomunal, señor de vidas de penados, ferviente discípulo de Maquiavelo, émulo de Nerón y de Calígula, que ha dejado más de siete centenas de hogares enlutados, quitándoles la vida a más de setecientos penados en este Modelo de Presidio para acabar con la delincuencia en Cuba y con los hombres presos que tenían la osadía de permanecer dignos en la prisión durante la sangrienta tiranía del chacal que gobernaba a Cuba, el tétrico y máximo asesino que ha dado la América, Gerardo Machado. Isla de Pinos, diciembre de 1933.

J. R.V.

La voz de un muerto ilustre entre los nombres del Presidio debe quedar también aquí. Aquel Alberto de Huerta y Romero, para quien yo he pedido un lugar, no entre las víctimas de Isla de Pinos, sino entre las más nobles figuras caídas en la lucha contra el sangriento machadato, también, en situación excepcional, que refleja toda la grandeza de su indomable carácter, escribió su palabra iracunda contra Castells.

Una vez —¡una de las tantas veces!—, Alberto de Huerta y Romero fue incomunicado en las celdas, por su actitud inflexible frente a Castells y a Goyito Santiesteban, su alter ego. Se le dosificó la comida. Se le quitó la luz. Se le prohibió la correspondencia...

En la celda vecina, castigado también por negarse a ser sumiso, estaba su compañero y amigo José Rodríguez Villar. Entre sí, con las típicas habilidades de los hombres presos, lograban comunicación. Y un día, irritado Huerta Romero hasta el límite, le pidió un alfiler y un pedazo de sobre o de papel. Rodríguez Villar le pasó el alfiler y el sobre de una carta —él tenía derecho a correspondencia— y le preguntó para qué lo quería. Huerta Romero lo quería para escribirle a Castells, a quien, punteando con el alfiler en el sobre, escri-

bió el siguiente pensamiento que luego le remitió con un sirviente: «Cuando se blasona de tener buenos sentimientos, es un sarcasmo tener a un hombre cincuenta y dos días en una celda y no permitirle comunicación con su familia... ¡Quiera Dios que esto que Ud. hace conmigo, caiga sobre la frente de sus hijos!...»

¡Cuál no sería el odio despertado en Alberto de Huerta hacia Castells, por los atropellos y crímenes que este cometía, que él, que tenía tan generoso el espíritu, cometió la grave injusticia de pedir la condenación social para los descendientes de su asesino!...

Pero aún me resta dar a conocer otra modalidad del odio de los presos hacia Castells. Es la reflejada, espontáneamente, en las conversaciones, cuando, por sorpresa, todo el subconsciente se manifiesta.

Un día yo conversaba con un grupo de presos y se me ocurrió tratar el tema de las dificultades que habría para juzgar a Castells, ya que había logrado evadir la vindicta pública, y, en unión de otras figuras del régimen machadista, gozaba de la protección de los continuadores de Machado en el Gobierno, que se negaban a admitir el juicio por los tribunales populares revolucionarios, los que en un momento dictaminarían el fusilamiento...

—¿Cómo el fusilamiento? —me preguntó un preso, el negro Montoro, azorado y como si yo acabase de proponer la absolución de Castells.

—A ese —dijo—, lo que hay que traerlo aquí... Y nosotros lo matamos... y lo quemamos en una tonga de leña... y repartimos las cenizas... poquito a poquito... entre las familias de todos los muertos... ¡Eso es lo que hay que hacer!... Y miró para sus compañeros, que aprobaron su sentencia, como la más justa y humana... Aquella misma tarde yo hablé con un preso que estaba aislado, que trabajaba en el Ojo de Agua, en donde atendía al bombeo de agua para el Presidio. Es un grato lugar. El río Simón (El Cocodrilo) pasa al

pie de la caseta. Allí se hace un bello remanso cubierto de ovas y lirios, rodeado por el verde masío, en el que las truchas persiguen a las biajacas y estas se comen a los guayacones y los guayacones a la larvas de los mosquitos... Por las noches, sale del agua un cocodrilo y busca un conejo y se lo come... Majaguas floridas, y ocujes y yabas, refugio de pájaros vistosos, dan sombra al lugar. Allí cerca está la Fuente Luminosa. Allí estuvo cincuenta y dos días Antonio Sánchez Pérez, por conseguirse un par de zapatos mejor que el que tenía. Allí vio morir reventado a Raimundo Sánchez... Allí en vano trataron de matar con el trabajo al Rey de la Tina Sola, Armando Báez, el infatigable cargador, muerto a tiros en la Loma de Tierra, que también está allí cerca, y en donde aún pueden encontrarse casquillos de balas homicidas... Allí, sobre el remanso, está el puentecito que prolonga la carretera. De un lado mataron al último, al desdichado La Matancera... del otro lado se va al potrero y al charco donde murieron los primeros y los mejores. Está el potrero Marielina, donde, por sembrar mal la yerba, el soldado le dijo a Crescenciano: «Vaya, toma, para que más nunca siembres la yerba al revés...» Y lo mató por la espalda... En ese mismo potrero, quemaron los cadáveres de Alberto de Huerta, José Bravo y Carlos Estrada, los «fugados» de la hecatombe del 18 de agosto de 1928 en El Cocodrilo, que está también allí cerca; protagonista del aquel escenario, el más trágico del Presidio, en él vivía aún Antonio Sánchez Pérez, cuando yo lo vi. Recordaba cómo habían matado a Aeroplano y al Tuerto por tener palabras con el Capitán; cómo el soldado le había dicho, el matador de El Chino: «Ve a orinar... que es la última vez»...; cómo La Guardia, «uno de los invasores del Cocodrilo», el que se volvió loco de tanto asesinato, el que traía en la cara «el mensaje de la muerte», le decía a los hombres: «¡Virate... que te voy a matar!...» Allí, en medio de aquel escenario de recuerdos sangrientos, vivía Antonio Sánchez Pérez, que prefirió una vez ir al

trabajo bestial con cuarenta grados de fiebre antes que ingresar en la enfermería, por temor a que lo mataran, como a otros, con las «inyecciones de amor en sueños»...

Oyéndole el relato de tanto crimen, de tanto terror, en el mismo escenario en que se perpetraron las muertes, la figura alta y fuerte del testigo cobró para mí singulares prestigios, y tuve la ocurrencia de hacerle la misma pregunta que a otros, porque sólo hombres como estos tienen, para mí, el derecho de juzgar a Castells.

Antonio Sánchez Pérez, con su voz natural, como si lo tuviera pensado desde muchos años atrás, cuando le pedí que me dijera cómo juzgaría al Capitán, me respondió:

—¡Oh!, nada más sencillo... Ustedes lo traen aquí, si no lo quieren juzgar allá, y nos lo entregan... Nosotros no le vamos a hacer nada... Nada más que se lo vamos a echar en un corral a los puercos hambrientos... ¡Y nos pondremos alrededor..., para no dejarlo huir... y ver cómo se lo comen a pedazos... y oír cómo chilla y cómo sufre... y cómo siente miedo!...

Y naturalmente, como si hubiera propuesto una cosa justa, Antonio Sánchez Pérez, siguió colando un poco de café...

Capítulo XVII

Documentos

Después que salí del Presidio tuve ocasión de conocer al capitán Castells por sus escritos. De paso diré que era muy inclinado a hablarle a «sus presos», a sermonearlos y a darles a conocer sus pensamientos. Estos pensamientos, copiados a máquina en pequeñas hojas, eran repartidos entre ciertos individuos. Algunos los coleccionaban. A uno de estos coleccionistas, un preso amigo mío le robó la colección y me la regaló con el título de «Filosofía de un farsante»...

Las cartas del capitán Castells son documentos de enorme interés desde diversos puntos de vista. Por unas aparece como hombre con ciertas pretensiones literarias y de una estructura moral e ideológica propia de la generación de los primeros libertadores. Son estas cartas, generalmente, las que le dirige al licenciado Jesús María Barraqué, de las que copiaré algunos fragmentos, como prueba:

Una del 13 de noviembre de 1931; en la que se muestra herido por la «pequeñez humana»:

Gracias, muchas gracias por la hermosa carta que a manera de blanco monumento escribió con su alma para la mía. Reconstituyente espiritual como el que acaba Ud. de suministrarme, sólo saben aplicarlo con ese envidiable acierto los facultativos de su docta experiencia en materia tan delicada.

[...]

Sabe Ud. también que jamás le he mentado, y a mí me enaltece la íntima convicción que ni siquiera con el pensamiento traté nunca de disfrazar la verdad. Amparado por esa moral que estimo suficiente, le aseguro a mi buen amigo, y permítame que lo titule mi buen maestro, que la triste pequeñez de la sin razón que se me ha inferido, turbó tan

sólo un instante mi constitución de animal herido en la fibra de sus sentimientos; mas, pronto reaccionó en mí la evidencia de las miserabilidades humanas, y entonces lejos de dejarme arrastrar por el abatimiento que produce toda injusticia, me rebelé a impulsos de secreto mandato y me sentí grande, escapándose una irónica carcajada que no puedo precisar hasta dónde repercutió. Olvidé al instante lo sucedido; pero lo olvidé como olvidan los varones.

Esta carta, según parece, es el reflejo del desencanto que le produjo que no lo ascendieran entonces, como se anunció, lo que fue una injusticia, pues ascendieron a otros con menos méritos militares que él.

El 27 de noviembre de 1931, anima al licenciado Barraqué en la siguiente metafórica forma:

Cierto es que nos encontramos enrolados como tripulantes de la barca CUBA, que navega en el vórtice de un huracán; el velamen destrozado por el feroz elemento; haciendo agua por las vías que permiten la mala construcción de su casco; amenazado por las olas (varios centenares de veces su volumen), de ser sepultada en el océano; pero en medio de tan desesperada situación, debemos confortar nuestros espíritus con la esperanza de que en la tripulación de la desventurada nave, aún existen marinos —aunque pocos— para calafatearla y dirigirla hasta ponerla a salvo del inminente desastre. Nos queda todavía el timón, y en su caña, asido bien sin vacilar, un lobo marino [¡Bien pudo haber puesto un tigre!] Tengamos fe, pues, en que llegaremos sanos a puerto aunque repugnados ante una marinería incapaz de llenar su cometido, vomitada y acobardada, arremolinada en la mal oliente sentina, mezclada allá abajo con sus propias inmundicias y aplastada moralmente bajo el formidable peso de la acusación divina, por haber sido ella la única causante de que la frágil embarcación se hiciera a la mar en época de borrascas.

Esa carta, escrita precisamente el día del aniversario del fusilamiento de los estudiantes, y cuando ya nos tenía bajo

su custodia, revela su fina hipocresía, pues mientras nos trataba con una zalamería exagerada, se comunicaba con sus amigos gubernamentales emitiendo siempre despectivos conceptos sobre nosotros, los que luchábamos contra el «lobo marino». (Cartas a Zubizarreta, Barraqué, Fors, Trujillo, etcétera.).

El capitán Castells era un hombre amigo de los documentos, reflejo esto de su capacidad de ordenador. Tenía un voluminoso libro, que según parece pensaba publicar, y que un día nos prestó para que lo hojeáramos. Contenía toda la literatura creada por él alrededor del Presidio Modelo y una colección muy estimable de datos y fotografías. Como éramos tantos a verlo apenas si pudimos hacer otra cosa que mirarlo por encima.

Pero a cambio de este libro yo conseguí copia del cuaderno que se repartía a los turistas —en español e inglés— como colaboración a la Comisión Nacional para el Fomento del Turismo, y en el cual se da la versión oficial de lo que era aquello, acompañada, como es de suponer, por las instrucciones de los «cicerones amaestrados», de que hablaban los otros presos.

Estos cuadernos se titulaban: *El régimen y la vida del recluso en el Presidio Modelo —The Regimen and Life of the Inmates of the Model Penitentiary—* y voy a copiar algunos párrafos que interesarán mucho a los que sostienen, con el doctor Enrique Henríquez, que Castells es un paranoico. En este trabajo, como en todo lo relativo al Presidio, se nota lo que para un observador superficial sólo sería cinismo, grosero enmascaramiento de la verdad terrible; pero para los que estuvimos allí y más o menos de cerca conocíamos aquella vida y a Castells, nos ofrece facetas interesantes de una inaudita aberración moral, algo así como un trasladar al papel mentiras que se suenan como verdades; y un orgullo enorme del esfuerzo personal; una conciencia soberbia de estar haciendo algo grande, justo, bueno y noble.

En la introducción dice así:

Era de indispensable necesidad la creación en Cuba de una institución penal, que además de contribuir a la disminución de la delincuencia, elevara ante la opinión general el concepto tan lamentable que tenía de este asunto, y donde el hombre que ha caído en las redes del delito, encontrara un ambiente propicio para reconsiderar sus errores. Pues, en épocas pasadas no era el Presidio, más que una escuela nefanda de horrores e inmoralidades, donde se le daba pábulo a todos los vicios y se exacerbaban las pasiones de tal manera, que aquel antro parecía un hervidero inmundo de carne humana, arrojada allí, sin posibilidad remota de salvación. Pero por fortuna, en la actualidad la realidad es otra, gracias a la cristalización fecunda de una poderosa labor constructiva, que ha cambiado por completo, en su fondo y en su forma, el miserable escenario de aquellas infamias, para convertirlo en un templo magnífico, y aquí cabe la hipérbole, donde se reconstruye el hombre con la prédica hermosa de ejemplos edificantes, donde se cuida tanto de las necesidades del alma como de sus necesidades materiales, y es motivo de constante preocupación que se mejore la condición del individuo, que el hombre bueno se supere, y que el enfermo de naturaleza, lo que es lo mismo, el delincuente habitual, reconsidere su vida de errores por otra más útil y provechosa para la sociedad y la familia poniéndose en práctica todos los medios de persuasión que indican los sentimientos de humanidad.

Esta labor comienza, desterrando de la mente del recluso, *la idea de las crueles torturas, de los bárbaros procedimientos antiguos*, dándosele en lugar de la vida sedentaria del lóbrego calabozo, húmedo y frío, que determina la muerte paulatina, una vida sana de ejercicio al aire libre donde la mente se despeja y el cuerpo se robustece, con la función material que se ejercita; *una alimentación abundante y saludable*, generalmente producto de su trabajo y habitación cómoda y confortable, para el descanso, donde el cuerpo repose su fatiga y el espíritu se recupere con el sueño. Y esto *¡ya por sí solo es bastante para cambiar la faz de un régimen, para variar de aspecto una época!* [?]

Dándole una escuela bien organizada para aquellos, que por defecto del medio en que se han desarrollado, no tuvieron oportunidad de adquirir una educación capaz de librarlos que fuesen arrastrados por el furioso torbellino del delito, a donde ingresan analfabetos de conocimientos y modales, y salen con un grado de cultura que les permite desenvolverse con bastante soltura cuando de nuevo tengan que enfrentarse con la vida como hombres libres.

La alternativa de ser respetado y considerado por todos sus semejantes y verse agrupado con aquellos que por sus condiciones y merecimientos se han hecho acreedores de las señaladas distinciones que se reservan para los hombres que observan un buen comportamiento, porque no es lógico, ni humano que en un reformatorio, que otra cosa no es en substancia el PRESIDIO MODELO, se les dispensen las mismas consideraciones a un hombre que se comporta mal, que a uno que debe ser ejemplo vivo de los demás, y por consiguiente, no es prudente que hagan la misma vida común, es decir, que vivan en el mismo plano social, dos individuos cuyas condiciones morales difieren notablemente.

Aquí, precisamente, es donde reside el secreto de la finalidad que se persigue con el sistema implantado en esta penitenciaría, *que es el mejor exponente del actual Gobierno, quien le imprimió el impulso* inicial creando la iniciativa, que ha cristalizado en la más brillante, *en la más hermosa obra que es honor y gloria de los gobernantes que han presidido esta etapa y orgullo y satisfacción de la sociedad cubana.*

Para el mejor encauzamiento de esta casa, destinada a la regeneración moral del hombre privado de libertad, se ha hecho indispensable en un principio, crear el justo premio al buen comportamiento como un innegable estímulo al que tienen derecho todos los reclusos por igual; pero que sólo alcanzan aquellos que logran distinguirse por pruebas y hechos irrefutables, contribuyendo con el esfuerzo personal y con su inteligencia al mantenimiento del orden y la disciplina establecida en el penal.

Este ha sido posiblemente, el más poderoso incentivo que viene garantizando el triunfo y consagración definitiva del

sistema, pues todas las colectividades, grandes o pequeñas y de la índole que fueren, necesitan ser regidas invariablemente por una norma en la que prevalezca siempre la causa por la que habrán de percibirse los efectos. Y es aquí, donde reside la clase, el *secreto magnífico que ha destacado tan señaladamente este sistema, tan original en su forma como en su fondo, pues no hay sentado precedente alguno en la historia de las penitenciarías del mundo, que pueda ser comparado con el que actualmente se sigue como ejemplo en el PRESIDIO MODELO de Cuba.* [?]

Con este fin y a manera de ensayo, que hasta el presente ha dado inmejorables resultados, por la gran cantidad de hombres que se han rehabilitado a una nueva vida, unos que no lo necesitaron porque ya lo estaban cuando ingresaron en esta casa, y otros, porque reconsideraron a tiempo sus errores, se vienen concediendo periódicamente por el Honorable Señor Presidente de la República, y a propuesta del Señor Jefe del Penal, numerosas rebajas de penas a los reclusos que se han destacado por su laboriosidad en el trabajo, por su lealtad y celo puesto a disposición de esta gran obra, cooperando de este modo a la buena marcha de la administración y dirección del establecimiento.

Esta es la introducción del cuaderno para visitantes, tan hermosa como la entrada del propio Presidio y tan engañosa también como el aspecto de aquellos monumentales edificios.

Ahora copio parte del subtítulo: «Correctivos que se aplican a los reclusos»:

Para estos casos hay en el Presidio Modelo, una escala de correctivos, propiamente dichos, que se aplica de acuerdo con la naturaleza e importancia de la falta cometida, como aconsejan la lógica y un sereno espíritu de justicia. Se comienza por la amonestación del individuo, con la intención de promover la dignidad y los sentimientos del mismo.

Después se le priva de usar el cabello, pelándolo al rape por tiempo definido. Se le priva de la lectura y de la asociación con sus compañeros. Del derecho de adquirir

chucherías, por medio de la Comisión de Compras con el dinero que tenga depositado en el Departamento de Caja del Penal. Se le destina por tiempo limitado a realizar los trabajos más penosos del establecimiento.

Se le priva de figurar en los eventos deportivos que se organizan en el reclusorio. De recibir visitas de familiares y amigos, y de sostener correspondencia con otras personas. Se les castiga a pérdida de dos meses de rebaja de la condena impuesta, que se les conceden por cada año de reclusión, a los que observan una buena conducta. Al encierro solitario en una celda, durante la noche y los días festivos, por el término de tiempo que no pase de sesenta días, empleándoseles en el trabajo en las horas laborables. Al encierro solitario en una celda, sin trabajar por espacio de treinta días. A la dieta forzosa de ración corta por espacio de nueve días. Cuando se impone este castigo por un tiempo mayor de tres días, se alterna de manera que cada tercer día se le suministre una ración completa.

Es conveniente recordar que las celdas de incomunicación que existen en el PRESIDIO MODELO, difieren considerablemente en situación, de las que hay en las prisiones conocidas hasta la fecha, pues éstas han sido construidas en la parte más alta de los edificios circulares, por lo que son bastante ventiladas y frescas.

Esta es la versión que se le daba a los visitantes de los «castigos» del Presidio, y al leerlas siento una profunda admiración por el idioma, por las maravillosas truhanerías a que se presta. Cuando se lee que a los castigados de las celdas se les «empleaba en el trabajo en las horas laborables» ¿quién puede imaginar que esas «horas laborables» comprendían muchas veces de seis a seis y ese «trabajo», era en La Yana, El Cocodrilo o La Fuente Luminosa, sacando barro sobre la cabeza, o hundidos en el fango pestilente de los pantanos, bajo la vigilancia asesina de los soldados? Y cuando se habla de las celdas «construidas en la parte más alta de los edificios circulares, por lo que son bastante ventiladas y claras». ¿Quién puede imaginar que bajo el techo de cinc, en las horas del violento sol de la Isla los hom-

bres sentían la angustia de la asfixia y por las madrugadas ese mismo cinc convertía en neveras las celdas, en donde los hombres —¡desnudos!— tiritaban de frío, de hambre y de miedo?... ¡Oh, palabras, ágiles juglares de la mentira!...

Pero por si es poco lo anterior, este parrafito es maravilloso:

La vida del recluso del PRESIDIO MODELO, se concreta en este hermoso emblema: TRABAJO, INSTRUCCIÓN, DEPORTE, que como una magnífica bandera de triunfo, ondea sobre el alma de la población penal, *que se depura en la lucha del TRABAJO; que se eleva y dignifica en la ESCUELA, y, que se alegra y vigoriza en el DEPORTE. Viene a ser como el Jordán maravilloso donde el hombre caído encuentra el bautismo saludable que ha de lavarle de toda culpa rehabilitándolo en su desgracia y mejorándolo en su condición.* [?]

Pero es en el párrafo final de este trabajo donde Castells llega a la vesania por el entusiasmo de «su obra». Se titula: «Lo que significa el Presidio Modelo» y dice:

Tal es, en síntesis, la descripción de la vida y régimen del recluso en el PRESIDIO MODELO, esa obra gigantesca que hará perdurable una *época en la historia penitenciaria del mundo, y cuyo ejemplo vivo sirve para destacar a un pueblo entero del mundo civilizado. Porque los pueblos donde se vela tanto por la reforma moral del delincuente, como del desamparo del anciano y la desgracia de la mujer y la niñez desvalida, tienen que engrandecerse en virtud de sus propios esfuerzos, que son como exponentes de grandeza que hablarán a las generaciones venideras por sus bocas de granito.* [!!!]

En sus cartas, Castells revela que, una vez que ha escogido un amigo entre los presos, por él realiza toda clase de esfuerzos. Esta carta que sigue, dirigida al Jefe de la Policía Judicial del machadato, es típica:

Mi querido Fors: Ayer, aproximadamente a las diez de la mañana, fue llamado por teléfono a la Cárcel de La Habana, el recluso número 9 989, Luis Francisco Sanabria Rodríguez, por una mujer que dijo nombrarse Angela de León, y que hablaba desde Guanabacoa, diciéndole que el hijo más pequeño del hombre a quien él mató en Campo Florido, cuya sentencia dejará extinguida en este mismo mes, dice, públicamente, que una vez Sanabria en libertad, lo matará en donde quiera que lo encuentre. Tengo informes de que dicho sujeto, de apellido Urreta, se encuentra en La Habana, y que su profesión es estudiante. Sabes lo que quiero a Sanabria y conoces su comportamiento y sus cualidades de bondad y debemos evitar, por todos los medios a nuestro alcance, que este muchacho vaya a ser atacado por un enemigo que no se conforma con once años de cautiverio, que le costó la muerte de aquel hombre que le pegó en la cara.

Pero, de todos los documentos que yo he obtenido de Castells, los más trágicos, sarcásticos y repugnantes, son las cartas a los familiares de los reclusos «suicidados» o «fugados»...

Para el que haya oído el relato de algunas de aquellas muertes, fatalmente ha de producirle asco al ver el cinismo con que notifica a una madre o a un hermano «que durante su enfermedad se le suministraron todos los recursos de la ciencia», o bien que, «encontrándose trabajando fuera del cordón de centinelas, intentó fugarse aprovechando las malezas, no deteniéndose al escuchar los tiros al aire disparados por su custodia con intención de intimidarlo»... ¡Y aquellos tiradores incomparables, como en una diana de campamento, desbarataban siempre el occipital a los hombres que huían desesperados, ocultándose por entre los mangles y los yanales!...

¡Qué maravilla!... ¡Y aquel cabo de La Piedra que le decía, burlón, a los confinados: «Vírate, que te voy a matar»!... Y así la «ley» se cumplía: balazo por la espalda; fuga.

Son tantas estas cartas que resulta difícil escoger. Yo copié algunas de verdadero interés.

Fernando Duthil Veranes, de Santiago de Cuba, era cabotero del edificio de «buena conducta», y tenía en su expediente un montón de cartas simpatiquísimas de un hermano boxeador, que se titulaba El Gato Negro de Gibara, y el que siempre tenía alguna pelea pendiente que nunca llegaba a celebrarse...

Fernando Duthil falsificó unos cuantos vales y se le celebró un juicio por la Comisión de Mayores, en el que reconoció su delito, prometiendo pagar. El juicio se celebró el 11 de febrero de 1931 y el 13, dos días después, «decidió» ahorcarse con una sábana *de las que nunca hubo en las celdas de castigo*.

La carta a la madre dice así:

Sra. Balbina Veranes. Respetable señora: En contestación a su atenta de fecha 18 del actual, cúpleme informarle que es cierta la noticia llegada a Ud. relacionada con el fallecimiento de su hijo, recluso No. 13 226 Fernando Duthil Veranes, hecho este ocurrido a las 5.30 a.m. del día 13 de los corrientes *en que se suicidó, ahorcándose con una de las sábanas que tenía destinada para su uso, en la celda que ocupaba en el sexto piso del edificio circular No. 5*. De este hecho se dio cuenta oportunamente al Sr. Juez de Instrucción de Isla de Pinos, por orden de cuya autoridad fue sepultado su cadáver en el cementerio civil de la vecina ciudad de Nueva Gerona. Rogándole acepte el testimonio de mi condolencia, quedo de Ud. respetuosamente, Pedro A. Castells, M.M

¡Y así terminó el «asunto» de Fernando Duthil!...

Cuando Jaime Acosta García murió «de asfixia» a las tres de la tarde del 28 de marzo de 1932, a los dos días el capitán Castells le envió al padre del recluso, en Orense, España, una carta de pésame en la que había este sentido párrafo: *«Durante su enfermedad, se le prodigaron a su pobre hijo todos los auxilios y cuidados que aconseja la*

Ciencia Médica en tales casos, e inspiran los principios de humanidad, sin que, desgraciadamente, lograra evitarse tan triste desenlace».

¡Y Jaime Acosta García, que murió «de asfixia» sólo tenía 22 años, sólo cumplía un año de prisión, por hurto; sólo le faltaban cinco meses por cumplir; sólo llevaba unos días «de enfermedad» cuando murió, pues fue castigado el 5 de marzo, bajo la acusación de «haberle mentado la madre a un compañero», y tenía una cara conmovedora, casi de niño, su retrato!...

El caso de Luis Díaz Díaz, es mucho más típico de lo que fue el Presidio. Golpeado por el mayor Santiago Badell, con una cuchillita que había logrado esconder, le picó la cara a este. El incidente ocurrió en la tarde del día 27 de abril de 1931 y está relatado oficialmente así:

Abril 27 de 1931. Al Capitán Pedro A. Castells, M.M., Jefe del Presidio Modelo. Señor: Tengo el honor de poner en conocimiento de usted que siendo las 5 y 5 de la tarde del día de hoy y en los momentos en que era conducido a la Jefatura del Penal el recluso No. 12 591 LUIS DÍAZ DÍAZ, por el también recluso Sargento Mayor No. 13 318, Santiago Badell Sánchez, al pasar junto a la posta No. 10 donde se encontraba de guardia el soldado Alberto Muñiz, el Díaz se abalanzó sobre el referido soldado, forcejeando y tratando de quitarle a viva fuerza el rifle que portaba, hecho éste que trató de evitar el Sargento Mayor Badell, siendo herido por Díaz, quien haciendo uso de una pequeña cuchilla que en contra del reglamento del penal mantenía oculta, le infirió una herida en el rostro. El recluso agresor fue sometido a la obediencia tras largo forcejeo con el propio mayor Badell y con el Comandante de la Guardia Sargento Juan B. Jiménez y cabo Juan B. Álvarez, que fueron los primeros en acudir al lugar de los hechos, todo lo cual fue presenciado además por el sargento Vicente Martínez y soldado Ramón García, todos de la Compañía Provisional. De Ud. respetuosamente, (Fdo.) Sargento Oficial del día.

Ese mismo día, 27 de abril, Raúl Álvarez Ferrer, hermano de Luis Díaz Díaz (tenía el nombre cambiado) tuvo que firmar la siguiente carta:

Nueva Gerona, abril 27 de 1931. Sr. Álvaro Álvarez, Habana. Mi querido hermano: *Con bastante gusto para mí, dedico unos momentos para hacerte la presente carta, en la cual irá unido mis mayores deseos de salud para mi buena madre, hijitos y demás familiares, pues yo bien a. d. g. Alvarito, antes nada quiero suplicarte seas bastante prudente con nuestra madre al darle la nefasta nueva que más abajo te expresaré. Poniéndote en conocimiento que como tú sabes nuestro hermano era un hombre enfermo de varias enfermedades, y de las cuales se le atendía en este penal con los mejores cuidados, y también con todas las medicinas que requerían las siguientes dolencias de él, pero parece que ya aburrido de tanto padecer, pues a veces se ponía a la muerte de unos tremendos ataques que le daban, puso fin a su vida, suicidándose, y se encuentra enterrado en el Cementerio Municipal de Nueva Gerona, en el Cuartón No. 5 donde tiene una cruz de madera dura con el siguiente No. 12 591, que era precisamente el número de él en este reclusorio.*

Así pues, hermano, ya tú sabes en la forma que deberás decírselo a mamá, para evitar que le pudiera suceder algo con una noticia inesperada.

Bueno unámonos en nuestro dolor y tengamos resignación, pues el pobre para estar sufriendo como estaba con sus enfermedades, pues ya así descansó.

Dale besos a mamá, y a mis hijos, recuerdos cariñosos para todos mis hermanos y para ti un fuerte abrazo de tu hermano que te quiere. (Fdo.) Raúl Álvarez Ferrero.

Este fue el caso de Luis Díaz Díaz; el hermano escribió dando cuenta de su muerte el mismo día de ella y *notificaba* ya el cuartón en donde estaba enterrado: en lo absoluto hizo mención alguna al incidente de aquella tarde de su hermano con Badell. Es más, después de aquella carta no escri-

bió ninguna otra, hasta tal punto que su hermano Álvaro, el 13 de junio se dirigió al Secretario de Gobernación para tener noticias de su otro hermano...

En cuanto a Luis Díaz Díaz, «avergonzado» sin duda de haberle inferido una pequeña herida en la cara a Santiago Badell, que tan «humano» fue siempre con sus infelices compañeros, apenas se vio *solo* en su celda del sexto piso, se suicidó «ahorcándose con el pantalón que usaba»... ¡aunque en las celdas de castigo, del sexto piso, los castigados *siempre permanecían desnudos!*... Parece que por tratarse de un caso tan especial, presenciado y conocido por tantos presos, *¡el penal prefirió que la noticia de la muerte la diera el propio hermano del recluso asesinado!*...

Un último caso voy a contar: el de Mateo Aroche Valle. Cuando Mateo Aroche murió, el 25 de mayo de 1931, al día siguiente Castells le escribió al padre esta carta:

26 de mayo de 1931. Sr. José Aroche, Colonia Melilla, Viana (Vía Sagua la Grande). Muy Sr. mío: Cumpliendo un penoso deber, como Jefe de esta Penitenciaría me corresponde informarle que su hijo, el recluso Mateo Aroche Valle, falleció a las 8 a.m. del día de ayer, a consecuencia de haberse lanzado súbitamente del sexto piso del edificio Circular número 8, de esta casa penal. Inmediatamente se dio cuenta del hecho al Señor Juez de Instrucción de Isla de Pinos, por orden de quien fue sepultado su cadáver en el cuartón No. 5 del Cementerio Municipal de Nueva Gerona, en donde se le ha fijado una cruz marcada con el número 14 726.

Acepte el testimonio de mi sentido pésame, y sepa quedo de Ud. muy respetuosamente. Pedro A. Castells, M. M. Capitán de Infantería, Jefe del Presidio Modelo E. C.

En una carta que no fue cursada, según parece, un recluso amigo de Mateo Aroche, Norberto Sigler, le dio la

noticia a su padre en la siguiente forma contenida y conmovedora:

Papá en esta carta va depositada parte de la tristeza que actualmente encierra mi corazón; tristeza que expongo, aún a pesar mío, pues siempre trato por medio de mis cartas brindarle alguna alegría, ya que comprendo lo falso que estará de ella en mi ausencia.

Deseo comunicarle que mi cariñoso y buen amigo Mateo, poseído de densa melancolía que poco a poco le fue robando su peculiar alegría ha tomado la fatal resolución de poner fin a sus días suicidándose la mañana del día 25 del mes actual, y habiendo recibido sepultura el día siguiente. *Bien sé que esta noticia ha de alarmarlo mucho por mí*, aunque espero disipe sus temores por la razón de que estoy bien y espero poder estrecharlo pronto y que ansío de todo corazón...

Y la versión que me dieron los presos de la muerte del joven recluso es esta:

—A Mateo Aroche Valle, el día que se conmemoraba la fecha en que Castells había tomado posesión de la Jefatura del Presidio, 25 de mayo de 1931, lo agarraron los mayores Domingo Fariñas, José Antonio Durán y Oscar Manes, dándole una «brava» en el sexto piso de la circular número ocho, para violarlo, y el pobre muchacho, que era digno, se negó a esa canallada, y lo lanzaron desde el citado piso...

La madre, en carta que ha desaparecido, le decía a Castells «que le cuidara mucho a su hijito, que era el único que tenía, y que había hecho una promesa a la Virgen de la Caridad, de no ponerse zapatos hasta que su hijo no cumpliera su condena»... A pesar de esta carta, «lo fallecieron»...

De esta manera me contaron los compañeros de Mateo Aroche, los que vivían en su misma circular, cómo fue que ocurrió su muerte.

Otro, sólo me dijo:

—Tenía 21 años... Y eso era un peligro aquí...

Capítulo XVIII

La «Filosofía de un farsante»

El preso que me consiguió la colección de los pensamientos que el capitán Castells daba a conocer a los reclusos a través de sus discursos en el comedor, o en hojas sueltas, le puso al cuadernillo que obtuvo «La filosofía de un farsante». Voy a dar íntegra la colección que conseguí —que no es toda— porque acaso esos pensamientos puedan servir algún día para una investigación más científica y profunda del porqué del proceder del capitán Castells, aunque comprenda que su lectura sea de interés cero para aquellos lectores cuyo juicio, a su vez, es de interés cero.

Filosofía de un farsante

Hoja número uno

El odio es consecuencia de la envidia, y ésta, la expresión de la incompetencia de los seres pequeños.

A mi juicio, el hombre tiene el corazón que necesita; pero le sobra estómago.

Si pudiese arrancarse del hombre la pasión, perdería, probablemente, actividad; pero sin duda alguna, sería mejor.

El medio más exacto de conocer la sagacidad de un individuo, es descubrir en éste el grado de listeza que concede a sus semejantes.

Por lo regular: el hombre analiza los defectos de sus semejantes, sin haberse detenido jamás a investigar lo que encierra el fardo de sus imperfecciones.

Hoja numero dos

Resulta más común en el hombre el hábito de desembolsar un peso para el sirviente del cabaret, que un níquel para el mendigo.

Es más peligroso un cobarde llorando que un valiente increpando.

El hombre es una máscara viva.

El mayor enemigo del hombre es su estómago.

El hombre, por error, aprecia más la vida que lo que ésta merece.

Puede más en un hombre la envidia que el amor, no obstante conocer que aquella destruye, mientras éste conduce a la felicidad.

Hoja número tres

La mujer es madre, esposa, hija; pero no esclava.

La sonrisa en el hombre no es más que el hábito conservado del salvaje, llevando entre sus dientes el cuchillo homicida, mientras ataca a sus semejantes.

La habilidad de solicitar favores, es patrimonio de los más osados.

La verdad se oculta temporalmente; pero no se pierde.

Si cada hombre hiciera un minuto de bien en cada 24 horas, la humanidad no sufriría el ochenta por ciento de lo que padece.

Septiembre, 1931.

Hoja número cuatro

Cada hombre ha de llevar en su interior una serie de disfraces, para poder concursar en el carnaval de la vida. El infeliz que no se viste de máscara, resulta el verdadero disfrazado.

Quien en el dinero ve el todo de la vida, es un ser desgraciado, condenado a no saber experimentar las hondas e incomparables satisfacciones espirituales.

El hombre miente, las más de las veces, por temor a la verdad. Enseñemos, pues, al niño, a huir de la mentira y habremos librado a la humanidad de uno de sus más peligrosos defectos.

Junio 17 1932.

Hoja número cinco

No son los estallidos de los petardos ni las bravuconadas, los medios inteligentes para sumar devotos a una doctrina. Los ideales arraigan y fructifican con la rica sabia de la convicción, pero languidecen y mueren, cuando el ambiente es viciado por las fanfarronadas.

Diciembre 3.

Dedicado a los explotadores de la infelicidad que alardean de sus crímenes:

El hombre que prevaleciéndose de la posición que ocupa, disfruta de los favores lúbricos de una mujer aturdida por la acción de la miseria o el dolor, es un violador moral, peor que aquel que se lanza ciego de lujuria sobre la carne. Este produce visibles huellas acusatorias que lo presentan como un delincuente ante los Tribunales de Justicia, mientras aquel sólo deja como prueba de su perversidad, a su infeliz víctima despreciada eternamente por una sociedad que aún no ha sabido organizarse para castigar a tan refinado monstruo.

Hoja número seis

Generalmente existe más sinceridad en la injuria que en la lisonja. En el primer caso actúa el corazón agitado por un sentimiento, mientras que en el segundo obra el dúctil cerebro.

Febrero 20 de 1933.

El hombre demostrará el inicio de su acercamiento a la perfección, cuando el niño nazca con mayor afición por los libros y herramientas de labor, que por los vistosos uniformes y armas de combatir.

Febrero 20 de 1933.

La intolerable fanfarronería, flor de los estériles cerebros, ocupa, a mi juicio, la primera línea de los incontables defectos humanos.

El jactancioso, presa del desmedido afán de hacer creer a los demás que su amor, su gusto, su bondad, su amistad, su inteligencia y su dolor sobrepasan los naturales límites de la lógica, sufre horriblemente al sentirse desmentido por la diáfana realidad. Huyo de esos enfermos, pero siempre me inspiran más lástima que repugnancia.

Hoja número siete

Todos los humanos conocen más o menos, la obra de Napoleón I, mientras que el noventa y cinco por ciento ignora que hubo un sabio químico francés que se llamó Luis Pasteur, uno de los más grandes auxiliares de la medicina de todas las épocas.

Aquel segador de vidas que murió hace 112 años, es inmortalizado por millares de volúmenes y cientos de monumentos. El recuerdo del químico benefactor de la humanidad que vivió hasta hace 38 años, se borra del cerebro de sus semejantes por carecer de letras y mármoles que lo perpetúen.

Desencanta que tamaño contrasentido se registre en un siglo que han dado en llamar el de las luces.

Febrero 23 de 1933.

El inconsciente ambicioso, créese con autoridad para censurar la gestión de sus directores, sin conocer siquiera el número que ocupa en las interminables filas del ejército de incapacitados.

Abril 8 de 1933.

Hoja número ocho

Las perfumadas flores del triunfo, alfombran el paso de los hombres luchadores, después de haber perdido éstos gran parte de la sensibilidad de sus plantas, heridas miles de veces por los guijarros.

Cada pétalo de las flores que ciñen la testa del triunfador, representa una herida mal curada en su alma, producida por el arpón de los desengaños.

Abril 8 de 1933.

El hombre consciente libraríase de muchas hondas preocupaciones, si supiese tolerar, con sinceridad, los hábitos que considera defectos en sus semejantes.

Abril 25 de 1933.

Tarea difícil para el hombre es la de conocer a sus semejantes; pero imposible la de conocerse a sí mismo.

Abril 25 de 1933.

Hoja número nueve

Dedicado a los que escribiendo mucho no dicen nada:

Son los presidios y manicomios, terrenos abonados en que se desarrolla con exuberancia la literomanía. Mientras los hombres que aceptamos como normales estudian la forma de disminuir letras para expresar las ideas con el máximo de claridad, los lunáticos rebuscan en los diccionarios para escribir mucho sin preocuparse de que sus galimatías no digan nada.

La experiencia me lleva de la mano al convencimiento de que la pedantería es patrimonio de los orates.

Mientras que el análisis del sentimiento humano, no sea obra material tan fácil como el estudio de la composición

química del corazón no se podrá juzgar al hombre con seguridad absoluta.

Agosto 17 de 1933.

Hoja número diez

La genuina amistad incubada en el sagrario que encierra el pecho de los hombres decentes, dista mucho de la falsificada con que comercian las alimañas disfrazadas de varones.

Abril 9 de 1933.*

El informe pasa a

El segundo caso.

Rafael Urrutia No. 9 337. También víctima de una infame calumnia, este penado cometió la simple falta de regalarle una lata de leche a un compañero que entró a este departamento en el que se encontraba Urrutia hospitalizado, este hecho fue denunciado al Jefe de dicho departamento, Sr. Julián Cruz Díaz, y éste de acuerdo con un sargento, que hacía servicio alrededor del Sanatorio; visto el caso y para darle mayor importancia y a sabiendas que estos hechos eran castigados con la muerte; le acusaron de pederasta pasivo y empedernido, Y el Capitán hordeno que fuese recluído en una Cerda, donde fue «estrangulado» por la noche, y sin embargo yo sé que le fue comunicado a su familia, que había sido muerto de una hemotisis furminante, careciendo esto de toda veracidad, a pesar de que Urrutia era tuberculoso, pero él mismo decía que nunca se había visto tan grueso como se encontraba en ese tiempo.

Este caso relatado por Basulto, muestra un típico caso de «número ocho» por la sodomía, que para tantas inmundas venganzas se utilizó. Rafael Urrutia, murió el 26 de noviembre de 1930, «de tuberculosis pulmonar»...

* Al parecer aquí falta texto del original de Pablo de la Torriente por el que se publicaron las dos ediciones anteriores. (N. del Editor.)

Pero más dramático, y más conocido en el penal, fue el caso de Félix Albert, No. 14 845. Véase cómo relata su muerte el informe:

Este infeliz fue traído del conocido castigo «llana» que se impone por la más simple falta; en un estado que daba pena verle de los culatazos que traía marcados por todo el cuerpo y los brazos en el hueso, pues la carne de la parte delantera se la habían arrancado los madeiros que cargó en el fastidioso y conocido castigo de la llana.

De primer momento le dieron ingreso en la enfermería de este Penal con el objeto de darle muerte en dicho departamento, parece que por circunstancias no se proporcionaba la oportunidad; y entonces fue trasladado de nuevo al Sanatorio, lugar más propicio, ya que en este lugar trataron primeramente de ponerle una inyección de estrinina para cuyo efecto llamaron al sargento sanitario, señor Jacinto Barqui, que al darse cuenta que se trataba de un asesinato, dijo, yo estoy medio malo y muy nerbioso y no puedo inyectarlo, y entonces le dijeron, retírese usted, y llamaron a Charles Brón, un negro jamaiquino que mide tres metros de altos, y es hombre de gran musculatura, Antonio Guerra y Ramos Seberino Silbeiro Conocido por el alias Congo y Manuel Santana Marrero; y así quedó realizado el asesinato, y por estos infames que estrangularon de la manera más Billana a aquel infeliz.

Pero también Félix Albert, un hombre a quien tenían castigado en La Yana, murió el 6 de abril de 1933, de tuberculosis pulmonar... Y el caso es tan inhumano que yo sólo quiero que se crea aquí la «verdad oficial»... esto es, que a un tuberculoso se le mandaba a trabajar en La Yana... ¡Basta con eso para juzgar a las bestias!...

Si hay algo más espantoso que este relato que sigue, es porque de veras, la senda de la vileza humana es infinita, y es azul el alma de los tigres...

Antonio Ojeda # 14 707.

Joven de 20 años de edad; recluido en el Hospital de este Penal, pues aparecía como Demente, cosa incierta pues esto lo hacían los mayores de la comisión; o los jefes de Departamentos cuando querían obligar a un joven a meterse a sodomista, y si no lo conseguían después que lo sometían a veinte mil suplicios los mataban, igualmente lo hacían con cualquier hombre, que ellos tubieran la más simple indiferencia o por no gustarle su modo de ser, su opinión y en muchos casos por imbidia, «Esta muerte fue verificada en la mañana del día 8 de abril de 1933 de la manera siguiente, siendo como las ocho de la noche de ese mismo día como a las ocho de la noche se le acercó a su cama a donde vivía el Jefe del Departamento nombrado Julián Cruz Díaz, acompañado por su segundo Jefe Antonio Guerra Ramos y el Enfermo Charles Bron y Severino Silverio conocido por el «congo» y de un pomito que portaba el primero uvo de darle una pequeña Dosis del veneno que contenía y que como al minuto empezó a sentirse los síntomas de envenenamiento y a los hayes y quejidos que daba la víctima nos acercamos los hoy supervivientes que a Ud. damos estos datos nombrados Mauricio Basulto Salas natural de Cienfuegos y el segundo Ramón Carmona Díaz, natural de Pinar del Río. Y que esa noche debido a la presencia de nosotros no pudieron verificar el asesinato. «lo dejaron para el segundo día o sea 9 del mismo mes siendo como las ocho de la mañana de ese mismo le repitieron la dosis y como tampoco le surtió efecto entonces entre el nombrado Julián Cruz Antonio Guerra y Severino Silverio Charles Brohow lo levantaron en brazos de su cama donde yacía para conducirlo a un lugar apartado que para esto tenían preparado y allí pudimos comprobar los que suscribimos el cuadro más orripilante que en vida se haya presenciado ver cuatro hombres asecinando a un infeliz y uno apretando el pescuezo otro por los Brazos y otro por los pies y así sucesivamente ubieron de darle muerte Elevosamente a este infeliz: Antonio Ojeda Pérez.

Primer responsable de esta Muerte el Sargento mayor del Hospital Luis María Pérez quien ordenó su asesinato sin previa autorización del comandante Pedro A. Castells.

Esta vez, parece que por un humorismo macabro, el médico buscó una muerte oficial que se asemejara a la que le dieron a Ojeda, zarandeado y estrangulado a la vez, y certificó su muerte «a consecuencia de epilepsia»... (Y el certificado de muerte la fija en 24 de junio de 1933 y no el 9 de abril, como dice Basulto.)

Aún relata otro caso el informe. Es el de Vida Ordaz y Pérez # 5 159, cuya muerte ocurrió el 7 de julio de 1933, fijándola Basulto en los últimos días del mes de mayo. Resulta curioso cómo el narrador conserva con mayor precisión las fechas antiguas que las más recientes...

¿Sería que el espectáculo del crimen, a fuerza de repetirse, dejó de tener tanta importancia para él?... Es probable. Una vez estudié en Psicología que si la atención no variaba terminaba por desaparecer, y, en Isla de Pinos, la atención no variaba; allí el asesinato dejó de ser noticia y no los muertos, sino los que lograban salir con vida del Penal fueron los que llegaron a dejar recuerdos en lo hombres...

Este es el último caso relatado:

este Compañero ingresó en el Sanatorio en los últimos días del mes de mayo a las siete de la mañana con la consigna de darle muerte como lo verificaron ese mismo día a la una de la tarde de la manera siguiente que para poder aplicarle el narcótico tubieron que aguantarlo los mismos aseminos que anteriormente relatamos por ser un hombre de bastante fuerza.

dando el Bochorroso caso que cuando ingresó lo sentaron en una banqueta y que el segundo Jefe o sea Antonio Guerra le preguntó a su Jefe Julián Cruz que adonde alojaba al Paciente contestándole el susodicho Cruz que para lo que a él le quedaba de vida adonde quiera estaba bien).

como en efecto a la 1 de la tarde de ese mismo día le dieron muerte con envenenamiento. Y no seguimos relatando por que sería interminable la lista). (fdo.) Mauricio Basulto Salas. Ramón Carmona Díaz.

Sí, hacen bien en no seguir relatando tanto crimen... Cansa ya comenzar a leer tanta narración que se sabe que va a terminar con un hombre asesinado... Cansa ya todo esto, tanto como la imperturbable impudicia del médico: esta vez, el enfermo, al que «porque es bastante fuerte» hay que sujetar para que, a la fuerza, se tome el veneno, murió también de «tuberculosis pulmonar»...

Debo, para terminar esta narración, decir que, para juzgar el grado de inhumanidad que rigió la vida del Presidio Modelo, en lo absoluto es necesario dar crédito a ninguno de estos relatos del sanatorio de los tuberculosos. Basta con ir allí y comprobar, cómo en aquel lugar en que tantas cosas fastuosas e inútiles se construyeron; cómo en donde hay un verdadero palacio para la administración; cómo donde hay una bella herradura de chalets para los empleados; cómo donde existen dos inmensos pabellones para el hospital, al que, por otro lado, tan difícil era ser admitido; cómo donde se construyó un magnífico edificio para la planta eléctrica; cómo, en fin, en donde hubo para todo, hasta para construir una magnífica «casa de maternidad», como Castells llamaba orgulloso a las casetas para las cerdas paridas, nunca hubo para hacerles un alojamiento siquiera decente y limpio a los tuberculosos, que vivían allá lejos, en unos barracones de madera vieja, pintados de blanco, suspendidos sobre pilares, con pisos rotos y paredes y techos remendados...

¡Y es que aquello, lejos de la vista del público, asombrado de tanto mármol, más que un sanatorio fue un matadero, y ya, como matadero, hay que reconocer que estaba bastante bien!...

Capítulo XIX

El Sargento de las Truchas

El Sargento de las Truchas, Antonio Reyna Leyva, era blanco, joven, de buena presencia, y, sobre todo, simpático, con esa «viveza», que viene a ser la fantasía del cubano; original forma de la imaginación, mezcla de humorismo, de burla y de incredulidad y picardía.

Instantáneamente, me hice amigo de él y cuando empecé a contarme su historia me dijo que «había sido mulo», al principio de estar en Presidio. Quería decir con ello que había sido del grupo de hombres humillados con el verdadero papel de mulo, tirando de los carros. Después me contó su trabajo en la Playa Norte.

Cuando la cuadrilla entera se echaba al mar con un tronco de árbol para irlo empujando lentamente desde la loma de Bibijagua hasta El Columpo; y mientras los escoltas nos vigilaban desde la costa, nosotros cantando y gritando, desnudos casi, espantábamos a los tiburones, si los había, y en el ruido del mar podíamos hablar sin que nos oyeran y contarnos lo que pasaba, huyéndole siempre a los chivatos. Si acaso dábamos dos viajes, porque el mar casi siempre está alborotado por el viento... Los que sabíamos nadar no pasábamos mucho trabajo... pero como a los que caían en la cuadrilla no les preguntaban si sabían nadar o no, había quien pasaba apuros graves... Sobre todo una vez un viejo no sé cómo se salvó, agarrado a un peñasco apenas saliente y luchando con la resaca... Sin embargo nadie murió ahogado... ¡Los que murieron ahogados no lo fueron en el agua, sino en el fango, ahogados por la fatiga!...

Pocas veces, sin embargo, Reyna Leyva contaba las cosas en tono dramático. Además, si alguna vez lo hacía, una sombra, como un sarcasmo fino hacía que quien lo oyera rompiera a reír. Por ejemplo, voy a contar por qué le puse el Sargento de las Truchas.

Una vez le llegaron al capitán Castells algunas truchas para recría. Se hizo —o ya lo había hecho— un criadero magnífico y escogió a Reyna Leyva, en quien descubrió inteligencia, para que se ocupara de las truchas. En el acto este, con una sutil penetración, se percató de una realidad: *¡también las truchas debían obediencia al capitán Castells! ¡También ellas debían someterse a su «disciplina consciente»!*... Porque al Capitán le gustaba, cuando llegaban ciertas personas, mostrar hasta los más mínimos detalles de su organización, y de «su obra», «su novia», como complacido decía, y las truchas, que eran una nota exótica, no podían, bajo ninguna circunstancia, constituir excepción. Así, él llegaba, se apeaba de la máquina y preguntaba contestando:

—¿Se pueden ver ahora las truchas, verdad?!...

Cuando no le parecía necesario, desde la misma máquina, decía:

—¿No se pueden ver ahora las truchas, verdad?!...

Naturalmente, el ingenio de Reyna Leyva se puso a especular febrilmente para hallar una fórmula que le permitiera someter a las truchas a la «disciplina consciente» y, en breve, encontró una solución, típica del Presidio: ¡Hambre!... ¡Hambre con las truchas, que si los presos, que eran animales racionales, le habían cogido pánico al hambre, los peces tampoco se podrían resistir!...

Y Reyna Leyva, mediante una lata y un palo, se convirtió en el taumaturgo domesticador de truchas, pues como no les echaba comida sino cuando les tocaba la lata, los animales se acostumbraron a acudir a su reclamo: y, para que un día la hartura de los peces no le hicieran quedar mal con el Capitán, las acostumbró también a pasar tanta hambre como un recluso...

De esa manera fue que Reyna Leyva, en la soledad de su estanque, cerca de la antigua y funesta Fuente Luminosa, se convirtió en el dictador de los peces y por eso yo le puse el Sargento de las Truchas...

En realidad, Antonio Reyna fue un efficacísimo auxiliar mío en Presidio, para todo mi trabajo de investigación. Yo tuve un buen cuidado de conservar todos los «papelitos» que él me iba entregando, porque desde el primero que leí me di cuenta de que se trataba de un escritor original, espontáneo, lleno de color, con un pintoresco sentido del desorden. Por eso un día le encargué nada menos que me escribiera una biografía del capitán Castells y me resultó estupenda.

Todos esos papeles del Sargento de las Truchas los voy a publicar a continuación —incluso la biografía de Castells—, porque creo que nada más típico del Presidio, ni más interesante tampoco podrá llevar este libro. El que en las lecturas de las páginas que siguen no logre imaginar aquel medio en todo su color sangriento y trágico, es porque es incapaz de percibir por otros medios que no sean los clásicos de los cinco sentidos.

Los que siguen son tres pensamientos del capitán Castells glosados por Reyna Leyva: tanto estos como los siguientes trabajos los daré con su propia ortografía.

Tres pensamientos

I

20 de mayo del año 1933.

En este día se aguardaba al Secretario de Justicia y otras Personalidades de la *época*.

Para repartir los Premios a los «Buenos» consistentes estos Premios en rebajas de condenas.

El Secretario y las personalidades no llegaron, por lo que se aplazó el acto.

No obstante se habló de la Patria tal cual toca a dicho día y hasta se recitó una Poesía alusiva a la fecha.
Para calmar su humor, hizo rapar a su chofer José A. Tamargo a la par que decía:
¡Esto es una máscara viva!

II

¡Le tengo horror a la injusticia!

1 recluso Francisco Castañeda y Díaz se encontraba en la celda de castigo No. 3 de la Circular No. 8.
Por la tarde, después del toque de «alto Trabajo» se presentó el sargento mayor D. R. Manuel Valoira y le informó al capitán Castells que su orden estaba cumplida; a lo que este contestó:
¡Le tengo horror a la injusticia!
Castañeda Díaz hacía ya 10 minutos que era cadáver...

III

Hay méritos que hacen Serrar los ojos

El 24 de febrero —1932— después que el Biógrafo Historiador del Presidio Modelo, recluso Manuel Pérez y Figueredo dió por terminado su acostumbrado discurso patriótico, hizo uso de la palabra el jefe del Penal, Capitán Castells.
Cuando éste se hallaba en el apogeo de su perorata, se hizo visible el sargento mayor D. R. Santiago Badel y díjole por medio de un cruzado de brazos: «Cumplida su orden»; a lo que Castells, olvidando el hilo de su inflamada arenga, dijo: «¡Hay méritos que hacen serrar los ojos!»
En la Circular No. 8 de un 6 piso había sido arrojado a la planta baja un penado.
¡Esto es un mérito!

Estos datos Antonio Reyna me los fue dando poco a poco, en distintas hojas. Yo los he conservado en el mismo orden

—en el mismo desorden— y en ello está la mitad de su acierto. Empiezan así:

Datos sobre la vida del Presidio Modelo

Por Antonio Reyna Leyva

Los tipos que más sobresalían en las cuadrillas eran los que tenían recursos económicos, los confidentes y los «*imbertidos*». Cada uno prestaba su servicio gratis. Existían rivalidades entre estos puestos.

Jamás he visto tantos «tíos» y tantos «sobrinos» como los hay en el Presidio, sobre todo de los sargentos mayores...

Salían para el Pueblo 345 raciones de comida diaria: El Penal pasaba hambre.

Los Jefes de Oficinas que fueron:

Manuel Oscar Silva.

Emilio Riveiro.

Gumersindo Cortizo.

Eran llamados Ministro de *Estado* y a los Directores de la Escuela, de *Instrucción Pública*.

Luis María Pérez le pegó una bofetada al Químico y ni siquiera fue interrogado.

«Las *cara de Caballo*» eran los hombres feos. Estos no tenían ni tío ni a nadie.

A los muertos se les decía «Ñampio», —o «rompieron» a fulano, o «se llevaron» a fulano.

Había un Camión de Volteo y aún lo hay, que era el «Buque Fantasma»; ha llevado más de 700 muertos él solo.

Cuando algún penado preguntaba por otro le decían: «Fue a juicio». Esto quería decir que había ido para el otro Barrio.

En el trabajo rudo se le significaba a este con los nombres de «Fuego Bravo».

Al trabajo de todos los días llamaba «Aveyunque».

Al Boniato le decía la población del Penal, «Embarago» y al Café Gallardo.

A la leche condensada se le dice «Puchiribanga».

A los Cigarros «Droga», a los cabos de cigarros «Defensa».

A la Harina de Maíz se le dice «La Tremenda».

Al Arroz Blanco y a los 2 trocitos de carne «Requesen y Guarina» (Eran los dos pitchers de la novena del Presidio.)

Cuando un penado salía para no regresar al penal decía cuando por él preguntaban: Lo llevaron para «El Industrial» (Matadero) Esto era La Yana casi siempre.

Capataces:

Pedro Acevedo (a) El Policía, de la cuadrilla de Reingreso.

José Pérez Cubas: Este hombre fue el que más compañeros acusó.

Era amarar.

Guillermo Sánchez (a) «El Jorobado» Llana y Reincidentes.

Cuando se mataba para el penal Aves y Cerdos, era casi seguro que al otro día había fiesta: Fiesta era: (Ñampio).

Al baño le dicen *Playa* y al Agua: *Numon Avasi*.

Existe el regionalismo en el Presidio; pero no trae disgustos.

El Hospital es el refugio de los: Vagos y de los Miedosos. Cuando algún penado tiene un amiguito (*Amarar*) dice: lo voy a «botar al fresco» tal día; o «lo sacaré» a la carretera. Para proveerse de estos tipos van a «Ingreso y Selección» (Edificio) el día de Cordillera. Novoita era el encargado de renovar los «Carros» y la Panadería y el Hospital eran «Los Tumbaderos».

Por defender su dignidad murieron muchos: un caso: el Penado Ojeda.

El Penado Capetillo era mestizo: Alto: fornido, caminar pausado: de oficio Planchador. Creía ser amigo de Goyito y éste lo mandó a matar.

Se fugó el 25 de diciembre del año 1924 de la Galera la Leona en «El Castillo del Príncipe»; fue capturado en Güines al tratar de empeñar un Reloj.

El primer ahorcado que hubo en Presidio fue Juan Hernández en la Circular No. 8, Celda No. 1.

El penado que más cara vendió su vida fue Feliciano Rojas (Chicho Ortega). Lo velaron 5 días y al 6to. le dio al mayor Walfrido Ramos una puñalada en la Celda No. 12 de la Circular No. 1.

El penado que más castigos sufrió en el Presidio fue Albérico Llanes. No murió por que el Oficial Américo López era su padrino. Fue a las Celdas de Castigo 49 veces; a Pan y Agua en las distintas veces 294 días en conjunto; Fue castigado por todos los delitos menos por fuga.

El Dr. Santiesteban operó a más de 700 reclusos de la *Tripita* (Apendisite).

El número de los que mataban se sabía por los sacos de «Cal Viva» que llevaba el Camión, uno para cada penado.

A la sopa de Plátano le decía el penal: «Talvía» (Tarvia).

Al arroz blanco y a los Frijoles Negros: «Revista Española».

A la Cantera de Piedra se le decía Cambray.

A las Celdas de Castigos le llaman «Nevera. Elevado».

Dicho de Capataz: «Te envió para la Nevera».

En el Presidio raras veces se encuentra uno con la mirada Dulce y cariñosa: Por regla general esta, es de «esquivo», «Envidia», Torva y Embustera.

Los que morían por inyección se le decía en el «argot» del penal «Vía del sueño».

Los que eran muertos a tiros: «Pirdoras».

Los ahorcados y Extrangulados: Suicidados: Por ejemplo, que bobo fue fulano: qué? que se ahorcó!...

El tipo más digno de estudio que he visto en el Presidio fue a un Sargento Mayor del Ejército, Jefe de la Banda del Penal.

Se llamaba Crispin A. y Alfonso. Todas las mañanas llamaba por teléfono al «General» y le hacía el saludo y las reverencias del perfecto cortesano delante del aparato.

Tenía dos hijos, el uno le puso por nombre Gerardito Crispín y al otro Crispín de Jesús María Alfonso, el uno por Machado y el otro como se vé, por Barraqué.

A las mandarrias se le decía «Mandamiento»: Eran de 25 lbs.

Castigos:

9 días a ración corta, 0 —15 días de igual condena— 60 días de «LLana» —60 días de «Buena Conducta».

Corrección: Llana —Desde la Requisa hasta el trabajo 2 km. había que ir a paso-doble para ir y venir.

Castigos: 20 Baños, 3 al día. Hora: a las 6 de la mañana. A las 12 del día y a las 10 ó 11 de la noche.

Las comidas tenían otro nombre a más del propio. A la sopa con garbanzos se le decía «Baile en Alta Mar», a la sopa de fideos finos: «Un grito en la noche». Al congrí: «Conjunto armonioso».

Los capataces de la «Llana» gritaban constantemente:

«Quiero leña a 60 km... a 120 km... ¡La quiero por Radio»...

No te agache «Torete» que el palo no es robo!...

Agarra el palo «Dinamita» que no tiene espina!»...

A los frijoles blancos: «lluvia de perlas».

Daban unas Bolas de plátano (2 por ración) y Quimbombó.

A esta comida decía todo el Penal: «Me ponchó Chollito

Contera (Jefe que fue de la cocina) con dos Bolas Resbalosas».

Cuando un penado era expulsado del comedor, la Comisión de Mayores tenía estas jocosidades: ¡Arrea por ahí fotingo sin Freno. Adiós Buchipluma; Adiós Boca sin Quijada. Adiós. Adiós!...

Te calló una Circular arriba: dicho de casi todos los mandantes a otros compañeros.

El Cabo de la Llana, Quintero, decía: «Tengo hoy pasado por debajo del Bigote 90»... «El Cuerpo me pide la Roja hoy» (sangre).

El Cabo Claudino García decía: «Las balas no cuestan nada y a mi tirar menos».

El Cementerio era conocido entre los Penados por este nombre: «Cuadrilla General».

«Te va a salir un San Juan Alumbrao» —dicho de casi todos los capataces, y este otro: «No me digas nada: te Cojió la Rueda».

Cuando daban Chocolate —esto fue en 1929, 24 de febrero, el último— decían el 23 los Penados: «Mañana pelea Kid Chocolate».

Apodos pintorescos: «Torete», «Espantarrayo», «Dinamita», «Pica Pica», «Makako», «Cometa».

A los confidentes se les nombra «Llevadores de Average». El 90 por % de los Penados son recelosos y supersticiosos.

Hay 1 021 presos por Robo.
El 50 % son analfabetos.

A los reclusos les agrada las matemáticas.

Hay 45 penados por Hurto; 18 por Estafa.

No hay un solo penado que no saque una vez al mes por lo menos la cuenta de lo que le falta por cumplir.

Hay más de 600 penados que no reciben correspondencia. Los hay que llevan 20 años y jamás han figurado en las listas de cartas.

La primera Dama que les dirigió la palabra al penal fue Emma Pérez González Téllez de Montenegro.

Monseñor Ruiz le dirigió la palabra 3 veces al Penal.

La primera Rebaja de Penas se lelló en un camión: enero 1, de 1930. Fueron los favorecidos 26 Penados.

La celda # 30, 5. piso. de «Ingreso y Selección» (Este edificio fue antes Enfermería) era la destinada para matar a los penados.

En la Circular # 1 han matado 120 penados aproximadamente.

Delitos de los Sargentos Mayores:

Domingo Fariñas: Homicidio.

Santiago Badel: Homicidio mujer.

Rafael Galcel: Homicidio.

Rafael Galano: Homicidio mujer.

Oscar Mane: Homicidio mujer.

Gregorio Oropesa: Homicidio mujer.

Manuel Oscar Silva: Asesinato mujer.

Manuel Valoira: Homicidio.

Juan Cabo de Villa: Homicidio.

Gonzalo Acosta: Homicidio.

Luis María Pérez: Robo a la República.

José A. Durán: Homicidio.

Agustín Gómez Montero: Homicidio.

Manuel Vázquez: Homicidio.

Wualfrido Ramos: Homicidio.

Graciliano Elizabet: Homicidio.

Antonio Pérez Vigil: Homicidio. (Este penado se suicidó en Santiago de Cuba en un hotel. Su muerte fue misteriosa).

Ramón Zayas, Mayor de la Circular No.4. Este hombre mató a su mujer y luego se la echó a los cerdos de su casa.

El penado más antiguo del Presidio es: Eduardo Broche: tiene el # 4 209 fue preso el 14 de julio del año 1908. Lleva preso 25 años, 5 meses, 16 días.

El penado de más edad que hay en el Presidio es Pedro Borges; tiene 95 años.
Los penados que más veces han ingresado en el presidio son Mateo González (a) «Patente» 17 veces, Ramón Alberich, 8 veces.

El penado que más nombres tiene es Francisco Guarro. Tiene 32.

La Primera cordillera que llegó a Isla de Pinos fue el 27 de octubre de 1925. Vinieron 50 penados.

El primer penado que murió en Isla de Pinos fue Rogelio Valdés (a) Orejita. Murió en un accidente de automóvil.

La primera Circular que se fabricó fue la No. 1.

Cada circular tiene 465 celdas individuales y en el 6o. piso 15 para los castigados.

El Colegio se inauguró el día 16 de septiembre de 1930.

La Panadería se inauguró el 20 de mayo de 1928.

El busto de Machado que estaba en la administración fue quitado el 23 de agosto de 1933 —por la noche a las 11 y media— aquí sólo trabajaron los penados llamados Comisión de Mayores y Evelio Quintero, Capataz de albañilería y el Oficial Victorero.

El pedestal el 25 y fue herido gravemente un penado por este, llamado Nicolás Muñoz.

La caída de Machado se supo en el penal el 12 de agosto a las 11 y 45 de la noche. Un soldado se lo dijo a otro en voz alta entre la circular No.8 y No.1.

El «apapipio» mayor de Presidio fue Aurelio Césares (a) «Figurín». Tenía otro defecto tal como el de ser *invertido*.

El primer penado que murió en la Cantera de Piedra fue Gonzalo Vega (fusilado).

El día 14 de junio de 1930 murió ahogado el Penado Miguel Villaurrutia «Mirandita». Su muerte es un misterio.

El empleado que más se le impuso a Castells, el que más alto le habló, fue Ángel Raventós, oficial.

Los soldados no podían usar capas de Agua.

El Comedor tiene 32 Sectores. Cada sector 16 mesas. En cada sector 93 Penados. Hay 45 mesas auxiliares.

El Comedor se inauguró el 10 de Octubre de 1932 fue la Circular No.1. La primera Comida: Arroz con Maíz y Frijoles colorados. Después las otras circulares.

En «Ingreso y Selección» hay 240 Celdas. En el Primer piso hay la fotografía y el Orden Interior.

En el edificio de «Buena Conducta» hay capacidad para 300 hombres.

Había «Cocodrilo mojado» y «Cocodrilo seco». El penal decía: «El Coco».

A la esquina que forma el Hospital y la Planta es conocida con el nombre de «Cuatro Caminos».

El mayor Águila le decía en «I y Selección a los Penados ingresos: “Una ausencia en las Filas es una Fuga! Una Fuga un Suicidio».

Consejo del Mayor Águila: Al partir la cuadrilla para «la llana» les decía a los Ingresos: «Ven ustedes? Van 30. Regresarán a la tarde 14. Fíjense bien!»....

Otro: «Aquí hay que escribir para la censura».

Enviar un beso en las cartas era ir para las celdas a 9 días a pan y agua.

En la Biblioteca hay 3 236.

El único Americano que murió por fuga fue Malville Mc. Laughlin No. 10 775 (ninguno más).
La última vez que Monseñor Ruiz le dirigió la palabra a los penados, dijo: «Las piedras lloran, estos edificios lloran, esa llana llora también; aquí todos tienen que llorar por fuerza, por que Aquí...» en estos momentos le jaló la sotana Castells.

Oscar Mane «Jefe de Seguridad»; Luis María María Pérez: «Ministro de Sanidad»; Gregorio Hdez. Oropesa: «Horca y Cuchillo»; Gregorio Santiesteban: «Ayudante de Campo».

Jefes de Circulares (Mayores). Eran designados como Jefes de Demarcaciones!

Américo López, Oficial Ayudante le decíamos (bajito) «Paula Romero» (el verdugo).

Cuando venía la máquina con el Jefe, la «voz» era: «¡Barco a la vista!» o «¡Don Perico a la vista!».

Una vez yo le pedí a Reyna Leyva que me escribiera «cosas» sobre Castells y entonces él me dijo: «Te voy a escribir la biografía del Capitán». La que sigue es la original biografía de Castells que escribió Antonio Reyna Leyva, el Sargento de las Truchas, que la tituló:

REFIÉROME SOLO A CASTELLS

No aceptaba regalos de nadie.

Hacía una sola comida.

No fumaba ni bebía.

Se acostaba a las 9 de la noche, pero antes leía 45 minutos, siempre libros sociológicos y tratados de Agricultura. Leía historia. Se levantaba a las 4 de la mañana y volvía a leer y hacía Ejercicios «Sueca».

Ponía sumo cuidado en todo.

Le molestaba toda clase de ruido.

Pegaba con frecuencia a su chofer.

Tenía la mirada dura y recelosa.

Era económico en grados mayores.

Después de la Muerte de Arroyito no fue a La Habana más por el tren desde Batabanó. Lo aguardaba en una máquina que luego se blindó en Presidio. Díaz Galup.

Desde la caída de Machado hasta que fue preso no durmió 13 horas.

Trató de fugarse pero alguien lo engañó y lo hizo desistir de sus propósitos.

El día que ordenó matar a los 12 dijo después: «Este día es demasiado pequeño para poder hacer todo lo que tengo pensado».

Odiaba a los poetas.

Alguien le hizo algo porque exclamó Acepto la ingratitud como un defecto del Género Humano.

Pasando una vez con Grau San Martín le dijo: «Dr. yo sólo pienso en el Presidio» y éste le respondió: «Hace usted bien hace usted bien».

Le gustaba el juego de pelota.

Para las visitas tenía Ciserones amaestrados.

Tenía el cálculo frío del tenedor de libros y dejaba que los sentidos le hablaran más alto que el corazón.

Sentía piedad por los animales y odio a los hombres.

Hablaba algo el inglés.

Pensó que Machado lo pudiera enviar a Europa a estudiar las Prisiones, porque una vez dijo: «Tal vez vaya a Europa y vea algún Penal de por allá».

Sólo tenía 3 trajes de militar. Kaki. 1 de Gala Blanco. De paisano ninguno.

Ocultaba los sucesos nacionales. Cuando murió Calvo, dijo: ha caído una *columna*.

Era colérico. Siempre estaba rojo de ira.

Cuando Díaz Galup lo visitaba en este Penal era para pedirle consejo de algo de la cárcel.

Le escribía con frecuencia a Trujillo y a Quijano. Las cartas para estas personas las hacía en su casa. El mecanógrafo era un militar.

El Gobierno de Castells fue una serie de fracasos: Anunciaba una cosecha de Plátanos estupenda hoy, al otro día el viento derribaba el Platanal.

Al Comandante le gustaba el silencio en grado máximo.

Para llamar a la comisión de mayores tenía una contraseña. A un mayor cualquiera lo significaba con un dedo. Para Oropesa 2 dedos para Cabodevilla igual.

Era supersticioso. Nunca hablaba de lo pasado. Sabía de todo.

Admiraba a Martí y Napoleón y tenía algo de Robespierre.

Era criminal por instinto. Pero sabía cubrirse con el manto de la piedad. Esto lo prueba las cartas que remitía a los familiares de los reclusos que morían.

Cabo!... ¡Cabo!,... Aquí Capitán, respondía éste. «No se acerque, que se lo come, lo muerde, tenga cuidado» —se refería al caballo— Después lo vejaba diciéndole tú no eres guapo... Tú eres m... Dí que tú no eres M... Tú eres negro, feo y grande.

Otras veces decía: «Yo sí es verdad que escupo por un colmillo».

A la cepa de la malanga el Jefe le Puso «Malanga de la *otra*» y prohibió que dijeran «Chopo», que es como se llama. Cuando un penado no le era útil le decía «*trasto viejo*».

A un penado que solicitó ir a Botiquín a curarse de los testículos por tenerlos inflamados le dijo: «Alégrate ya no te Guillas».

A los Puestos en Libertad casi siempre le decía: «Para usted no tengo más traje: el que aquí le queda es el último».

Le preguntó a uno una vez que si no tenía otro paso y el preguntado le respondió: «El otro que tengo no le conviene... Porqué?... Porque es más corto!»...

A los castigados le habían asignado 7 minutos para comer.

Cuando la Revolución de 1930 Armó de Revólver a 37 penados. Cada uno tenía 50 balas, calibre 45.

Cumplase la orden: Esto era una sentencia de muerte.

Otra: «Cabo, este no quiere volver a las filas».

Otra: «Cabo, le regalo ese tipo».

A un corral de *cerdas* le puso Castells: «Casa de maternidad».

A la Hierba «Bruja» le decía Carne, Zapatos, Botones, Queso, Leche y Mantequilla.

Juicio

El Penado Longino Leal fue sorprendido con un pedazo de carne en un pan. Llevado delante de Castells éste le condenó a la «Especial» (Picar Piedra a Mandarria en el Mogote de 6 a 6), alegando el Jefe «que se había comido media Vaca».

Dijo una vez: Yo soy un preso a pupilo!

Otra: «Los hombres para mi son iguales que los palitos de dientes: Cuando no los necesito los Boto».

Para los dolores de muela él recetaba: «Purgante Doble y hasta triple». Esto le decían los penados «100 X 100».

Bostesaba 150 veces al día por lo menos.

Odiaba a los perros pero le gustaban los Cocodrilos.

El invierno del año 1929 fue bastante rudo y estando en la Playa temblaba de frío y viéndose perdido delante de 185 penados dijo: «Esta carretera tiembla, hay que reconstruirla»

Le tomaba el pulso a los enfermos de fiebre con guantes.

A los penados delgados los mandaba a rapar y agregaba:
«El pelo lo tiene flaco».

A los capataces le interrogaba en su recorrido después del almuerzo: «Sobró la comida?»... «No se quedó nadie sin comer?»... Pero meneaba la cabeza de arriba abajo.

A Gollito le llamaba «mi hermano». A Sanabria «El Bueno». A Américo «mi mejor amigo». A la Comisión de Mayores «hombres de confianza».

Otra vez dijo en la herrería: «El Dios de Isla de Pinos soy yo».

Sus palabras favoritas eran: Cabrón, Recabrón, Maricón, Tortillero. Bobo. Mentecato. Cero listo. Vivo del Presidio. Bicho. Cucaracha. Cara de Ud. y es tú. Majá con bigote. Vendedor de Periódicos. Jugador de Gallo y Dominó.

Al taller de lavado le decía «Cámara de Representantes» y a los puestos de listeros «Senadurías».

A los fósforos en el suelo de la oficina le llamaba «Velas»; a los papelitos «sábanas».

Castells les decía a las vicitas: «El presidio es mi novia, cada día me encuentro más enamorado de “Ella”».

Algunas veces dijo: «Estoy borracho de contemplar mi obra!»

Castells llegaba a la carpintería decía: «Enrique, haga un flus para dos.» Este Enrique es el «Vizco», el que le pegó a los estudiantes en la Cárcel de la Habana: «Enrique Valdés Díaz».

Dicho de Castells cuando andaba en un Caballo: «cómetelo Caballo, Muérdelo Caballo!» (A los penados).

A los choferes les llamaba: «Carretonero», «Amolador de tijeras».

El último dicho que trajo de Cuba Castells fue este:
«Ribigordo. Nuevo de lata».

Cuando un recluso iba a hablarle y no quería atenderlo le decía: usted quién es? Yo no le conozco.

Capitán deme un sombrero, decía un penado. Este contestaba: «Los sombreros son para mis amigos».

«En esta lista no figuran todos los Buenos». Dicho de Castells al leer los indultos. Eran siempre los mismos.

Dicho de Castells: «Te voy a dar el último Chance».

Al penado Félix Avalor que estaba haciendo una cobija, Castells le dijo: «Oiga, mentecato, le tengo más miedo a usted que al terremoto de Santiago de Cuba».

Al Penado Fidencio Molla le guindó un racimo de plátanos en la celda de castigo 15 días y todos los días los mandaba a contar. Fue acusado por comerse uno en la granja. 9 días a Pan y Agua.

Le decía a los penados que castigaba: Eres un *Bicho*.

Visitaba —todos los días al Juez.

A los penados que iban a pedirle purgantes en los días próximos a las Fiestas les decía: «Estás abriendo huequito, eh?»

Al penado que él le decía: «Vaya para el hospital, cúrese, usted es un hombre bueno, yo lo quiero». Este, era hombre muerto.

Presente a Luis Ma. de mi parte esa sentencia de muerte.

Comandante: Decía uno: deseaba extraerme una muela que me duele y le decía: «Venga mañana».

Tenía penados para que le pegaran a los otros.

Al penado Enrique García o Flabio Lorente le hizo que cruzara los brazos para que otro le pegara: le rompieron dos dientes.

Miguel Avich corrió el mismo riesgo: luego fue ahorcado en la Celda 15 de la Circular No. 5.

Al penado Aurelio Mazorra días antes de matarlo le dio una mano de palos.

Castells tiene una memoria prodigiosa.

No hablaba con ningún penado sin emplear la ironía: por ejemplo «¡Qué abusador es Pérez Cubas, acusar a un bombón como este».

Al penado Oscar Mane le dijo: «Usted aprenderá hacer las cosas bien cuando yo sea “Monaguillo”».

Al penado Tomás Robaina por pedirle una sábana lo tuvo 90 días sin ropas de cama.

Al penado Carlos Hernández lo tuvo un año sin sombrero.

Castells les decía a los penados: «Háblame por telegrama». Un día un cerdo le rompió una canoa del corral y lo mandó a matar.

Dicho de Castells: «Vengo por la goma: si me la pasas te la boto a la carretera».

Comandante; decía un penado— «A usted le han engañado» y él decía: «Tienes razón, yo soy un bobo».

El Comandante decía: «Tu cabeza me huele a pólvora».

En el Presidio Modelo se le estaban haciendo sus memorias. Las dirigía el Comandante y las escribía el Penado Manuel Pérez Figueredo.

«Eres un degenerado», este decir era el más frecuente.

A sus ordenanzas penados, les pedía las cosas por seña: cuando había una equivocación los insultaba: Bobo-Mentecato: Cero listo.

Tenía un loro que decía «ahí viene el hombrín».

Al penado Tamayo lo dejó cuidando una vez un Celnícalo y fue en busca de la Escopeta. Cuando regresó había volado el pájaro y mandó a rapar al chofer.

Dicho de Castells: «Comisión dígame a la gente que se le rompió el Disco». Esto lo dijo el último día que fue a Cuba.

Al sirviente la Rosa le preguntó por un paquete que tenía sobre la mesa, éste le dijo: «No sé Comandante». Y el Loro dijo: «La Rosa se lo llevó al médico».

La verdad sólo se oculta temporalmente. Pensamiento de Castells fechado 16 de agosto de 1933.

Aquí termina la biografía de Castells, escrita por Reyna Leyva. A mí me parece lo más interesante de cuanto pude copiar en el Presidio. Después de estos trabajos, el Sargento de las Truchas, que ya había recibido mis elogios por la originalidad de su «técnica» de escritor, se echó a perder por completo. Me dio muchísimos otros trabajos, pero ya tenían sus pretensiones literarias. Acaso más nunca vuelva a escribir y a lograr dar tan formidablemente una visión del conjunto valiéndose sólo de detalles desconcertantes y aislados. Su fracaso posterior se debe a que, siendo un escritor de «vanguardia», quiso convertirse en «clásico»...

CUARTA PARTE

BESTIAS

Alguien dijo que la cara era el espejo del alma; alguien dijo también, que siempre las caras de los hombres tenían un parecido inconfundible con determinado animal. Y Víctor Hugo es fama que recordaba a un león, Julio César a un águila y Platón a un perro de aguas...

De ambas afirmaciones podría deducirse que las caras de los hombres se parecen a las de los animales con los cuales tienen mayor afinidad anímica.

Tal vez pensando en esto fue que le puse el título de Bestias a esta parte del libro; pero, en realidad no acierto a comparar a ninguno de los hombres a quienes me refiero, con esos espléndidos reyes de la selva, como el león y el tigre, a los cuales suele darse el nombre genérico de bestias.

Ninguno pasa de la categoría de hiena o de coyote, y el que más, sólo llega a lobo. Alguno sólo fue culebra, venenosa, traidora, cobarde y asfixiadora...

En ninguno, para honra del mundo animal, se reconoce en la cara determinada especie zoológica: estaban por encima del tigre en ferocidad y por debajo del buitre en escrúpulos...

Capítulo XX

El «Recluso Modelo»

Fue una tarde gloriosa aquella del 3 de enero de 1931, cuando un grupo copado por sorpresa y sin armas, en casa del escritor Rafael Suárez Solís, entró en el Castillo del Príncipe haciendo resonar, bajo los arcos aplastantes, por los corredores húmedos, por entre los paredones y las bóvedas espesas, gritos inauditos, de combate, de violencia, insultos frenéticos, lemas vibrantes de la revolución, ¡efervescencia heroica de la juventud!... Todos los que en aquel episodio participamos tenemos el derecho de recordarlo con legítimo orgullo. Por primera vez acaso en la historia de la odiosa fortaleza, penetraron en ella presos que asumían tal actitud. Y los reclusos, con azoro silencioso, nos veían pasar, asombrados, presintiendo que todo aquello tenía que acabar mal...

Aún recuerdo con satisfacción aquel resonar ultrawagneriano de nuestros gritos, que las paredes, envilecidas por el crimen y la maldad, rechazaban con la fuerza de todo el silencio que los años habían ido acumulando en ellas...

¡Y nuestra entrada en la oficina del Supervisor, que tuvo mucho más de asalto revolucionario que de ingreso de detenidos!...

Todos estos recuerdos se agolpan en mi imaginación al comenzar a escribir este capítulo, precisamente porque en aquel momento conocí al teniente Ambrosio Díaz Galup, supervisor de la Cárcel, a quien a la salida de aquella prisión acusaría públicamente de los atropellos a los presos y del asesinato del Chino Wong, compañero de la revolución; y a Goyito Santiesteban, el «Recluso Modelo», del cual habríamos de oír aterradoras historias, y quien, al ver la indecisión de Díaz Galup ante nuestro insólito comportamiento, asumiendo el papel de jefe, quiso arreglarlo todo por la diplomacia...

Pero el momento era malo, y, además, tuvo la poca fortuna de dirigirse a Manuel Guillot, uno de los más violentos entre los del grupo. Le dijo a Guillot:

—Joven, tenga la bondad, cálmese y siéntese... Yo sé que ustedes son unas personas decentes y saben conducirse bien...

Mas Guillot le gritó, con toda su potente voz:

—¡Nosotros no somos personas decentes ni nada!... ¡Nosotros lo que somos es revolucionarios y nos portamos como revolucionarios!

Entonces, sin más trámites, nos hicieron pasar para las famosas «Leonas», las enormes galeras de ingreso de El Príncipe, que después nos darían húmedo y hediondo refugio tantas veces...

Pero ya habíamos conocido a Goyito... Era un hombre que sabía ser meloso y diplomático, a pesar de su aspecto desagradable. Era corpulento, de tórax formidable, piernas cortas, cabeza y cara grandes, frente amplísima, vegetación pilosa escasa, y al centro, una calva creciente, salpicada de retoños enfermizos y débiles, como esas charcas en las que se da el masío...

Carlos Montenegro, que hizo amistad con muchos de nosotros, en los paseos de nuestro «Patio de los incomunicados» nos contaba episodios de la vida del Presidio y en muchos de ellos la figura de Goyito como protagonista desempeñaba repulsivos papeles... Otros presos, por el contrario, nos contaban con los ojos en blanco, que «ese había sido el verdadero padre de los presos»... Por desgracia para él estos últimos pertenecían al grupo de hombres que, por una cajetilla de cigarros, se creían en la obligación de decirnos que éramos unos héroes... Tal como nos lo pintó Montenegro, era un tipo temible, traidor, inteligente, cruel y con una influencia decisiva sobre el capitán Castells y el teniente Díaz Galup. Del primero pronto se hizo valido, indispensable y, en cuanto a Díaz Galup, fueron muchos los que nos contaron que la primera víctima del torvo Supervisor fue obra de él.

Empero, fue cerca de Castells donde el terrible personaje ejerció con más siniestros resultados su influencia. Acaso

en ningún otro criminal podrían encontrarse cualidades tan eminentes como en este, para que se le pudiera considerar el «Presidente Perfecto».

Había entrado en el Presidio por la *puerta del honor*, por la que se le abre a los asesinos, pues, según nos contara Rubén León, había matado en forma alevosa a Belisario Ramírez, General de la Guerra de Independencia, allá en Manzanillo.

En el Penal medró algún tiempo buscando una manera de brillar, de destacarse sobre los demás criminales. Y al cabo lo consiguió. Obtuvo la confianza de los jefes y pudo hacer vida de hombre libre... Pérfido, hizo befa de la amistad imprudente de escoltas y oficiales y pudo gozar la mujer de más de uno...

Cuando llegó el capitán Castells a hacerse cargo del Presidio, Goyito adivinó que, por fin, iba a tener un jefe digno de él... Pronto se hizo su *alter ego*, porque Castells, en su locura exterminadora, necesitaba un hombre sin escrúpulos, con experiencia ya, que le mostrara el camino, que le revelara quiénes eran los «peligrosos», los «incorregibles»; que le enseñara una «técnica» del crimen, capaz de «dejar aquello en 600 hombres»...

Y Goyito era el hombre que necesitaba Castells. Había alcanzado, con los años de prisión, el pleno desarrollo de sus extraordinarias facultades de presidiario: una impulsividad bárbara y bestial; una capacidad incomparable para la intriga, y una habilidad extraordinaria para la doblez y la traición, unido todo, cuando era necesario, a una diplomacia y a una corrección irreprochable, constituían su instrumental. Por otro lado, su descenso moral llegaba ya hasta lo último... Aunque se las había ingeniado pronto para pasar con frecuencia el «rastrillo», y, por ese camino, utilizando la traición a principios invulnerables de la amistad, había resuelto el problema sexual; lo que luego hizo también con las mujeres de algunos de sus compañeros presos, que las pudieron llevar a lugares próximos al Presidio —y hasta llegó a tener hijos con una de ellas—; pues a pesar de todo esto, todo el Penal lo acusa de

haber sido uno de los pederastas más furiosos que pasaron por él... Numerosos adolescentes, unos por las buenas y otros por las malas, fueron arrastrados por Goyito al vicio, y si alguno fue demasiado viril, la muerte sirvió de consuelo a sus lascivos caprichos de simio en celo... Su fama en este sentido fue tal, que en el Presidio, todos los que tuvieron su amistad o su simpatía, desde el más alto al más humilde, no han escapado, para la mayoría de los presos, a la sospecha persistente de haber sido sodomitas...

Sin duda tuvo personalidad, inteligencia y audacia. Gracias a ello logró ejercer influencia sobre Castells y sobre Díaz Galup, hasta tal punto que, si no fue el verdadero jefe del Presidio —porque Castells también tenía una poderosa personalidad—, en cambio, se le temía como si él fuera el jefe.

Castells, que era hombre austero y hasta frío, si se olvida su pasión por el exterminio, por «limpiar a la sociedad de criminales», hizo perfecta compañía con Goyito, que era tan salaz y desordenado. Junto con Favila Regojo, otro que disfrutó del favor del Capitán, hasta que lo envenenaron por imprudente, acompañaba siempre a Castells en sus periódicos viajes a La Habana; y allá, en la Isla, en la misma casa que el Capitán, vivían los dos favoritos.

Su autoridad en Presidio llegó a ser tal, que nada como el auxilio de algunas cartas podría dar una idea de la misma.

Véase como un preso, *un igual*, se le dirige:

Señor Gregorio Santiesteban. Le ruego a Ud. y perdone si lo molesto, para pedirle su apoyo en estos momentos que paso de sufrimientos los cuales son para mí muy malos. Voy para nueve años en este reclusorio, sin amparo de nadie y sin familia lejos de mi Patria que es aún más triste. Yo sabiendo sus buenos sentimientos y su buen corazón, siempre en favor de los decaídos, como yo. Le ruego y le suplico haga algo en mi favor lo cual se lo agradeceré siempre con toda mi alma. Yo me encuentro trabajando en la cuadrilla del alcantarillado como palero y picando tierra lo

cual es un trabajo muy fuerte para mí; yo soy relojero, sastre y conozco algo de panadería, le suplico a Ud. hable al Capitán haber si puedo serle útil en alguno de estos lugares. De Ud. atentamente (fdo.) Tomás Otero No. 8 853-Circular No. 8 (Madrileño).

De paso que se observa en la anterior carta el tono de sumisión y de alabanza en que los presos capaces de dirigirse a él lo hacían, puede observarse también la cacareada «buena y humanitaria distribución del trabajo entre los hombres», que a un relojero y sastre lo enviaban a picar tierra y abrir zanjas...

Ahora léase esta carta en la que un preso lucha por no perder la protección de Goyito:

Presidio Modelo. 1ro. de Septiembre/1928. Sr. Joaquín Santiesteban. Manzanillo. Estimado amigo: Mi mayor deseo es te encuentres bien así como tus seres más queridos. Joaquín esta que con algún trabajo te hago, por tener mi brazo derecho atacado por unos dolores musculares, es para pedirte un derecho un favor y decirte algo que tú quizás sepas. Tan pronto tú le escribiste a Goyito él me colmó de atenciones y mejoró mi situación en el Castillo del Príncipe llevándome hasta para su galera cosa esta que agradezco en el alma y jamás olvidaré, pero, como se dice que el bien dura poco y nunca falta un espíritu malo hubo entre los compañeros de galera que usábamos jarana quien bajo de ella se traslimitó queriendo desprestigiarme usando un lenguaje impropio de persona decente cosa esta que en muy buena forma le dije que no me gustaba pero no obstante percistió y en una hora mala (que tú debes considerar aquí son todas las del día) me faltó a mi dignidad de hombre a lo que contesté con una cosa que le lastimara, fue lo suficiente, se me abalanzó y le contube, cosa esta que causa gracia entre los demás compañeros todo terminó y seguimos amigos yo le dije me dispensara y así quedó todo; pero cuando fue de aquí para aya tu hermano el se lo contó todo poniéndose alante por temor que yo le dijera algo cosa esta que nunca yo hubiera hecho, supón cuanto no le diría cuando a tu hermano le ha caído tan mal que a

cambiado por completo dejándome rodar como caen las piedras de lo alto.

Amigo mío, lo he sentido mucho sobre todo porque mi falta no ha sido grave y más aun porque no creas te he hecho quedar mal, jamás acostumbraré a eso y mucho menos a olvidar los favores que obtengo en esta tarea que me a impuesto el cruel destino.

Y por mis amados hijos os juro que esa es la falta o motivo que yo he dado la que creo es perdonable y por ellos deseo mejorar mi situación para volver algún día a estrecharlos en mis brazos.

En fin buen amigo espero me ayuden combenciendo a tu querido hermano. Se reitera afetisimo S. S. .S y amigo (fdo.) José Rentero Arias.

Prefiero hablar con pruebas. Si esta carta no expresa, íntimamente, todo el poder de Goyito Santiesteban, un preso común, el matador de un viejo General de la Guerra de Independencia, alcanzó en el Presidio, he dicho mentira... Lo mismo que si no muestra lo difícil que era para los presos, sin su protección, salir «algún día» a estrechar entre los brazos a sus hijos... Y que José Rentero Arias, el 13 077, tenía efectivamente que preocuparse, porque él sabía lo que era caer en desgracia... Con sus propios ojos él vio matar al Francés; y vio cómo el hombre, llorando, recibió dos balazos y no moría y un soldado le puso el rifle en la misma cabeza y el Francés se encogió para recibir el tiro...; ¡Y luego la lluvia cayó sobre el cadáver por más de dos horas!...

Pero no siempre los SOS —que no otra cosa son las anteriores cartas— han de ser dirigidos desde el interior del Penal. La fama del «Recluso Modelo» se expandió, con el terror de los presos, por toda la República.

A continuación reproduzco una carta que le dirige una hermana de un recluso, que más angustia no puede revelar:

Sr. Dr. Gregorio Santiesteban, Respetable señor le ruego me perdone lo molesto en otra ocasión. Se lo implora de rodillas una hermana que tiene un corazón destrozado la que ha

sido la madre, la hermana el todo de él ya ve ud. cuando uno ha tenido una cosa en su seno, lo que sufre es un dolor tan grande— de que se me arranca el corazón sólo en pensar lo que le pueda ocurrir. Se lo imploro por el cariño de su querida mamá por el ser que más quiera piense cuando uno sufre como se desespera en un buen corazón confío que me a de oír por Dios por lo mucho que sufro me parece imposible tanto como lloro por el pobrecito. Tal vez algún día se lo pagaré con algo. Dios quiera que nunca se encuentre en ningún dolor tan grande como el mío espero que su buen corazón me oira pues de ud. depende la vida de el yo se que la única persona que puede alludarme en este caso es ud. No mire al preso mire a una madre adolorida; pues sufro una pena tan grande que espero se compadesca. Queda muy agradecida de ante mano S. S. S. (fdo) Piedad González, P. D. Le ruego por Caballerosidad me conteste para consuelo mío.

Y así como esta son las cartas de madres y hermanas pidiendo clemencia a quien sólo era un preso... ¡Tal vez no haya habido caso semejante en la historia penal del mundo!...

Hay que reconocer en este criminal extraordinario, singulares dotes de atracción. Nosotros tuvimos la fortuna de chocar con él la primera vez que lo vimos; de lo contrario, no dudo que nos hubiera embaucado, aunque sólo fuera provisionalmente. Y que no es exageración lo que afirmo, lo demuestra el hecho de que logró hacer amistad con todo aquel grupo de los primeros presos políticos del machadato que se pasó cuatro meses en El Príncipe el año 1929; y el 16 de marzo de ese año, sus incautos «amigos» le ofrecieron una velada «Al compañero y grande amigo Gregorio Santiesteban»... ¡cuando ya se le podía achacar su participación en más de cien asesinatos!... Tomaron parte en esta velada Alejandro Vergara, Juan R. Pintado, Eduardo Chibás, José Antonio Inclán y otros.

Pero esto, después de todo, es nada si se le compara con lo que sigue. Leyendo esta nota publicada a dos columnas en un periódico de La Habana —*El País*, creo— puede darse el lector una idea, del punto hasta donde llegaba Santiesteban en su audacia y también en su cinismo.

Dice el recorte:

Las puertas del Presidio se abrirán el lunes para libertar al Dr. Santiesteban.

Después de un largo cautiverio, ha de ser devuelto a la sociedad.

El Dr. Gregorio Santiesteban, que lleva más de 12 años cumpliendo condena en el Presidio, por haber dado muerte, en Manzanillo, al general Belisario Ramírez, a consecuencia de resentimientos políticos, volverá al seno de la sociedad, después de haber liquidado su deuda con la justicia, el día 19 de este mes.

El Dr. Santiesteban ha demostrado que un presidiario puede ser un hombre de rectos procederes y durante su cautiverio ha secundado del modo más entusiasta al Capitán Castells, contribuyendo con su ejemplo y su labor a que reinara en el penal mayor disciplina, trabajando sin descanso en bien de la penitenciaría.

Condenado a 20 años de reclusión por la Audiencia de Oriente, obtuvo dos años de rebaja de pena cuando los concurrentes al Congreso Médico Latino Americano suscribieron en favor suyo una petición de clemencia. Esa demanda que fue firmada por los médicos más ilustres del Continente que en aquella sazón nos visitaron, iba suscrita también por un cubano ilustre ajeno a la medicina; el doctor Enrique José Varona.

Recientemente el General Gerardo Machado, a propuesta del Lcdo. Barraqué, Secretario de Justicia, aprobó otra rebaja a un reducido número de reclusos que venían observando intachable conducta y entre ellos figuraba, el Dr. Santiesteban. Respecto al suceso que lo condujo al Presidio nos ha dicho que no quiere expresar nada que pueda interpretarse como censura del fallo. Sabe que su acción fue debida al ambiente pasional que entonces le envolvía y es el primero en recordar con respeto a su víctima lamentando su arrebató.

Junto al Dr. Santiesteban había laborado también como un auxiliar eficazísimo en la organización del Presidio Modelo, el doctor Favila Regojo, médico matancero, que fue condenado por homicidio a 14 años, 8 meses y 21 días de reclusión, habiendo fallecido hace unos tres meses, cuando se le habían rebajado dos años de los siete que le quedaban por cumplir de la severa sentencia.

Según la liquidación de pena que se ha hecho al doctor Santiesteban, las puertas del Presidio se abrirán para el que puede calificarse de recluso modelo, el próximo lunes.

Esto da la justa medida de lo que fue el «Recluso Modelo». A pesar de haber dado muerte alevosa a un viejo General de la Guerra de Independencia, que por la edad podía haber sido su padre, obtiene que Enrique José Varona, una de las más limpias y nobles figuras cubanas firme una súplica por él... De cierto, el filósofo, en las postrimerías de su lúcida carrera, no había recibido los amedrentados rumores populares acerca de lo que había sido la «organización del Presidio», rumores que se vio obligado a recoger hasta el propio Congreso machadista.... Pero el cinismo de Goyito espeluzna, cuando aparenta recordar con emoción a Favila Regojo Margarit, de cuya muerte por envenenamiento, con la colaboración del mayor de la enfermería, Agustín Gómez Montero, lo acusa todo el penal...

Favila era su rival en la estimación del Capitán. Parece que a veces tenía algún corazón, aunque, dentro del Penal, hacía una vida desordenada. Muchos presos lo querían y otros lo odiaban. Su bondad dependía de su droga o de su bebida. Una vez, cuando esperaba la rebaja total de su pena, el Subsecretario de Justicia, doctor Eguilior, le notificó que sólo se le rebajaban 30 meses. Indignado, en la propia casa de Castells, insultó a Machado delante de Eguilior. Este se quejó a Castells y el Capitán, furibundo ante el solo pensamiento de que el Presidente de la República pudiera enterarse de cómo se expresaba de él uno de sus presos favoritos, nada menos que al recibir una merced, increpó con terrible violencia a Favila. Esa misma noche vinieron para La Habana, acompañando al Subsecretario, Castells y Goyito,

y Favila, por la primera vez, se quedó solo en Isla de Pinos... ¡Su sentencia de muerte estaba firmada!... Según cuentan, habían surgido monstruosos motivos de rivalidad entre los dos validos y Goyito aprovechó la primera coyuntura... Al día siguiente murió envenenado Favila, y dicen los presos que, cuando regresaron el Capitán y Santiesteban, ninguno de los dos se atrevió a mirar la cara del muerto... Y lo enterraron aparte, en el cementerio de los hombres libres, rodearon su tumba de altos pinos y le colocaron, a manera de epitafio, un libro marmóreo con esta inscripción: «A Favila Regojo Margarit, de los que tanto te quisieron»...

Y ya en el terreno de las *hazañas del héroe*, de este *Bayardo del crimen, presidiario sin mancha y sin miedo*, verdadero «Recluso Modelo» del «Antro Modelo», las posibilidades son casi infinitas para el narrador que quiera recoger las historias de los presos.

Montenegro me ha contado escenas que sólo podrían ser reproducidas en un libro de infiernillo, de los más repugnantes...

Hay un ejemplo, el más atroz de la historia del terror en Presidio, que revela la potencia de su odio criminal, su espíritu vengativo y su capacidad para la intriga. Es el caso que culminó en la hecatombe de El Cocodrilo, el 18 de agosto de 1928, y, aunque le dedicaré páginas especiales, ahora también debo hacer mención al mismo.

Goyito Santiesteban tuvo el negocio de la tabaquería en Presidio, cuando este estaba en el Castillo del Príncipe. Por las protecciones que tenía, no pagaba impuestos, e impedía la entrada de tabacos del exterior. Los suyos eran infames. Los presos explotados, careciendo de otro medio de denuncia, utilizaron el anónimo y revelaron el caso junto con otras irregularidades graves. Goyito perdió el negocio... Estos hechos parece que pusieron en guardia al Capitán y el «Recluso Modelo», si no hubiera recurrido a su fértil ingenio, habría caído en desgracia, por largo tiempo. Pero él supo hallar el recurso supremo, al que después apeló varias veces, siempre con éxito: ¡*Inventó* salvarle la vida a Castells!...

El Presidio fue trasladado a Isla de Pinos, escenario propicio para el crimen, y allí, valiéndose de delatores, previa-

mente aterrados, le hizo creer a Castells que un grupo de hombres «anonimistas y anarquistas»... fraguaban una conspiración para asesinarlo y fugarse... Y cayeron en El Cocodrilo doce hombres en una mañana, en unos minutos, ametrallados por la espalda, mientras trabajaban... Allí cayeron Huertas, Müller Smith, Bravo Suárez... Casi todos los que lo habían denunciado; casi todos los que eran temibles, sobre todo Huertas, que estaba al cumplir su condena y había prometido, pública y altaneramente, hacer la denuncia de los crímenes del Presidio...

Hay, allá en la Isla, otra historia que todo el mundo conoce. También a ella me referiré en otro capítulo, pero conviene dar aquí una síntesis.

Por matar a un hombre fueron a Presidio Antonio y Domingo Bescala. Eran dos sirios, vecinos de Punta Brava, y mercaderes con algún dinero reunido. Por el dinero se les aproximó Goyito y ellos a él por miedo... Hay quien dice que hasta \$4 000.00 llegó a deberles...

Los sirios se volvieron tuberculosos en el Presidio y hubo que mandarlos para el sanatorio... Desde allí, habituados ya al medio, se atrevieron a reclamarle a Goyito la libertad que les había ofrecido o el dinero que a cuenta de ella le habían dado... Se pusieron impertinentes... Y Goyito ¡le salvó otra vez la vida al Capitán!... Hizo que bajo los petates les metieran unos cuchillos y luego fue a donde Castells a decirle que «aquella gente no le merecía confianza... que la notaba muy recelosa... que había que vigilar»... Efectivamente, se ordenó el registro y aparecieron los puñales... De regreso del viaje al Juzgado —pantomima legal de rigor— junto con otro infeliz —Juan Sánchez Armenteros— fueron asesinados a balazos, frente a la Loma del Polaco, el 19 de abril de 1930... ¡Y ya no hubo quien reclamara más dinero ni libertad!... ¡Y el Capitán, de paso, cada día más agradecido a su «hermano Goyito»!...

Una vez, Cheché Romero, que siempre mereció la consideración de los presos políticos y comunes, me hizo el siguiente relato relacionado con Goyito, que revela su enorme

predominio en el Penal. Este, en unión de Sergio y Romero —los matarifes de El Príncipe—, se le acercó y le dijo, palmeándole las anchas espaldas:

—Estás fuerte, ahí... Mira... necesitamos un hombre fuerte... Pero un hombre que lo sea de verdad... ¡Y yo he pensado que ese eres tú!...

—Bueno, ¡muchas gracias! —le respondió Cheché.

—Te vamos a nombrar mayor de las celdas, porque yo necesito un «hombre» allí... ¡Y cuando haya que estrangular a un hombre tú lo estrangulas!...

—¡No!... ¡Eso yo no lo puedo hacer!...

—¡Entonces usted no es ni un hombre siquiera!...

—¡Y con ese desprecio me viró la espalda y se fue! ¡Me mandaron enseguida para Isla de Pinos y aquí, cuando vino el capitán Castells, me agarró por el pescuezo y me zaran-deó, diciéndome que anduviera con cuidado!... Era que el otro ya le había preparado el terreno en contra mía... Y la cosa se me puso a tal punto que me salvé gracias a que yo soy muy inteligente. Una vez mandaron un tipo ahí... A uno que yo sé que era maricón, a que me provocara para luego matarme... y vino y me arrebató de las manos ni sé qué cosa y me dijo:

—Te lo quito por mis cojones, porque tú eres un maricón...

—Yo me di cuenta y le dije: «Está bien... Yo no sé pelear aquí...» Y me salvé gracias al capitán Angulo, que me vio en la granja y me recomendó, y así pude escapar, porque esa gente siempre preguntaba por mí...

Mas no hubiera sido Goyito como fue, de perfecto, en el Presidio, ni hubiera alcanzado el prestigio que llegó a tener con sus jefes, si no hubiera dado, también, muestras de lo que era capaz de hacer, personalmente, con sus manos...

Todo El Príncipe conoce la historia de Malleró... Este muchacho cometió una falta, en los comienzos del «gobierno» del teniente Ambrosio Díaz Galup. Llevado a juicio, fue condenado a las celdas. Irritado por el castigo y consciente de que no era Díaz Galup el hombre indicado para domarlo, respondió a la sentencia insultándolo: gritándole que era un

afeminado, e intentando, según cuentan, hasta tirarle una escupidera... El Teniente le dobló la pena, y lo mandó a conducir inmediatamente a la celda de pan y agua. Le pareció que este castigo era bastante.

Pero, para desgracia de Mallerero, allí había estado presente Goyito, quien, dirigiéndose a Díaz Galup —desde entonces en sus manos—, le afirmó que «aquello no era manera de tratar a un preso; que a los presos no se les podía dar libertades; que se le iban a encaramar encima, y que si no hacía un escarmiento duro, tendría que abandonar el cargo»... ¡Y él se encargó de hacer el escarmiento!...

¡Yo conseguí un testigo presencial del «escarmiento»!... Se llama Severo Insúa Iglesias y es un joven que, «para escapar» tuvo que «arriarle la mujer a Sergio»... (Sergio, fue un mayor de extraordinario valimento en El Príncipe. Él fue el primero que lanzó a los presos comunes, una madrugada, contra nuestra galera, para tirarnos violentamente de las camas, por negarnos a cumplir la estúpida disciplina que trataban de imponernos. No debemos olvidarlo. Su nombre, además, está ligado al de Romero, Miguel Ángel y otros asesinos de las celdas del Castillo del Príncipe.)

Insúa estaba ya en las celdas cuando llevaron a empujones a Mallerero, al que metieron, según recuerda, en la No. 18, en donde lo desnudaron, llevándose sus ropas el asesino sargento Romero...

Por la noche... de madrugada, Insúa sintió llegar hasta la puerta de las celdas a Goyito, acompañado de Romero... «Goyito quitó con mucho disimulo el candado... Abrió despacio la reja... ¡Lo miró así... desde arriba... Y se le tiró al cuello... Y lo estranguló... Sin que pudiera gritar siquiera... Sólo se sentían los bandazos del cuerpo contra la pared!... ¡Pero que va!... Aquel hombre tenía una fuerza salvaje... ¡Yo temblaba debajo de la sábana, con un miedo que no podía evitar... Y eso que pensaba que si me veían temblar, iban a sospechar de mí... Y también me podían matar entonces!...

»A la mañana siguiente, cuando el oficial de “recuento” hizo el recorrido de las celdas, dio un grito de sorpresa y

espanto... Mallero “se había suicidado” con un pantalón que tenía su número... aunque todo el mundo sabía que Romero guardaba en su celda la ropa de los castigados, que siempre dormían desnudos»...

Este fue el escarmiento de Goyito... Y después Díaz Galup, ya en la pendiente, se ocupó de despachar a Cosita... el Hombre Mosca... al Chino Wong...

Pero Goyito dio en El Príncipe pruebas más rotundas de su ferocidad... No siempre recurrió a la medrosa sombra de la madrugada para abalanzarse sobre un hombre. El episodio que ahora voy a relatar sucedió a plena luz del día y nos lo contó a los presos políticos Carlos Montenegro.

Por el narrador y por la brutalidad de la escena, este hecho fue uno de los que más hondamente nos impresionó de todos cuantos escuchamos sobre las hazañas de Goyito Santiesteban.

Fue una pelea entre dos presidiarios, en la cual, uno de ellos, después de matar al otro, se quiso suicidar... Y, aunque quedó mal herido, no lo pudo conseguir, por lo que fue llevado, sangrante, a la sala de operaciones del Castillo.

Parece que el matador era enemigo de Goyito... Este subió a la enfermería, y, agarrando al herido con sus hercúleos brazos velludos, lo levantó de la mesa de operaciones... Y lo aplastó contra el suelo, pateando luego, rabiosamente, al agonizante...

Este fue Goyito Santiesteban, el hombre que más odios ha inspirado en Presidio. Más... muchísimos más que Castells, porque ha habido más de un preso que me ha dicho:

—No crea... El Capitán no era malo... Era recto... ¡Pero Goyito lo perdió!...

Este fue el «Recluso Modelo», que «organizó» el Presidio; que creó escuelas; que dejó imitadores; que inventó nuevas modalidades del crimen... ¡Nadie más grande que él!...

¡Figura extraordinaria, llena de salvajes pasiones, de potentes facultades para el vicio, frente a la de su antípoda

ejemplar, Alberto de Huerta y Romero, sería el triunfo supremo de cualquiera que, siguiendo el camino de Shakespeare, supiera trasladarla al teatro en todo su bárbaro esplendor!...

Este fue el «Recluso Modelo» del «Antro Modelo», para quien, un representante machadista, Manuel Ramírez León, redactó una ley especial, como puede comprobarse por el siguiente párrafo de la carta que le dirigió en 3 de mayo de 1933.

Querido Goyito: Te mando estos proyectos de la ley para que veas si estás comprendido en ellas... Si no lo estás dímelo para introducir las modificaciones que resulten necesarias.

Este fue, por último, el hombre a quien el capitán Castells, conmovido, llamaba «mi hermano Goyito»...

Capítulo XXI

Panchito el médico

En Isla de Pinos, por las madrugadas, antes de que las cuadrillas fuesen distribuidas, los que se sentían tan mal o eran tan audaces que osaban pedir «fila de médico», tenían que pasar, uno por uno, ante el capitán Castells, que era quien, enfundado en su indumentaria de expedicionario al África, bajo su quepis colonial, el 45 ceñido al muslo por una correa y los grandes guantes puestos, determinaba, valiéndose de sus conocimientos psicológicos, si un preso estaba realmente enfermo o si sólo pretendía ir al hospital para descansar unos cuantos días... A su lado, según cuentan los presos viejos, solía colocarse La Condesa Novoa, un célebre afeminado, que de vez en cuando le suministraba informes sobre los hombres...

Castells, cuando lo creía conveniente, con los guantes de cuero puestos, le tomaba el pulso al que solicitaba hospitalización... Allí una vez, le dio a un recluso, contestación tan extraordinaria, que lo dejó perplejo. Cuando el infeliz le dijo que se sentía enfermo, con rapidez, irónico, le dijo: «¡Y usted es médico para saber si está enfermo!»... Allí fue también, donde un día le dijo a Oramas, cuando ya este estaba al borde de la locura: «No puedes ir al médico... Salta el cordón si quieres... para que te maten!»... ¡Y al día siguiente Oramas lo saltó, y yo vi, desde una ventana, cómo lo mataban a balazos!

Con este preludeo no parecerá extraño que el médico del Penal no pasara de ser una figura decorativa... Sangrientamente decorativa, por supuesto, ya que de los 532 muertos comprobados por los expedientes del Presidio, 27 corresponden a «suicidios», 120 a «fugas» y ¡383! «murieron» en el hospital!...

Además, el médico en un penal, no es más que una fórmula, y su presencia sólo se justifica por la necesidad de que alguien con capacidad legal certifique las muertes... Aparte de que si se enferma el señor Jefe, este necesita de alguien que lo atienda mientras llega el especialista...

Y parece increíble —aunque yo lo podría demostrar con documentos y con testigos—, pero el doctor Francisco Santiesteban, a quien correspondió la inmensa mayoría de la certificación de todas estas «muertes por enfermedad», ni tenía personalidad, ni era, en último extremo, lo que usualmente suele considerarse como un verdadero criminal.

En el fondo, no era más que un infeliz.

Debo confesar algo en relación con su persona. Nosotros tuvimos poco trato con él, por dos razones: porque no mostraba simpatías de ninguna clase por nosotros, y porque, en reciprocidad, en lo absoluto se la mostrábamos a él. Éramos como perros de distintas casas a quienes obligaban a comer en el mismo plato... Cada uno, a su manera, enseñaba los dientes...

Quizás a esto se deba el que lo subestimáramos como médico, hasta tal punto que un ex compañero que ya murió, cuando se sentía enfermo decía: «¡Búsqüeme a la bestia!»... Otro, cuando se daba cuenta de que había entrado en nuestro pabellón, salía olisqueando el aire y gritando, casi, con cómicos gestos decía: «¡Qué peste a pesebre siento!»...

No hay duda de que se le tenía al hermano de Goyito una cordial antipatía... Mas había una razón para ello. Lo cierto es que en lo absoluto se ocupaba de nosotros. Y lo que es peor, cuando lo hacía, se comportaba muy mal. Y no sólo de nosotros, sino de todo el Presidio, en lo cual hay que reconocer que no toda la culpa era suya; ni siquiera la mayor, pues lo cierto es que el presupuesto que para su departamento existía era exiguo, ridículo, criminal...

De todo ello nos pudimos percatar, cuando Cotubanama Enrique Henríquez inició entre nosotros un período de profilaxis, que comenzó con una serie de conferencias, a las que

luego dio descomunal remate el cabo Utrilla, con su «curso sobre el uso de la cubalú»...

Fue en esa época en que nos vinimos a dar cuenta de que estábamos vivos por un milagro: por el milagro del sol de Isla de Pinos, verdadero manantial de salud, poderoso insecticida y antiparasitario, y tan importante vitamínico como el tomate y el limón.

Pero Cotubanama Enrique Henríquez, con su título prestigiado por las prácticas del Hospital de San Luis, en París, se propuso acabar con la sarna que nos invadía, a pesar de los pisos monolíticos y las paredes enyesadas, y aislarnos de los contactos venéreos y sífilíticos a que estábamos expuestos por la promiscuidad de la prisión... Entonces, repito, fue que pudimos cabalmente percatarnos de la técnica rudimentaria y casi selvática que se empleaba en Presidio para sustituir las doctrinas de Pasteur... Y nos dimos cuenta de que los enfermeros que ponían las inyecciones en lo absoluto se ceñían a la más elemental regla de asepsia; de que el Penal no disponía de las suficientes inyecciones de neosalvarsán, no sólo para atender a los presos políticos, sino tampoco a los presos comunes, entre los cuales el porcentaje de sífilis era altísimo; de que todo estaba en una desatención culpable, justificada apenas por la escasez del presupuesto consignado, y cubierta para el «público de visita» con el aspecto reluciente de los pisos y las sábanas limpias que se ponían a toque de corneta, media hora antes de pasar los visitantes, para quitarlas tan pronto se iban...

En la antipatía que nos manifestaba Panchito, hay que reconocerle una virtud; por lo menos no era hipócrita con nosotros. Y yo pienso si la antipatía, aparte de la raíz machadista, no fue acrecentada en ocasión de aquel ataque de apendicitis que sufrió Muñoz, el compañero de Benito Fernández, y al que él quiso operar.

Aquella vez, la gente que rodeaba la cama del compañero enfermo había manifestado demasiado sinceramente su asombro de que él pudiera hacer operaciones, y el médico se sintió herido en su vanidad profesional.

—¡Aquí hay un cirujano! —dijo, con el gesto optimista y crédulo con que tantos se han dicho muchas veces, dándose golpecitos de satisfacción en la cabeza: «¡Aquí hay algo!»... Pero cuando él se fue, Benito le dijo al enfermo:

—¡Muchacho... antes de que ese te meta cuchilla, te opero yo con escofina!... ¡Y Muñoz se curó!...

Conmigo, Panchito fue siempre todo lo amable que él podía ser. Por lo demás, mi salud fue siempre un verdadero insulto a la memoria de Galeno, pues nunca tuve ni un miserable constipado. Sólo cuando se inició una epidemia de beriberi que afectó a varios, comencé a sentir un cosquilleo sospechoso, como de hormigas, por las piernas, y una tendencia a hinchárseme los pies, y le expuse el cuadro que afectaba a varios, entre ellos al Viejo Pradas. Él, después que lo mandamos a buscar varias veces, vino un día y nos dio en el patio una conferencia sobre «las defensas caídas» y acabó por atribuirle la avitaminosis al agua. Cuando se fue, nosotros se la atribuimos al arroz. No sé si tendríamos razón, pero a los tres días de no comerlo, todos jugábamos en el patio al *volleyball*, a grito pelado...

Como todo hombre de proporciones pequeñas que se ve obligado a desenvolver su vida en un medio de contornos extraordinarios, de ámbito superior a sus pobres fuerzas, la figura de Panchito Santiesteban, en Presidio, era una figura patética... En el bárbaro y grandioso escenario del Presidio Modelo, los hombres necesitaban adquirir magnitud, tamaño; necesitaban ser fundidos en los moldes de Rodin, Bourdelle, o Miguel Ángel... Necesitaban ser monstruos terribles como Goyito, Domingo el Isleño, Oropesa, Badell, Manes... o gigantes despreciativos, altaneros y soberbios como Huertas y William Müller u hombres de valor irritado, como Chucho Ortega y el Montañés... El que no alcanzaba la talla heroica, en uno u otro sentido, era indigno del escenario... era nada más que un muñeco en él... daba la impresión ridícula de los actores cuando trabajan en uno de esos

inmensos teatros modernos, que no parecen, desde los remotos asientos, más que unos jugueticos dotados de cuerda... Y Panchito Santiesteban no era otra cosa en el Presidio Modelo que un muñeco, un juguete con cuerda que se movía al compás de todo el siniestro engranaje preparado por su hermano y por Castells y ante el cual era incapaz de rebelarse más que en la intimidad, y eso, en los momentos de mayor angustia y desaliento...

Gabriel Sánchez, un acomodado vecino de Nueva Gerona, la pequeña ciudad vecina del Presidio, me ha contado cómo más de una vez a Panchito Santiesteban, atormentado, horrorizado por tanto espanto, por tal torbellino de crímenes como al que era arrastrado, sin remedio, llorando le ha dicho: «¡No puedo!... ¡No puedo más!»... Y, como hombre pequeño, cobarde, con esa fuerza paradójicamente increíble que muchas veces el miedo, siempre pudo más... ¡hasta el fin!...

Y que, para su mayor desgracia y remordimiento, tuvo la intuición clara y precisa, del tormento por el que iba a pasar. En una carta que le dirige a Goyito, desde Manzanillo, que revela un temperamento afectuoso, familiar, aparecen párrafos que expresan, por un lado un ánimo laborioso, y por otro, un miedo casi infantil al Presidio:

Con respecto a lo que me dices de médico de ese penal, francamente, no me agrada, hno. mío. Prefiero 100 pesos en la Habana y no 150 allá. Será capricho? No, es que le tengo horror a todo lo del presidio. Si he esperado siete meses, espero 15 o un mes más. Lo prefiero a lo de allá, hno. mío. Dime, la verdad. Tú no crees en la Habana pueda conseguirme algo?

Contéstame sobre esto y después que lo hayas consultado con el Capitán. Como comprenderás, estoy desesperado por trabajar, pues me hace falta.

Bueno mi hno. hasta pronto y que tengamos un poco de suerte.

Abrazos al Capitán y a nuestros buenos amigos de esa y para ti uno muy fuerte de tu hno. que mucho te quiere y no te olvida un momento. Pancho.

En estos párrafos, tan expresivos, están reflejados los presentimientos, la debilidad de un hombre que quiere mucho a su hermano, que está dominado por la superioridad de este... y que será incapaz de rebelarse contra lo que le ordenen Castells y Goyito... ¿Cómo sería su primer choque con la realidad? ¿Cuál sería su actitud ante el primer cadáver de un hombre estrangulado o apuñalado, cuya muerte tuviera que certificar por «pericarditis» o «mal de Brighth»?... Yo creo adivinar cuál fue su actitud entonces y siempre... ¡La de todo cobarde que se cree entre valientes y pretende, entonces, ser más valiente que ninguno!... ¡Para luego, con seguridad, al sentirse aislado, como todo cobarde también, en vano pretender escapar a los recuerdos; en vano huir a la soledad acusadora!... ¡Y, tener que acudir ante alguien a desahogar la angustia, el pánico interior!... Cuando se piensa en estos hombres así... tan flácidos... tan fluidos... tan desamparados de toda energía viril, siente uno como un compasivo impulso de exclamar: «¡Pobre mujer!»...

A pesar de que el odio del presidiario es puerta abierta que da acceso al enemigo con facilidad, pocas veces oí hablar con rencor del médico... Ellos sabían que, con su firma, él daba el primer paso legal para justificar el crimen de sus compañeros... Sin embargo, no recuerdo haber recogido en los relatos de los presos encono particular hacia él.

Desprecio sí... lástima despectiva... ¡Su hermano captaba todo el odio de los reclusos!... Cuando se referían a Panchito Santiesteban... tenían con frecuencia esos gestos que se hacen cuando uno no quiere darle importancia a alguien, por considerarlo insignificante. Inclusive encontré entre aquellos hombres más de uno que lo justificaba... Decían:

—Figúrate... con Goyito al lado tenía que ser.. ¡Él no tiene voluntad para nada!...

Y si había quien lo disculpaba, había también hasta quien lo elogiaba, quien recurría a él, en espera de su ayuda. Voy a dar unas muestras, en extremo interesantes.

A pesar del servilismo que hay en ellas resultan agradables en estas décimas deliciosamente disparatadas que le dedicó Inocente Lazarta, un negro improvisador:

*Reciba mi buen doctor
este sencillo presente
que son prosas de Inocente
un humilde trovador.
Todo hombre batallador
se elogia, y yo digo así:
«Cientos de operados aquí
que hoy se ven buenos y sanos
bendicen sus diestras manos
que maneja el bisturí.*

*Quien tenga la buena suerte
y lo opere el Doctor Panchito
puede decir segurito
que se le escapó a la muerte.
Hoy todo el penal advierte
los laureles que él conquista
es de oídos especialista
y el mundo entero sostiene
que el Doctor Panchito tiene
los rayos X en la vista.*

*Merece ser elogiado
quien obra de esa manera
siempre está en la cabecera
del hombre más desgraciado.
A todo el que él ha curado
se le oye hablar con primor
con gratitud y mucho amor
dice: estuve desahuciado
seis años en cama postrado
pero me salvó el Doctor.*

*Muchos le desean millones
y Lazarte le desea
que de sus hijos vea
catorce generaciones.*

*Yo no le deseo doblones
pero sí, con mucho agrado
que vea su hijito educado
y de todo eso me alegro.
porque Doctor, este negro,
se honra siendo su criado.*

Pero yo tengo unas cartas, que voy a dar aquí, y que son, ciertamente, emocionantes. Las escribió un hombre que sintió muy de cerca la muerte; toda la angustia atroz de escapar a un balazo que tenía que producirse de todas maneras; se llama Daniel Pérez quien las escribió, y están dirigidas al doctor Francisco Santiesteban, en un intento de obtener protección.

Daniel Pérez es muy joven, pero el terror lo volvió viejo. Es un muchacho inteligente en cuyas cartas se ve el esfuerzo que realiza para ocultar sus preocupaciones con cierta dignidad; que recibe aliento al hacer la súplica. Pone todas sus esperanzas en el médico y se hace persuasivo, sutil, afectuoso y encuentra en su sensibilidad, que debía estar embotada por el pánico, conmovedoras expresiones. La primera carta dice:

Circular 8-2. Sr. Director Médico Francisco Santiesteban. Presente. Apreciable Doctor: Después de mi respetuoso saludo ruego a usted, me perdone la molestia por el rato de atención que invierta en esta.

Doctor, está demás que yo le hable de mi comportamiento en el Hospital durante los cuatro años que estuve prestando servicio hasta el día 3 de Diciembre; día glorioso para usted, porque era el de su santo, pero malo para mí por ser el día que tuve la fatalidad de ser castigado como usted bien lo sabe, pero no por eso me he desanimado para luchar en esta vida transitoria, al contrario, porque el fracaso aprovechado como lección hace al hombre invencible, y este fracaso de escarmiento me sirve, así es que sigo adelante con austera determinación, y la fe puesta en los férreos lazos del destino. Doctor, presiento que su alma generosa, tiene el deseo y la buena intención de ayudarme; y de

acuerdo con eso me he puesto a pensar que yo debería de aprovechar el tiempo en algo que me fuera de utilidad, como por ejemplo aprender un oficio que no está demás, porque el saber no ocupa lugar, y teniendo en cuenta de que el hombre es el arquitecto de su propio destino, podría suceder que yo me viera en el mañana en trances de apuros y un oficio me podría aliviar en algo mi situación económica.

Soy joven y me gusta luchar, porque de la lucha nace el éxito que vence las dificultades, pues sin dificultades no hay éxito, por lo tanto todo lo que se aprenda es bueno.

Acudo a usted, que es el amigo bondadoso y servicial; desearía ir para la barbería si Ud. lo tiene a bien, ese oficio es bastante decente, o sino para otro lado donde yo pueda ser útil al señor Comandante.

Precisamente, en esta misma Circular, hace dos o tres días quedaron dos plazas vacantes de listería, el 2do. y 3ro. piso, si no se consigue lo primero este es bueno.

Dispéñeme lo demasiado extensa que va esta.

Reciba el afecto de su amigo que queda de usted con todo respeto. (f) Daniel Pérez.

Y, para ganar una simpatía que le es necesaria como la misma vida, pone esta postdata, para halagar el orgullo paternal del médico:

Se me olvidaba decirle, que yo fui el que le dijo adiós desde lejos el Domingo. Vi a su niño, que gracioso está y que lindo, que Dios lo guarde, también lo vi y el día de Viernes Santo por la mañana, iba en brazos de su aya.

Sólo quien haya estado en Presidio y en él haya aprendido un poco a conocer los presos, podrá darse cuenta de hasta qué punto es una filigrana, una maravilla de habilidad conmovida, esta manera ejemplar de ir insinuando una petición, una súplica de piedad, para que, por su castigador, no pueda ser tomada por una queja de lo que se le ha impuesto. Al revés; para halagar la vanidad de este, en sus «sabias» medidas, llega a decir «que el fracaso, como lección hace al hombre invencible».

Pero el mismo día, por un impulso secreto, le vuelve a escribir al médico. No le pide esta vez nada, pero, con una intuición maravillosa, adivina que en aquel hombre hogareño, familiar, nada ha de producir tan emocionante efecto, como el recuerdo de la madre ausente. Y le escribe esta bella carta de una encantadora ingenuidad poética, en que no le pide nada:

Apreciable Doctor: Ha sido de mucho gusto para mí hacerle estos renglones a pesar de lo cansado que vine hoy por el trágico de la ruda labor, el objeto que me ha animado a ello es, que mañana es un día grande para nosotros, y para aquellos que tengan la dicha de ponerse la flor roja. Es el día de las madres, palabra dulce para los labios y grata para el corazón. Pues desde que estoy en cautiverio, la prisión no ha sido obstáculo que me impide ponerme esa flor, porque siempre me la he puesto, siento mucho no poder ponérmela este año como el pasado, pero no obstante, como mi pensamiento obra de acuerdo con mi sentimiento, mi mente la llevará prendida en el ala del corazón.

Démosle gracias al supremo ya que nos concede la dicha de llevar la flor roja, símbolo de vida del ser más querido, que no hay contento en este mundo ni mayor felicidad que la que da su bondad y su cariño profundo.

Deseo para mi madre al igual para la de usted, mucha vida y salud, y al señor de las alturas le pido que sus venturas nunca las tronche la muerte.

Reciba mi saludo afectuoso, quedando de Ud. con todo el respeto de su amigo (f) Daniel Pérez.

Si algo Daniel Pérez pedía en esta carta era una flor roja para llevarla el Día de las Madres... ¿Comprendería el médico la sutil petición?...

Mas transcurren dos meses largos y parece que Daniel Pérez nada ha obtenido de su protector, el único que parece tener, porque el 15 de julio le escribe de nuevo, algo más apremiante:

Apreciable Doctor: Antes que nada reciba mi respetuoso saludo pidiéndole al mismo tiempo me perdone la libertad

que me tomo en molestar su ocupada atención, pues sé que usted tiene diversos asuntos de que ocuparse, pero se también que siempre oye la voz del hombre cuando este se lo merece. Usted es el único apoyo que tengo en este Reclusorio, y nadie mejor que usted está capacitado para conocer los sentimientos de una persona, yo no soy malo, usted lo sabe; pero quizás si mi buen jefe me considere por eso, por lo que sucedió el año pasado en el Hospital. Sería muy conveniente que el señor Comandante tuviera antecedentes de mi manera de ser, para que me perdonara el castigo concediéndome el volver a un lugar donde él vea cuan grande es mi lealtad. Estoy en una cuadrilla, que casi se puede decir que después de la Yana, esa es la más fuerte. La mayoría de los castigados van para ella. Doctor, es verdad lo que según dijo un antiguo filósofo, más que otro alguno es interesante el espectáculo de un hombre de bien en lucha con la adversidad. He apreciado en estos meses que el mejor crisol es la desgracia sobrellevada firmemente, porque lo hace a uno reflexionar todo. Ya yo la [he] sobrellevado bastante... Queda confiado en su protección, este su amigo y servidor. (f) Daniel Pérez.

Pero Daniel Pérez se equivocaba: no había sobrellevado bastante su desgracia. ¡Tendría que ir a La Yana; tendría que huírle a la muerte, al soldado, con el pánico con que un venado huye delante de los perros; tendría que ver sus piernas destrozadas, sus uñas sangrantes, todo su cuerpo convertido en un trapo estremecido de terror!... Su «protector», o no se ocupó de él, o, a pesar de ser hermano de Goyito, tenía tan poco predicamento en el Penal que nada pudo obtener para su protegido...

Hubiera sido casi increíble que a lo largo de dos años de vida en Presidio, nosotros no tuviéramos hoy un recuerdo inolvidable de aquel borroso y casi amorfo Panchito Santiesteban.

Una vez, al finalizar casi nuestra prisión, en circunstancias singularmente dolorosas, nos cupo a un corto grupo la

triste suerte de ser poco menos que testigos presenciales de una hazaña digna de una araña peluda... Fue en los días en que murieron asesinados los dos hermanos de Ramiro Valdés Daussá, nuestro compañero. Castells, con un gesto que hay que reconocerle y agradecerle, permitió que los mejores amigos de Ramiro lo acompañáramos en el otro pabellón, mientras tanto acostumbraba su mente al brutal impacto emotivo. Por esa razón, José Antonio Inclán y yo, y algunas veces Alberto Saumell, de la izquierda, y Roberto Lago, Manuel A. Varona, Maco Cancio, José Antonio Rubio Padilla, Julio César Fernández, Segundo Curti, y algunos más de la derecha, pudimos hablar con él, con bastante frecuencia. Rubio Inclán y yo, dormimos varias ocasiones en su propia Sala, la postoperatoria, y de ese modo resultaba más fácil distraerle las horas de desesperación y valerosamente contenidas que siguieron a la catástrofe de la noticia. Allí vimos también al doctor Irisarri, a Cuchi Escalona, al Incógnito, a Raúl Ruiz, Ismael Seijas, Santí, Linares y otros compañeros de las circulares, por los que nos enteramos de que afuera «había habido un buen mes, pues sólo habían muerto unos diez o doce»....

Un día, cuando estábamos sentados en la cama, hablando con Ramiro, José Antonio Inclán, Rubio Padilla y yo, se apareció un hombre, un preso, que era conducido por empleados del hospital y por un soldado; venía muy pálido y de la mano, en la que se mostraba una herida grande, le manaba la sangre... Partidos por un machetazo, le colgaban los dedos... Él mismo se lo había dado «para no seguir trabajando», según decían...

Lo pasaron inmediatamente a la sala de operaciones, que nos quedaba al lado, y qué sé por cuáles razones no se nos ocurrió entrar para ver la operación. Ya sabíamos que Panchito Santiesteban tenía cierta pericia y facilidad con el bisturí. La cirugía era su fuerte.

Cuando salió el médico, seguido de Luis María, el mayor, le preguntamos y nos respondió con la mayor naturalidad:

—No tiene importancia... perderá tres dedos... pero no hay novedad... queda bien...

Rubio Padilla se quedó entonces con Ramiro y nosotros nos fuimos para nuestro pabellón.

Al día siguiente me dijo Ramiro:

—¿Te acuerdas del hombre del machetazo?... ¿No te extrañó que no lo sacaran después de operado para la sala? Bueno, pues cuando yo me quedé con Rubio sí me extrañó; le pregunté a Luis María y me dijo que lo habían llevado para otra sala... Pero ya yo estaba en sospechas, y, en cuanto se fue Luis María, Rubio y yo hicimos un recorrido por todo el pabellón y en ningún lugar lo encontramos. ¡Lo mataron!... ¡Lo mataron en la mesa de operaciones, a un paso, al lado de nosotros, sin que nosotros lo supiéramos ni pudiéramos hacer nada por el infeliz!... ¡Por eso Piné tuvo ayer todo el día la cara tan seria!...

Piné, el enfermero, sin embargo, me ha jurado que aquel hombre murió de repente, en la mesa de operaciones. Pero, aun admitiendo esto —y Piné tenía la mejor fama entre los presos— ¿por qué entonces esa mentira tan natural; esa desfachatez con que se falseaba la realidad de lo ocurrido?... Cuando le hice esta pregunta al enfermero, me contestó con un gesto expresivo que todo lo explicaba, y se sonrió con ironía... Piné sabía perfectamente por qué se nos ocultó entonces la verdad. Se nos ocultó porque no la hubiéramos creído. Ellos sabían, tenían encima la conciencia de tantos crímenes que estaban seguros de que los hubiéramos acusado de asesinato. Para evitar el escándalo, mintieron... La verdad les estaba prohibida, a fuerza de mentir.

Pero Rubio Padilla, casi médico ya, duda aún de que la versión de Piné sea cierta, aunque este sea sincero. Para él, entre Luis María y Panchito Santiesteban, mataron al infeliz Jesús Peñalver Oliva, el 16 392, el 29 de abril de 1933, probablemente, inyectándole aire en las venas o utilizando un ampolla envenenada como tantas otras veces hicieron...

Capítulo XXII

Los ayudantes

No hay verdugo sin «ayudantes». El capitán Castells también los tuvo...

Américo

El «ayudante» por antonomasia se llamó Américo López, y era un hombre sólido, de buena estatura, maxilar potente, manos toscas, figura, en general ruda, recia y una cara grande, distinta, y, sin embargo, siempre me pareció inexpresiva.

Por su participación en un hecho insólito en los crímenes del Presidio, Américo López se ganó un lugar entre los grandes asesinos de Isla de Pinos. ¡También él pertenece a la leyenda!...

Américo López fue, según las acusaciones, el hombre que quemó, con el auxilio de Eulogio Galdeano y José Cusidor, los cadáveres de Alberto de Huerta Romero, Carlos Estrada Cabrera y José Bravo Suárez... asesinados, en unión de nueve compañeros más, en el zanjón de El Cocodrilo, el 18 de agosto de 1928. La cremación se llevó a efecto, según unos, en el potrero de Marielina y, según otros, en el horno de cal... No importa; oficialmente los tres reclusos no murieron, sino que lograron escapar...

Pero Américo López no se contentó con tomar parte en esta hazaña. También fue, como se verá más adelante, el encargado de hacer desaparecer las huellas de la masacre de El Guanabaco, cuando «la fuga» de Arroyito y sus compañeros.

Asimismo, en el caso de Quijada, el hombre que según Cheché Romero, «ni Jesucristo sufrió tanto»... y en todos aquellos otros ocurridos en las celdas, Américo puso su colaboración, por lo menos para que el muerto fuera bajado

con rapidez y el cívico juez Vignier comprobara el «suicidio de rigor»...

Pero yo tengo todavía un relato lleno de interés, porque demuestra la hermandad del crimen que establecieron en Isla de Pinos los mismos que escogió Castells para «limpiar la sociedad de criminales». Véase cómo operaba «la banda» en que figuraba Américo López. El relato lo transcribo literalmente, tal como me lo contó Coronita, protagonista del hecho:

—Américo López se enamoró de mi mujer, que vino desde Santiago de Cuba a Nueva Gerona a colocarse para estar más cerca de mí, y, al no *dársele*, la cogió conmigo y me hizo un *tejido*... Por una carta que le escribí a un compañero que no sabía hacerlo, fui al Cocodrilo y, luego por indicaciones de Oropesa, le recorté las mangas a la camiseta y, enseguida, en una requisa que él y Manes hicieron, me la cogieron. Por la falta, el Comandante me echo 90 días de «Yana», 9 días a agua sola y de ahí, directo para La Yana...

Cuando me llevaban, Américo le dijo al cabo:

—A este hombre conviene desaparecerlo...

—Yo llevaba nueve días sin comer y sentía una debilidad que se me nublaban los ojos, ¡e iba a hacer el trabajo más duro del Presidio!...

Me acordé de mi mujer y de mi hijita y me le arrodillé al cabo suplicándole que no me matara. Pero éste me dijo:

—La orden es la orden... Lo único que puedo hacer es que mientras estés aquí y cumplas y no te desmayes, respetarte la vida...

—¡Yo no sé cómo pude aguantar el día!... Pero al que se desmayaba en el trabajo, casi siempre lo mataban a tiros o lo dejaban ahogarse en el fango... Me salvé no sé ni cómo. Dicen que porque mi mujer estaba viviendo en la Isla, y que Castells, a no ser a Raimundo, no se atrevió a matar a nadie que viviera en Gerona... ¡Ay, y se me olvidaba decirle que otro castigo que me pusieron fue el de no recibir más nunca ni carta ni visita!... ¡Así Américo esperaba rendir a mi mujer!...

Parece que basta el relato para conocer la silueta.

Dos tenientes

Dos tenientes del ejército de entonces ganaron renombre entre los presidiarios: Máximo Gómez Jorge y el teniente Pino, jefe del Puesto de Nueva Gerona.

No hay proporción entre la fama adquirida por ambos. Del teniente Máximo Gómez Jorge los presos guardan negros recuerdos... Era un hombre de aspecto desagradable, mirada borrosa y una absoluta sequedad de corazón. Tomaba parte en las persecuciones y era quien, según los castigados, llevaba a los soldados de La Yana los retratos de los presos que debían «fugarse» en el día...

Son muchos los que lo acusan y no hay nadie que lo defienda. Jamás oí hablar bien de él. Oí hablar bien de los mayores de la Comisión, de los capataces de cuadrillas, de los listeros; de los jefes de piso; de Castells; ¡de Goyito!... ¡y hasta de muchos soldados algunas veces oí hablar bien!... Pero nunca nadie pronunció delante de mí un elogio del teniente Máximo Gómez Jorge... A nuestra llegada a Isla de Pinos, él fue quien, al mando de una escolta de forajidos, nos condujo desde el muelle de El Columpo al Penal. Y ese fue todo el contacto que con él tuvimos y por eso, y por ser una figura secundaria en el antro, en el que no pasó de ser un excelente cumplidor de cualquier orden, pero sin inspiración propia, no llegó a adquirir relieves dignos de mayor espacio. Sin embargo, el que quiera conocer un rasgo característico de la falta total de piedad humana en este oficial, que imitaba a su jefe hasta en la indumentaria, que lea el relato «Una fuga», en otra parte de este libro.

En cuanto al teniente Pino, jefe del Puesto Militar de Nueva Gerona, era un viejo militar, hasta simpático incluso, hábil, cordial y amable, que nos tuvo bajo su custodia un mes, en la Cárcel de Nueva Gerona, al lado del Cuartel.

En aquella oportunidad, con cerca de sesenta presos, llegados de golpe y porrazo, la vieja cárcel pueblerina, que no estaba preparada para eso, vio alterada toda su administración. El teniente Pino, supervisor, tuvo que recurrir a noso-

tros mismos para que lo ayudáramos a despachar todo el trabajo. Primero utilizó a Ramiro Valdés Daussá, hijo de un masón como él. Luego Ramiro me llevó a mí y yo a Raúl Ruiz. Con nosotros era en extremo complaciente y de aquella época ninguna queja le guardamos.

En cuanto a su actuación en los sangrientos sucesos del Presidio Modelo, según parece, nunca tomó parte personalmente en los mismos. Sin embargo, hablando un día con él nos confesó, como cosa natural, que las tropas a su mando habían dado muerte a más de cuarenta prófugos...

En la manera de exponer el hecho se mostraba el individuo creado en la escuela que dio su técnica a aquel período bárbaro: un presidiario no era un hombre; por lo tanto, no era un homicidio matar a un prófugo del Presidio. Además, Pino nos alegó otras razones: los fugados robaban, asaltaban, llegado el caso, mataban (nunca se supo de prófugo alguno que diera muerte a nadie en Isla de Pinos) y resultaba necesario ofrecer garantías a la población, sobre todo la del campo, en donde vivían muchos agricultores extranjeros, principalmente americanos y japoneses... En su descripción, además de los contratiempos que experimentaban los soldados destinados a perseguir a los reclusos, y por causa de los cuales —insectos, lluvias, sed, sueño—... llegaban a irritarse y a desear, cuanto antes, el exterminio de los fugados. Pino nos contó stratagemas ingeniosas que en varias ocasiones utilizaron los perseguidos para burlarse de sus perseguidores con éxito: hubo unos presos que, convencidos de que en toda Isla de Pinos no había mejor refugio que el propio Presidio, se las ingeniaron para pasar por las noches el cordón de centinelas y llegar hasta el almacén, en donde saciaban el hambre.. ¡y en donde una noche los mataron como ratones!... Otro hubo que, perseguido de cerca, en las proximidades del mar, se enterró en la arena, totalmente, dejando apenas un imperceptible hoyo para respirar... Y los soldados pasaron varias veces por su lado sin encontrarlo, mientras él sentía sus pasos y sus insultos pasarle por encima...

En este asunto de la muerte de los prófugos, el teniente Pino, aunque no actuara personalmente, tiene la responsabilidad que cabe al jefe; mejor dicho, al subjefe, ya que no había otra cabeza allí que la del capitán Castells. Y las peores acusaciones contra el teniente Pino le vienen de los elogios que a su actuación hace el propio Castells ante las superiores autoridades militares. Así, el 20 de noviembre de 1930, en una comunicación oficial expresa:

Conoce ese Superior Centro el número de fugas que se han puesto en práctica en el mencionado departamento, las que han abortado, precisamente, por la actividad del precitado oficial, y en la última, en que tomaron parte dos reclusos, que tuvo efecto el día 12 del mes en curso, y que fracasó con el resultado de la muerte de uno y la presentación del otro, no se debe a otra cosa que al trabajo perseverante y excelentemente dirigido del Tte. que nos ocupa.

Los servicios del teniente Pino, llegaron a parecerle a Castells «tan excelentes», que pidió para él un premio, y, en el expediente que al efecto se abrió, declaró, entre otras cosas:

Posteriormente a estas evasiones han ocurrido las que se señalan en la relación de los servicios prestados por el Teniente Pino y salvo en el caso del Penado Tomás Rodríguez Mérida, que se fugó en nueve de agosto de 1928 y al que me referiré después, todos ellos, que se hacen ascender a la cifra de *veintitrés*, muchos de los cuales lograron desarmar a los soldados que los custodiaban llevándose sus armas, han sido capturados por las fuerzas al mando del Tte. Pino.

Lo mejor de todo este informe que tanto «favorece» al teniente Pino, es la historia de los presos que desarmaban soldados y luego se iban con los rifles, sin matar a sus feroces opresores, sin duda porque preferían destinar las balas a cazar tomeguines... Y luego resulta que estos prófugos ar-

mados de springfields, que jamás mataron a nadie, ni siquiera para comer... eran los mismos monstruos temibles a los que había que cazar a tiros, como jabalíes, porque eran capaces de exterminar toda la población de la Isla...

La Comisión

La Comisión de Mayores fue la jauría del capitán Castells. A su parte de señor feudal, de «horca y cuchillo», sólo faltaba este adorno... Tenía vasallos fieles, «caballeros» tributarios, escuderos, heraldos y hasta bufones... Sólo le hacían falta los perros. Y los tuvo de todas las razas: bestiales bulldogs como Domingo el Isleño, que mató en la calle de una trompada; que de una trompada, furioso, le fracturó las costillas a un buey; que a trompadas imponía «la disciplina» entre los locos y que estrangulaba el cuello de un hombre con la facilidad con que una lavandera exprime un paño para ponerlo a secar... En Oropesa y Cabodevilla tuvo sus bulterriers feroces, que no sabían soltar una presa sino bajo sus órdenes...

Goyito Santiesteban, fuera del grupo, ejemplar único, fue su gran danés... ¡Fue más, fue su enorme moloso legendario!... ¡Y Santiago Badell no pudo pasar de lobo devastador de rebaños indefensos!... Otros muchos de «pedigree» dudoso, pretendieron alcanzar los honores de recibir los mendrugos del favorito... Y a veces lo consiguieron porque el dueño no era muy rígido en la selección de sus perros: le bastaba con que mordieran fieramente... ¡Aunque sólo supieron hacerlo por la espalda!... ¡Y así, en su jauría, hubo lebreles, podencos, galgos, dálmatas, terriers, dingos, pero mezclados de falsos pedigrees... satos!... Muchos perros de estos tuvo Castells, disfrazados de perros legítimos, que se hubieran dado siempre a la fuga de no encontrarse en pandilla y en presencia del amo... Nunca se atrevieron a penetrar solos en una celda a matar a un hombre... Todavía se recuerdan los gestos y los insultos de Miguel Avich, «un moro que era más guapo que Maceo»... de El Montañés y

de Chicho Ortega, el viejo veterano, que, después de varios días de ayuno, al verlos aproximarse medrosamente a su celda, se puso en pie, magnífico, y los retó a que pasaran «de a dos como a los zapatos»... y no se atrevieron a entrar sino en crías... ¡como las gallinas!... Esta fue la Comisión, efficacísima colaboradora del capitán Castells en la «regeneración del Presidio»; encargada de «administrar justicia»; de «ordenar los suicidios»; de «evitar los robos» (¡mientras ellos se robaban hasta la comida de los tuberculosos!) y de «perseguir la sodomía»... de manera que nadie sino ellos pudieran disfrutar del monstruoso placer de controlar los corrompidos sexuales o los que, sin serlo, tuvieron que pasar por el tormento de perder su entereza viril, o, de lo contrario, «lanzarse» del sexto piso para morir estrellados contra el patio de las «circulares»...

¡Y la mayoría de estos hombres, de estos regeneradores de la sociedad, no fueron, como le recordó El Montañés a Santiago Badell, desafiando con ello a la muerte, más que matadores de mujeres en la calle!... Allá, en el Presidio Modelo, alentados por la mirada del amo, se atrevieron a matar hombres, aunque para ello tuvieran que ir en jauría...

¡Por eso sólo procede recordarles como perros satos del crimen!... Y se deben mencionar sus nombres, por lo menos los de los más conocidos: Manes, Durán, Valeira, Alejandro Verano, Gabino Morejón, Aurelio Laborde, Rafael Galano, Gonzalo Acosta, Oscar Vergara, José Morales Pérez, Rafael Garcell, Francisco Medina y Walfrido Ramos Elba... ¡Son nombres que hay que aprenderse, aunque la lista sea un poco larga, porque la de sus víctimas sería mucho más difícil recordarla!...

Los capataces

Pero aún hubo en Presidio tipos más ruines, más miserables, abyectos que estos hombres: hubo los capataces de cuadrilla, con los cuales sólo pudieron rivalizar en vileza los chivatones, a cuya categoría muchas veces pertenecieron...

¡Ellos fueron los que —como dicen los presos— «azuaban a los soldados para que mataran a los castigados»!... Ellos y sus ayudantes, fueron en realidad los máximos monstruos de El Cocodrilo, La Yana, La Piedra, la Zona Cuatro en los talleres y la granja... Enrique el Vizco (el mismo que atacó en El Príncipe a los presos políticos), Jorrín, Pérez Cubas, Acebedo el Policía, Ramón Bouza Rojas, Antonio Ferrer, Faya, Evelio Quintero, Pérez Sevilla, Antolín Echevarría... Estos son los nombres de algunos de los que más siniestra fama alcanzaron, de los que más odio fueron acumulando en el corazón de los forzados, compañeros suyos... El haitiano Clark —uno que se había olvidado en la lista— ascendido por «sus méritos» en las cuadrillas, de puro bruto se puso a alardear en la cocina de sus hazañas, comprometiendo secretos de la «técnica regeneradora» del Capitán y fue preciso que muriera de estomatorragia, el 14 de septiembre de 1932...

Antonio Ferrer Faya, también capataz en La Yana, como que había llegado a ser demasiado «imprescindible» en sus servicios, hubo necesidad de que se suicidara, ahorcándose en una de las celdas del 6to. piso de la circular No. 1 el 12 de septiembre de 1932... Como Clark, era un poco hablador, e iba a salir en libertad el 27 de diciembre...

Pérez Cubas, famoso entre los famosos, por su crueldad, a poco corre la misma suerte por arriesgarse a insinuarle al soldado Alberto Baños Ramírez que matara a La Matancera —un pobre invertido—, que decía que él se robaba los mangos... El soldado mató, pero los tiempos eran ya malos, porque Rubén León había pedido la investigación de los crímenes de Isla de Pinos... Castells lo llamó a su presencia y le dijo: «¡Gracias, Pérez Cubas, muchas gracias!» Y a las celdas fue a dar, a sufrir todos los terrores que había hecho pasar a tantos de sus compañeros... ¡Pero se salvó al producirse la prisión de Castells, y luego la «revolución» lo puso en libertad!...

Capítulo XXIII

La Fiebre Amarilla

Nunca oí llamar a los presidiarios la Fiebre Amarilla a los soldados. Fue precisamente a uno de estos a quien escuché atribuirle tal nombre a sus compañeros. Y me parece que ningún nombre mejor que ese. Porque efectivamente, el soldado fue la Fiebre Amarilla para los forzados de Isla de Pinos.

Una serie de razones explican su actitud. Por lo pronto, la Compañía Provisional, que era la encargada de cuidar el Penal, estaba integrada por los soldados más indisciplinados de Cuba, ya que a ella, por lo general, sólo iban aquellos miembros del Ejército a quienes se les daba tal residencia antes de recurrir al castigo de expulsión deshonrosa. Ya en la Isla, la gran soledad, la falta de mujeres, la lentitud desesperante de la marcha de los días, el rigor de la vida que hacían, comparable en muchos casos con la de los mismos presidiarios, ya que tenían que soportar las lluvias, las plagas de mosquitos, las marchas por los fangales podridos y el rigor de una disciplina, a la que por temperamento habían demostrado no avenirse, los irritaba en grado máximo, y el soldado, abusador por profesión, devenía muchas veces en criminal. Lo mismo que el preso, el soldado degeneraba en Isla de Pinos. Debo decir, sin embargo, que hubo entre ellos quien alcanzó sobrenombre trágico. Hubo quien, a partir de su estancia en la Isla, no se llamó en lo adelante sino Maceo, Matasiete, Carabela, Veneno, El Mensajero de la Muerte... Y hubo quien, como sucede siempre en la vida, cargó con una fama que no mereció, pues es aceptado por todos en Presidio —soldados y presos—, que en más de una ocasión, para distribuir «equitativamente los fugados», la muerte de

estos se atribuyó a soldados que jamás hicieron la custodia de los presos... Si, por ejemplo, se le asegura a un preso, que Pablo de la Guardia, según las estadísticas oficiales, sólo mató a cuatro hombres, lo probable será que le dé un convulsivo ataque de hilaridad... Ellos, con ligeras excepciones, atribuyen a una serie siempre la misma de nombres, todas las «fugas». Y dicen: «Claudino García, Santiago Méndez, Pablo de la Guardia, José Canals Rodríguez, Manuel Socorro Armas, Rogelio Olivero Rodríguez, Juan Sánchez Herrera y Amadeo Quintero... Esos... Esos cada uno tiene un *ce-menterio chiquito*»...

Pero no quiero reproducir la imagen de los soldados de Isla de Pinos, hecha por los presos. La casualidad me ofreció una vez la oportunidad de oír hablar a un soldado sobre sus compañeros de allá. Entonces escribí aquella impresión y ahora la reproduzco aquí.

Los dos soldados... Uno era negro y corpulento, con espejuelos oscuros. El otro, blanco, con dientes amarillosos de ratón, y los dos, que eran guardias rurales, iban en la guagua del campo diciendo gracias rústicas y chistes casi infantiles.

Luego se pusieron a evocar los largos años de su vida en el Ejército, comentando, entre carcajadas, incidentes ocurridos cuando habían tomado parte en la campaña de Oriente, cuando la «guerrita de los negros»... «de Estenoz e Ibonet»... y de «cuando La Chambelona»...

De vez en cuando, como sucede con frecuencia entre nosotros, algún pasajero se mezclaba en la conversación de los soldados y nuevos temas y nuevos episodios salían a relucir.

El soldado blanco, de dientes amarillosos, parece que había sido cocinero en el Ejército, y había estado hablando con regocijo de las marchas y de los ranchos cocinados en el campamento, en el campo, en el monte, en Oriente. Pero de pronto, dijo:

—Llevo más de veinte años en el Ejército, pero a donde único no volvería es a Isla de Pinos!... ¡Qué va, me gusta estar en «firme», sobre Cuba. No me gusta andar por mar a ningún lado!... ¡Me quedo aquí, que este barco es grande y es difícil que se hunda!... Y se rió con amplitud de la vastedad de su ingenio...

El otro le dijo:

—Pues si yo fuera jefe, allí mismo te mandaba, porque, al que no quiere caldo se le dan tres tazas pa' que le guste... ¡Vamos!...

Cuando los oí hablar de Isla de Pinos me puse a escuchar con mayor atención, y al soldado negro, que me quedaba cerca, empecé a preguntarle sobre la Isla y el Presidio.

—¡Oh, aquello es tremendo!... Yo estuve allí al principio, cuando había un jefe civil y poca gente, y más tarde, cuando llegó Castells... Dicen que todavía allí está la «cosa brava»... ¡Pero los presos es cosa seria, no crea nada!... Yo nunca tuve problemas allí... ¡No sea bobo!... ¡El Capitán sabía bien con quién «se mandaba»!... ¡Mire, si había quien se le brindaba, y esos eran los que siempre utilizaba!... ¡Son gentes que nacen para asesinos!... ¡Porque yo estoy en el Ejército y tengo que cumplir las órdenes de los jefes, por supuesto; pero yo no tengo «esa sangre» de matar a un hombre por la espalda, como hacían allí aquella gente!... Si a mí me hubieran encargado de aquel «servicio» le hubiera dicho al Capitán ¡Capitán, está muy bien, yo lo hago, pero será preciso que el hombre se me revire, pa' matarlo de frente, cara a cara!...

Y luego continuó:

—Pero yo nunca tuve allí conflictos, ni con el Capitán, ni con los presos. ¡Porque, oiga, no se crea nada, a los presos no se les puede enseñar los dientes!... ¡Cuidao con eso!... Lo mejor es ser serio y no hablar con nadie... Es la mejor manera de que lo respeten a uno y que no haya necesidad de emplear la fuerza... Porque yo les decía: «El que no ande derecho no lo voy a matar —¡eso sí, matarlos no!—, pero le

voy a dar un yayaso que lo parto en dos»... Y así los presos decían: «¡Con este no hay casualidad!»...

Yo lo interrumpí para preguntarle: «¿Usted conoció allí a Pablo la Guardia?»

—¡Oh, ya lo creo!... —me contestó—. Ese hombre tenía el alma más negra que mi piel. Usted puede tener la seguridad... Era del grupito de siempre... Él, Maceo, Claudino, Méndez, Rosales... Siempre... era siempre el mismo grupito el que cuidaba a los presos en La Yana y El Cocodrilo... Yo nunca salí allá fuera... Yo siempre estaba en el comedor, en donde no había «novedad»... ¡Pero ese Pablo la Guardia!... ¡Se daba gusto matando, yo creo!... ¡Bueno, como que se volvió loco luego!...

Yo, que ya conocía el episodio, contado por los presos, quise que me lo contara el soldado para comprobar la historia, y le pregunté cómo había sido que el cabo La Guardia se había vuelto loco.

—¡Oh!... ¡Usted no puede imaginarse lo que son los presos!... ¡Pablo la Guardia era el diablo para ellos!... ¡Por él le decían ellos a los soldados la Fiebre Amarilla!... ¡Por eso le buscaron un castigo terrible!... ¡Era para volver loco a cualquiera!... Calcúlese que cuando lo veían sólo, venía alguno y le preguntaba, con toda naturalidad: «Cabo, ¿dónde se metió fulano, que estaba hablando con usted ahora mismo?»... Las primeras veces La Guardia les decía: «Muchacho, ¿estás ciego?... ¿es que estás loco?»...

»Pero llegó a inquietarse y cuando los presos se dieron cuenta de que le iba haciendo efecto «el sistema», le fueron aumentando «la dosis»... Un día, uno se atrevió a decirle: «¡Cabo, he visto a un hombre que iba corriendo delante de usted con un tiro en la cabeza!»... «Para dónde iba?», le preguntó La Guardia... «Para'llá... pa' La Yana»...

»La Guardia comenzó a no poder dormir; a gritar en sueños; a ver él solo lo que los demás le mostraban antes... Los presos cada día le decían cosas más terribles... le citaban nombres... le decían: «¡Acabo de ver arrodillado delante de usted a fulano que le pedía perdón, como aquel día!»... La

Guardia se fue volviendo más feroz, ¡pero ya estaba loco!...
¡Hubo que mandarlo un día para Mazorra, arrebatado ya!...

La leyenda, tal como me la había contado el soldado de la guagua del campo, era exactamente igual a la versión que me habían dado los presos del Presidio. Sólo había una diferencia: los presos sostienen que fueron los propios soldados los que volvieron loco al cabo La Guardia haciéndole ver «visiones» y «los fantasmas» de los muertos...

Y que no lo hicieron por castigarlo, sino por broma, ¡por «relajarle sus muertecitos!»...

Capítulo XXIV

La Flota Blanca

La Flota Blanca es el nombre con que la indiscutible agilidad que para el sarcasmo y lo grotesco poseen los presidiarios, señalaba al grupo de sus compañeros que, de acuerdo con la jefatura del Penal, ejercía entre ellos el temible imperio del terror por el chivatazo y la intriga.

La Flota Blanca, nombre tomado por los presos de la compañía de vapores, todos pintados de blanco, que trafica en el mar Caribe, era numerosa y comprendía cuatro grupos que conviene distinguir y que oficialmente se diferenciaban por el color de los distintivos, siendo el traje en todos albo, color de caballo, color de velero...

El grupo carmelita incluía a los reclusos que ejercían de maestros y el verde a los destinados a las oficinas, archivos, etc. Con las excepciones personales de rigor, y dada la naturaleza de sus funciones, los comprendidos dentro de estos colores no eran particularmente odiados por sus compañeros. Acaso un poco de envidia sí les inspiraban por disfrutar de mayores consideraciones y por proceder, en su mayoría, de la clase burocrática: maestros, empleados, profesionales, etc., gente toda de cierta preparación y con mayor facilidad, por lo tanto, para ocupar los distintos puestos de la administración del Presidio.

El grupo amarillo, que distinguía a los empleados en el servicio de sanidad, comprendió siempre siniestros personajes, hombres odiados y temidos tan profundamente como los crótalos, de cuyas características disfrutaban: dotados de terrible poder, su contacto podía ser venenoso. En él estaban los mandantes del hospital, propiciadores, cuando no actores, también, de macabras experiencias; los enfermeros que se robaban el alcohol de la farmacia e inyectaban,

despreocupados en lo absoluto de la asepsia; cómplices también, unas veces impotentes para impedirlo, y otras gozosos ante el espectáculo, de muertes sobre la mesa de operaciones, por la cobardía espeluznante de las inyecciones; ¡y los encargados de someter a los locos a una disciplina de cuerdos!... En el grupo entraba además algún que otro infeliz «emboscado» y, por último, el muchachito degenerado, por las buenas o por las malas, con rostro tardíamente infantil, femenino casi, andar opulento, voz acobardada y una peste insolente a perfumería barata, que siempre, para regodeo solaz de las inmundas pasiones que la bárbara abstinencia sexual desata en el Presidio, procuran conseguirse los que dentro de él, encanallados, logran disfrutar de prebendas...

Pero con todo y ser tan odiado este grupo no lo era tanto como el rojo, el de «orden y disciplina», verdadero cuerpo policiaco de presidiarios que comprendía, desde el brutal organismo de represión pública, llamado la Comisión de Mayores, hasta el sigiloso servicio secreto, que se valía del «chivateo», arma terrible que el penado envilecido o desesperado esgrime para ascender hasta la Flota Blanca, a expensas de sus propios compañeros... En el grupo rojo hay que buscar, si se quiere hacer una investigación cabal del tenebroso período que vivió el Presidio, a los asesinos más repugnantes, descarados y viles que jamás pudiera imaginarse. En este grupo es donde hubo una vez, según confesión de Luis María, mayor del hospital, ¡diecisiete hombres encarcelados por matar mujeres!...

En el comedor de los tres mil silencios, cuando sólo se escuchaban los sonidos de las cucharas en los platos de aluminio y el grosero masticar de los hombres en colmena, como abejas, los hombres de galones rojos espiaban el silencio, escrutaban los rostros destrozados de fatiga y debilidad, y bajo su mirada había que ocultar el hambre, ¡el hambre devoradora que tenía que conformarse con la ración elemental!...

A la hora del baño, desnudos, sudorosos y cansados, tiritando unos de frío y otros de fiebre, otros muchos ocultaban

rabiosamente, a la mirada suspicaz e infatigable de los hombres de galones rojos, sus impulsos sodomitas...

En las tardes de juego de pelota, cuando el entusiasmo de lo emocionante quemaba los formulismos triviales y el espectador sentía, como una orden, la necesidad de expandirse, los hombres de galones rojos, convenientemente apostados, vigilaban los gestos violentos, las voces descompuestas, la ira relampagueante por cualquier decisión errónea del *umpire*, todo ese fuego fatuo de exuberancia vital en que el fanático de veras manifiesta su emoción deportiva, y con su presencia impedían el goce puro, sin reservas...

En los momentos fugaces y medrosos de charla confidencial con los «políticos», como nos decían, pasaba siempre algún hombre de galones rojos que se fijaba en nuestro interlocutor, tomaba nota de su rostro, de su miedo, y le dejaba para siempre el temor de una posible confidencia...

En la noche de las circulares, cuando de las celdas de castigo bajaban, desplomados, como pájaros heridos, los gritos angustiosos de los condenados a pan y agua, el paso isócrono, inmutable e insensible del hombre de galones rojos, espía al pasar la imperturbabilidad de los presos ante la desesperación del compañero atormentado...

El odio se alimenta de temores y de entre todos los que asaltaban a los presos, los que he enumerado forman sólo una parte, la más exterior acaso, pero no la más estremecedora. Como un tribunal inquisidor, implacable y sombrío, la Comisión de Mayores, integrada por cinco mayores designados por el Capitán, extendía sus viscosos tentáculos por todo el penal. Y aun, a veces, hasta fuera del Presidio, como sucedió con El Incógnito, un motorista compañero nuestro, que fue llevado ante ella por el grave delito de que un compañero de prisión, al salir en libertad, fuera a visitar a su familia, recomendándole a esta que le mandara algunas golosinas. El Incógnito manifestó que él no podía impedir que nadie fuera a su casa a decir que le mandaran cosas... Por ser preso político la Comisión estuvo discreta,

limitándose a decirle «que él sabía que aquello no se podía hacer allí y que impidiera que nadie fuera a su casa a contar nada»...

Las «armas» utilizadas por la Comisión en el desempeño de sus tareas disciplinarias eran resbaladizas y plegables, como la lengua de las culebras, ¡armas venenosas y traidoras que explotaban lo más mísero y ruin de la condición humana: la cobardía, la infamia, la venganza, el terror, la envidia... y sobre ello, como una máscara de cartón, la esperanza de una libertad prostituida por el encanallamiento más rastrero!...

Estas eran las armas de la Comisión de Mayores, cuyo poder dentro del Penal era indiscutiblemente omnímodo. Ya un preso me lo había dicho: «Ellos despachan a un hombre y luego le dicen al Capitán: “Capitán, ese hombre lo estaba ‘perjudicando’... ¡Hablaba más de la cuenta!”... Luego, el certificado médico y el paseíto del juez terminaban el asunto sin más consecuencia...»

La única falla del poder de la Comisión estaba en que tenía, como los hombres débiles o imbéciles, su dios todopoderoso: el capitán Castells, quien no obstante, como hace Dios con el Papa, muchas veces delegaba en ellos todo su poder...

El «número ocho», obra maestra de maldad, era utilizado con frecuencia, y por medio de él murieron muchos infelices: el chivato, repulsivo hombre-ofidio que se mueve en la sombra, que se hace el amigo y tiene cara de «buen hombre», era su auxiliar más eficaz... El «pan y agua» y el tormento en las celdas y los castigos de La Yana acaban de completar su mecanismo de terror.

Los hombres de galones rojos estaban organizados de tal manera y su condición moral solía ser tan baja, que entre ellos mismos se vigilaban, se odiaban, se «hacían la cama», e intrigaban cerca del Capitán para suplantarse unos a otros en su estimación... Más de uno descendió, de pronto, de mayor a hombre de las cuadrillas... ¡El monstruo, una vez hambriento, comía de sí mismo!...

Este era el organismo: la flamante Flota Blanca que el capitán Castells creó en el Presidio Modelo para la vigilancia del preso, por el preso, para la «reforma» de los hombres por la intriga, la venganza, el odio, y el terror... Ante cualquier otro delito que se le pueda achacar, este cobra proporciones colosales...

¡Si se llegase a probar que era una obra plenamente consciente habría que juzgarlo como un refinado y cruel Maquiavelo del bajo mundo criminal!...

Capítulo XXV

Los estranguladores

¡Los ojos de Amable Infante lo vieron todo... Sus oídos lo oyeron todo, también!... ¡Pero su boca tuvo que guardar silencio durante años interminables!...

Él vio cómo, sobre hombres dormidos, se echaban con violencia los estranguladores y se revolcaban con las víctimas sorprendidas, con la ferocidad con que un tigre destroza a su presa impotente... ¡Él oyó los gritos ahogados, los pataleos desesperados, los estertores de los agonizantes... y los brutales comentarios de los asesinos!...

¡Él todo lo vio y todo lo oyó!... ¡Y todo lo tuvo que callar! Yo debo presentarlo, porque en sus palabras —el día en que por fin pudo hablar conmigo—, yo pude apreciar el sufrimiento de un hombre honrado.

Amable Infante, el 5 622, es un preso de edad madura, de complexión robusta, blanco, de sólidos huesos, y aspecto, en general, de campesino bien alimentado. Su rostro no está exento de cierta nobleza y su palabra vibra de sinceridad, de repulsión hacia los asesinos «para los cuales no puede haber perdón», como él dice cuando recuerda, con los ojos dilatados por el espanto de aquellas noches, los gritos de los hombres muertos...

Y Amable Infante todo lo vio y todo lo oyó, y hoy todo lo recuerda, con esa precisión maravillosa con que los presos que de veras han sentido gravitar sobre ellos la pesadumbre del Presidio, conservan los detalles, las voces, las fechas, los rostros...

De la hecatombe lo salvó el silencio, hermano del aislamiento, que estaba en su sencilla naturaleza campesina y que el terror no hizo más que aumentar.

Su aspecto de hombre maduro y serio, también lo ayudó a salvar la vida, porque, aunque los asesinos sabían que él lo sabía todo, como era hombre al que nunca sorprendieron hablando con nadie, y, como, por otra parte, alguien tenía que ser testigo, lo mejor era que lo fuesen los menos posibles y que estos fuesen así, silenciosos, callados, capaces, como les exigiera una vez el mayor Agustín Gómez Montero, de «ver, oír y callar».

Es bueno que algunas veces haya hombres así, capaces de sufrir y guardar silencio en la esperanza de que algún día, alguien, se sienta capaz de creer tales horrores y de darlos a conocer.

Por el testimonio de él puedo yo hoy reconstruir aquella cueva de los estranguladores que fue la primera enfermería del Presidio Modelo, que tan siniestros recuerdos dejó entre los presos. Por su testimonio puedo lanzar la acusación de estranguladores sobre Estanislao Serrano, Abraham Marín Quesada (que fue nuestro primer enfermero y tenía cara de niño inocente...), Alejo Cañizares (a) *Macúa*, Fernando Lugo (nuestro más servicial mandante durante dos años), Domingo Fariñas (nuestro primer mayor en Presidio), Victoriano Miranda, Antonio Pérez Rosabal (a) *El Guajiro*, Mario Ávila, Quinciano González Ulloa, Gabino Morejón, Agustín Gómez Montero, Luis Oullibre, Espiné, Utiliano Viltres, unos mayores de la enfermería, enfermeros otros y algunos empleados. ¿Quién podría imaginar un antro mayor del terror, de la acechanza, del asesinato?... Los presos se dormían con la inquietud terrible del que sospecha que a medianoche unas manos de acero, velludas (manos de Domingo el Isleño...) se iban a prender en su garganta con fuerza tal que les iba a llegar la muerte con la angustia de que ni siquiera sus gritos postreros alcanzasen la vida...

Sobre todo, los presos que ingresaban en la enfermería sin estar malos de nada tenían dictada su sentencia de muerte... Y el médico se encargaría de encontrarle alguna curiosa enfermedad. Y eso fue lo que pasó precisamente con Teófilo Solís, hermano del famoso bandolero, y que era un

hombre inofensivo, querido por todos, y al que estrangularon entre Domingo el Isleño, Gabino Morejón y Utiliano Viltres, para que luego el médico «lo matara» nada menos que de la rarísima enfermedad de Addison...

En sus largas guardias de «cabo de imaginaria», que compartía muchas veces con Ceferino Montpellier, Amable Infante fatigó sus pupilas de tanto dilatarlas y, estimulado por el terror, aguzó su oído de manera extraordinaria. Averiguó, por la observación repetida, que cuando ponían un porrón a la puerta de una celda esto equivalía a la contraseña de la muerte, y esa noche, silenciosos, como ladrones, entrarían los estranguladores a robarle la vida por sorpresa a un hombre... Averiguó también que, cuando a la medianoche sonaba incesantemente el tragante de un inodoro, era que en esa misma celda se asfixiaba a un hombre, y el rumor confuso de su rabiosa respiración agarrotada y su desesperado patear pretendían apagarlo los asesinos, dedicándose uno de ellos a apretar el botón del inodoro mientras los otros ahogaban al preso...

Amable Infante continuaba sus paseos de «imaginaria» entre temblores y algunas veces veía los ojos brillantes y aterrados de otros presos que también habían comprendido y también callaban... Algunos, en un gesto de audacia, le hacían un imperceptible gesto con la cabeza o los ojos...

Una noche, la del 9 de noviembre de 1930, al cabo Ceferino Montpellier, le dijo:

—Ya tienen uno los asesinos esos para esta noche...

—¿Qué dices?...

—Sí, ahora mismo acaba de llegar Domingo con él...

Y, efectivamente, sentados amistosamente en la cama, conversaban con el muchacho Domingo el Isleño y Agustín Gómez Montero, que sólo esperaban la hora para matarlo...

Y poco después que relevó en la «imaginaria» a Montpellier, mientras disimulaba su espanto con un libro de aritmética, oyó los gritos ahogados de José Angel Campos, que sólo tenía 21 años, y al que estrangularon entre Lugo,

Domingo, Victoriano Miranda, Antonio Pérez Rosabal y Mario Ávila. Y dice:

—Esos gritos los tengo metidos en el alma... ¡Qué voy a perdonarlos!...

Y así vio matar a Pepito y a Armelio del Monte, el operario de la zapatería, y a La China de Cuba, al que esa tarde le hablaban varios cuando llegó Lugo y dijo:

—Pero, caballeros, ¿será posible?... ¡Si este hombre está incomunicado!... Y luego lo mataron.

El 28 de septiembre del año 30, el tercer piso parecía que temblaba... El inodoro, de tanto ruido que hacía, parecía un trueno continuo... Es que entre Quinciano González Ulloa, Gabino Morejón, Fernando Lugo y Agustín Gómez Montero estrangulaban a un toro... Porque un toro de fuerte era Juan Salazar Salazar, «un joven indio, como de 22 años», quien parece que, aun sorprendido, se defendió con sombría desesperación, porque por largo rato se sintió el confuso rumor de la lucha en su celda. Luego salieron los asesinos y con ellos Luis Oullibre, el escribiente del médico que, como un notario del crimen, no faltaba a ninguna ejecución...

Cuando recuerda al bayamés Alfonso Guerra, al que desde su cama vio matar en la terrible celda 7 del segundo piso, Infante dice, conmovido:

—¡Ese era un hombre!... —Y luego añade—: ¡He tenido la desgracia de ver matar a tanta gente!...

El 4 de septiembre de 1930, la noche que mataron a Teófilo Solís, Infante vio cómo Espiné el enfermero estaba agachado, acechando el momento en que se arrojaban sobre el infeliz dormido... Simultáneo al breve grito de la víctima, Infante vio el brinco, «el bolío que pegó», y pudo oír cómo le decía a Oullibre, que también disfrutaba del placer de ver estrangular:

—¡Parece que está asustado... parece que está asustado!...

Luego, terminado el «trabajo», pudo oír una conversación de un enorme interés. Pudo oír lo que le decía Domingo el Isleño a Espiné, el enfermero:

—Este gobierno quiere acabar con todos estos bandole-
ros... El Capitán le ha ofrecido al Presidente dejar esto en
600 hombres...

Más no pudo oír Infante y es una lástima.

El pobre Teófilo Solís, que era un hombre inofensivo, que-
rido por todos, fue estrangulado aquella noche por los
regeneradores del Presidio, los que, en complicidad con el
médico, «oficialmente» lo mataron por medio de la enfer-
medad de Addison...

Cinco días después, estrangularon a Alejandro Rodríguez
entre Utiliano Viltres, Gabino Morejón, Domingo el Isleño,
Agustín Gómez Montero y Fernando Lugo, con la colabora-
ción, como es natural, de Espiné y de Oullibre. El primero le
mostró a Viltres quién era la víctima y el segundo, cuando
Infante fue relevado en su guardia a las once de la noche,
leía, en la espera del espectáculo, vigilando que no hubiera
contacto ni aviso alguno al hombre, a quien para mayor tran-
quilidad habían ofrecido el alta para el día siguiente... Infan-
te le dijo, al verle los ojos irritados:

—Usted no ha dormido nada...

—No, chico, cuando tiene uno una cosa pendiente...

Infante, como único aviso posible, tosió fuerte dos ve-
ces para ver si se despertaba la víctima y se ponía en guar-
dia, y se fue para su celda, para contemplar, temblando, el
crimen...

Este otro «bandolero» tenía que morir, porque se había
opuesto a que Domingo el Isleño abusara de un jovencito...
Había, pues, que «regenerarlo» y nada mejor que la «angina
de pecho» con que lo certificó el médico...

Cuando mataron a Miguel Román Valdés (Yaguajay),
11 040, el caso fue tan claro, que Agustín Gómez Montero,
mayor de la enfermería, llamó a Amable Infante y al cabo
Pedro Manuel Fundora, y les dijo:

—Los he mandado a llamar para que sepan que aquí
hay que ver, oír y callar... ¡Este se ha puesto a hablar del

Capitán y yo lo pensaba matar con una inyección, pero se negó!...

Pero de entre todos los casos que presencié Amable Infante, ninguno le impresionó tanto como el de Mariano Martínez Abril...

Era un hombre de cierta influencia, que había matado frente a la misma Secretaría de Gobernación, y que había vivido en Presidio con algunas preferencias. Valdría la pena averiguar las causas de su muerte. Pero ahora sólo procede hablar de cómo esta ocurrió.

El 21 de abril lo ingresaron en la enfermería y el 23 lo mataron. Antes de que esto ocurriera escribió al capitán Castells pidiéndole permiso para remitirle a su hijo sus plumas de fuentes, pues, según dijo, sabía que lo iban a matar... Y con una de esas plumas se quedó Espiné... Para su muerte los estranguladores tomaron precauciones especiales. El hombre tenía relaciones en la calle y no convenía que se supiera quiénes eran los que tomaban parte en el asesinato. Frente a la celda 49, Espiné reunió a los empleados y les instruyó de que esa noche no se podía salir de las celdas. En cuanto a Infante, cuando faltaba media hora para las doce y se disponía a relevar la «imaginaria» de Montpellier, le informaron que no se levantara, que Espiné iba a hacer la guardia por él. Y, cuando se fue a levantar le dijeron: «¡Viejo, viejo, qué le pasa, no se levante!»...

Mas con todo, desde su celda, cubierto por la sábana, por un rotico hecho a propósito, vio cómo entraban en la celda de Mariano Martínez, muerto de «pericarditis», Agustín Gómez Montero, Gabino Morejón, Fernando Lugo y Alejo Cañizal (a) *Macúa*, que estrangularon al hombre...

Y así fue cómo, para «regenerar» al Presidio, se eliminaba a los hombres...

Los estranguladores de la enfermería, terribles, feroces, y cínicos, pues tenían que matar casi a la vista de inevitables testigos, continuaron su trágica tarea regeneradora cuando el departamento pasó al hospital nuevo. Allí les fue más fá-

cil e impune la tarea, pues para algo se construyeron tantas celdas para «locos».

Ante los locos, silenciosos y aterrados, desfilaban los estranguladores hasta la celda de la víctima y poco después salían, con las huellas de la lucha desesperada...

Al poco rato, el camioncito llegaba para recoger al muerto... Cada vez que por la noche, sentíamos llegar el camión y partir a poco en marcha atrás, era que se llevaba a uno, a quien hacía muy poco habían matado, casi a nuestra presencia... Los mismos asesinos venían enseguida al patio nuestro a conversar cordialmente, sin duda para espiar si algo habíamos sospechado...

Dice muy bien Amable Infante: «¡No se les puede perdonar!»...

QUINTA PARTE

DIVINIDADES

Cada mundo tiene sus dioses. El mundo del Presidio también tiene los suyos.

No conocí al preso religioso, devoto. Si acaso, el supersticioso, lo que es otra cosa.

Como el Presidio no es sino un mundo en retroceso hacia la barbarie, en él se observa, sin máscaras, la vuelta del hombre a las divinidades primitivas, el Silencio, la Noche, el Miedo, el Tiempo, la Muerte, el Odio, la Venganza, la Lujuria... ¡La Esperanza!...

También, como los dioses de los salvajes, los del Presidio exigen sacrificios cruentos, impías inmolaciones, divinidades sin civilizar, limpios de hipocresías, muestran sin trampa su origen humano. Y son feroces, implacables, desnudas...

¡Los dioses del Presidio, son también criminales, son también presidiarios!...

Capítulo XXVI

La Justicia

Los griegos, genialmente sutiles, creo que fueron los que idearon la imagen de la Justicia: la venda sobre los ojos, la balanza al fiel y la espada poderosa en la diestra. Algún estúpido de renombre lanzó la conocida interpretación que tanto se utiliza al final de los discursos: la venda es para que, al no ver a los litigantes, ningún reflejo externo la haga inclinarse a uno u otro; la balanza al fiel sirve para que las razones en contienda no encuentren ningún contrapeso amañado, y, en cuanto a la espada, es sólo el símbolo del sagrado poderío de la ley, igual para todos...

Pero yo estoy absolutamente seguro de que Aristófanes —que debe haber sido el griego que la ideó, si es que fueron los griegos quienes crearon tal imagen de la Justicia—, al adornar con esos atributos a la suprema diosa de la Ley, no pensó en tan hipócrita interpretación. ¡Él le puso la balanza, porque la balanza es el símbolo del mercader aprovechado; le puso la espada, porque la espada representa el atropello y la desigualdad; y, por fin, le puso la venda para que no tuviera que avergonzarse de sus propias decisiones!...

Y así es como ha sido la justicia en el mundo; una concreción de falsedades, de hipocresías y de atropellos; que, para hacerse más repulsiva y tangible, ha aumentado su dureza y crueldad a medida que ha ido descendiendo por el escalafón social.

¡Nunca conocí en Presidio un hombre rico!... Y si es que alguno pasó por allí, fue porque hubo la presión de alguien más rico que él. ¡El Presidio es sólo un cementerio para pobres!...

Y si así ha sido la justicia en el mundo, la del Presidio no podía ser muy diferente. Afortunadamente lo puedo probar.

Lo puedo probar, hasta como quiere «la Ley», nada menos que con prueba «testifical» y, con prueba «documental», abundantes ambas.

En el Presidio Modelo hubo un poder judicial, encargado de administrar justicia, y un poder ejecutivo, encargado de todo. El poder judicial fue la Comisión de Mayores y el poder ejecutivo, el capitán Castells.

Ocasionalmente, la Comisión de Mayores, ahorcaba, estrangulaba, inyectaba, «daba cranque», intrigaba, violaba, etc., etc., pero su misión principal era la de imponer orden en el reclusorio, administrando justicia en todos los casos de que conociera, para lo cual se constituía en tribunal.

Y hacía las cosas con tan absoluta seriedad, que aún hoy pueden estudiarse los expedientes de muchos de los casos enjuiciados por la Comisión y respaldados por el capitán Castells. Por ellos se prueba la atrocidad y la barbarie de los castigos; la grotesca pantomima con que adornaban sus actos y las trágicas y acusadoras consecuencias que solían tener para los sentenciados las penas impuestas. Y como toda máscara siempre deja descubrir algo, en esos expedientes se adivina algo así como la sombra de la sombría vida del Presidio... ¡El encanallamiento, la delación, la inmundicia moral, el pánico, la felonía, todo el desfile de las «virtudes» presidiarias se reflejan en ellos!...

Voy a hacer mención de varios de aquellos juicios y voy a reproducir, íntegro, uno de los expedientes, para que el lector pueda por él mismo hacer su mundo imaginativo con los datos de la realidad.

De Fernando Duthil Veranes, el 13 226, ya hablé. Su juicio fue el «Caso 27» del año 1931, correspondiendo al 11 de febrero.

Desde octubre del año 28, su saldo en caja se elevaba a la suma de un centavo... Pasaba hambre y carecía, sin duda, de una estricta moral. Tentado por su cargo, que era nada

menos que el de entregar las compras que los demás reclusos hacían a la Comisión de Compras, cedió, y se puso a falsificar vales de sus compañeros para comprar con ellos jamón, queso, guayaba, ropa, etc., hasta que un día fue descubierto, cuando uno de los reclusos perjudicados se atrevió a protestar del saldo de la Comisión de Compras.

Su caso fue completamente probado. Él mismo confesó.

Que acepto los cargos que se me han hecho por el expresado Tribunal, admitiendo haber imitado la firma de los compañeros que más adelante expresaré, y extraído de sus fondos particulares las cantidades que se consignarán, por medio de vales cursados por conducto de la Comisión de Compras, oficialmente organizada, con el fin de adquirir distintas mercancías destinadas a mi uso personal.

Luego añade:

Asimismo declaro que es mi deseo reintegrar a cada uno de los referidos compañeros, en la cantidad que resulte perjudicado, si el señor Jefe del Penal me autoriza para pedirla a mis familiares, y estos acceden a enviármela.

Se trata de una estafa, o de doce estafas, porque fueron doce los compañeros perjudicados.

Había prometido pagar, pero en la madrugada del 13, *dos días después* de que había sido juzgado, «se suicidó» en una celda de castigo, en el sexto piso de la circular No. 5, «utilizando una sábana»... *¡del modelo de las que jamás se permitieron en aquellas celdas de hombres desnudos, que dormían en las tarimas sobre el piso!...*

Pero es que Fernando Duthil Veranes, había prometido pagar, y su hermano, El Gato Negro de Gibara, siempre anunciaba entusiasmado unas peleas que jamás se llevaban a efecto...

Diego Torres Puga, el No. 13 845, fue juzgado el 31 de diciembre de 1930 por haberle dado una trompada a su

compañero Ricardo Martínez González y la Comisión de Mayores, constituida en Tribunal:

[...] con vista de lo actuado, acuerda elevar este caso al señor Jefe, respetuosamente, para su resolución, informándole que abrigan el pleno convencimiento de que lo ocurrido ha sido debido a los celos sustentados por el recluso No. 13 845 Diego G. Torres Puga, quien al ver ingresar en el Taller, en la mañana de los hechos, a su compañero No. 10 527 Ricardo Martínez González, que antes había prestado servicios como Encargado del Soldador Eléctrico temió que este pudiera volver a ocupar dicho puesto nuevamente, por lo que trató de provocarlo, con el deliberado propósito de agredirlo, lo que llevó a efecto, cometiendo una falta grave como es la de maltratar de obras a un compañero, a traición, sin motivo justificado, con la agravante de encontrarse el agredido en presencia del Capataz de ambos, dándole las quejas, lo que constituye una grave falta de respeto a un Superior jerárquico, con la consiguiente alteración del orden y disciplina que imprescindiblemente debe reinar en una Institución de esta índole.

A la vista del anterior informe, el capitán Castells dictó la siguiente sentencia:

TREINTADÍAS incomunicado, sin trabajar, con NUEVE DÍAS a ración CORTA: SESENTA DÍAS realizando los trabajos más penosos del Establecimiento e incomunicado por las noches y días festivos y SESENTADÍAS en igual clase de trabajos, sin estar incomunicado. Durante la vigencia del Castigo que comprende incomunicación, le quedará prohibido recibir visitas y sostener correspondencia con el exterior.

¡Una montaña de castigos por un puñetazo!... ¡Se comprende, entonces, que se ahorcara a un hombre por una estafa!

A Pedro Rondón Aleaga, el 2 de mayo de 1931 le siguieron un juicio por robarse unos chorizos. Su declaración fue:

¡De primera intención negó rotundamente las acusaciones que se le imputan, manifestando que los cuatro chorizos aparecidos no habían sido sustraídos por él; pero interrogado insistentemente por los miembros que componen el Tribunal de reclusos, se declaró autor, manifestando que realizaba dichas sustracciones en los momentos que se preparaba en el departamento de cocina, donde presta sus servicios, el jamón, chorizo, tocino y demás artículos para la condimentación de las comidas de la población penal y aprovechando los descuidos de los encargados del orden y disciplina en dicho lugar, los que sacaba y después proponía para su venta por cigarros entre varios compañeros que habitan en el edificio circular número uno.

Por el delito de robarse los cuatro chorizos, la Comisión de Mayores elevó su informe afirmando:

Que se confesó autor de la sustracción de los chorizos que se han ocupado, *deduciéndose por este motivo* que sea él el mismo autor de las faltas que se venían notando desde hacía algún tiempo en el jamón, chorizos, etc.

¡Y los que estuvimos en Isla de Pinos sabemos perfectamente que la Comisión se reunía en el hospital a darse banquete, con todo lo mejor de la cocina, y en los que hasta ron bebían!...

Pero al infeliz de Pedro Rondón Aleaga, por los cuatro chorizos, también le cayó encima la misma montaña de castigos que a Diego Torres Puga... ¡Con alguien había que justificar los robos de la cocina!...

Los que he dado son fragmentos de casos, más o menos interesantes. Pero para conocer la «técnica» es necesario conocer un expediente entero. El que voy a utilizar tiene, además, la ventaja —la siniestra ventaja— de referirse a un caso típico de sodomía, en el que la intriga, el «número ocho» temido, fracasó, con trágicos resultados. El expediente comienza, pomposamente:

PRESIDIO MODELO. Caso No. 50. LA COMISIÓN DE SARGENTOS MAYORES EN FUNCIONES DE TRIBUNAL. Investigación llevada a cabo e informe rendido por la Comisión de Sargentos Mayores en funciones de Tribunal, y sentencia dictada por la Jefatura de este establecimiento penal, en el caso de los reclusos Núm. 13 802, BELARMINO DÍAZ SANTOS (a) «Postalita»; 14 993 ROGELIO BOCALANDRO JIMÉNEZ (a) «La Bocalandro» y 14 235 SERGIO RODRÍGUEZ REYES (a) «El Chamaco», Junio 9 de 1932.

Después viene la orden de investigación:

A los reclusos que componen la COMISIÓN DE SGTOS. MAYORES. El recluso 12 524 ROSENDO ISER QUINTERO, Sargento Mayor, distintivo rojo, jefe del orden y disciplina de la cantera de piedra de este Reclusorio, ha dado cuenta a esta Jefatura de ciertas irregularidades ocurridas en la mañana del día de hoy en el sector de su mando, de las que, según le ha dado cuenta su igual 14 235 SERGIO RODRÍGUEZ REYES (a) «El Chamaco», se derivan cargos de inmoralidad contra los confinados No. 13 007 ENRIQUE GARCÍA y 15 462 LICO PÉREZ. Sírvanse constituirse en Tribunal a fin de investigar los hechos denunciados, elevando el informe de rigor a esta superioridad, para proceder en consecuencia. Jefatura, 9 de junio de 1932. Pedro A. Castells, M. M. Capitán Infantería, Jefe del Presidio Modelo.

Detrás viene ya el verdadero expediente, con las medias firmas de los mayores, al margen de cada página, igual que en las notaría.

Comienza así:

La COMISIÓN DE SARGENTOS MAYORES EN FUNCIONES DE TRIBUNAL. Caso No. 50, RELACIÓN DE CARGOS Y ESPECIFICACIONES: El compañero No. 12 524 ROSENDO ISER QUINTERO, Sargento Mayor distintivo rojo, jefe del orden y disciplina de la cantera de piedra de este Reclusorio, ha dado cuenta de ciertas irregularidades ocurridas en el día de hoy entre el personal de su mando; hecho del que resultan acusados los compañeros No. 13 007 ENRIQUE GARCÍA y 15 462 LICO PÉREZ, en ocasión de encontrarse realizando actos de inmoralidad en el lugar que ocupan los inodoros que para el servicio se han instalado en el lugar precitado.

Reunido el TRIBUNAL DE RECLUSOS, integrado por los Sargentos Mayores distintivo rojo. Nos. 12 408, OSCAR MANES, 14 109, RAFAEL RICARDO GARCELL, 13 005, RAFAEL GALANO NAVARRO, 15 366, GREGORIO OROPESA y 13 593, WALFRIDO RAMOS ELBA, asistidos del secretario actuante, Sargento de segunda, distintivo verde, No. 15 425, FRANCISCO REYES TOLEDO, en el lugar destinado al efecto, sito en el primer piso del edificio Ingreso y Selección; de acuerdo con el requerimiento de la Jefatura del Penal y a virtud de los cargos arriba expresados, que son origen de este expediente, se procedió a practicar las investigaciones pertinentes, para el mejor esclarecimiento de los hechos y la debida depuración de responsabilidades.

Después de toda esta liturgia ceremonial, espléndidamente mecanografiada, comienza el juicio:

DECLARACIÓN DEL COMPAÑERO # 12 524 ROSENDO ISER QUINTERO [quien por cierto fue mayor de nosotros una vez] Sargento Mayor d. r. Jefe del orden y disciplina de

la cantera de piedra. Dice que en la mañana del día del hecho, su compañero No. 12 435, Sergio Rodríguez Reyes (a) «El Chamaco», le llamó la atención expresándole que en ocasión de encontrarse haciendo uso de uno de los inodoros instalados en el lugar donde realizan sus labores, sorprendió a los compañeros Nos. 13 007 ENRIQUE GARCÍA y 15 462 LICO PÉREZ, masturbando el primero al último, cosas estas que a pesar de las minuciosas investigaciones realizadas no ha podido comprobarse.

Enseguida vienen las declaraciones en las que se ve cómo se forma «el número ocho»:

DECLARACIÓN DEL COMPAÑERO # 14 993 ROGELIO BOCALANDRO JIMÉNEZ (a) «LA BOCALANDRO». Que aproximadamente a las ocho de la mañana del día en que ocurrió el hecho que se investiga, su compañero No. 13 802 BELARMINO DÍAZ SANTOS (a) «Postalita», a manera de confidencia le comunicó que hacía un momento su igual No. 14 235 SERGIO RODRÍGUEZ REYES, había sorprendido en el excusado de la cantera de piedras, al No. 13 007 ENRIQUE GARCÍA, masturbando al No. 15 462 LICO PÉREZ, caso del que se apresuró a dar cuenta a su jefe inmediato, el Mayor de dicha cantera.

DECLARACIÓN DEL COMPAÑERO No. 14 235 SERGIO RODRÍGUEZ REYES (a) «El Chamaco». Expresa que pudo ver cuando Enrique y Lico iban juntos para el inodoro, habiéndole podido sorprender más tarde en ocasión que el primero le hacía actos de inmoralidad al segundo, motivos por el que muy asustado el Enrique, le rogó se hiciera el disimulado a fin de evitarle el castigo que en consecuencia le impondrían.

DECLARACIÓN DEL COMPAÑERO No. 13 802 BELARMINO DÍAZ SANTOS (a) «Postalita», dice que al dirigirse al retrete a exonerar el vientre, se encontró con el de su clase No. 14 235 SERGIO RODRÍGUEZ REYES, quien confidencialmente le dijo: Ahora mismo acabo de sorprender en uno de los sectores del inodoro a Enrique

proporcionándole goce sexual a Lico y me ha rogado no lo divulgue, para evitar el castigo que en consecuencia le podía sobrevenir.

Los acusados se defienden y comienza a descubrirse la intriga.

DECLARACIÓN DEL COMPAÑERO # 15 462 LICO PÉREZ, acusado en este caso.

Niega rotundamente haber intentado siquiera realizar ningún acto indigno de su sexo con su compañero No. 13 007 Enrique García. Que efectivamente —expone— acostumbra ir al servicio por las mañanas a sus necesidades, cosa esta que nunca ha llevado a efecto en compañía de nadie. Que es cierto que en días pasados el de su clase No. 15 174 JOSÉ CAMILO le llamó la atención de que había oído cuando iban en la fila para sus labores, que el Sergio le decía a Bocalandro tenía preparada una combinación para enmarañarme y que una vez cuando me castigarían, propalando luego, como lo hizo con los demás confinados, la calumniosa especie en la que de una manera tan sucia divulgaba en la población penal.

DECLARACIÓN DEL COMPAÑERO No. 13 007 ENRIQUE GARCÍA, acusado en este caso:

Que es incierto haya ejercido actos de onanismo con su compañero No. 15 462 LICO PÉREZ y que considera como una calumnia todo cuanto se le imputa; estimando que el motivo de esta acusación sólo se deba a que desde hace mucho tiempo la amistad de ambos no es cordial.

Los testigos favorecen a los acusados:

DECLARACIÓN DEL COMPAÑERO No. 10 690 JOSÉ PÉREZ (a) «Cheo», suministrador de papeles sanitarios en el lugar susodicho. Que de acuerdo con el cargo que desempeña en el lugar de referencia, puede observar cualquier movimiento que pueda realizarse en el local en

cuestión; que vio al compañero LICO en el servicio a primera hora de la mañana del día del hecho y que sólo estuvo el tiempo suficiente para realizar el acto fisiológico y que estima la acusación que se le hace a los de su clase, Enrique García y Lico Pérez, como una falsa versión, amañada y calumniosa, con que los acusadores de referencia pretenden perjudicar a los precitados compañeros.

DECLARACIONES DEL COMPAÑERO No. 15 594 ALEJANDRO RUIZ LÓPEZ, Sargento de tercera distintivo rojo, que presta servicios como auxiliar del Sargento Mayor jefe de la cantera de piedra. Que tuvo oportunidad de ver cuando por la mañana, el de su clase No. 15 642 LICO PÉREZ, se dirigió al inodoro, de donde salió en seguida, sin que durante su permanencia en el referido lugar hubiera podido observar ningún movimiento fuera del orden, no obstante tener montada una celosa vigilancia sobre el sitio antes mencionado.

DECLARACIÓN DEL COMPAÑERO No. 15 174 JOSÉ CAMILO. Que en la mañana del día de los hechos, en ocasión de dirigirse en fila al lugar donde realizan sus labores, pudo oír cuando el de su clase No. 14 235 SERGIO RODRÍGUEZ REYES, le decía a su también compañero No. 14 994 ROGELIO BOCALANDRO JIMÉNEZ, que estaba tramando una combinación para menoscabar con ella la moral de los confinados a que se contrae la acusación origen de este expediente.

Después de agotada la prueba testifical, la Comisión de Mayores elevó su informe al capitán Castells, de la siguiente manera:

LA COMISIÓN DE SARGENTOS MAYORES, constituida en Tribunal previo concienzudo análisis de las declaraciones, así como del resultado de la inspección ocular llevada a efecto en el lugar donde se presumen consumados los hechos y convencido de cuanto lo primero y lo segundo desvirtúan los fundamentos de lo imputado, estima irresponsables a los acusados

compañeros No. 13 007 ENRIQUE GARCÍA y 15 462 LICO PÉREZ, de las faltas que se le atribuyen, puesto que ha quedado comprobado de manera fehaciente, tanto la ajena intención de cometer el uno ni el otro semejante desvío, como la imposibilidad que para ello oponen la topografía del lugar y la celosa vigilancia de los mandantes de la cuadrilla a que pertenecen. Asimismo, ha quedado más que comprobado, durante todo el curso de la investigación, que efectivamente, como en algunas de las declaraciones que anteceden, consta, los compañeros 13 802 BELARMINO DÍAZ SANTOS, 14 993 ROGELIO BOCALANDRO JIMÉNEZ Y 14 235 SERGIO RODRÍGUEZ REYES, mancomunadamente, venían tramando la falsa acusación que han hecho a sus iguales Nos. 13 007 ENRIQUE GARCÍA y 15 462 LICO PÉREZ, animados por el espíritu de maldad con que comúnmente se inspiran todos los actos de aquellos, y que han dado origen, más de una vez, a investigaciones de la índole de la que nos ocupa.

Es todo lo que tiene el honor de exponer a usted en relación con los hechos y responsabilidades respectivas que esa superioridad ordenó investigar y no teniendo más que significarle acordó elevarle el presente expediente con el informe de rigor, para su conocimiento y a los fines que tenga a bien disponer:

En el Presidio Modelo, a doce de junio de mil novecientos treinta y dos. (fdo.) Oscar Manes No. 12 408; (fdo.) Rafael Galano Navarro No. 13 005 (fdo.) Walfrido Ramos Elba No. 13 593 (fdo.) Rafael Ricardo Garcell No. 14 109; (fdo.) Gregorio Oropesa No. 17 666; (fdo.) Francisco Reyes Toledo, No. 15 425, Secretario.

Y ahora viene la sentencia, dictada por Castells:

SENTENCIA: A los reclusos Nos. 13 007 ENRIQUE GARCÍA y 15 462 LICO PÉREZ, se les absuelve de los cargos que se les imputan en este caso, destinándoseles a continuar prestando servicios en la cuadrilla a la que pertenecen.

En cuanto a los reclusos Nos. 13 802 BELARMINO DÍAZ SANTOS, 14 235 SERGIO RODRÍGUEZ REYES y 14 993 ROGELIO BOCALANDRO JIMÉNEZ, se les imponen SESENTA días a cada uno, realizando trabajos penosos en la Cuadrilla de Corrección. Durante el tiempo que dure este castigo, les quedará prohibido recibir visitas y sostener correspondencia con el exterior, junio 12 de 1932. (fdo.) Pedro A. Castells, M. M. Capitán de Infantería, Jefe del Presidio Modelo.

Lo que sucedió después

La sentencia esta vez, no obstante quedar probado «el número ocho» y tratarse de un caso de sodomía, no parece excesiva. Hay casos, como se ha visto, en que por mucho menos todos los castigos del penal se los acumulaban a un hombre.

Sin embargo, lo que sucedió después no deja de tener *cierto interés*... Por lo pronto, se puede decir que también lo tuvo *lo que sucedió antes*... ¡Porque la realidad es que cuando la sentencia fue firmada, el 12 de junio, ya tenía *dos días* de muerto uno de los condenados!...

El juicio comenzó el día 9, según el expediente, pero la Comisión no elevó su informe a Castells hasta el 12, y en esa misma fecha fue dictada la sentencia... ¡Pero Belarmino Díaz Santos, el No. 13 802 (a) *Postalita* fue muerto en La Yana por el cabo Quintero, que entonces sólo era soldado, el día 10!...

Eso fue lo que sucedió *antes de la sentencia* que lo que sucedió después tampoco deja de ser interesante.

¡El día 20 de junio, ocho días después de la sentencia, Sergio Rodríguez Reyes, 14 235 (a) *El Chamaco*, autor del enredo, que hasta hacía sólo una semana estaba trabajando en las canteras de mármol, murió de «mal de Bright»!...

¡Mas esto, después de todo, es lo de menos. porque en el Presidio Modelo el «mal de Bright» producía efectos tan fulminantes como la angina de pecho o la apoplejía!...

Lo de más es que son muchísimos los que dicen en Presidio que El Chamaco murió en La Yana asesinado a tiros por el cabo Quintero, y que le gritaba: «¡Mejor dame un tiro por la cabeza!»...

Y el que me dijo esto fue el preso que cuando citaba algo, como si fuera una sentencia inapelable, decía: «¡Eso es un libro por la boca!»....

¡Y así fue cómo se administró justicia en el Presidio Modelo, con derroche de mecanografía leguleya y pródiga distribución de balazos!...

Capítulo XXVII

La Venganza

La Venganza, el ángel terrible, deidad que junto con La Sodomía formaban la pareja de espantosas divinidades tutelares del terror en Presidio, a pesar de haber encontrado en el ingenio humano, desde Esquilo y Sófocles hasta Shakespeare y Calderón, las más altas cumbres de la expresión artística, jamás ha tenido un escenario tan sombrío, tan lóbrego y aterrador como este del Presidio. Y es porque la venganza en el arte ha tenido que disfrazarse muchas veces, para adquirir carta de nobleza... En muy pocas ocasiones, en la literatura, como sucede con el pérfido Fortunato, protagonista de Poe, en «La barrica del amontillado», los vengadores se han quitado la careta para manifestarse en todo el siniestro y vil esplendor de su terrible crueldad...

En Presidio, no. En Presidio la Venganza sólo se puso la careta, o para hacerse más refinada y perversa o para lograr sus propósitos. Y es el criminal auténtico y no Hamlet ni Orestes, el arquetipo perfecto y repugnante del vengador. Porque no es venganza la del que mata por castigar una afrenta bochornosa ni la del que satisface sus ansias vengativas en un instante de cólera incontenible... Venganza perfecta es la que realizó Manes, jefe de la Comisión de Mayores del Presidio, a quien yo no traté, pero que sin duda era un tipo monstruoso. Fue Murphy quien me hizo el relato, cuando nos vimos, después que él salió de las circulares.

Allá, entre los presos, la diosa implacable está dotada de una sensibilidad enfermiza, apenas creíble y comprensible para un hombre normal, de la calle. Y los presos viven a tono con ella, en acecho constante, en recelo continuo, temerosos de serle inmolados.

Cuando llega una cordillera de nuevos reclusos, para hacer su aprendizaje del Presidio, si alguno viene que haya tenido la ingrata fortuna de haber agraviado, ofendido o perjudicado a cualquiera que dentro del Penal haya conquistado cierta preeminencia —sobre todo si el enemigo se encuentra ya trepado en la Comisión de Mayores— entre los presos, con una especie de compasión fría, con algo parecido al interés displicente de un espectador cansado por la repetición del evento, se corre la noticia:

—¡Llegó Fulano, el pobre!... ¡Le «cayó debajo» a Zutano!... ¡«Le pasa la rueda por encima» de todas maneras!...

Y así se desarrollan las venganzas entre presidiarios: un lento y sutil tejer de araña; un duelo entre un ratón y un gato; largo, angustioso, prolongado pérfido y cruelmente, en medio del silencio cómplice de varios y del terror de muchos, temerosos de caer en idéntico trance, más tarde o más temprano...

¡Y así fue la venganza de Manes! La que me contó Murphy; la que yo cuento ahora.

Era un hombre bajito, flaco, un tipo desmedrado. ¡Pero sin duda que su mundo moral era más bajo aún!...

Un día llegó una cordillera, y él, que como mayor de la Comisión conocía con anterioridad la lista de los presos trasladados, fue a recibirla. ¡Allí está su hombre!... ¡Le sonrió casi con afecto, con sincero regocijo!...

—Al fin caíste en Escambray, le dijo... (¡Le había llegado el ratón que un día, cuando él sólo era un embrión de gato, lo había mordido en la calle... Y se dispuso a retozar un poco!)...

Una vez aquel hombre le había dado una bofetada en la calle y él era un hombre bajito y cobarde... Estaba bien. Algún día «se viraría la tortilla»... ¡Y el tiempo lo llevó al Presidio, en donde ya Manes era un Jefe, un mayor de galones rojos!...

El hombre hizo el aprendizaje de los reclutas, «metido entre ceja y ceja» del jefe de ellos, a quien Manes se lo había recomendado... Y los ejercicios estúpidos y fatigosos

lo agobiaron. Algunas veces, delante de su enemigo, le gritaban aquellos salvajes y acostumbrados insultos, vejándolo y amenazándolo...

Después pasó a una cuadrilla. Pero le quedaba lejos a Manes y este hizo que se lo trasladaran para un taller del patio, en donde lo tenía a su lado, siempre a la vista...

Allí un día pasó y le dijo:

—¿Te acuerdas de aquella galleta que me diste?...

—Sí... ¿Y qué?...

—¡Nada!... ¡Ahora me la estoy cobrando!...

Y se alejó riendo...

Un compañero, compasivo y conocedor, le dijo:

—¡Oye, «arregla eso» con tiempo, mira que te conviene!...

Pero «arreglar eso», quería decir humillarse, rebajarse, ponerse a los pies de aquel tipo odioso, y no lo hizo. Era un hombre valiente. ¡Y en Presidio ningún hombre puede ser valiente!... Por eso se perdió. Acaso contaba demasiado con la cobardía de Manes y con la influencia que él pudiera tener en la calle.

Un día Manes entró al taller y le dijo:

—Oye, me parece que esto es muy suave para ti... Te voy a mandar para La Yana o para la cuadrilla de Pérez Cubas... Ya tú debes saber lo que es eso... ¿Te acuerdas de la galleta que me diste?... ¡Ya me llegó el desquite!...

Pero el hombre había ido perdiendo el control de sus nervios y se desbocó:

—¡Tú no eres hombre en la calle ni lo eres aquí tampoco!... ¡Tú no eres capaz de matar a un hombre!... ¡Tú no eres más que un cobarde, un pendejo, un hijo de puta!... ¡So cabrón!... Y se le abalanzó...

Manes había conseguido lo que quería, exasperarlo, obligarlo a perder el control, irritarlo hasta el límite... Y los insultos del recluso le sirvieron para llevarlo a juicio y condenarlo a los trabajos extenuadores e inhumanos de La Yana, sin pasarlo, como caso excepcional, por los nueve días de «pan y agua» en las celdas...

Cuando regresó del trabajo, por la noche, destrozado de fatiga, desnudo, hambriento, tiritando de frío, se le apareció ante la reja de su celda de castigo con algún compañero, también de los validos del Capitán, y se lo mostró con burlas:

—¡Este fue el tipo que me dio una bofetada una vez!... ¿Qué te parece? ¡Se está poniendo flaco, el pobre!...

Las burlas cada vez habían sido más crueles; el hambre y el frío, por la debilidad creciente, más intensos, y la desesperación tocaban casi con la locura...

Por la noche lo dominaba el terror, pese a toda su virilidad puesta en guardia para no dar muestras de flaqueza ni de cobardía... ¡Pero la venganza se le iba apretando al cuerpo y al espíritu, como una serpiente, lenta... lenta... lentamente!... ¡Y temblaba de miedo ante la muerte implacable!... ¡Y de cólera por la impotencia en que estaba!... ¡Y de rabia por haber caído debajo de aquella babosa con forma de hombre!... Algunas veces, melancólico, fatalista, recordaba con pesadumbre el momento en que había golpeado a aquel hombre... ¡Su martirio era perfecto!... ¡Pero Manes, a su vez, cogió miedo. Cogió miedo a que le arribaran la presa que podía mover algunas influencias cerca del Capitán, de las que él estaba enterado, y se decidió a dar un golpe de audacia.

—¡Mañana te voy a matar!... ¿Te acuerdas de la galleta que me diste?

¡Y se alejó de la reja contento de sentirse insultado, odiado profunda, eterna, sombríamente!... ¡Y de ser él dueño de aquella vida, como un niño de un juguete que quiere romper... y que lo puede romper!...

Ya estaba satisfecho, plenamente satisfecho. La última noche, sigilosamente, como un ratero, se había acercado hasta la celda del hombre. Se puso a escuchar. Dormía sobresaltado, agitándose, de pronto, con sobresaltos, emitiendo hondos suspiros de pesar, gemidos de angustia, estertores ronc... ¡Y ante la sonrisa acobardada del «imaginaria», en la misma boca de la reja soltó una bárbara y feliz carcajada sarcástica!... Despertado al instante, los ojos del infe-

liz revelaron el miedo, el espanto inaudito que con tanto valor podía ocultar su yo consciente, pero no el subconsciente, siempre débil; y el grito, el chillido de terror se le escapó de la garganta, refugiándose en el fondo de la celda... ¡En tanto, por la circular paseaba, alejándose en espiral, la carcajada diabólica de Manes!... ¡Los presos sintieron el escalofrío de la muerte, y al hombre, tembloroso, lo sorprendió la resonante diana, aullido del amanecer atormentado!...

Por la mañana, por la madrugada, cuando la cuadrilla salió para La Yana, al soldado de turno Manes se le acercó y le entregó dos retratos: los de los hombres que había que matar ese día... ¡Y se despidió de su hombre con una sonrisa burlesca y feliz!... ¡La cuadrilla, en la turbia claridad del amanecer, se perdió por el camino, con sus pasos vacilantes y sus figuras hambrientas y aterradas...

¡Al mediodía sonaron dos disparos y dos hombres cayeron en el fango!... Como siempre, boca abajo, con las balas en la espalda... ¡La ley de la fuga se había cumplido!...

Pero cuando por la tarde se trasladaron los cadáveres, los encargados de asentar en los libros las defunciones y correr los trámites necesarios, experimentaron una contrariedad, los muertos no eran los que se esperaban para ese día...

Manes había cambiado las fotografías y había entregado al guardia la de su odiado enemigo y la de otro que le convenía desapareciese... Su venganza se había cumplido... ¡Un buen negocio un cadáver por una bofetada!...

Y dicen «que se armó»; que Manes por poco pierde el puesto y que se cerró La Yana «del tiro», entonces... Todo para hacer el paripé...

¡Y mientras tanto, el infeliz se pudría bajo la tierra del cementerio!...

Si alguien pregunta: «Bueno, pero los dos que iban a matar y cuyos retratos no se dieron, se salvarían, ¿no?»... alguien les podría contestar:

—Sí, ¡hasta que se abrió La Yana otra vez, al poco tiempo!...

Capítulo XXVIII

El Tiempo

Para ningún hombre —ni aun para el historiador o el astrónomo—, el Tiempo ha sido Señor tan absoluto, como para el hombre preso. Es en el Presidio donde el silencioso monarca caminante tiene su trono implacable y donde sus dos fríos e inalterables consejeros —el Reloj y el Almanaque— ejercen su función con más perversa lentitud y ceremonia...

El Reloj, funcionario infatigable, tiene su ayudante de campo: la Corneta; varios agentes secretos: el Hambre, el Cansancio y el Sueño; y dos atormentadores: el Insecto y el Espanto...

Como un mayoral de negros esclavos, cruel y bárbaro, no suelta a sus hombres y los flagela impiamente, desde el amanecer hasta la noche.

La Corneta, perra perseguidora de cimarrones, en el tumulto estruendoso de la diana deja percibir su agudo ladrido y, después, durante el resto de la fría y neblinosa madrugada, en la mañana tibia y luminosa, por el ardiente y brutal mediodía, en la tarde lenta de fatiga, y en el anochecido melancólico, incansable, ladra y aúlla, azora y precipita a los hombres y, como cabestro de ganado, los lleva al trabajo, al baño, al médico, al comedor, al recuento, a la escuela y al sueño... Y a las nueve de la noche, fatigada ella también, acaso llena de vergüenza en el alma de sus cobres, tradicionalmente heroicos y marciales, lanza ese quejido, ese lamento inexpresable, que se escapa en el toque de ¡Silencio!, y que es largo, hondo, desgarrado y tembloroso como la queja de algo que se muere con la pena de una vida inútil y desconocida...

¡Así es la Corneta en el Presidio, perra perseguidora de cimarrones, y su mando es tan autoritario, que los reclusos tienen los ojos en el oído!...

Pero el Reloj cuenta con servidores aún más habilidosos, porque son traidores; ¡no son perros, sino parásitos crueles!...

¡Ahí está el Hambre!... ¡histérica y convulsa, que retuerce las tripas y afloja, como gajos muertos de un árbol, los brazos y las piernas de los hombres, y les llena de nubes negras y fugaces las pupilas anémicas!...

¡Ahí está el Cansancio, amarillo y violáceo, cloroformo de los músculos, que convierte la sangre en plomo lento y habla en voz baja con la Angustia!...

¡Ahí está el Sueño, turbio, gris, que nubla la luz, que duerme los ruidos y columpia su hamaca en las pestañas!...

Los tres servidores terribles se coaligan unos con otros, forman terribles alianzas, hacen restallar sobre los nervios irritados latigazos de sobresalto, y, mientras tanto, el Canciller del día, el Reloj, con sus dos ceremoniosos lacayos—Horario y Minutero— igual siempre, eternamente igual ante todo, contempla con indiferencia el crepitar del horno de infierno en que el régimen bárbaro quema las vidas de los reclusos... ¡Pero no son ya perros ni parásitos los dos atormentadores de oficio con que cuenta el blanco Cajero de las Horas... (¿Por qué, por lo menos en Presidio, el reloj no es negro, profundamente negro, con agujas fosforescentes y iabólicas?...!) ¡Los dos atormentadores son alimañas venenosas, arácnidos aterradores, escolopendras sinuosas, escorpiones ponzoñosos, vampiros, pulpos, monstruos de la asfisia y la succión!... ¡Así son el Insecto y el Espanto, atormentadores de oficio del Señor Implacable de los Veinticuatro Pájaros de las Veinticuatro Canciones Perdidas y Olvidadas!... ¡El Insecto!... ¡Muerde el alacrán, con su emestida de toro, bajo de la penca caída; salta la araña desde el fondo de su cueva y huye, traidor, el ciempiés, por entre los fangos!... ¡Pero eso es nada...! ¡La mosca, puerca, repugnante, vuela en nubes, se mete en la boca abierta del

bostezo y por la ventanilla de la nariz, después de posarse en el cadáver podrido picoteado por las auras!... ¡Y son millones, millones que arrastra el viento y trae desde las casimbas de la costa en donde el pescado se encharca y muere, cocinado por el sol!... ¡Y en la comida vuela la mosca..., y viene, muerta, flotando sobre los caldos!... Pero eso es nada... ¡En los pantanos, por las ciénagas y por el fango, prueba el mosquito su cuerdecita de mal violín y, como alfileres de una llovizna de fuego, va quemando las caras y las manos de los hombres, que se revuelven coléricos o implorantes!... El ácido aguijón levanta ampollas y mientras tanto, el cruel jején, invisible, labra su anónima mordedura; y las guasasas, como humo vivo, penetran a la garganta, caen en el remolino de la respiración y se encharcan sobre la humedad de las pupilas, irritando violentamente los lagrimales... Pero eso ¡aun! es nada... ¡Por las noches, los cuerpos desnudos de los castigados en las celdas, tiemblan de frío y de debilidad!... ¡o de terror!... El mosquito ensaya entonces música de cámara y en su vuelo hay algún vals burlón o sarcástico. El preso, mordido a un tiempo por varios lados, se desespera en silencio... ¡Nunca la diabólica *Sonata* de Tartini pudo tener intérpretes más crueles!... ¡El Insecto, incansable, a la madrugada, vuela hacia las charcas a esperar las cuadrillas!... ¡El Reloj puede estar satisfecho de sus servicios!...

¡Y el Espanto!... La divinidad negra, iluminada de pálido, amanece con la luna de las celdas y por las madrugadas se va con las cuadrillas!... De día, buitre de sombrío vuelo, hace pasar su sombra por encima de los hombres en el trabajo y su vigilancia es constante y su vista incomparable... Los hombres nunca le dan la espalda... ¡De vez en cuando, como el alcatraz, desciende vertiginoso sobre aquella agua de hombres... y se lleva una víctima!...

Por las noches el buitre sufre un avatar misterioso y se convierte en pantera de silenciosa marcha y pupilas fosfóricas... Pasea por los corredores de las circulares y su ágil contorno oscuro se perfila en la sombra reflejada... Se

asoma a las bocas de las celdas y sus ojos lumínicos alumbran el terror de los ojos insomnes, refugiados en el fondo... ¡A veces se retira rugiendo sordamente, pero otras, con elástico salto, cae sobre un hombre y estalla el grito que hace temblar a la gigantesca circular, como si fuera un monstruo vivo!... ¡El Espanto!... ¡También el Reloj puede estar satisfecho de sus servicios!...

¡Y cómo no va a estar satisfecho, si ambos le prolongan la vida, si el Insecto se encarga de que el día nunca termine y el Espanto de que la noche jamás se acabe!... Pero con todo y tan eminentes servicios, el Tiempo, caballero en cuyas armas campea la insolencia burlona del signo de infinito y del Cero de la Nada, siente un profundo desprecio por el Reloj, avaro del minuto —centavo del tiempo— y aprecia mucho más a su otro Ministro: el Almanaque, que más refinado y sutil, emplea auxiliares bien distintos a los del Reloj.

Los presos cuentan por almanaques su condena. Dicen: «¡Me faltan cuatro almanaques!»...

Abrumados por el tiempo que les ha de pasar por encima, toman una unidad grande para hacerlo menos numeroso, menos sensible.

Y por eso el Almanaque lucha victoriosamente contra su propia estructura. Para ello cuenta, como auxiliar máximo, con una insaciable y lúbrica mujer: la Esperanza, que cohabita todas las noches con los presos y por el día les incita los deseos y les da impulsos para todo... para cualquier cosa... ¡La Esperanza es uno de los vicios irremediables del hombre preso!...

Pero, además, el Almanaque tiene otros eficaces ayudantes en las Fechas y en los Sueños, instrumentos que se encarga de esgrimir con habilidad perversamente incomparable la Esperanza... Y ahí le quedan como anzuelos crueles, los indultos, las amnistías y las rebajas de condenas...

Nosotros conocimos presos para quienes, desde el mes de enero, iban siendo oportunidades brillantes las fechas patrióticas todas del año: 24 de Febrero, 20 de Mayo, 10 de Octubre y 7 de Diciembre... y aun los simples días festivos,

como los de Nochebuena y Año Nuevo, en cada uno de los cuales esperaban salir del Presidio, o cuando menos, recibir una buena rebaja de pena... Después, por varios días, quedaban silenciosos, cohibidos, arrinconados... Eran como pobres muñecos a los que se les hubiera roto la cuerda!...

De las fechas se vale el Almanaque para fragmentar su unidad demasiado grande y por lo mismo demasiado noble... Por ellas, el año para el recluso es como un grupo de años, y como siempre florecen los débiles retoños de algunos indultos y rebajas, la Esperanza se mantiene en pie, la agonía se prolonga, como el humo...

Pero los Sueños son aún más malévolos y traicioneros. Carne de la imaginación, el sueño del preso se alimenta con lo que no tiene, con lo que espera tener: la Calle y la Mujer...

¡La Mujer!... ¡Los hombres que no han estado presos no saben lo que es la Mujer!... ¡Ni siquiera en el sentido animal y lúbrico de la palabra!... ¡No lo pueden saber, como no sabe el rico lo que es el hambre del pobre!... ¡Como en los cuentos de la infancia, cuajados de héroes y aventuras maravillosas, la Mujer cobra en la imaginación del preso magnitudes y perfiles fantásticos, que para el hombre sensible no se limitan al sexo estricto, sino que se extienden, como una enredadera milagrosa y perfumada, a lo más puro y lírico del corazón humano!...

La Mujer, en los Sueños, sacude el látigo de todas sus curvas sobre la carne encarcelada del preso, y lo exaspera, y le pone los ojos pequeños, y le hace rabioso el deseo, la voluntad de salir... ¡Por la fiebre de un sueño de mujer estoy seguro que más de un hombre se ha sentido capaz de estrangular a un compañero!...

Muchos por ella han caído en Presidio y por ella dentro de él muchos han cometido infamias sin paralelo...

Por eso en los Sueños, realidad de las Esperanzas, se les presenta a los presos con la persistencia de una maldición, con la crueldad de una sentencia... Y cada noche es una pesadilla dulce y venenosa, grata y enfermiza, como el opio...

—¡Esa mujer me tiene enfermo!... —me dijo aquel preso una vez... ¡Y era verdad, estaba enfermo, amarillo, y las manos flacas le parecían hojas secas de un gajo muerto!... A mí me impresionaba aquel hombre a quien la dulce enfermedad de un sueño reiterado hacía retroceder hasta la adolescencia, procaz y turbadora...

¿Y la Calle? La otra trampa perversa está tendida con todo el refinamiento. Si la Mujer es el ángel libidinoso que tortura los Sueños, la Calle es el oro falso con que el Tiempo angustia las Esperanzas del preso. ¡El oro falso, es la verdad!...

¡Porque la imaginación del preso, tierra del trópico, exuberante, lujuriosa, abona con las aguas lustrales la realidad del matorral que dejó y sobre él hace crecer un bosque sonoro, pujante, espléndido y hermoso, en el cual pájaros de inverosímiles colores cantan inverosímiles canciones!... ¡Para otros, para los que no tienen remedio, en cambio sólo moran en el bosque los ofidios omnímodos de la Venganza y el Rencor!...

Pocos lo confiesan, porque para eso está mezclado en todos el complejo de «hombres»... pero bastante nos han dejado entrever el color de una esperanza: ¡La Calle,... la Calle!... y uno, en un momento de debilidad y de entusiasmo nos confesó, con esa ingenuidad que sólo se encuentra en el niño, o en el hombre conmovido, todo lo que pensaba resucitar en su vida cuando saliera a la calle, todo lo que pensaba rehacer... ¡toda su alegría de comenzar a vivir!...

¡Los pobres!... Sueñan con la Calle, con la Libertad, con salir a comenzar la vida, y la Libertad los espera... ¡con los brazos cerrados!...

¡Porque la Libertad es para el preso como la sombra de los viajeros que proyecta la luna en los caminos blancos, que va siempre delante, que nunca se alcanza!... ¡Y es sombría también la Libertad del preso!...

Para muchos, la Libertad será llegar y no encontrar a la mujer o encontrarla con hijos de otro —¡torturadora obse-

sión de los presos!—; ¡será llegar y no encontrar amigos, tener que cambiar de pueblo, buscar inútil y humildemente el derecho a comer... la oportunidad de vivir... ¡Para muchos, desesperados o perdidos, la Libertad sólo será un retornar por el camino de la cárcel, un descender por el plano inclinado del vicio hasta la ergástula, hasta la sentina del asco, en donde, expertos ya, el terror será menos y el hambre más suave!...

Y así es como, para un pavoroso número de «libertados», el Presidio se convierte en un vórtice vertiginoso que se traga a muchos y que arroja hacia la periferia a otros, destrozados, que más tarde el tumulto de las aguas volverá a llevar hacia el centro... ¡Y así, ya para siempre, hasta la muerte!...

Retazos de reflexiones sombrías que se le escapan a uno, como palomas negras, y caen sobre la blancura del papel. ¡Es mejor que se queden así, como parte de una acusación no ya a un hombre, sino a toda una sociedad cobarde y bribona, ruin y decadente, que derrama la leche artificial de su bondad en creches de crónica social, en orfanatos de recomendados, en beneficios de teatros, mientras la virginidad del niño se pudre en la promiscuidad de la pobreza y el corazón de los hombres, martilleados en el Presidio, se trueca en llaga hedionda!... Acusaciones que se escapan, pero no contra los presos, purificados por el martirio, sino contra todos... ¡Contra todos los que pudiendo hacer algo no hacen nada!... Contra muchos de los que leerán esto y pensarán y dirán: «¡Qué horror!»... ¡Y ahí terminará su esfuerzo!

Como una acusación perpetua de la maldad humana, de la crueldad del Tiempo, conservo en la retina, clara, firme, fija, con todo de su figura vacilante y borrosa, la imagen de Zabala, que entró en el presidio en 1905 y allí vivió cerca de treinta años... Que tuvo distintos jefes, unos que no se ocupaban del Penal y otros que se ocupaban demasiado; que fue testigo silencioso de horrores indescriptibles; que vivió al lado de criminales sin paralelo; que conoció de vandalismos

brutales, de astucias que repugnarían a una serpiente, de traiciones sin apelativo... ¡La figura de Zabala, para quien la historia de Cuba tenía un paréntesis mudo de treinta años durante los cuales nada había pasado en el mundo!... ¡Ahí estaba la figura de Zabala, con su frente agujereada por el suicidio, que inutilizó la perversa habilidad del cirujano, y que vio entrar en Presidio y salir de él miles de hombres, mientras él se quedaba! ¡Aquí está en mi imaginación, caminando por los corredores marmóreos y callados, con su uniforme de un azul tan desvaído ya, que parecía su contemporáneo de prisión; mudo, con su paño de limpieza en la mano, espantando las moscas del hospital; silencioso como una sombra; autómata, anestesiado por la brutalidad del tiempo, que algún día, no hará tanto, salió por fin a la calle y se habrá perdido por el mundo para comenzar de nuevo la vida, a los setenta años, medio ciego, desconocido, inconsciente hasta de su imbecilidad, pero agarrado a la vida, como la raíz de un árbol seco a la tierra, ya estéril por el tiempo!... Contemplándolo un día, un preso, un hombre de treinta años, me dijo:

—Miren ese hombre... ¡Treinta años en Presidio... Y a mí me quedan treinta «almanaques»!... ¡Voy a salir como él... viejo, impotente, ciego... sordo! ¡Para qué quiero la vida entonces?...

¡El Tiempo!... Ni el historiador ni el astrónomo saben lo que es el Tiempo. Sólo los que hayan naufragado en él, como los presos, pueden comprender lo terrible de su poder inalterable; su grandeza y límite...

¡Él, padre de la vida... único superviviente de la muerte!...

SEXTA PARTE

VÍCTIMAS

¡No hay nada comparable a la derrota!...
En la calle, un hombre vencido por la vida, desciende. La miseria lo cubrirá de harapos. Acaso termine en borracho. Tal vez se suicide... En Presidio, como un hombre ya no es un hombre, no puede descender más... Allí no vale ser loco, ni estar tísico. Como no existe la piedad, no se reconoce el dolor.
El hombre se convierte en piedra, pero silenciosa. Cae en el molino y es triturado, pero no puede quejarse...
¡Pasan los hombres vencidos!... ¡Es la derrota!...
¡Nada comparable a ella!...

Capítulo XXIX

Los físicos

Cuando el soldado *Peligro* (José García Díaz, 15 665), utilizado por el capitán Manuel Rodríguez Batista (*Colinche*), entonces jefe de la Guardia Secreta del presidente Machado, asesinó de la más cobarde y repulsiva manera a un chofer, disparándole por la espalda, cuando manejaba su guagua, al cabo, fue preso y condenado a muerte. Nosotros lo conocimos entonces, cuando, como reo de muerte, vivía en las celdas de El Príncipe, frente a nuestras galeras.

Era un mulato colorado, grande, fuerte, alto... Era ingenioso también, y terriblemente pícaro jugando a las damas, en las que apenas tenía rival.

Hacia poco en el Castillo se había dado garrote a Padilla y a Castro. La presencia de un nuevo condenado a muerte causaba expectación. Nosotros, que ya habíamos conocido al verdugo, no tuvimos inconveniente en tratar al reo, por más que su crimen había sido en extremo innoble.

Peligro era un hombre original, con personalidad, con un vocabulario singular. Creo que hasta simpático nos era... Siempre decía: «El caballero conoce... El caballero me trató mal... El caballero se equivocó»... Y, mientras hablaba, con su mano enorme, que cubría medio tablero, con extraordinaria habilidad cambiaba las fichas de lugar, aunque estuviera ganando, parece que por una costumbre innata de hacer trampa.

A veces, cuando pensaba que su inductor lo iba a abandonar, le daban raptos de melancolía y de silencio, hundéndose en su celda... Otras veces, seguro de que, el temor a que hablara, obligaría a sus elevados cómplices a salvarlo, se volvía locuaz y dicharachero...

Y, al fin, lo condenaron a muerte... La tarde en que regresó del juicio, lo rodeamos y le preguntamos:

—El caballero me maltrató... Estuvo duro el caballero... (Esta vez «el caballero» era el Fiscal.)

Mas, conforme esperaba, el temor a que, llevado al garrote, contara toda la verdad, obligó a Colinche a obtener de Machado la conmutación de la pena, por más que esto viniera a confirmar los rumores públicos...

¿Pero, una más qué le importaba al Asno con Garras?... Y Peligro, fue a parar a Isla de Pinos, con sus seis pies de estatura, sus 180 libras, y su ánimo confortado por la promesa de sacarlo de allí en breve tiempo...

Pero el pobre Peligro tan luego como llegó, a pesar de que el aire era tan saludable y de que él era joven y fuerte, y de que enseguida, para evitarle los trabajos rudos lo vistieron de blanco, enfermó de tuberculosis y murió a gran velocidad en el sanatorio del Penal...

Mas este es sólo un caso que cito porque está ligado a recuerdos personales y a típicos hechos del machadato... Además, porque nos dio una idea de lo que debía ser el sanatorio de los tuberculosos del Presidio Modelo... aislado, propicio para todas las refinadas monstruosidades capaces de ser concebidas en aquel antro únicamente...

Ya en Isla de Pinos, tuvimos oportunidad de conocer algunos datos «insignificantes». Por ejemplo, que los mismos mayores que colgaron a Luis Peine y Cuchillo por robarse dos chorizos en la cocina, se reunían por las noches en el hospital y, allí, con lo que se robaban de la comida para los tuberculosos, hacían aquellas comilatas que los iban poniendo gordos, cebados, barrigones, como *palandchards* humanos...

Pero el sanatorio estaba muy lejos de nuestra vista y, en realidad, ninguna impresión directa de lo que allí pasó puedo dar. Por fortuna, los presos tuvieron confianza en mí y hoy puedo reproducir íntegro el informe de un preso con su propia ortografía y puntuación, según he hecho en todos

los casos semejantes, y que está redactado por Mauricio Basulto Salas y firmado por él y por Ramón Carmona Díaz. Dice así:

El que suscribe Mauricio Basulto Salas, mayor de edad, casado, y hoy preso juro ante los tribunales de justicia, decir la más estricta verdad que es la siguiente:

Yo fui el primer enfermo que subí la escalera que da entrada a este Sanatorio y he benido observando muy detenidamente todos los hechos realizados por el Jefe de este Departamento Sr. Julián Cruz Díaz y su cuadría de esbirros y asesinos.

El primer caso una infame y terrible calunia que costó la vida a los hermanos Antonio y Domingo Bescala y ha un tal Aniceto González estos tres infelices fueron víctimas de una trama imbentada por el beterinario y también preso Dr. Gollito Santiestebe, y el antes mencionado Julián Cruz, Jefe de este Sanatorio, que les acusaron de tener preparada una fuga, esto lo hicieron con el fin de eliminarlos toda vez que ellos sabían que aquí el que se acusaba en una causa de esta naturaleza era afusilado en el momento.

El primero de estos buenos señores hiso esto para hebadirse de pagar cuatro mil pesos, que en clase de préstamo le facilitaron los hermanos Domingo y Antonio Becala, y el segundo o sea el tal Julián Cruz lo hizo atendiendo a la influencia que disfrutava el tal Gollito, y por que temía que Domingo Bescala le quitara el puesto que el como Jefe desempeñaba en este Sanatorio, para poder probar esta infame calunia al hoy, Capitán Pedro Abraham Castells busco el tal Gollito Santiestebe Dos cuchillos que los trajo aquí un mayor de la Comisión de apellido Cuní (negro por desgracia) este buen señor metió los cuchillos debajo de los dos colchones de las camas de los infortunados hermanos Antonio y Domingo Becala, y así quedó comprobado que ellos se preparaban para la fuga, estos hechos se realizaron el 19 de abril de 1930. Sabado de Gloria a las tres de la tarde y a las tres y media fueron afucilados los dos hermanos Domingo Bescala # 7 867 y Antonio Bescala # 7 868; y al tal Aniceto González # 12 149, fue infamemente condenado a

morir a pan y agua en una Cerda en la que falleció a los 13 días, a este se le acusó de haber traído los cuchillos.

El informe, de una precisión absoluta en cuanto a las fechas y números, demuestra que Basulto siempre se preocupó de los horrores que allí se cometían. El detalle de escoger a un infeliz más para inmolarlo, a fin de completar la trama, es realmente monstruoso. Como esta muerte ocurrió ya fuera de su radio de investigación, el dato ya no es cierto. Aniceto González no murió a los trece días, sino casi al mes, el 16 de mayo, y no debilitado por el hambre, sino de «mal de Bright», según certificó el doctor Francisco Santiesteban, que tenía que estar más enterado que Basulto...

Sigue el informe cada vez más acusatorio:

En este infame trama también tomaron parte con gran interés y como testigos los siguientes pistoleros y maquiabólicos Nicanor Camacho # 9 972. Este recide en Sagua de Tánamo (Oriente) Ipólito Durán conocido por alias Lobató, este de San Luis de Oriente). Francisco Monteagudo de Santic Spíritus probincia de Santa Clara (Fermín García Benite 12 319) Niquero, Oriente) y Manuel Santana Marrero # 7 863, Isleño de Canaria Capital de las Palmas.

El primero de estos indibiduos o sea el tal Nicanor Camacho # 9 972 dijo en su regreso que habían tenido tanto excito sus acusaciones en contra de los hermanos Bescala, que en el momento de despedirse de el Capitán le dijo, desde hoy es usted Inspector de este departamento, y sin contar contigo no se podrá hacer nada absolutamente allí, esto no era cierto, ni el Capitán dijo tal cosa, pero el utiliso este maquiabelismo para demostrar que disfrutava de grandes influencias con el Capitán, y así poder cometer beinte mil infamias y atropellos como los cometió con Unverto Rojas Valdés un enfermo grave a este infeliz le dio una entrada de golpes en su propia cama, más tarde estropio a Antonio Pérez, luego a Loreto Aguero, todos estos indibiduos enfermos graves; y él ya puede usted jusgar un hombre de 193 libras, también negro, por suerte.

Basulto se muestra torpemente racista, ya que ni Castells, ni Goyito Santiesteban, las dos máximas figuras del terror en Isla de Pinos, tenían nada de negros... Como tampoco eran negros Machado, ni Viriato Gutiérrez, Orestes Ferrara, Wifredo Fernández y Vázquez Bello, sus más notables sostenedores... ni siquiera a los funestos «jefes» Crespo, Carrerá, Trujillo, Fors y Calvo lo fueron; y hasta casi blanco era Arsenio Ortiz, el sombrío asesino, lo que no impidió que se hablase siempre de los «porristas negros»...

Pero a Basulto se le puede perdonar su fobia racista a cambio de esas escenas de tuberculosos enfermos, golpeados brutalmente por un hombre de 190 libras... Sin duda, de esta manera sustituían allí con gran éxito la aplicación del neumotórax artificial...

El informe pasa a:

El segundo caso.

Rafael Urrutia # 9 377 También víctima de una infame calumnia, este penado cometió la simple falta de regalarle una lata de leche a un compañero que entro a este departamento en el que se encontraba Urrutia, ospitalizado, este hecho fue denunciado al Jefe de dicho departamento, Sr. Julián Cruz Dias y este de acuerdo con un sargento, que hacia serbicio al rededor de él Sanatorio; visto el caso y para darle mayor importancia y a sabianda que estos hechos eran castigados con la muerte; le acusaron de pederasta pasivo y empedernido, y el Capitán, hordenó que fuese recluído en una Cerda, donde fue «estrangulado» por la noche, y sin embargo yo se que le fue comunicado a su familia, que había sido muerto de una hemotisis furminante, careciendo esto de toda veracidad, a pesar de que Urrutia era tuberculoso, pero él mismo decía que nunca se había visto tan grueso como se encontraba en ese tiempo.

Este caso, relatado por Basulto, muestra un típico caso de «número ocho» por sodomía, que para tantas inmundas

venganzas se utilizó. Rafael Urrutia murió el 26 de noviembre de 1930, «de tuberculosis pulmonar»...

Pero más dramático, y más conocido en el penal, fue el caso de Félix Albert, # 14 845. Véase cómo relata su muerte el informe:

Este infelice fue traído del conocido castigo «llana» que se impone por la más simple falta; en un estado que daba pena verle de los culatazos que traía marcados por todo el cuerpo y los brazos en el gueso, pues la carne de la parte delante se la habían arrancado los maderos que cargó en el fastídico y conocido castigo de la llana.

De primer momento le dieron ingreso en la enfermería de este Penal con el objeto de darle muerte en dicho departamento, parece que por circunstancias no se proporcionaba la oportunidad; y entonces fue trasladado de nuevo al Sanatorio lugar más propicio, ya que en este lugar trataron primeramente de ponerle una inyección de estrinina para cuyo efecto llamaron al sargento sanitario, señor Jacinto Barqui, que al dar cuenta que se trataba de un asesinato, dijo, yo estoy medio malo y muy nervioso y no puedo inyectarlo, y entonces le dijeron, retírese usted, y llamaron a Charles Brón, un negro jamaicano que mide tres metros de alto, y es hombre de gran musculatura, Antonio Guerra y Ramos Seberino y Silberio Conosido por alias Congo y Manuel Santana Marrero; y así quedó realizado el asesinato, por estos infames que estrangulaban de la manera más billana a aquel infeliz.

Pero también Félix Albert, un hombre a quien tenían castigado en La Yana, murió el 6 de abril de 1933, de tuberculosis pulmonar... Y el caso es tan inhumano que yo sólo quiero que se crea aquí la *verdad oficial*... esto es, que a un tuberculoso se le mandaba a trabajar en La Yana... ¡Basta con eso para juzgar a las bestias!...

Si hay algo más espantoso que este relato que sigue, es porque de veras la senda de la vileza humana es infinita, y es azul el alma de los tigres...

Antonio Ojeda # 14 707.

Joven de 20 años de edad, recluido en el Hospital de este Penal, pues aparecía como Demente, cosa incierta pues esto lo hacían los mayores de la comisión o los Jefes de Departamentos cuando querían obligar a un joven a meterse a sodomista, y si no lo conseguían después que lo sometían a veinte mil suplicios los mataban, igualmente lo hacían con cualquier hombre, que ellos tuvieran la más simple indiferencia o por no gustarle su modo de ser su opinión y en muchos casos por invidia.

Esta muerte fue verificada en la mañana del día 8 de abril de 1933 de la manera siguiente. siendo como las ocho de la noche de ese mismo día como a las ocho de la noche se le acercó a su cama a donde vivía el Jefe del Departamento nombrado Julian Cruz Diaz acompañado por su segundo Jefe Antonio Guerra Ramos y el Enfermo Charles Bron y Severino Silverio conocido por el (congo) y de un pomito que portaba el primero uvo de darle una pequeña Dosis del veneno que contenía y que como al minuto empezó a sentirse los síntomas de envenenamiento y a los hayes y quejidos que daba la víctima nos acercamos los hoy sobrevivientes que a ud. damos estos Datos nombrados Mauricio Basulto Salas Natural de Cienfuegos y el segundo Ramon Carmona Díaz natural de Pinar del Río. Y que esa noche debido a la presencia de nosotros no pudieron verificar el asesinato.

lo dejaron para el segundo día o sea 9 del mismo mes siendo como las ocho de la mañana de este mismo le repitieron la dosis y como tampoco le surtio efecto entonces entre el nombrado Julian Cruz Antonio Guerra y Severino Silverio Charles Brohow lo levantaron en brazos de su cama donde yacía para conducirlo a un lugar apartado que para esto tenían preparado y allí pudimos comprobar los que suscribimos el cuadro más orripilante que en vida se haya presenciado ver cuatro hombres asecinando a un infeliz y uno apretando el pescuezo otro por los Brazos y otros por los pies y a si sucesivamente ubieron de darle muerte Elevosamente a este infeliz: Antonio Ojeda Pérez.

Primer responsable de esta Muerte El Sargento mayor del Hospital Luis María Pérez quien ordenó su asesinato sin previa autorización del comandante Pedro A. Castells.

Esta vez, parece que por un humorismo macabro, el médico buscó una muerte oficial que se asemejara a la que le dieron a Ojeda, zarandeado y estrangulado a la vez, y certificó su muerte «a consecuencia de Espilepsia»... (Y el certificado de muerte la fija en 24 de junio de 1933 y no el 9 de abril, como dice Basulto).

Aún relata otro caso el informe. Es el de Vidal Ordaz y Pérez # 5 159, cuya muerte ocurrió el 7 de julio de 1933, fijándola Basulto en los últimos días del mes de mayo. Resulta curioso cómo el narrador conserva con mayor precisión las fechas antiguas que las más recientes...

¿Sería que el espectáculo del crimen, a fuerza de repetirse, dejó de tener tanta importancia para él?... Es probable. Una vez estudié en Psicología que si la atención no variaba terminaba por desaparecer, y, en Isla de Pinos, la atención no variaba; allí el asesinato dejó de ser noticia y no los muertos, sino los que lograban salir con vida del Penal fueron los que llegaron a dejar recuerdo en lo hombres...

Este es el último caso relatado:

este Compañero ingresó en el Sanatorio en los últimos días del mes de mayo a las siete de la mañana con la consigna de darle muerte como lo verificaron ese mismo día a la una de la tarde de la manera siguiente que para poder aplicarle el narcótico tubieron que aguantarlo los mismos asesinos que anteriormente relatamos por ser un hombre de bastante fuerza.

dando el Bochorroso caso que cuando ingresó lo sentaron en una banqueta y que el segundo Jefe o sea Antonio Guerra le preguntó a su Jefe Julián Cruz que adonde alojaba el Paciente contestándole el susodicho Cruz que para lo que a él le quedaba de vida que adonde quiera estaba bien).

como en efecto a la 1 de la tarde de ese mismo día le dieron muerte con envenenamiento. Y no seguimos relatando por que sería interminable la lista). (fdo.) Mauricio Basulto Salas. Ramón Carmona Díaz.

Sí, hacen bien en no seguir relatando tanto crimen... Cansa ya comenzar a leer tanta narración que se sabe que va a terminar con un hombre asesinado... Cansa ya todo esto, tanto como la imperturbable impudicia del médico; esta vez, el enfermo, al que «porque es bastante fuerte» hay que sujetar para que, a la fuerza, se tome el veneno, murió también de «tuberculosis pulmonar»...

Debo, para terminar esta narración, decir que, para juzgar el grado de inhumanidad que rigió la vida del Presidio Modelo, en lo absoluto es necesario dar crédito a ninguno de estos relatos del sanatorio de los tuberculosos. Basta con ir allí y comprobar, cómo en aquel lugar en que tantas cosas fastuosas e inútiles se construyeron; cómo en donde hay un verdadero palacio para la administración; cómo donde hay una bella herradura de chalets para los empleados; cómo donde existen dos inmensos pabellones para el hospital, al que, por otro lado, tan difícil era ser admitido; cómo donde se construyó un magnífico edificio para la planta eléctrica; cómo, en fin, en donde hubo para todo, hasta para construir una magnífica «casa de maternidad», como Castells llamaba orgulloso a las casetas para las cerdas paridas, nunca hubo para hacerles un alojamiento siquiera decente y limpio a los tuberculosos, que vivían allá lejos, en unos barracones de madera vieja, pintados de blanco, suspendidos sobre pilares, con pisos rotos y paredes y techos remendados...

¡Y es que aquello, lejos de la vista del público, asombrado de tanto mármol, más que un sanatorio fue un matadero, y ya, como matadero, hay que reconocer que estaba bastante bien!...

Capítulo XXX

Los locos

Los locos del Presidio Modelo eran los locos más cuerdos del mundo... Este detalle fue siempre para nosotros una acusación terrible... Nos decíamos: «¡Cómo será esto que hasta los locos guardan la “disciplina consciente”!»

Y, en efecto, en casi dos años que estuvimos reclusos en aquel pabellón, teniéndolos de vecinos, muy raras veces pudimos notar que ocurriera algo extraordinario en su patio. Los primeros días de nuestra estancia, uno cayó en un arrebato violento y por más de tres días con sus noches estuvo aullando igual que un perro, infatigable, tenazmente... Mucho después nos dijeron:

—¡Uh, ese murió hace tiempo... Ya estaba muy malo cuando lo trajeron... Molestaba mucho en las circulares!...

Desde aquella vez, más nunca habíamos oído a los locos, hasta una tarde en que de pronto se llenaron los corredores amplísimos con el grito agudo y airado de:

—¡Asesino!... ¡Asesino!...

Nosotros corrimos a la reja de la puerta y desde allí no pudimos presenciar nada; sólo oíamos confusas voces encolerizadas y el rumor de una pelea. Pero Rolando Soria y otros se encaramaron por el parabán del fondo y se pudo ver cómo un loco, o un cuerdo enloquecido, increpaba violentamente a todos sus compañeros, inmutables al pie de sus camas, de que lo iban a dejar asesinar; que allí no había compañerismo, y, mientras tanto, luchaba furiosamente con Lugo, Tamayo y otros loqueros, hasta que por fin fue derribado a tierra y conducido a las celdas...

Al escándalo que armó Soria en protesta del atropello, acudieron algunos de los mandantes y explicaron que «se

trataba de un arrebató que le había dado y que no le pasaría nada absolutamente, que perdiéramos cuidado, que allí se sabía tratar a la gente»...

¡Y parece que lo «curaron» porque más nunca lo sentimos!...

Cuando nosotros llegamos allí, la sala del pabellón donde nos alojaron era la correspondiente a una sección de los *presuntos dementes*. (Y como «presuntos dementes» se pasaban años y años en el Presidio, sin ser trasladados al Hospital de Mazorra.) Más tarde, estuvimos en la otra sección. En ambas había una serie de celdas para los «furiosos» —según nos dijeron— con una sólida reja exterior, servicio, ducha, cama y un espacio para moverse. En realidad estaba muy buena. Nosotros las utilizamos para guardar nuestras cosas; la fracción del Partido Comunista para sus reuniones celulares, y, al fin y al cabo, vinieron a ser cocinas donde Matías y Bartolo preparaban aquel infinito chocolate de Puchito Gálvez que alcanzaba para todos, y en donde Raúl y yo intentamos infructuosamente freír bien un par de huevos...

Un loco es siempre un espectáculo para un cuerdo. (Yo, muchas veces, he pensado si acaso un cuerdo no será también un espectáculo para un loco...) Pero en Presidio, inmobilizados dentro de los límites de un patio, un loco cobraba para nosotros el prestigio de un acontecimiento. Allí, para distraernos, sólo disponíamos de las estrellas por las noches y de los locos por el día. Porque no quiero contar los juegos eternamente repetidos, el ajedrez infatigable que jugaban César Vilar y el Viejo Zacarías Lara con sus «jaque a Na Julián» y el repugnante chismorreó y la intriguilla en que se solía incurrir y que fue aumentando a medida que el tiempo caía sobre todos. ¡Parece que el hombre, como el agua, cuando se estanca se pudre!...

Así, cada vez que teníamos una oportunidad, nos asomábamos al patio de los locos.

Ejercía una fascinación extraña y perdurable el contemplarlos.

Había uno, alto, serio, fuerte, que arrinconado en una esquina pasaba todo el tiempo libre, erguido y saludando militarmente a imaginarios generales... A lo mejor, para él, desfilaban todos los estrategas de la historia, desde Alejandro hasta Foch, y nosotros, estúpidamente, nos burlábamos de su manía. Otro, de rostro hondamente preocupado, dibujaba en el aire singulares trazos, como si fueran números, como si fueran nombres... Parece que consciente de que a la postre todo se borra, le daba lo mismo grabar en el espacio. Otro con amplios y nobles ademanes, como un tribuno lleno de prestigio y de serenidad, casi como un profeta, se dirigía sin palabras a muchedumbres vacías, seguro en su oratoria de que lo que más pudiera interesarles sería el gesto teatral y no la idea que callaba...

Algunos, a lentos y sosegados pasos, caminaban filosóficamente; otros, tirados en el piso pulido, dormían bajo la caliente luminosidad del día.

Uno me impresionó mucho una vez; miraba hacia arriba, hacia el espacio, de una manera inteligente, sin cambiar nunca la vista, como si la lanzara a un infinito recorrido por los cielos en espera de que alguna vez, desde la distancia interminable, le llegara alguna visión capaz de estremecer su sensibilidad petrificada...

Pero ninguno se metía con nadie. Todos se respetaban entre sí, hasta tal punto, que [me] pareció un olvido o desprecio de los demás. Cada uno estaba sólo en el mundo. Aquello era la apoteosis de la anarquía más perfecta y sólo venían a romperla, precisamente, los que no eran locos, los encargados de «cuidarlos»... De imponer entre ellos la «disciplina consciente», que tan pocas veces alteraban.

Andando el tiempo tuvimos oportunidad de estar en contacto más directo con los locos, porque nos los pusieron de criados, sin duda como un medio aislador más. Y, en algunas ocasiones, cuando se disponía el baldeo general de

nuestras salas, entraban en montones, con sus palos, cubos y sacos, como una ronda estrafalaria, con sus cabezas rapadas, sus pantalones remangados, sus ojos de azoro y su caminar incierto.

Cuando entraban a baldear, para casi todos ellos, nosotros éramos los locos y muchos demostraban verdadero temor de acercárseles. Algunos huían cuando nos les aproximábamos. Y es que el formidable escándalo que armábamos en los juegos de *volleyball* lo encontraban inexplicable. Acaso se preguntaban: «¿Cómo es posible que “aquí” haya alguien que se atreva a gritar?» Y luego nuestras fachas, desnudos una gran parte, otros con pantalones desflecados, otros sólo con camisetas; aquel envuelto en una frazada, unos con melenas y barbas espantosas, contribuían a aumentarles la idea de que no éramos como ellos...

Varios se hicieron nuestros amigos.

Rompemonte, que en realidad no era loco, causaba nuestra admiración y cada vez que llegaba alguna cordillera con nuevos presos políticos, pedíamos que lo trajeran, para mostrarlo. Si no hubiera sido por lo feo que era hubiera podido pasar por alguno de los modelos gigantescos de Miguel Angel o Rodin. La estatura, que era buena, no era lo excepcional. Lo excepcional estaba en su musculatura, incomparable con nada conocido. El negro confesaba que los brazos «le pesaban tanto que tenía que tener las manos en los bolsillos»... Y eso que los deltoides descomunales con que remataban sus hombros, parecían casquetes de granada... Los antebrazos, tejidos de venas sombrías, eran como trozos de mineral oscuro, y los bíceps, tendidos en la rígida contracción, semejaban los émbolos mal fundidos de una locomotora gigantesca...

Siempre comentábamos:

—El día que a Rompemonte le dé un arrebató no queda nadie en Presidio y muchos van a llegar a nado hasta Batabanó...

Con calma, con solemne ritual, Rompemonte se comía siempre cinco, seis y siete raciones de hombre... ¡Era el pago que le daba el Penal por el espectáculo de su musculatura montañosa!

Pero con quien nos divertíamos de lo lindo era con El Monito. El Monito era un negrito, negro como un pájaro negro, casi enano, de ojos pícaros y brillantes, que «sabía todos los idiomas».

Uno le decía:

—Monito, ¿tú hablas francés?

Respondía que sí, y cuando le pedíamos:

—Habla algo para ver; soltaba una rastra de disparates que invariablemente provocaban la más ruidosa hilaridad. Y lo mismo era en alemán, inglés, ruso, italiano... Lo que uno quisiera. A veces, alguien le decía una jerigonza cualquiera y él respondía imperturbable con cualquier enredo de sonidos indescifrables.

Lucero estuvo mucho tiempo trabajando con nosotros y era el encargado de limpiar los servicios, que tenía siempre brillantes.

Era un negro haitiano, color de café con leche oscuro, de musculatura poderosa y elástica, como la de un simio. Tenía los maxilares prominentes y el cráneo deformado. El día entero se lo pasaba en un «hu... hu...» bajito y como lamentoso...

A veces se ponía colérico con Nicolás, su compañero de trabajo, y como un león enjaulado, rugía sordamente extrañas palabras de su *patois*... Pero jugaba con nosotros, que le dábamos siempre dulces y cigarros, y cuando le preguntábamos:

—Lucero, ¿por qué ustedes no gritan allá al lado, en su patio?, siempre respondía:

—No se puede... no se puede... Y se iba barriendo con su eternos «hu... hu...»

Pero de entre todos los locos que estuvieron con nosotros, fue Matanzas el que más simpatías conquistó.

Era un negro de esqueleto destartalado, alto, flaco, sonriente, y que, en más de una ocasión, nos dio la idea de que nos tomaba el pelo a todos.

Según él «nunca había estado en Presidio ni en Isla de Pinos» y desempeñaba con nosotros el cargo de «Jefe de la Guardia Rural del Orden Interior».

Por lo general, cuando le preguntábamos, apenas si le faltaban 19 días o cuatro meses para salir, «para irse». Tenía los dientes incisivos rotos y el labio superior con una gruesa cicatriz. De acuerdo con su relato, todo esto era el resultado de su pelea con Willard, al que, unas veces en el primer round y otras en el segundo o tercero, él había noqueado, gracias a que antes de subir al ring se había tomado una Coca-Cola. Lo cierto es que los dientes le faltaban por una bárbara trompada que le dio Domingo el Isleño una vez...

Aunque Matanzas había sido soldado y contaba cosas de las «guerras» en las que él había tomado parte, lo que siempre agrupaba un considerable número de oyentes a su alrededor eran los relatos de los viajes que había hecho en su «caballo».

Sólo el «caballo» de Matanzas requeriría largas páginas de tan sabrosos episodios como recuerda.

Tenía Matanzas un sentido tan burlón de la geografía que nos divertía tremendamente oírlo. Resultaba que montado en su «caballo» salió una vez para España, de allí pasó a Inglaterra «La Chica», luego a Inglaterra, «La Grande», para venir luego por Italia a Jesús del Monte... Todo con una facilidad encantadora y en no menos de un día, desde luego. Cuando le preguntábamos:

—Bueno, Matanzas, ¿y dónde tienes tú ahora el «caballo»? respondía que el Capitán se lo estaba cuidando, que estaba un poco viejo, que había que darle descanso... Tantos y tan formidables viajes llegó a realizar Matanzas con su «caballo» que cundió la envidia y entre toda aquella gente

medio loca también, se empezaron a repartir caballos... Así, llegó a ser famoso el «caballo» de Figurín, el «caballo» del Gallego, el «caballo» de Paradas, el «caballo» de Maceo, el del Chino, el «potrico» de Gómez, etc. etc., tipos singulares en la prisión a cuyas «locuras» la gente fue atribuyéndole un «caballo» como el de Matanzas.

Y lo probable es que si seguimos allí un poco de tiempo más, muchos habrían acabado locos de veras, con auténticos «caballos» en la imaginación...

Capítulo XXXI

Los hombres azules

Bajo la injuria de la llovizna pasan los hombres azules de las cuadrillas... Como un ejército prisionero, desarmado, roto y macilento, pasan por la calzada, bajo la lluvia interminable. Resignados y sombríos, pasan en un silencio de pensamientos turbios... De los sombreros de yarey, hilos de la lluvia se descuelgan sobre sus ropas azules y sucias, penetran las carnes blancas, negras y amarillas y la marcha es un escalofrío caminante... Son los hombres azules, los infelices presidiarios para quienes el tiempo es más viejo, más lento, más tiempo...; para quienes el silencio es una ley inexorable y la dignidad una sentencia de muerte... ¡Para quienes el terror y el espanto son como dos perros insomnes que vigilan día y noche en las pupilas recelosas y fatigadas!...

Nosotros, desde lo alto de nuestras ventanas, todos los mediodías los veíamos pasar para las canteras de mármol en donde el sol implacable hace odiosa la luz, de tanta blancura. Perico, nuestro compañero, le había puesto El Gran Desfile a la marcha destrozada de aquellos hombres; y era, sin discusión, el espectáculo más impresionante de que pudimos disfrutar nunca allí. Todos los días trepábamos a nuestras camas para verlos pasar y al cabo muchos rostros llegaron a sernos familiares. A veces, bajo un sol rabioso, pasaban humillados, como si los sombrerones fueran de hierro; bajo las rachas del viento tempestuoso, con los ramalazos del aguacero, también pasaban empapados por el agua; pero era en esos días en que no cesa la llovizna fina, ni el sol aparece un segundo en el cielo, cuando más impresión causaban en nuestro ánimo, al pasar para el trabajo; algo así como la sensación de que su castigo no terminaría nunca, de

que sería eterno, para siempre, para jamás, era lo que casi nos enfermaba el espíritu. La contemplación de aquel desfile, semejante a una «Internacional» de las angustias, sin más ceremonial que la mudez, hería nuestra sensibilidad, impotente para reaccionar, y, en consecuencia, una simpatía irresistible se nos despertaba por ellos, inclinándonos, sin previo juicio, a ponernos de su parte.

Una vez, —¡mil veces!— asomados a la ventana, vimos pasar aquellos carros arrastrados por hombres, lentos como bestias cansadas, castigo infamante e inútil, ya que tan poco trabajo costaría mantener allí unos cuantos caballos de tiro, y uno de nosotros se atrevió a entonar la canción desoladora de *Los boteros del Volga*. El capataz miró hacia nuestro sitio con ojos terribles y los hombres, torciendo apenas la cabeza, nos dejaron ver sus rostros iluminados de alegría... Para ellos, el que les cantaran con tal simpatía la canción de los esclavos, era casi una reivindicación, un castigo a sus castigadores... Sin duda que lo contarían a sus compañeros de las circulares. A nosotros nos vinieron con los clásicos: «Parece mentira que nos hagan eso a nosotros que somos amigos de ustedes», y etc., etc. Pero la «disciplina consciente», nos toleraba esos «resbalones».

Un preso, que nos oía hablar de la impresión que en nosotros provocaba el espectáculo, nos dijo un día:

—Ustedes ven eso, bueno, pues parte de la culpa es de nosotros mismos, los presos, que somos gente mala. A mí me han contado que aquí, al principio de venir el Capitán, no se trabajaba ni los domingos ni los días de temporal. Pero una vez, porque el cielo estaba gris y amenazaba con llover, al sonar el toque de «trabajo», la gente empezó a gritar: «¡No, no!» Y a silbar al corneta y dar gritos... Y le fueron a contar al Capitán que la gente no quería salir y el Capitán mandó a buscar seis soldados y le dijo al corneta: «¡Toque trabajo!»... Pero ya la gente estaba subida de la cabeza y siguió gritando y chiflando... Y no digo yo si hicieron fuego... Desde entonces se trabaja siempre, y hasta toda la mañana de los domingos... Pero no se ocupen de eso... ¿El Capitán no les

dijo a ustedes que era para «divertirnos» que siempre nos daba trabajo?...

El preso, que dominaba la ironía, hizo una pausa burlona y luego siguió:

—¿Usted no ve qué cara más «distráida» tiene ese hombre amarilloso que entró a componer los inodoros? Pues ese lleva como veinte años así... ¡Y los que le quedan para distraerse!... Y fíjese qué alegre y divertida pasa la gente de las cuadrillas... Sobre todo cuando hay frío y lluvia... ¡El trabajo!... ¡El trabajo que hay aquí no es para regenerar sino para degenerar en bestia a cualquiera!... Pero a ustedes es claro, a ustedes les pueden meter toda clase de cuentos... Ustedes han venido aquí a «probar el desayuno» como aquel que dice, y están fuera de las cosas... ¡Dígale que me venga a embutir, a mí, anda!...

Llegaban estos hombres en el cañonero estrecho, custodiados por los soldados, y después, hacían aquel aprendizaje estúpido del «ingreso» en el que, durante un mes interminable, un selvático profesor de gimnasia los tenía haciendo desarticulados ejercicios. Después pasaban a las cuadrillas a guardar silencio, un silencio tan inverosímil, que cuando el soldado Morales, preso con nosotros, pudo ver a su hermano que llevaba cerca de dieciocho años en Presidio, este pudo contarle: «Aquí yo no hablo con nadie... En todos estos años, hasta este momento que hablo contigo sólo había dicho tres mil doscientas diecisiete palabras»... El hombre y la anécdota eran singulares, y nosotros, después, muchas veces nos pasábamos ratos enteros pensando en aquel preso que durante muchas ocasiones se había levantado y se había acostado sin decir una palabra, sin dejar escapar nada del abejeo de sus pensamientos...

La táctica, por lo demás, era bastante corriente entre estos hombres. Ellos sabían que el silencio era su único aliado, lo único que acaso les permitiría pasar inmunes por aquella fila piel roja, ladeada de acechanzas, emboscadas y traiciones.

Y aún hay que añadir que muchos, con el tiempo, materialmente perdían la facilidad de hablar a fuerza de monologar

para sí mismos... ¡Aprendizaje de la locura, que hacían algunos!...

Pero con ser su silencio impresionante, era lo que hablaban, en momentos de audacia y de confianza, lo que mayor interés despertaba.

En sus labios, el desprecio y el odio cobraban matices singulares para sus compañeros vencidos por la prisión, y que gracias a ello habían logrado ascender hasta la Flota Blanca a disfrutar de sus beneficios.

Un cierto orgullo de estar presos, de ser auténticos presidiarios, era para ellos como una especie de satisfacción, de desquite ante la adversidad, y la palabra *hombre*, que tiene para los presos un significado estricto y cabal, les servía a manera de insólito blasón. Decían:

—Esos no están presos... ¿Usted le llama estar preso a estar vestidito de blanco, tener un trago de ron de vez en cuando y comer por las noches todo lo mejor de la cocina? ¡Eso no es estar preso!... ¡Estar preso es aguantar como «hombres» la cuadrilla, la siembra, las canteras, el rancho!... Eso es ser «hombre» y lo demás son «claveles»... Toda esa gente tiene padrinos en la calle y aquí al Capitán... ¡Y luego salen hablando que si estuvieron en Presidio, que si han matado! ¡Na!... ¡Total na!... ¡Putas infelices es lo que han matado casi todos ellos!... Yo los quiero ver en La Piedra... ¿Usted no ve como casi todos ellos están gordos, que parecen curas? Fíjese cuando pasen las cuadrillas a ver cuánto gordo usted ve pasar. ¡Se los pago a peso!... ¡Búsquelos, búsquelos!...

Después que yo aprendí a oírlos, a desentrañar todo lo que quedaba oculto tras la expresión rústica o brutal, vine a conocer que el odio, el odio auténtico, puro, sin mancha, es el que se alimenta de temores. Y de entre todos los odios humanos acaso ninguno puede ser comparado con el que siente el preso por el preso favorecido; para este son los insultos más atroces, y entre estos, ninguno manejado por el presidiario con tan malévolas saña como el de afeminado... Apenas si para ellos había alguno entre los más sobresalien-

tes de la Flota Blanca que no lo fuese y de quien no contarán anécdotas degeneradas y grotescas. Y fuera falsa o cierta la versión, los presos sentían un goce perverso y pleno al desquitarse de esta manera de sus atormentadores. En aquel juego de bolsa bestial, unos especulaban con el terror y otros con la ignominia...

Tendido sobre la cama, con el pensamiento atónito, en las horas de las madrugadas prematuras, yo especulaba sobre todo este mundo lóbrego, bajo, vil y cobarde del Presidio. Incomprensible casi para mí. Mundo para topos y culebras, de bestialidad primitiva, de ancestral hediondez, en que el hombre, en vertiginoso descenso, llega hasta las capas más inmundas del espíritu, hasta a monstruosas denigraciones. Y, en el amanecer fantástico, propiciador de extrañas imagerías, a muchos de los que yo ya conocía bastante, los iba transformando en cerdos, jubos, auras tiñosas, ratones y cernícalos, repugnante antro zoológico que venía a desvanecer luego, de momento, la presencia verdadera, meliflua y servicial de muchos de mis «modelos».

Pero aun dentro de este universo de doblez y de perfidia, verdadera placa de inmundicia vista con un microscopio gigantesco, nosotros encontramos un manantial puro de simpatías... Nosotros nos inclinamos hacia los hombres azules, los infelices abandonados en el bosque de los espantos, sin más armas que su terror, su impotencia y su silencio, por el mismo impulso que nos llevara a muchos a simpatizar con el marxismo militante, al lado de los oprimidos del mundo: por ese impulso humano que se siente por el débil, por el esclavizado. Y acaso porque una especie de intuición adivinatoria nos revelaba que aquellos hombres no eran tan malos como lo eran allí; que el Presidio, tal como funcionaba, hacía terrible al presidiario, convirtiéndolo en fiera audaz o en reptil venenoso y traidor; acosado por dondequiera, se defendía con las armas que le dejaban: eso era todo.

Y ya, llegados a este terreno de comprensión, el desfile diario e impresionante provocaba en nosotros un estado de simpatía cordial hacia sus indiscutibles faltas y una conmi-

seración casi violenta hacia sus inauditos sufrimientos. Y hoy, la evocación del vaho fétido de La Yana envolviendo como una neblina tibia sus cuerpos rendidos por el inhumano esfuerzo: el de los lodazales de La Fuente Luminosa, con sus fangos resbaladizos y traidores; el de las leyendas de El Cocodrilo, lloviznando de balas y abonado con huesos de hombres, levanta en mi mente un aliento de piedad generosa, de lucha porque termine la tortura incomparable, y recuerdo el comienzo de aquel poema que entonces escribí:

*¡Hombres azules de las cuadrillas,
que pasáis lentos bajo la lluvia!...
Asesinos, ladrones y tahúres.
¡Carne podrida
reivindicada por los tormentos del Presidio!...*

SÉPTIMA PARTE

GEOGRAFÍA DEL PÁNICO

Ya, para llegar a seiscientos cadáveres de presidarios, muy pocos han de faltar en la Isla de Pinos...

Y allí no hay aparecidos. Allí parece que a los muertos también los matan... Allí no hay más rostros de espectros que los de los vivos, en la espera constante de la muerte...

Y, sin embargo, aquello es bello, y ni siquiera tiene la siniestra fama que debía tener..

Se espera a que haya un cadáver por cada uno de los millares de pinos funerarios que cubren la Isla para que esta alcance la fúnebre fama de la tragedia.

Capítulo XXXII

La isla traicionada

La isla traicionada. Debo decir algo del escenario donde se desarrollaron los inhumanos acontecimientos que relato. La Evangelista, llamó Cristóbal Colón a la Isla y en ella dominó un tiempo el indio guanahacabibe Caracusey. Después se llamó siempre Isla de Pinos.

Rocas marmóreas y marismas de manglares forman el suelo de la isla. Canteras de mármol negro, blanco y rosa se levantan a la orilla del mar que forma en ellas insólitas playas de sorprendente belleza, con arenales rosados como crepúsculos; blancos como la luz y negros como las aguas de la noche... Un sol esplendente, un cielo azul y un mar tranquilo... Millares de ágiles pinos; montañas pequeñas, que parecen gigantes por la instantaneidad con que se elevan sobre la llanura; ceibones de robusto tronco y papayas silvestres, crecen entre las piedras de los mogotes; en pedregales inhóspitos, la tuna punzante ofrece la desoladora sensación del desierto, como los pinos ofrecen la ilusión del Norte; por las marismas anegadas, una increíble exuberancia de mangles rojos y amarillos, y de yanales sobre los que el gigantesco guanabá pasea su majestuoso vuelo; por el curso de los ríos, yagrumas y ocujes, majaguas y ceibas y en las corrientes, biajacas que se comen los guayacones y truchas importadas que se comen las biajacas; entre el masío que orilla las charcas, y por los pantanos de los yanales, los cocodrilos ilustran el paisaje con su traidora pereza; bordeando todos los caminos, zarzales de granadillo, la maravillosa madera; por la costa sur, ébanos reales, guayacanes y yaitíes inexplicablemente inexplotados; mangos corpulentos por Santa Fe, la de las aguas medicinales; hermosísimos

naranjales y toronjales rodeando típicas casas americanas con enredaderas de buganvillas y huertas de lechugas y coles de los laboriosos japoneses; de vez en cuando, aislada, alguna frondosa y sensual *Sterculya faetidissima*, cuajada de frutos rojos, como sexos de mujer; y para que también haya en el paisaje algo de Cuba, algunos enormes algarrobos crecen en los potreros y las palmas reales se dan dispersas, lo mismo que las palmeras de yarey y del yuraguano, de elegante abanico...

Esta fue la isla singular a la que el Presidio traicionó, pues su crueldad incomparable no se conformó con los hombres y se extendió al paisaje, que ofrece el complejo de la desolación...

Todavía yo recuerdo cuando el bello nombre ¡Isla de Pinos!, era una grata evocación; cristal fuente de los ríos, playas de mármol desmenuzado, alegres pinares, llanos de retoños verdes para los arbolitos de Navidad... Pero el Presidio comió hasta en la imaginación de los hombres y hoy el nombre —¡Isla de Pinos!— tiene una sonoridad sombría y los pinares extensos sólo son como enormes campos sepulcrales de infinitos muertos desconocidos.

Antes, el barquito que llevaba los temporadistas hasta la Isla, era alegre como un juguete, ahora... «Yo creo que este es el barco más triste del mundo... el que más personas tristes ha transportado», me decía, en el último viaje que di, Arencibia, un joven de Nueva Gerona.

¡Y sobre la Isla, como un bando de gigantes carairas, reposa el Presidio, en la espera de que aún algo más se pudra para devorarlo también!...

Capítulo XXXIII

El Columpo

Sobre la playa de El Columpo descansa el muelle del Penal. Por él desembarcan las cordilleras de presos, hombres que acaso no vuelvan a ver el mar o que lo verán de nuevo cuando ya tengan las pupilas fatigadas de tanto ver las mismas palmas, la misma eterna loma, trepada por los platanales...

Una arena fina y brillante, como el polvo que sube por los rayos del sol cuando se limpia en las casas, cubre la playa de El Columpo, y sin gradaciones, instantánea, como un fiordo noruego, se alza la pequeña montaña de mármol, que parece enorme. En la claridad del día se distinguen los árboles, sobre todo los gigantes ceibones, de verde musculatura, pero en la tiniebla del amanecer, cuando los presidiarios al descargar echan humo de frío por la boca, al aproximarse el barco al muelle, la montaña, negra, con sus contornos perfectos, parece el lomo de algún proboscidio fantástico ahogado en el mar por millones de años.

Millares de hombres vestidos con el sucio azul del uniforme de mezclilla, han desfilado al borde de la montaña, por la fulgurante carretera de mármol, rumbo al Presidio...

A sus faldas estuvieron sentados en un crepúsculo irónico, Arroyito, El Moro, Cundingo, Huelelea, El Mexicano y Ramírez, quienes más tarde, en El Guanal, cuando ya la noche era profunda, a pesar de ir esposados y conducidos por sargentos y cabos, todos expertos tiradores, tuvieron la desmesurada osadía de pretender fugarse... ¡Qué imprudentes!...

¡Ni siquiera llegaron a conocer qué hermosas eran las circulares del Penal!

Capítulo XXXIV

La Piedra

Al principio era La Piedra. Las cordilleras íntegras eran volcadas en La Piedra para sacar de la sierra de mármol todo el material necesario para las construcciones de edificios y caminos.

Cuando nosotros llegamos nos alojaron en el pabellón número dos del hospital, y desde las ventanas veíamos pasar las cuadrillas y luego contemplábamos el efecto de las explosiones. En broma decíamos: «Esos son “los estudiantes” de Isla de Pinos, que están poniendo petardos»...

Pasaban para las canteras hombres pálidos, como hojas muertas, al lado de verdaderos héroes; pretuberculosos que tendrían que voltear la mandarina; hombres lisiados que apresuraban fatigosamente la marcha para no quedarse atrás.

La Piedra está al costado de la Sierra de Caballos, es parte de ella misma; es lo que los barrenos, las mandarrias y barretas le han ido comiendo a la montaña. Y como tiene la entraña blanca de mármol y está en el camino del sol desde por la mañana hasta que el atardecer tramonta la loma, es este y no la mandarina, ni el cansancio ni el hambre, el implacable enemigo. El sol de Isla de Pinos tiene rabia tropical; fulgura violento, y de las piedras blancas de la cantera brota una blancura insolente; por eso los hombres agradecen más que un jarro de agua, el paso de una nube...

Octavio Fornells tenía su sustento en la vista: era grabador. Lo mandaron a trabajar en las canteras y... «Tendré que usar espejuelos cuando salga», dice. ¿Pero por qué extrañarse de que a un grabador lo mandaran a picar piedras?... ¿No tuvimos nosotros, acaso, enfermeros que vinieron a

conocer en Presidio el bicarbonato y la aguja hipodérmica?
¿Y, por qué se queja Fornells de La Piedra? ¿Porque se le debilitó la vista? ¡Bah! ¡Entonces que dirá El Tuerto!

¡Pero El Tuerto ya no puede decir nada! ¡Menéndez, su escolta, impidió para siempre que pudiera hablar, que pudiera mirar de frente al «Jefe» y hablarle con la voz brava de un hombre!... ¡Y tampoco podrá hablar aquel que le dio las puñaladas al Chino, cuando este era jefe de piso!... ¡Aquel tampoco podrá hablar, porque la última vez que lo hizo fue para suplicar al soldado «que lo dejara hacer una necesidad» y el soldado se lo concedió: «¡Con tal de que fuera la última vez!»...

Capítulo XXXV

El Cocodrilo

Después vino El Cocodrilo...

Hasta él llegué con la emoción con que un historiador debe recorrer un campo de batalla...

Si se quiere llegar hoy hasta El Cocodrilo, por el potrero de Marielina, Antonio Sánchez Pérez mostrará enseguida el camino que se hizo a la charca con el único fin de que pudieran llegar hasta ella el médico y el juez, para certificar las muertes... Hoy, la yerba en parte cubre el camino, pero el viradero de la máquina, al mismo centro del zanjón, es bien visible todavía. Muchas veces, al bajarse, el juez decía: «¡Ah caramba, muchachos, ustedes no escarmentan!» Y, después, compasivo, ¡desaparecía en la máquina hasta la nueva «fuga»!...

Con el mismo guía, si ya no ha cumplido su condena, próxima a extinguirse, y que estaba trabajando en El Ojo del Agua cuando yo fui, se puede llegar a El Cocodrilo a través de un corto tramo de monte, lleno de ocujes, y júcaros y yabas, y en donde el arriero lanza su grito al paso y el tocororo apenas se digna cambiar de rama, como para exhibir mejor su hermoso plumaje. Por el monte de sonoras hojas secas se llega pronto al lugar del río Simón, conocido por El Cocodrilo, nombre que ya los presos dan a todo el arroyo, parece que en recuerdo de la bestia, potente y traidora, como la que devoró a sus compañeros...

Aquel es hoy un lugar de delicia para el desaprensivo o para el que no conozca la leyenda. A una orilla, la yerba paral del potrero, si no pujante, por lo menos fresca, invita a echarse en ella... ¡Pero esa yerba le costó la

vida a Crescenciano! Por sembrar un trocito al revés, el soldado le gritó: «¡Toma... para que aprendas a sembrar!»...

En esa misma orilla, un roble alto se levanta, como un testigo. ¡George Kelly, el testigo irrecusable, alto también como un roble, al lado de él contempló, pálido, la hecatombe!...

Del otro lado, una majagua florecida de rojo y amarillo, se inclina sobre el agua. Hacia un costado de ella crece un bagá que a su tiempo dará sabrosos frutos, como el anón.

En las aguas, de un azul turbio, reposadas, flota la hoja perforada de la uva y se abren sus botones amarillos en flores blancas, por las orillas, hojas gigantes de las yagrumas nadan imperceptibles sobre las aguas tranquilas y, sólo de tarde en tarde, se quiebra la superficie cuando alguna baidaca huye de las truchas que se importaron para poblar los ríos.

Todo es silencio. Da ganas de la siesta el paisaje. Pero si se camina un poco por el borde del agua se llegará hasta el límite del remanso y se verá lo que fue: una cañadita misérrima que un niño de dos años podría pasar. Una fotografía de aquel sitio marcaría el contraste. Si se le pregunta al guía para qué se hizo aquel trabajo, él dirá: «¡Para nada!»... Para mortificar a los hombres. ¡Aquí venían a las seis de la mañana y estaban hasta las seis de la tarde, cualquiera que fuera el día, con sólo diez minutos para almorzar, dentro del agua!... Luego se iban corriendo al trote hasta el Penal y allí les daban unos minutos para comer, parados, y enseguida, los ponían a trabajar en La Piedra hasta las doce de la noche, muchas veces. George Kelly, que sólo tuvo 20 días de castigo, perdió 50 libras en él; de 225 libras se quedó en 175.

¡En la imaginación se confunde, en indescriptible aligación el silencio y la tranquilidad del remanso que hoy queda, y el chapaleo precipitado de las palas en el fango;

el alentar afanoso de los hombres acosados y la angustia de los ojos que presentían la bala en el cráneo, por la espalda!...

Todo se mezcla en un rumor creciente, que no se sale sino a los ojos, que ninguna palabra podrá jamás imitar. Veo los dos cadáveres desbaratados por los *springfields* y el cinismo y brutalidad sin paralelo de aquel grupo que quemó tres hombres para justificar la fuga imaginaria, y una emoción cariñosa, incontenible, me confunde. ¿Es que acaso todos aquellos hombres no tenían también madres, mujeres e hijos? ¿Por qué sus nombres no se mezclan con los de las víctimas políticas del machadato? ¿Quién puede negar que Castells no fue uno de los alucinados por la locura sangrienta, por el vértigo de competencia cruenta que desbocó entre sus satélites el funesto Asno con Garras? ¡El Presidio tuvo también sus centenares de mártires y unos cuantos héroes!... ¡Todavía hoy los ojos de los presidiarios se alumbran de orgullo cuando recuerdan a Huerta y a William Müller, hombres soberbios y altaneros, que no se doblegaron jamás ni ante el terror ni ante la muerte, y que no tuvieron otras armas que las de una varonía exaltada hasta el paroxismo y un desprecio a la vida tan grande sólo como el asco que sentían por la vileza de sus asesinos!... ¡Yo pido que sus nombres se unan a los de las víctimas más puras del terror político en Cuba!...

Capítulo XXXVI

La Fuente Luminosa y la Loma de Tierra

¿Por qué le decían la Fuente Luminosa?... ¡Allí lo único que brillaba era el sudor de angustia de los hombres semidesnudos!... Aquel trabajo fue inútil. La excavación ancha y profunda; la montaña de barro extraído, descubrió al cabo el manantial de agua impura... ¡Aquello sólo sirvió para la historia del terror en el Presidio!... La Fuente Luminosa tiene 55 metros de diámetro y 45 pies de profundidad. Todo el barro extraído de la gigantesca taza se sacó a la superficie por una estrecha y empinada escalera, en tinajas, sobre la cabeza de los hombres... ¿Una grúa?... ¡Para qué, si el hierro no sufre!...

Pero hoy nadie puede hacerse una idea de lo que fue aquello. Aguas claras y tranquilas duermen sobre la sangre y el sudor de los hombres muertos, y el masío, como una corona, crece en los bordes de la taza, rodeándola por completo. A uno de los lados, el que tapa la vista del Presidio —¿sería un consuelo?— una loma de barro, excavada de la misma Fuente, se alza con la pesadez de un gigantesco obeso. Al otro lado, pero ya bastante más distante, está otra colina de barro, extraído también de la Luminosa, que es conocida por los presos con el nombre de Loma de Tierra y que fue el trágico escenario de numerosos asesinatos. Recorriéndolo por varios lugares, una tarde me encontré un viejo casquillo de rifle... ¡La imaginación, en su extraño funcionar, me trajo la idea de un cráneo vacío, y, más tarde, evocando los relatos que conocía, me ha obsesionado la singular se-

guridad de que el plomo que anilló el casquillo vacío le rompió la vida a aquel infatigable cargador, Armando Báez, a quien sus compañeros admirados le pusieron por nombre El Rey de la Tina Sola, y que estuvo 72 días subiendo barro por la escalera, y al no poderlo vencer por el cansancio lo fatigaron para siempre en la Loma de Tierra con una pequeña carga de fusil!...

Capítulo XXXVII

La Yana

Acaso en la leyenda del Presidio El Cocodrilo merezca la primacía en cuanto a la magnitud de la hecatombe, por la calidad de algunos de sus mártires; pero El Cocodrilo es hoy un lugar tan grato que es lástima que tenga historia, mientras que La Yana es —y será por mucho tiempo— un lugar inmundo, repelente, que da escalofríos de asco... Marismas más bajas que la playa en varios sitios y que, además, reciben la descarga pluvial de toda la Sierra de Caballos, para ser desecadas exigen, no que se extraiga de ellas el fango podrido, sino una canalización inteligente, un malecón que impida el flujo de las altas mareas y los nortes, y a la par, un paciente y macizo trabajo de relleno. Sólo así La Yana desaparecería.

Pero hoy, a pesar del bárbaro trabajo realizado durante varios años por centenares de hombres, La Yana sigue siendo una ciénaga hedionda, de un lodo negro y traidor, sobre el que las yananas tejen en barbacoa una monstruosa tela de araña, que hiere a veces las piernas de los hombres, pero que otras los salva de morir ahogados en el cieno de las tembladeras. Los mangles crecen en los pantanos con una exuberancia magnífica. Y al sentir el plaf-plaf de la marcha por las charcas, bandadas de guanabás enormes, de «cocos» blanquísimos o de garzas y yaguasas de elegante aletear, levantan el vuelo para ir a posarse más lejos. Donde el lodo comienza a tornarse más pastoso se ve con frecuencia la huella de los cocodrilos, siempre en curva, y a quienes los presos jamás tuvieron miedo: «¡Cocodrilo el soldado!», decían muchos. Pero, aunque el fango le suba a uno hasta las rodillas en plena seca, y nos dé por ello la momentánea im-

presión de que una tembladera negra nos va a sorber, no es esto lo que más impresión causa. Lo que más impresión causa es tirar una piedra, que se abra el pantano y se la trague y cierre luego la cicatriz en espera de otra... Lo que más impresión causa es caminar por una parte de la ciénaga tan sólida que sólo marcamos en ella la suela de los zapatos, y que no hace ruido, que es sorda, muda, como si debajo existiera una bóveda suspendida sobre un inmenso vacío... Lo que más impresión causa es caminar por la parte cercana del mar y ver millares, millones de pequeños cangrejos, que se retiran lentos a nuestros pasos, con las ruedas en alto, y pensar entonces en el terror de algún fugado, a quien la noche lo cogió en el fango y temió caer de cansancio, de hambre y de miedo y recibió nuevo aliento para la fuga en el espanto de sentirse devorado en la boca, ¡en los ojos!, por millares, ¡por millones de pequeños cangrejos insaciables!... Lo que más impresión causa es oír a esos hombres asustarse de sus propios recuerdos: oírles en los ojos, el terror, el último grito de un compañero asesinado, la explosión de los *springfields*, las bestialidades sin nombre de los cabos Quintero y Claudino García y el recordar ¡vivos! a los infelices compañeros muertos... Lo que más impresión causa es pasar por un charco y que nos digan en una evocación sencilla: «¡Aquí mataron a Juan Imbert!»... ¡Aquí, porque no podía cargar con un barril lleno de agua, le dieron un tiro a Higinio García!»...

¡Después ya no nos impresiona que nos cuenten la fatiga sobrehumana del paso doble, con la leña a los hombros, vencida sólo gracias al espanto de morir por la espalda, de no oír más nunca el toque de diana; ni nos impresiona el hambre de los castigados; ni la furia de los insectos; ni siquiera, al pasar junto a las fosas donde todos los detritus del penal desaguan, nos impresiona que nos digan que allí, en aquel zanjón asqueroso, metían a los hombres hasta la cintura a llenar cubos de excremento!... ¿Para qué impresionarnos por esto? ¡Seríamos entonces comparables al «cívico» juez

Vignier, hombre tan «sensible», que para no sufrir la conmoción de tales espectáculos, exigió que todos los «fugados» murieran precisamente al pie de la última palmita a donde podía llegar su automóvil!...

¡Y para complacerlo y evitarle crisis nerviosas, los soldados, a culatazos, obligaban a los compañeros de los muertos a cargarlos hasta la palma macabra y tenderlos sobre la yerba!... ¡Allí, dicen los presos, jamás se pondrá verde la yerba!...

Capítulo XXXVIII

El último insulto

El que quiera conocer el último insulto que vaya al cementerio del Presidio. Generalmente está cerrado, pero las tapias son bajas y se pueden saltar... ¡Allí, como si aún estuvieran listos para el toque de recuento, los presos se alinean en sus tumbas! Pero el recuento es acusador... ¡faltan tantos!... Sólo 209 cruces descansaban en la tierra recién removida por las excavaciones, cuando yo lo vi. (¡Y quizás no se haya dicho oficialmente; en algunas tumbas había dos y tres presos que aún después de muertos parece que quisieron fugarse de la muerte!...)

Pero no es esto lo que abrume el ánimo y alienta la cólera sorda. ¡Lo que subleva es el último insulto, el que los presidiarios ni después de muertos pueden recobrar su nombre!... Muere en el mundo de los libres un canalla, un bribón, y siempre habrá quien le perdone y hasta habrá quien le diga: «El pobre, después de todo ya murió.» Pero el preso no recobrará la libertad ni con la muerte, y para cubrir su vergüenza imperdonable, un número, como una clave, se grabará en su tumba.

Sólo un preso se salvó del último insulto. Fue Favila Regojo, quien fue amigo del capitán Castells y de Goyito Santiesteban y que murió «misteriosamente» envenenado. ¡Dicen los presos que a Favila le pusieron pinos sobre la tumba y su nombre en un libro de mármol, y lo enterraron en otro cementerio, en el de los muertos libres, para no tener que contemplar su fosa, que les recordaría constantemente la botellita de Otard Dupuy en la que echaron el veneno con que lo castigaron para que no hablara más nunca despectivamente del general Machado!...

OCTAVA PARTE

RELATOS

Fatiga, angustia, traición, soldados, balas, muertos...
¡Y siempre igual!...
¡Y olvido!...

Capítulo XXXIX

Historia de dos relatos

En esta parte del libro voy a incluir varias narraciones de hechos de la vida del Presidio, de muchos de los cuales no existe más que una prueba, la mordaz de la muerte y el temor de los presos al narrar. Para el fosilizado mecanismo judicial de nuestra sociedad nada de esto cuenta y lo mejor es hacer la narración, para que cada cual juzgue por sí mismo y tenga una visión, siquiera pálida, de lo que es el Presidio.

Los dos primeros relatos que siguen a continuación —«El Guanche» y «La obra»— fueron escritos en el mismo Presidio Modelo. Ellos, a su vez, tienen su historia.

Fue Cuna, un preso político que antes había estado por dos ocasiones en Presidio, que había sido de los primeros en llegar a la Isla «cuando no había nada» y que había pasado por aquel período legendario y bárbaro, saliendo de él con apenas algunos culatazos y unos empujones, quien nos contó los dos episodios.

Cuna tenía la figura del hombre indicado para hacer los cuentos del Presidio. De rudos maxilares, con musculatura tensa, hipertrofiada por el trabajo, quebrado de la cintura, con palabras procaces, dicharachos insolentes y rotundos escupitajos, su narración tenía siempre un colorido bravío, salvaje casi... Además, se le quedaba prendida siempre en la boca la rabia de la venganza, ese soñar con el desquite, gracias al cual tantos hombres soportan la prisión.

Como era un tipo original, aun allí donde todo el mundo lo era, me gustaba oírlo y así «se me pegó» todo su vocabulario soez y fuerte, fuerte como él mismo que era un hombre hercúleo, jactancioso de su fuerza y de su capacidad para el trabajo. Probablemente esto último fue lo que le permitió

sobrevivir a aquellos días de las primeras cuadrillas cuando, según nos contaba, los hombres que trabajaban en las circulares caían de los andamios, muertos, vencidos por la fatiga y se estrellaban contra el piso.

Yo escribí los dos relatos de Cuna a renglón estrecho y en papel cebolla, para que abultaran poco y facilitar de esa manera su salida a la calle, en la primera oportunidad en que se pudiera burlar la censura que, a cargo de Fu-Manchú, era hábil y astuta como una zorra.

Un día, por la tarde, supimos que Manuel Guillot iba a ser trasladado y como era de toda confianza se los di para que los sacara y se los remitiera, por conducto de Berta, su mujer, a Teté Casuso. Guillot los puso dentro de una cajetilla de cigarros en donde apenas eran perceptibles. Pero alguien «dio la letra» —siempre pensamos que había sido Luque, el «criado»— y apenas pasó Guillot a la censura, Fu-Manchú, registrándole los bolsillos, le quitó la cajetilla...

Por todos los medios trató Guillot de recuperarla, y, al serle imposible, vino corriendo desde la oficina hasta nuestro patio y a grandes voces nos gritó:

—¡Compañeros, yo me voy, pero antes quiero decirles que no se dejen engañar más por toda esta gente que son una partida de cabrones... que no son amigos como ellos dicen... que son todos unos bandidos!... Y a mí, en voz baja, me dijo:

—¡Me quitaron la cajetilla!...

Pocos compañeros sabían que yo estaba escribiendo esas cosas. Como llegaba a la prisión mucha gente a quienes no conocíamos, algunos de quienes sospechábamos, y además, dudábamos de la prudencia y buen sentido de casi todos, entre nosotros era corriente limitar los asuntos de responsabilidad a círculos bien estrechos. En este caso, la insistencia de Fu-Manchú en que yo publicara un libro a mi salida del penal aumentaba mi cautela, pues no era nada grato el pensamiento de que al comprobarse mis verdaderas intenciones, me diera la ocurrencia, en algún traslado, de «¡intentar fugarme!»...

Por esas razones, Guillot sólo me dijo a mí lo que le había sucedido.

Yo corrí para la oficina y allí estaban el Viejo Vega y Fu-Manchú. Me dirigí a este con violencia, y acobardado, pero traidor aun en su cobardía, me dijo:

—Yo rompí los papeles... Están ahí, en el latón de la basura...

¡En el latón estaban, en efecto, pedazos de papel cebolla, pero al retirarlos pude ver que no eran mis relatos!... La situación era de impotencia absoluta y fue la amenaza la que nos salvó.

La dije a Fu-Manchú:

—¡Está bien!... Quédese con los papeles. Pero ya usted sabe que algún día hemos de encontrarnos en la calle... Y la va a pagar... ¡Pero mal pagada!...

Estaba lívido... Él había sido testigo asombrado de violencias nuestras, suicidas casi, cuando en el Castillo del Príncipe le habíamos gritado: «¡Asesino!»... al propio Supervisor... Y estaba completamente convencido de que, en un momento dado, el grupo todo, se transformaba en una horda de locos, capaces de cualquier cosa... ¡Su cobardía le hacía vernos más grandes, más terribles!...

El problema era para mí de una extrema seriedad, puesto que, al capturarse los cuentos, Castells y sus validos adquirirían la evidencia absoluta de mis propósitos. En ello, probablemente, me iba la vida. Y, cuando menos, la emboscada sorda de todo el penal; exterminación cruel de mi correspondencia con Teté —¡lo que ellos sabían de sobra que representaba toda mi tranquilidad!—, restricciones en todo sentido, provocaciones, y el esfuerzo desesperado que se haría, en todo momento, por evitar mi libertad... Todo este fracaso —funesto paisaje— me pasó en un instante por la imaginación para darle paso, enseguida, a una responsabilidad aún mayor.

En los cuentos, con una imprudencia imperdonable, yo había citado el nombre de Cuna, pensando en que sería imposible que capturaran el papel. Ahora, al saber que esta-

ban en poder de la censura, a pesar de todos mis esfuerzos, sentía una opresión casi insoportable: me sentía culpable en grado único de todo lo que le pudiera suceder a Cuna... Y Cuna, que estaba como preso político, casi por accidente, había estado ya en Presidio, y, por temperamento, era un hombre provocador e insolente, a quien con mucha facilidad se le podría asesinar en la calle...

Pero se portó como un valiente, «como un hombre», como él decía.

Yo lo llamé aparte y le conté lo que pasaba y me dijo, sencillo y resuelto:

—No hay novedad... ¡Fuego y pa'lante!...

Un complejo de circunstancias nos favorecieron: Fu-Manchú, atemorizado por los gritos de Guillot y por mis amenazas, queriendo quitarse de encima la mayor responsabilidad, le entregó los papeles a Lugo... ¡Y Lugo no sabía leer!... Además, como presidiario auténtico, presumía de ser «hombre y amigo» y Guillot había puesto en duda estas condiciones en todos los presos que estaban con nosotros...

Entró a nuestro patio y Gabriel, Pendás, Raúl y algunos más lo rodeamos. El primer pensamiento de todos, al decirnos él que tenía los papeles, fue arrebatarlos y lo hubiéramos hecho... Pero no hizo falta.

Nos dijo:

—¡Parece mentira que Guillot se ponga con esos escándalos... que se entera todo el mundo de las cosas... Hasta el soldado que está en la puerta estaba mirando!... ¿Cómo Guillot se pone a decir que aquí no hay amigos ni hombres?... ¡Aquí sí hay amigos... Carajo, yo siempre he sido amigo de ustedes!... ¿Es así o no es así «Salomé»?... ¡Que lo diga Pablo si no, que es el más viejo aquí y que me conoce hace tiempo!... ¡Que digan «Grabiél» y el Guajiro, y Roa, quién es el que se encarga mejor de las cosas de ustedes... Cuando hace falta un pantalón yo lo busco... que si un pedazo de granadillo, yo me lo consigo y hacemos dos pulsos... Guillot hizo muy mal en ponerse a gritar que todo el mundo se enterara... Si él me llama a mí todo lo arreglamos!...

Nosotros lo dejábamos hablar seguros de que había sido precisamente el escándalo de los gritos de Guillot lo que iba a salvar el problema.

Prosiguió:

—Aquí tengo yo —y se golpeó los bolsillos— los papeles esos... Me los dio el gordo ese... —Los ojos de Lugo brillaron con odio sincero—. Ya yo no soy naidien aquí... ¡Desde que vino esta gente no hacen más que echarme pa'trás!... ¡Qué se me iba a ocurrir a mí la ridiculez de registrar una cajilla de cigarros!... Yo antes era el encargado de todo eso y sabía cómo registraba y a quién registraba... ¡Si, total... lo que ustedes tienen en la cabeza eso no se puede registrar!...

Luego apareció el hombre con astucia de novelista que había en él, y en el acto se prestó a cambiar los papeles por otros, como le propuso Gabriel. Yo le brindé otros cuentos que tenía, que ya habían pasado por la censura y que nada tenían que ver con el Penal. Pero los rechazó y me dijo:

—Tienen que hacer algo ahí que sea... bueno, que se pueda pensar que por eso es que han armado tanto escándalo...

Creo que fue el Guajiro Pendás a quien se le ocurrió lo de inventar «una huelga de hambre por papel.»..

—Eso... eso —dijo Lugo— y yo me puse a escribir, a desaforada velocidad, una comunicación a los compañeros de la calle, pidiéndoles que hicieran agitación por nuestra libertad, pues nos íbamos a declarar en huelga de hambre...

¡Y Lugo me entregó los cuentos a cambio de la mentira!...

Al día siguiente, Luis María, con toda solemnidad, después de aconsejarnos paternalmente casi, que «contáramos con él para todas esas cosas», ¡rompió en pedazos los papeles de la «huelga de hambre»!...

Pero Fu-Manchú quedó receloso y entre él y Lugo un abismo de odio y de rencor se fue abriendo, cada vez más sombrío.

Desde aquel momento en que la ignorancia y la picardía de Lugo me salvaron de cargar con una tremenda responsabilidad —aparte de escapar de un riesgo personal— le

guardo una extraña gratitud. Algo que se parece al amargo agradecimiento que se le tiene al usurero que nos libra del hambre robándonos las joyas... Es que desde entonces, mi responsabilidad y mi egoísmo le empeñaron a Lugo la mitad de mi silencio... ¡Lástima que sobre él pesen tan terribles y unánimes acusaciones!

Pero el susto pasado había sido suficiente como para darme a conocer el peligro que corría y no escribí dentro del Presidio más nada relacionado con él. ¡Todo lo fui acumulando «en la cabeza», donde según decía Lugo «no se podía registrar», esperando que un tiempo propicio, como el que últimamente he disfrutado, me permitiera cumplir con el deber de escribir por los que ya ni siquiera pueden hablar!...

Y un tiempo después de aquel, cuando Perico fue puesto en libertad, entre las suelas de sus zapatos, escritos con una letra microscópica que él hacía, capaz de rivalizar con la del mismo Fu-Manchú, salieron para la calle los relatos de «El Guanche» y «La obra». De su escondite han salido para ir a la imprenta, como una burla a Fu-Manchú, como testimonio de una batalla que se le ganó en su propio terreno: el Presidio; y con sus propias armas: ¡la habilidad y la astucia!

Capítulo XL

El Guanche

Ahora que sopla el viento este, y pasan bajas y amenazadoras las nubes, y cae fina y cortante la lluvia, en rachas insolentes, me acuerdo del relato de El Guanche... Me acuerdo de esto, ahora que sopla el viento este y el cielo está gris y no se puede salir a la calle...

Ahora, el mar debe estar lóbrego y amenazador, allá, entre los cayos, por Los Canarreos, en el Golfo de Batabanó, y todo me hace pensar, aunque estoy en tierra firme, en aquella narración que me hizo Cuna en el Presidio Modelo, una noche de viento y lluvia ruda, que permitía hablar alto, sin que nadie nos escuchara, después del toque de silencio.

Y recuerdo no sólo el relato, sino cómo fue hecho y hasta muchas de las experiencias de aquel casi selvático narrador de brazos hercúleos, que salpicaba de gigantes-cos escupitajos su narración.

Y es que la aventura de El Guanche había sido tan bravía y feroz que exigía un narrador semejante, de palabras puercas, y, como escenario, una noche de viento y tempestad en el Presidio Modelo, para que cobrara vigor de realidad... Por eso me viene ahora a la mente... ahora, cuando sopla el viento este...

Habíamos estado hablando de los presidios del mundo y de los distintos regímenes carcelarios, y uno dijo, como lo último ya:

—¡La Guayana!...

Mas nos había estado oyendo Cuna, el Viejo Cuna, como le decíamos, con su sonrisa entre despreciativa y

burlona, y al oír mentar la famosa penitenciaría de la Isla del Diablo, habló, con su lengua procaz, llena de dicharachos y acompañándose, según su costumbre, con singulares movimientos del cuerpo, la cabeza y los brazos.

—¡La Guayana!... ¡La Guayana es pinga al lado de esto, muchachos! ¡De la Guayana se ha ido la gente y de aquí no se va naidien!... Sí... porque se va mucha gente... porque le ponen la «forzosa»... pero para donde se van es para el otro mundo... ¿Porque a dónde carajo se van a ir?... Mira, una vez, cuando el ciclón de octubre, ni se sabe la gente que «ñampearon»... ¡Ni se... sabe!...

Y se dio gusto separando las sílabas, paradójicamente acusadoras.

—Además, en La Guayana lo dejan a uno fajarse y hasta matarse en último caso... Aquí, «te come» el soldado y por la más mínima cosa ya «estás listo»... ¡Estás jugando!... ¡Aquí, «el que pestañea pierde!»... ¡Esa Fuente Luminosa!... ¡Ese Cocodrilo!... ¡La Guayana es mierda al lado de esto!...

Soltó un escupitajo, como una piedra, en el piso mojado por la lluvia... Luego se puso a hablar de los soldados y contó algunas cosas que otro día escribiré... Otro día en que un estímulo semejante a este del viento este, me traiga claros los recuerdos.

Porque aunque aquella noche nos hizo varios relatos de fugas, de atropellos bestiales, ninguno nos impresionó tanto como el de la aventura de El Guanche.

Dijo:

—Sí, la gente puede irse, cómo no... Hasta machetes tienen y no hay que romper nada el cordón. Todo eso es cuento... ¿No van siempre las cuadrillas al monte a trabajar?... Ahí es donde «se pierden»... Mira... y hay muchos maricones aquí, porque si se pusieran de acuerdo un día... ¡Acabarían, así como lo oyes!... ¡A-ca-ba-rían!... ¡Compadre, si hay veces que eso da vergüenza

ver como un soldadito así, una zarrupia, le cae a culatazos a un hombre y los demás no hacen ni cojones por defenderlo!... ¡Y, además, esta isla tiene una suerte que ni el coño'e su madre!... Sólo tres hombres han logrado llegar a Cuba y a los tres los cogieron por verracos, asaltando bodegas... Sólo Tomás murió como un hombre... Sí, porque ya que te vas y te rifas la vida, hazlo bien y no te entregues, porque si vuelves ya sabes que «estás listo»... Mira, te voy a hacer un cuento para que tú veas cómo son las cosas aquí y la «mala leche» que tiene esto... La mejor manera que tiene esto, es que un soldado «te dé la mano»... Hay muchos de ellos que quieren y a veces se arrestan a la fuga. Pues bueno, una vez vino aquí un soldado castigado de Columbia y lo pusieron a cuidar las cuadrillas. Dicen que a ese sí «le roncaban»... Había hecho dos o tres barbaridades en aquel campamento y decían que había dicho «que él lo mismo las hacía aquí que allá»... ¡Le decían El Guanche y era un tirador del coño'e su madre!... Bueno... tenía una pila de medallas. ¡Ni el Andarín Carbajal le hacía na!...

Una vez tuvo que llegar hasta el río con tres presos para hacer no sé qué cosa. Pero que resultó que dos de ellos, creo, se habían fugado una vez junto con él de la Cárcel de Güines y le dijeron que tenía que ayudarlos... Él entonces, al ver un bote, les dijo a los presos, de pronto, y sin pensarlo: «Bueno, muchachos... ¿se quieren fugar?»... ¡Dime tú!... ¡Decirle al ratón que si quiere queso!... Ahí comenzó la cosa, y lo primero que hicieron fue matar al botero, pero que fueron tan brutos que lo dejaron allí y a las pocas horas del cuento ya se sabía que se habían fugado... Pero, bueno, bajaron el río remando y con la ayuda de la vela, con viento favorable, los cogió la noche sin que los alcanzaran... Y hasta la Isla ni se veía ya y era seguro que se iban a escapar, cuando en esto un viento opuesto se levantó, ¡igual, igualito a este de ahora, y todo lo que habían adelantado por el día lo atrasaron

por la noche!... No se viró el bote y se los comió el mar... Cuando vinieron a ver, a la madrugada, estaban otra vez frente a la Isla, con un hambre y un cansancio que ya no podían más. El Guancho entonces decidió que de todas maneras había que bajar a tierra a buscar algo... ¿A buscar qué carajo?... ¡Aquí no hay más que palos!... ¡Y palos secos!... ¡Aquí se muere de hambre un mosquito!... Pero, bueno, agua tan siquiera tenían que tomar, y bajaron y se escondieron... Pero que fueron tan brutos, que en vez de hundir el bote o de esconderlo en el monte para irse otra vez, lo dejaron amarrado a la orilla, en el río Júcaro, y allí lo encontraron ese mismo día y cayeron en cuenta de que estaban por la Isla. Enseguida los prácticos y un cabo con unos cuantos soldados se pusieron a buscarlos. Pero El Guancho los había metido a todos en una cueva de la costa y de allí había salido a llenar su cantimplora de agua. Parece que era un hombre sin prudencia, porque cualquier otro hubiera pensado que le iban a tender una emboscada en la aguada, pero él se llegó hasta allá, por entre los montes, y en el preciso momento en que se agachaba al charco para llenar la cantimplora, sonó un disparo y El Guancho cayó al suelo... Pero que tan pronto como cayó «jaló» por la carabina y se aplastó en el suelo a vigilar... ¡El balazo le había dado en el hombro y podía tirar y decidió morir matando!... Como en efecto, como a los dos o tres minutos no se escuchaba en el monte más ruido que el de los pájaros, uno de los prácticos salió a explorar pensando en que estaría muerto... ¡Can!... El Guancho se lo llevó... ¡En esto, el otro práctico dio un salto para esconderse, y en el aire lo cogió la bala!... ¡Y van tres! ¡Bueno, así siguió el tiroteo, y para no cansarte, «limpió» al cabo y a dos soldados más y lo vinieron a matar cuando ya estaba muerto!... ¡Eso se llama morir como un hombre!... Se llevó por delante al cabo, a los dos prácticos, y son tres, y los dos soldados, son cinco... ¡Ah!... y el botero: ¡Seis! ¡Botó la pelota!...

Y Cuna, con un tártaro espíritu, se reía, con una admiración tan profunda por la muerte de El Guanche ¡que murió como un hombre!, sólo comparable a la que pudiera sentir un artista leyendo la muerte de Sócrates en Platón...

Y cuando le preguntamos qué habían hecho mientras tanto los tres presos huidos, nos dijo:

—¿Qué carajo iban a hacer?... ¡Si eran unos ranas!... ¡Los mataron a tiros, dentro de la cueva, por pendejos!... E hizo un «¡Ah!» despreciativo que firmó con el estallido de un salivazo sobre el piso empapado por la lluvia.

Presidio Modelo, 14-10-932.

Capítulo XLI

La obra

El viento de octubre soplaba a rachas y con fuerza como de palabras, y el agua gris, como un fango de los cielos, insultaba las caras vencidas...

¡Los hombres azules!...

Los hombres azules desfilaban bajo el aguacero, silenciosas las bocas, y de sus millares de pasos se levantaba el rumor del chapoteo...

Nosotros, encaramados sobre los respaldos de las camas, alcanzábamos las altas ventanas de hierro y cristal del pabellón y desde allí, todos los mediodías, después de almorzar, presenciábamos la marcha de las cuadrillas hacia el trabajo rudo e implacable...

Nosotros también, aislados del mundo por luchar contra el Pulpo asesino —mil veces más repugnante que todos los tres mil presos juntos del Presidio— encaramados en el muro del pabellón de concreto, y acero, necesitábamos buscarnos espectáculos, y desde el mirador de las altas ventanas, este era para nosotros el más imponente.

—El Gran Desfile —le llamaba Perico, refiriéndose con ironía a la cinta cinematográfica así titulada...

¡Pero era un gran desfile de verdad!...

Pasaban las cuadrillas, bajo el agua, bajo el sol, siempre silenciosas las bocas... Había negros altos y flacos; había blancos enrojecidos por el sol y otros amarillentos por la anemia; chinos sigilosos... ¡Hasta hombres lisiados, hombres a quienes les faltaban brazos y piernas, pasaban para el trabajo, para el trabajo de las canteras y el monte!...

¡Hombres azules, siempre bajo el sucio de los uniformes!...

Sólo de vez en cuando, a la cabeza de las cuadrillas, pasaba alguno que era de la Flota Blanca, los que vestían de

blanco perfecto, y tenían el poder... ¡y también el odio, el odio profundo del resto de la colonia penal!...

Nuestra sala quedaba en la misma esquina del pabellón, y cerca de la carretera. Por eso los veíamos bien.

Algunos eran conocidos.

Ahora que la lluvia caía insolente y cruel el Gran Desfile tomaba para nosotros relieves más dramáticos...

El agua les chorreaba por los sombrerones de yarey...

Unos presos, rechonchos y cojos, apresuraban el paso desesperadamente para no quedarse atrás...

El comentario de todos los días brotaba:

—¡Caballeros, y pasarse así, diez, veinte... treinta años!... «tenía esta vez un sentido más trágico de cruel eternidad»...

—Bueno, y estos menos mal, que sólo llegan hasta las canteras o hasta el monte y las siembras de la loma; ¡pero los infelices castigados que van para La Yana!...

—¡Jem!... ¡La Yana!... ¿Estás jugando con la candelita?... Y el compañero nuestro del momento, que en otras ocasiones ya había estado preso, se puso a hacer sus incontables relatos del Presidio.

—¡Muchachos!... ¡La Yana!... ¡Tú no sabes lo que estás diciendo! El hombre que puede durar en ella los meses de castigo, ese sí que tú puedes decir que es un *hombre de verdad*... Sí, sí, no te ocupes, ¡hombre de verdad!... Pero qué... si aun suponiendo tú que alguien pudiera aguantar estar sacando fango tanto tiempo con esta comida, el soldao no te lo permite... ¡Mira tú que problemas!... Por un lado el fango y por el otro el soldao... ¡Le roncan los cojones!... ¡Eh! y todavía La Yana es mierda y mandan poca gente allá!... ¡Tú qué sabes!... ¡De ahí salí yo bajo el plomo y el fuego!... ¡Antes sí! ¡Cuando no había nada aquí, entonces todo se hacía a culatazos limpios!... ¡Y la sangre que ha costado todo esto!... ¡Las circulares esas!... ¡Días y noches sin parar de trabajar, hasta que los hombres se caían de los andamios, derrengados!... ¡Y los pantanos secados a fuerza de brazo, metiendo a los hombres hasta la cintura a sacar el fango!... ¿Y cuando el ciclón de octubre? Entonces no ha-

bía más que un barracón aquí, mal hecho, y en cuanto el viento comenzó a apretar, se hizo un cordón por fuera, de soldados, y a todo el que se asomaba «se la volaban»... ¡Había un sargento recostado a un poste y que se parecía a Tom Mix, que donde ponía el ojo, ponía la bala!... ¡Me cago en su madre!... ¡Y, mientras tanto, allá dentro se caían las vigas y aplastaban a los hombres, y las gentes gritaban espantadas por el ciclón y por las balas!... ¡Había que andar por el suelo, mira tú como era la cosa!... ¡Yo me metí en el tanque del agua!... Si, porque a lo mejor pasaba una bala para otro y te cogía a ti... Bueno, al día siguiente la mitad de la gente estaba descojonada, con patas partías y costillas rotas... ¡Y eso sin contar los que murieron por el soldao!... Porque muchas gentes temiendo morir aplastados se arriesgaban a salir... ¡Ni uno solo cruzó el cordón... ni uno solo!... ¡El soldado!... ¡Cada vez que me acuerdo se me enciende la sangre, por mi madre!... ¡Viene uno aquí por no aguantar una zoquetería, a lo mejor, y luego tiene uno que aguantar cien todos los días!... ¡Y que no valía entonces que tú pegaras «bravo»!... Yo era «rayo veloz» con el machete en la mano, y, sin embargo, la cogió conmigo un soldadito de pinga... que no valía nada... Y tanto dio hasta que un día, al saltar una poceta, me dio un empujón y me tumbó al fango... Y cuando me levanté me apuntaba con el rifle diciéndome: «¡Revírate, cabrón... revírate, anda!»... ¡Sí!... ¿Por qué voy a decir que no? ¡Lloré!... ¡Cómo no voy a llorar! Aquí los *hombres-hombres*, lloran!... Pero todavía eso no es nada... Había entonces aquí un cabo que le decían Veneno y que era veneno de verdad. Conmigo se portó bien... Yo no tengo quejas de él... nunca me maltrató. Pero mira tú lo que hizo una vez. Todos los que tenían fama de guapos se los mandaban para que los «domara»... ¡Cómo coño no los iba a domar!... ¡Así domo yo a una pantera, no digo a un hombre!... Bueno, pues una vez le mandaron a un mulatón grande, de La Habana él, que tenía fama de guapo, y apenas llegamos al trabajo, Veneno le dijo: «¡Oye, tú, ven pa' cá!... Dicen que tú eres guapo y

que “comes candela” y que matas gente. ¿No?» El preso vio que algo le iban a hacer y con miedo al cabo y a que le quitaran la fama de guapo entre nosotros, quiso quedar bien y le contestó: «No, Cabo, yo aquí no soy guapo... ¡En la calle es donde yo peleo!...»

—¡Muchachos!... ¡Pa'qué fue eso!... «Ah, sí... ¿no? —le dijo Veneno—. ¿Con que en la calle es donde tú eres guapo?... Pues, mira, te voy a hacer una «obra» pa'que cuando salgas me mates... ¡A ver si es verdad que eres guapo!...»

—Y sacó el machete y le gritó: «¡Vaya!... ¡Pronto! ¡Ponte en cuatro patas!» «Pero, Cabo...» «Toma, ¡cabrón!...» Y le soltó un fuetazo con el machete que por poco lo parte en dos... Entonces el mulatón se tiró en la yerba y se puso en cuatro patas... Él, a lo mejor, pensaba que lo iban a «templar» y tenía la cara desencajada de miedo y de rabia...

—Bueno... ¿Y no había chance de nada? —le preguntó uno del grupo al narrador.

—¿Hacer?... ¿Qué carajo tú vas a hacer con diez soldados con rifles y con ganas de limpiarnos a todos?...

»Además... ¡todo el mundo estaba apendejado!... No... pero ya tú verás lo que hizo el Cabo. Cuando el mulato estuvo en el suelo le dijo: «¡Come yerba!... ¡Vamos!... ¡Come yerba!...»

»Todavía el hombre se atrevió a suplicar: «Cabo...» ¡Pero le cayó el machete sobre el lomo y se puso a comer yerba como una bestia!... Nosotros casi ni nos podíamos aguantar... Para que te voy a decir mentiras... Daba aquello unas ganas de reír que no se podían aguantar... ¡Y gracias a que el miedo a los soldados, a que nos hicieran hacer lo mismo, nos contenía... Veneno, por último, le dijo: «¡Vamos!... ¡Respinga!... ¡Tira patás!...» ¡Y mientras los soldados se morían de risa, el mulato, como una mula, se puso a tirar patás al aire entre la yerba y el fango!... Por fin lo levantó y le dijo: «Bueno, ya tú sabes, te he hecho hacer esa “obra” para que me mates cuando salgas, ya que eres guapo... ¡Sí... porque yo estoy aburrido de la vida!»

¡Y se fue a burlarse, junto con los soldados que no paraban de reírse, como unas putas borrachas!... ¡Cabrones! ¡Y cuando el hombre se levantó, sudado, lleno de fango, apesotado, lloraba en silencio y cogió, manso como un buey, el machete y se puso a cortar yerba con nosotros!...

—Bueno... ¿ese se vengaría al salir? —preguntó alguien.

—¡Se vengaría... ¡Sí! ¡No comas mierda!... ¿Tú crees que eso se le hace impunemente a un hombre...? ¡«Se lo llevó en la golilla» poco antes de salir!...

Presidio Modelo, 15-10-32.

Capítulo XLII

Lo que nos contó Saumell

Cuando Alberto Saumell llegó de las circulares a nuestro patio, después de cumplir en ellas el resto de su condena, fue cuando nosotros tuvimos ya las primeras noticias concretas, los primeros relatos indubitables de lo que era todo aquello. Y pudimos comprender que el círculo de silencio de que se nos había rodeado era una obra maestra de astucia.

Saumell sólo había estado en las circulares cuarenta y cinco días, creo, y para ello había salido de nuestro patio, fuerte, teñido de prieto por el sol, con una salud estupenda y un magnífico espíritu para el estudio y la lectura. Cuando llegó, con la cabeza casi pelona, venía pálido, flaco y hambriento. Y se pasó un buen tiempo tirado por las camas, sin ganas para nada, ni para leer ni trabajar en la madera, nuestro entretenimiento favorito.

Cuando Guillot le preparó «una gigantesca vitamina» —como Raúl y Mongo Miyar le habían puesto desde El Príncipe a los vasos de leche con gofio y huevo— materialmente la devoró, sin hablar apenas, con interjecciones de azoro, con esas exclamaciones tuyas, entre infantiles y campesinas, que hacían simpáticos sus relatos.

—¡Ah!... ¡Muchachos, cómo es eso por fuera!... Siempre estábamos con hambre... Todas esa gente son unos cabrones... No nos llegaban ni las revistas ni nada... Todo lo que ustedes nos mandaban no nos lo entregaban... ¡Pero eso sí es terror! ¡Es raro el día en que no matan a alguien!...

Y Saumell comía, comía, sin parar, desquitándose del hambre de cuarenta días, de las comidas silenciosas, como si estuviera alguien muerto, y entre bocado y bocado.

hablaba sin parar también, cobrándose de las largas horas calladas de las celdas, en que sentados sobre el inodoro, único lugar en que podían hacerlo, cabeceaban el insoportable sueño de los mediodías interminables... No sé quién le llamó la atención para que no fuera imprudente, que hablara bajito, porque los mandantes estaban pasando a cada rato, haciéndose los disimulados...

—¡Qué!... —respondió— esa gente sabe... Mira si saben que ahora cuando me traían para acá, me dijeron: «Tú no seas bobo... no te metas a hablar más de la cuenta»... Ellos saben bien que yo tengo que contarles a ustedes todo lo que vi.. ¡El «terror blanco»!... Ese que hay allá afuera sí que es terror... Yo quisiera que tú te pasaras en las circulares aunque sólo fueran quince días para que vieras cosas... ¡Ya les contaré poco a poco, porque hay que estar contando horas enteras... Esos infelices castigados a La Yana, que están que yo no sé ni cómo viven ni cómo pueden salir por las mañanas al trabajo!...

La expectación que produjo entre nosotros la llegada de Saumell era natural, ya que se trataba del primer compañero que volvía de cumplir en las circulares, acerca de las cuales podríamos conocer, por testigo irrecusable para nosotros, la verdad de lo que sucedía en ellas. Además, el hecho de que lo retornaran a nuestro patio, después de haber cumplido la sentencia que le impusieron los tribunales, nos revelaba que nuestra prisión era ya una cosa indefinida, sujeta a la tiranía de Machado, y que no podía cesar hasta que él cayera, o acaso hasta el momento de alguna crisis extraordinaria. Y, ciertamente, no era grato el confrontarlo...

Por eso los compañeros se amontonaron excesivamente alrededor de Saumell a escuchar sus impresiones... Fue una imprudencia inevitable, y desde entonces él tuvo la convicción absoluta —y más que fundamentada— de que el capitán Castells lo consideraba como un enemigo peligroso, capaz de dar a conocer al público los horrores del Presidio... Y hasta habilidosamente se dejó caer alguno cerca de él que-

riendo saber si pensaba publicar algún libro sobre todo lo que había visto...:

Saumell llevaba un diario de su vida en Presidio. Cuando estuvo exiliado en Nueva York una periodista que lo conoció, se interesó por él y entonces Saumell redactó unos relatos, pero al cabo no pudieron publicarse.

Nosotros quisimos disolver el grupo, aunque ya lo considerábamos tardío, y al cabo se consiguió. Por la noche, sentados en aquella cama suya del rincón del patio, en donde nos amontonábamos lo mismo tres que diez, unas veces a escuchar los cuentos del Viejo Luis Pradas y otras para admirar los conocimientos profundos del cabo Utrilla en sociología de solar, o a rebatirle a Gaona sus chifladuras anarquistas, nos congregamos unos cuantos para sacarle algunas cosas de las que había visto allá...

Allí nos contó distintos hechos y muchos se nos han olvidado y de otros nos acordamos de vez en cuando, como de los gritos que oía algunas veces, de los castigados en las celdas, plañideros o aulladores. Pero del que nunca nos olvidamos por las características espeluznantes que lo rodean, es del que nos contó en relación con la muerte de un hombre en las celdas, en pleno día, a la vista de todo el personal de servicio de las circulares...

Nos dijo que ellos, los presos políticos que habían pasado a las circulares, algunas veces se reunían en determinados sitios para hablar y cambiar impresiones. En una de estas ocasiones, estando un grupo reunido cerca de la puerta de una de las circulares, sintieron el escándalo que armaba en lo alto de las celdas uno de los castigados.

Ya para ellos el espectáculo no era excepcional, pero sí lo suficiente como para ponerse a la expectativa. Efectivamente lo merecía. Al poco rato subieron los mayores Oropesa, Cabo de Villa y no recuerdo qué otro más. De momento sintieron que los gritos del condenado se hacían más agudos, más angustiosos, como terribles... Y llegaban confusas voces, insultos, alaridos... Después todo se fue quedando tranquilo... Luego bajaron los mayores...

—Oropesa venía sudando... Parece que el hombre se había defendido todo lo que podía, desesperado por no morir... Ellos se dieron cuenta de que nosotros no éramos tan bobos que no lo hubiéramos adivinado todo. Además, nos denunciábamos en la manera de mirarlos... Y Oropesa se puso a jugar de manos con Pepelín y hasta llegó a pretender pulsear con él, apretándole la mano... Pepelín le notó la mano sudada y le dijo: «¿Qué, estás sudado?»

—Sí —le contestó Oropesa— ¡Qué! ¿Te crees que nosotros no trabajamos? Yo también trabajo...

«¡Yo también trabajo!»... Sin duda —pienso yo— nunca un hombre ha pronunciado una frase más bárbara y cruelmente cínica... «¡Yo también trabajo!»... Presumo que a Pepelín nunca se le olvidará la odiosa, la viscosa impresión que le produjo sentir en la mano el sudor de otra mano que llevaba mezclado el del cuello de un hombre agónico, estrangulado bestialmente, en la impotencia de defenderse, de escapar...

Y nos contó Saumell, que al poco rato, como una cosa natural, bajaron al hombre... El infeliz se había suicidado...

Pero es el relato que nos hizo una tarde, con los ojos claros auxiliando a la evocación verbal, el que con más fuerza se grabó en la imaginación de todos nosotros.

La tarde estaba ya en el poniente, en esa hora tan misteriosamente propicia a las evocaciones, con su agonía desesperada de la luz y la llegada inevitable de las sombras... Siempre, alguna vez, en alguna parte, a alguien le ha ocurrido algo al momento trágico del atardecer...

Y era una historia de atardecer la que nos contó en aquella ocasión Saumell.

Habló:

—Allá, arriba, desde mi celda en Selección todas las tardes veía yo venir desde lejos, la cuadrilla de La Yana... Eso es lo más impresionante que yo he visto nunca... La gente venía derrengada, arrastrándose casi, con los pies colgados... Y aprisa, apurada por los soldados... Los soldados les daban culatazos a los que se quedaban atrás, porque ya no podían

más de cansancio, y entonces daban una carrerita y se volvían a parar... Así, a culatazos, iban llegando al cordón... Allí se los entregaban a los mayores y ya entonces podían caminar más despacio... Algunos, algunas veces, les daban golpecitos, así, en la espalda... ¡Hasta a esa gente le entraba a veces pena de ver a esos hombres cómo llegaban!...

»Todas las tardes yo los veía llegar... Era lo que más me impresionaba, verlos venir, así... de lejos... entre la tarde y la noche... cayéndose como venían, azuzados por los escoltas... Parecía una película de esas de presos... ¡pero una película de verdad!...

»Siempre yo contaba la gente que llegaba... Y casi todos los días iba faltando alguien de la cuadrilla... ¡Pero eso era siempre todos los días!...

»Una vez yo me fijé en un pobre infeliz que parece que cuando lo mandaron para La Yana ya el «pan y agua» lo había debilitado demasiado y no podía resistir el trabajo tan tremendo que realizaba allá... A los castigados estaba prohibido hablarles, si no yo le hubiera dado algo, porque estaba flaco... flaco... ¡Parecía un tuberculoso!... Por las tardes yo lo veía llegar, siempre el último, con la cara como un muerto y los zapatos en las manos, mirando para el suelo, sin fuerzas ya para caminar, y subir las escaleras de las circulares, sin mirar para nadie, callado, a meterse en su celda, a pasar frío y hambre, para levantarse a la madrugada a empezar de nuevo...

»Una tarde yo estaba mirando para el camino por donde veía venir siempre la cuadrilla y al poco rato la vi acercarse, más desperdigada que de costumbre... Faltaba un hombre, como siempre... Pero esta tarde venían como si hubieran trabajado más que nunca, con ese pasito, como el trotecito de los chinos vendedores de viandas, unos por aquí y otros atrás... separados unos de otros... Y desde donde yo estaba no se oía lo que decía el escolta, pero estoy seguro de que les gritaba: «¡Vamos, camina, so maricón, que te voy a dar un culatazo!» —Y Saumell, según su costumbre, acompa-

ñaba con expresivos ademanes sus palabras, con lo que les daba más fuerza. Y siguió:

—Cuando se fueron acercando más, yo pude adivinar que el que venía último era el hombre en que yo siempre me fijaba... Se cayó al suelo, y el soldado lo levantó a patadas y empellones... Caminó un rato más y se volvió a caer y entonces, dos compañeros, a la carrera, sin pararse, cada uno le cogió una mano y así, arrastrándolo casi, cayéndose de boca, y achuchados por el escolta como a un ganado, llegaron hasta el cordón... Yo no sé ni cómo ese hombre pudo subir al último piso esa tarde... Estaba que parecía un muerto... Y eso que yo no lo veía desde muy cerca...

»Al día siguiente por la tarde, cuando yo miraba llegar a la cuadrilla ese hombre no llegó... ¡Más nunca llegó!...

Ese fue el relato de atardecer que nos hizo aquella vez Saumell. Después muchas veces, cuando nos acude el recuerdo del Presidio, siempre vemos la misma tarde trágica y el mismo preso infeliz que una vez no volvió... ¡que más nunca volvió!

Capítulo XLIII

Una «fuga»

La fuga ha sido siempre una de las formas —la más temeraria— de la esperanza del hombre preso.

La literatura se ha ocupado largamente del asunto, y, desde que el Conde de Montecristo logró escapar del Castillo de If, suplantando el cadáver de su maestro, el tema ha sido explotado con diversa fortuna, pero de manera sistemática.

Lo mismo ha ocurrido en el cine y se debe confesar que, como en tantas otras cosas, la ficción no ha hecho más que seguir los pasos de la realidad.

Evadirse, en efecto, es una de las torturas mentales del presidiario. Muchos, durante años, han venido labrando su oportunidad, con una paciencia única, de la que poco se habla en los libros que sin embargo, citan a los benedictinos y a los chinos como ejemplos clásicos: con la paciencia de los presidiarios.

La palabra fuga es como una ráfaga de libertad. Y los forzados de todas las prisiones del mundo, en momentos supremos, no han vacilado en recurrir a ella en busca de la libertad o para huir a la muerte.

Por las estepas heladas de la Siberia, expuestos al hambre de los lobos, se han fugado los presos; de la isla de Nueva Caledonia, perdida en la inmensa soledad del Pacífico, en botes frágiles, han huido los presos, arrostrando el hambre cruel y la locura alucinante de la sed en el mar ilímite...; de la Isla del Diablo también se han evadido los proscritos, desafiando las tribus de indios cazadores de blancos, la garrá del jaguar y la mordida fatal de las serpientes... y de la Isla de Pinos, menos peligrosa pero más terrible, también se han escapado los reclusos, sin tener a quienes temer, pero sin tener agua que tomar; sin tener indios a quienes temer.

pero sin tener nada que comer... De allí también se han fugado los presos, sin tener otra cosa que inmundos fangales por donde escapar y soldados de puntería infalible de quienes huir...

Pero en ninguna otra penitenciaría del mundo, como en el Presidio Modelo de Isla de Pinos, la innegable verdad de la obsesión por la fuga en los presos ha dado lugar a canalladas tan feroces y cobardes.

La inmensa mayoría de las «fugas» registradas han sido, como decían los presos, «porque les ponían la forzososa»... Esto es, si no se fugaban los mataban, y, de morir quietos a morir corriendo, preferían correr, en busca de una imaginaria eventualidad favorable que nunca se produjo... En muchas ocasiones les anunciaban la hora en punto en que harían fuego sobre ellos... En muchas ocasiones, a los reclusos sus propios escoltas les daban determinado número de horas para «fugarse»... Y los presos tenían que huir, sin esperanzas y sin preparación, ciegos y aturcidos, como en vano salta el ratón, dentro de la jaula de alambre, mientras el gato lo contempla nervioso... Los presos de Isla de Pinos, huían como los venados dentro del monte, perseguidos por los perros y los tiros, sin rumbo, sin meta y sin otro motivo que el pánico... ¡Sólo con pobres animales indefensos, como el ratón y el venado, pueden compararse los confinados de Isla de Pinos!...

En las prisiones que estuve, como preso político, supe de algunas historias de fugas. En el Castillo del Príncipe, una vez, mientras presenciaba el entierro de un recluso, me llamó la atención una ceremonia final. Al pasar el ataúd de brazos de sus compañeros al carro fúnebre que lo trasladaría al cementerio, previamente, se colocó sobre unos burros de madera y allí vino el médico, destapó la caja y certificó que el muerto era el muerto... Traté de averiguar a qué se debía tan singular reconocimiento y supe que una vez, como en el libro inmortal de Alejandro Dumas, un preso suplantó el cadáver y logró salir por el rastrillo...

En otra ocasión, estando en el rastrillo, el hecho de que registraran la propia máquina del Supervisor de la prisión, también me llevó a inquirir la causa, y supe que ello se debía a que

un preso, con soberana paciencia, en los talleres, se había preparado alojamiento en la misma para salir de la prisión.

De Isla de Pinos, algunas fugas menciono en el libro. Famosa es la de los reclusos que se fugaron, y, no encontrando nada que comer, todas las noches volvían al penal y se metían en el comedor a abastecerse de víveres hasta que allí los mataron. Famosa es también la fuga de El Guanche, que narro, y, más famosa que ninguna, la del Gibarito (Armando Denis Díaz), que fue el prófugo que más tiempo pudo evitar la muerte, pues vivió cuatro meses en libertad, burlando las emboscadas, hasta que, ya con el pelo crecido y ropa nueva, cuando iba a embarcar como un ciudadano cualquiera, un marinero lo abatió a balazos dentro del mismo pueblo de Nueva Gerona.

El Gibarito llevó un diario de su fuga, que era de un interés extraordinario. Quise conseguirlo para darlo en este libro, pero me fue imposible. Parece que era «demasiado» interesante, porque desapareció del sumario de la causa contra Castells.

A falta de él, el que lea el relato que sigue, podrá hacerse una idea de lo que fueron las «fugas» del Presidio Modelo. Luis Rivero Morejón era nuestro barbero, y era delgado, de mediana estatura, de color blanco anémico... Un poco rubio creo que era también. Nosotros le decíamos el Barberito, como a otros que ya habíamos tenido.

En todo el tiempo que estuve en Presidio, nunca me afeitó y me peló sólo tres o cuatro veces, pero no fue sólo por esta razón por la cual yo no intimé con nuestros barberos. Algo instintivo me hacía huir de ellos. Algo me indicaba que por medio de ellos se ejercía espionaje sobre nosotros. Puede ser que estuviera equivocado, pero el Presidio me enseñó el arte de la prudencia. Y, por lo menos uno —un viejo catalán— mostraba tal «curiosidad» por nuestras cosas, que nos vimos en el caso de manifestarle al propio jefe de pabellón que sabíamos el papel que estaba desempeñando aquel hombre. Poco después lo cambiaron...

Mas ello no quiere decir que nosotros no mantuviéramos relaciones con nuestros barberos. Al contrario, había quien tenía especial predilección por charlar con ellos, y aun yo mismo, a pesar de mis prevenciones, más de una vez sostuve con los barberos largas conversaciones, y con algunos llegamos a tener bastante confianza. Ahora recuerdo a Morejón, a Luis Rivero, a La Rosa y a Santos, el tallista.

Pero de todos, el que más llamó nuestra atención fue Luis Rivero, que estaba anémico, flaco, y que era silencioso, casi sombrío.

Matías y Bartolo Barceló lograron, sin embargo, hacer intimidación con él, y pronto supimos que era un hombre que no nos venía a *preguntar*, sino a *contarnos*. Y supimos pronto también cuál era la razón de su aire sombrío... Luis Rivero tenía ese aspecto impresionante del hombre en quien se adivina un individuo dispuesto al suicidio. Y en sus acusaciones, que formulaba concretamente, se veía el fondo de quien se niega a admitir el silencio ante el crimen. Los horrores del Presidio le repugnaban. No era como esos presos —la mayoría— para los cuales esos horrores no tenían nada más que un mal: ¡la posibilidad de que ellos también fueran víctimas de los mismos!... Luis Rivero conservaba en el Presidio, irritada, la dignidad de la conciencia humana.

A causa precisamente de estas razones no tenía «amigos» e iba a tener que cumplir íntegra su condena. El pensamiento de que no sobreviviría a su condena le preocupaba intensamente, y constituía para él una obsesión. Su pobre constitución física, mal alimentado, presentía la muerte lenta del hombre que se depaupera. Y ante estas reflexiones, sus palabras eran más violentas y sus acusaciones más rudas.

Al solo nombre de La Yana su imaginación evocaba la muerte. Barbero, desmedrado, hambriento, de sobra sabía que no era capaz de resistir el bárbaro esfuerzo que representaba aquel trabajo inhumano de los castigados.

—Yo no resisto aquello una semana —nos decía—, y si alguna vez voy a dar allí, me fugo el primer día... Prefiero morir de un balazo, corriendo, a que se me pudran las heri-

das en la celda y a morir ahogado en el fango, muerto de fatiga...

Y un día le ocurrió lo que temía. Parece que para «negociar» por comida, o por el deseo de vestirse bien, muy frecuente entre los hombres de su oficio, Luis Rivero mandó una carta a su casa en la que pedía que le mandaran ropa, cuyo envío le notificaban en la última carta...

En Presidio era *pecado mortal* el pedir nada a la calle. Ni un sello siquiera. El capitán Castells tenía el criterio cerrado de que ello no envolvía más que una explotación del hombre criminal para con su familia, y que esta no debía remitirle sino lo que buenamente quisiera. Y ni un sello se podía pedir...

Luis Rivero conocía esto bien, pero aguzando su imaginación, llegó a concebir la idea de «inventar» ese ofrecimiento de sus familiares; y, conociendo bien, asimismo, la memoria prodigiosa de aquellos hombres de la censura, por sí a estos «no les sonaba» lo del tal o ofrecimiento familiar en la última carta recibida para él, le añadió a esta, imitando la letra, una posdata en la cual relacionaba todo lo que quería pedir a su casa.

Efectivamente, a la censura no le sonó el ofrecimiento y le mandó a pedir la carta. Mientras la investigación se llevaba a efecto, él continuó prestando servicio en nuestro patio y le expuso su caso a varios.

—Si descubren la falsificación me enviarán a La Yana y me matarán. ¡Y antes de que me maten me fugo!

Nosotros adivinamos que aquel hombre haría buena su palabra, y la tarde aquella, cuando lo vimos recoger en su bulto, con la calma de siempre, los polvos, las navajas, tijeras y correa de afilar, le dijimos adiós en la seguridad de que no lo veríamos más nunca... ¡Y no nos impresionó más de la cuenta al saber que iba hacia la muerte segura!... ¡Uno más!...

Su historia fue así:

En realidad, su caso allí era grave y algún severo castigo le hubiera caído encima de todas modos. Pero es que, para

su mayor desgracia, una funesta circunstancia había venido a complicar extraordinariamente su situación. Vázquez Bello, uno de los grandes sostenedores del machadato, había sido escopeteado. Nosotros supimos la noticia al día siguiente. La censura, como siempre que ocurría algún desastre al Gobierno, extremó sus cuidados inútilmente. Rompió cartas y dejó de entregar muchas por cosas pueriles que ella sospechó se referían a la muerte de Vázquez Bello. A Carbajal, una carta que según parece esperaba con mucho interés, se le perdió y fue a reclamarla a Luis María, el mayor. Ante las mentiras de este, Carbajal no se pudo contener y cometió el grave error de decirle:

—Mire, déjense de tanta historia, que ya nosotros sabemos que mataron a Vázquez Bello...

Esta imprudencia escapada concentró la atención sobre el barbero, que era uno de los pocos que podía habernos dado la noticia y fue conducido ante Castells. Con él sostuvo un diálogo:

—Usted ingresó aquí en el 1927 y venía portándose bien, pero ya se desvió...

—Comandante, me hacía falta... Usted me debe perdonar...

—Yo no puedo perdonar...

—Comandante... uno siempre tiene momentos en que no sabe lo que hace...

—Sí,... yo a cada rato tengo de esos momentos y siempre me da por hacer algo bueno...

(Y Luis Rivero decía, para dentro de sí: «¡Tanta gente como estás matando... bandido!»...)

Castells siguió, en su típico lenguaje:

—Siempre aparece un «congo loco»... Por si acaso se revira, Periquera no da tiempo ni a tirarle «un cachito»... Trasládenmelo a la cuadrilla más mala... Sesenta días a sacar yana, nueve a ración corta y pérdida de la conducta...

Al cumplirse los nueve días de incomunicación en la celda y a «pan y agua», Luis Rivero Morejón se había reafirmado en sus propósitos. Se dijo: «¡Para poca salud no quie-

ro ninguna... De que lo estén atropellando, es preferible que lo maten a uno... si me dan “un claro”, “me quito”!»

Y una madrugada brumosa, débil y aterrado, tuvo que salir con la cuadrilla de los castigados... La cara feroz de los escoltas, el paso fatigoso a que los llevaban; la expresión cínica de muchos de sus compañeros; la de espanto en otros; la fría hostilidad del paisaje; el fango... En su cabeza giraban los hombres y los panoramas en medio de sus ideas fijas: la muerte y la fuga... ¡la fuga y la muerte!...

Cuando lo metieron por la sabana aguachenta, por las tembladeras, y el frío del fango se le pegó a las ropas, comprendió que su imaginación había acertado: él no podía resistir aquello... «la candela era muy brava»... Y cuando tuvo que correr por los yanales, erizados de astillas, con un leño a cuestas, hostigado por los soldados, concluyó que no podía dejar para otro día la fuga, porque cada hora que pasaba le arrancaba una porción de energía que con nada iba a recobrar...

Mientras desprendía raíces, cruzaba sobre el fango, transportaba los troncos y recibía insultos, su cerebro en marcha fraguaba el plan de la fuga, estudiaba el paisaje, pesaba las oportunidades, economizaba fuerzas... Y, cuando llegó la hora del almuerzo, ya todo lo tenía listo: comería todo lo que pudiera, y, luego, procurando hacer reserva de fuerzas, sin llamar la atención, estaría atento al tiempo, para esconderse cuando faltara poco para la retirada y poder «perderse»... El soldado se daría cuenta pronto, pero ya él habría obtenido buena ventaja, y, además, la cuadrilla tendría que ser conducida al Penal y llegaría la noche... Y llegó el almuerzo, y se tragó la harina hirviendo, hasta sentir dolor... Y llegó la hora, y tras de una pila de troncos se hundió en el fango y comenzó a huir... Poco después, los tiros y los bárbaros insultos del soldado, mientras otro que era paisano suyo decía:

—A ese no se le puede matar... ¡Hay que cogerlo vivo!...

Por miedo a los cocodrilos y a los millones de cangrejos dejó los pantanos y, con enorme sigilo, cuidando los ruidos,

como el relojero cuida los más pequeños tornillos, salió, envuelto en fango, a los caminos... De oscurecido, tendieron el cordón y cayó dentro de él... Esperó entonces, quieto, la noche... Con los ojos penetraba angustiosamente las sombras... Sabía que la emboscada era la muerte por sorpresa... Con un recelo inmenso llegó hasta el corral, para apagar la sed que lo angustiaba, y, luego, se fue hasta el guayabal a pasar la noche, espionando todos los rumores humanos del viento... Por el amanecer subió la Sierra, la cruzó y llegó hasta la Zona 2, cerca de Nueva Gerona... Se emboscó durante el día, y, al atardecer, vio cruzar un camión lleno de soldados, que iban a apostarse...

Pero no conocía nada de aquello y se empeñó en cruzar el puente... Un viejito escolta le salió al paso y le dijo: «¡Alto! ¡Vira para atrás, muchacho!»... ¡Estaba cogido!...

Por la carretera venía ya un camión como con veinte soldados y al verlo se tiraron para matarlo... Pero eran tantos que no se ponían de acuerdo... En aquel torbellino, Luis Rivero sólo estaba esperando la muerte... Pudieron al fin, un sargento y un cabo, controlar a los soldados y se lo llevaron por la carretera, a pie, rumbo al Presidio de nuevo...

Sin embargo, Luis Rivero tenía que pasar aún nuevas angustias...

Casi al llegar al Presidio, vieron venir una máquina. En ella iba el teniente Máximo Gómez Jorge, jefe de la Compañía Provisional del Presidio y hombre implacable. Se acercó a la pareja y, sin mirar casi al fugado, le dijo, sin más preámbulo:

—Métenlo por ahí y mátenlo... ¡para que aprenda a fugarse!...

La pareja retrocedió con el preso, escogiendo el lugar para matar al prófugo y este, ante la nueva situación, iba ya estudiando la manera de escapar de ella...

En la primera curva de la carretera, el Cabo le dijo, palanqueando el rifle:

—¡Párate ahí!...

Mas el otro argumentó enseguida, con cierto pudor:

—No, no, vamos a matarlo allá dentro... pa'la manigua...

Y lo llevaron por la carretera hasta frente al mogote llamado la Loma del Polaco, donde había en la cerca una especie de portadita...

Cuando le dijeron: «¡Abre la puerta y entra por ahí!»..., con rapidez vertiginosa estudió el paisaje... ¡Como a dos cordeles de la cerca estaba la esperanza de un montecito!... ¡Si cruzaba el espacio se podía salvar... Y abrió la puerta, y antes de que la pareja lo pudiera evitar, arrancó en una carrera desesperada, loca, en zigzag, mientras los disparos le sonaban por la espalda... Cuando llegó al montecito, una nube le pasó por los ojos... ¡Estaba herido de bala de *Springfield!*... ¡Pero no podía vacilar!... ¡Los soldados lo perseguían!... ¡Conservó aún serenidad y, buscando una alcantarilla, se situó a la espalda de sus perseguidores y cruzó de nuevo para los terrenos del Presidio!... ¡Había comprendido que era imposible huir!... Que había que buscar, como única salvación, el milagro dentro del mismo Presidio.

Se refrescó los golpes y limpió con agua la herida... ¡La fiebre lo iba acechando!... ¡El hambre!... ¡La sed!... ¡Iba a morir dentro del monte!... como un perro jíbaro... Entonces recordó que era amigo de un escolta de la granja y, cansado ya de luchar por la vida, se le presentó, dispuesto a morir.

Su doble fuga había causado sensación; su aspecto miserable, su herida, compadecieron al escolta y lo llevó a la presencia de Castells... Este supo que nosotros ya estábamos enterados del episodio y que estábamos pendientes de la vida del hombre en el hospital... No hubo otro remedio que conservarlo vivo...

Y fue inútil que le enviáramos dulces y tabacos. Sus «compañeros» Lugo y Próspero se los cogieron todos... Si Luis Rivero fuera un barbero parlanchín. ¡Qué pocos colegas suyos tendrían tanta cosa interesante que contar!... Pero él apenas habla. Casi mudo lo dejaron sus recuerdos...

Capítulo XLIV

La cordillera de Arroyito

Las cordilleras eran, de entre todos los espectáculos del Presidio Modelo, el más impresionante; el más cargado de sugerencias trágicas; el que más compasión podía despertar en cualquier espíritu sensible...

Los hombres, estremecidos por el terror de la noticia, esperaban la madrugada en que habrían de ser conducidos en camiones, entre soldados, al Surgidero de Batabanó, para tomar allí el cañonero que los conduciría a la Isla próxima, pero infinitamente lejana del mundo, en la cual la distancia no se medía por kilómetros, sino por años...

Por el muelle de El Columpo, cabe una playa bella y desolada, de la que surge un negro promontorio, desembarcaban, y emprendían, con sus bultos al hombro, sucios, aterrados, el camino del Presidio... ¡El que los veía pasar sabía ya que muchos no volverían jamás para la calle, para la libertad!...

Caminaban con la pesadumbre de quien carga con la desgracia... Desde la primera, aquella cordillera fundadora de 50 hombres, creo, de la cual tan pocos supervivientes se pueden encontrar, hasta la última, todas llevaron en su marcha irregular y vacilante, de retaguardias derrotadas, hombres que eran cadáveres a plazo fijo; hombres que no volverían a ver a sus hijos; hombres que sufrirían terrores indescriptibles, suplicios, pánicos, crueles persecuciones...

Mas, de entre todas, hubo una que fue feliz, que escapó a todos los tormentos y a todas las vicisitudes de la vida del Presidio... ¡Fue la cordillera de Arroyito... la que no llegó nunca a Presidio!...

De ella voy a hablar. Voy a reproducir lo que una vez escribí y a lo que sólo necesito añadir un documento cínico,

que, por lo demás, acumula indescritibles cargos contra los hipócritas exterminadores.

Arroyito

La primera vez que estuve en Presidio, fui a uno de esos mítines que se dan en las prisiones, por gentes algunas veces de sincero corazón, y en los cuales se les dice a los presos *que no se ocupen, que ni están todos los que son ni son todos los que están... que ya irán saliendo poco a poco... porque la justicia al cabo resplandece... y el que la hace la paga...* Los presos aplauden —los presos también son corteses—... y se oye que alguno dice:

—¡Habla bueno el blanco ese!...

(¡Pobre Calleja!... ¡A ti te costó la vida uno de estos discursos del señor Arzobispo!...)

¡Después los oradores se van ahitos de satisfacción angélica y los presos se quedan para comer las toneladas de rancho que todavía les restan por comer!...

La vez que yo fui iba un hombre sincero, casi apostólico, Luis Berenguer, quien siempre ha tenido compasión de los presos, de las mujeres, de los viejos y de los niños, y su palabra, por lo mismo, fue sentida y su consuelo agradecido por los penados.

Entre la masa de oyentes estaba Arroyito, y yo era demasiado joven entonces para no sentir la atracción de la fama y de la leyenda que le rodeaba; por eso me pasé casi todo el tiempo hablando con él, y ahora, a la distancia de los años, lo recuerdo, bajito al lado mío, muy blanco y limpio, vestido con lo que me pareció una especie de guayabera; con el tórax avanzado; grueso; parlanchín como una mujer; rodeado de dos o tres, como si dentro de la misma prisión siguiera siendo capitán de banda; y satisfecho de sí mismo y de su nombre, de la cabeza a los pies... Tenía también una movilidad nerviosa, y recuerdo que al penetrar los visitantes al patio, cuando aún no habíamos preguntado por él, varios

presos se nos acercaron para preguntarnos que si queríamos conocer a Arroyito... Sin duda, ya era costumbre... Era lo que un americano diría «la máxima atracción de taquilla» del Presidio... ¡Si Castells llega a ser yanqui, en vez de matarlo le hubiera sacado dinero!...

El Dick Turpin de los campos de Cuba. Quién no recuerda el

*Ay pancontíbiri...
ay mancontíbiri...
que Arroyito a Cañizo
en Matanza secuestró...*

Las décimas populares abrumaron el tema y los viejos fonógrafos, cotorras mecánicas, llegaron a producir la desesperación de los vecinos... La leyenda, máquina de multiplicar, hizo héroe a Arroyito y lo equiparó casi con Manuel García... ¿Por qué no se les vendió entonces a los muchachos, en cuadernos como los de Dick Turpin y Buffalo Bill, la relación de las hazañas, secuestros, rescates y generosidades del bandido?... ¡Imbecilidades de nuestras empresas editoriales, ya que el éxito hubiera sido colosal!...

La relación de tales hazañas resulta ya inútil, porque todos conocen la leyenda, que es la verdadera historia de los hombres capaces de originar leyendas... Sólo cabe preguntar: ¿por qué fue un favorito del público?... ¿Por qué tuvo tantas simpatías?... ¡Sólo porque no fue asesino!... ¡Porque no se manchó de sangre, y porque fue generoso, valiente, audaz, ingenioso y buen amigo!... ¡Porque tuvo también un rudimentario sentido de la justicia social y le arrebató a los ricos su dinero mal habido y luego lo repartió con la generosidad de un millonario loco!...

Y si todos hubieran conocido entonces la historia que las gentes de Ceiba Mocha y Madruga conocen sobre las causas de la rebeldía de Arroyito, sus simpatías hubieran sido aún mayores.

Se asegura que Ramón Arroyo manejaba con frecuencia una máquina entre la ciudad de Matanzas y el pueblecito de Ceiba Mocha, y que, una vez, al recibir en la primera un aviso de su madre, de que corriera a Ceiba Mocha porque se le estaba muriendo la hermana, Arroyito voló por la carretera a la mayor velocidad que le rendía el motor, desesperado con la idea de no encontrar viva a su hermana, que tanto quería. En estas circunstancias, sin que ni los frenos ni su pericia lo pudieran impedir, el carro arrolló a un niño que, imprudentemente, quiso atravesar el camino... Arroyito lo recogió y volvió hacia Matanzas con un doble pesar. El niño murió y el abogado le dijo a Ramón Arroyo que iría a la cárcel de todas maneras, y este, desconocedor de la justicia «legal», se rebeló, afirmando que él no iría a la cárcel por culpa de la casualidad... Y así comenzó su famosa carrera de fugas, secuestros y rescates, que tanto nombre habrían de darle.

Amados por la muerte

Hay hombres tan amados por la vida, que la muerte sólo se los lleva por los celos, para amarlos ella también intensamente... De estos hombres afortunados fue *Arroyito*, Ramón Arroyo Suárez, que en el Presidio se llamó el 10 354... ¡Y dejó una leyenda con su vida y dejó una leyenda con su muerte!...

Un impulso, un sentimiento de justicia, me inspiró en un principio la idea de no ocupar espacio aquí para relatar su caso. ¡Porque, al contrario de lo que ocurre con él, hay hombres tan infortunados en la vida, que ni la muerte luego, al arrebatarnos de violenta manera, puede salvarlos de ese olvido negro, absoluto, que parece ser la sombra siamesa de sus nacimientos!... Centenares de ellos hay en Presidio... ¡De muchos, ni las madres se han ocupado de averiguar el fin!... ¡Muchos, ni madres tenían que pudieran olvidarse de ellos!...

¡Sombrios profesionales de la desdicha!... ¿Quién se ha ocupado nunca de Pascasio Speek, de Fernando Duthil; de Yaguajay; del pobre Félix Albert; de Félix Núñez Ribas, el estudioso músico brasileño, a quien no lo salvó del olvido ni la «preferencia» que le dio Castells... según consta en su propio expediente oficial?... «Pérdida de conducta y otros castigos por estimar el Señor Jefe del Establecimiento que no lo merece por tratarse de un individuo de ideas ácratas, altamente perjudicial a la sociedad»... ¡Y enseguida murió junto con Arimao y El Capitancito, cuando le faltaba un año por cumplir!... ¿Quién se ha ocupado de Cosme Valdés, que tenía 19 años; de Inocencio Isaac, que llevaba ¡16 años de buena conducta!... ¡Del viejo Juan Cordovés, acusado, a su edad, de inmoral!... Ni del pobre Alfonso Martínez, que, por pintar muñequitos en la clase, como un muchacho, lo castigaron hoy, a los ocho días se «fugó»! ¡Ni siquiera se ha hablado una vez de Melvin McLaughlin, a pesar de ser el único americano «fugado»! ¡A Chicho Ortega, a Feliciano Rojas, el valeroso veterano de la Guerra de Independencia, para pasar al olvido, no le ha valido ni siquiera haber dejado el recuerdo de ser el hombre que en Presidio defendió con más valor la vida, acorralado en una celda!... ¡Para Anastasio Zayas Sierra no queda un recuerdo, y eso que fue el único que constantemente acusó a Goyito delante del Capitán, lo que le costó un certificado de defunción por «monomanía»!... ¡Pero, para qué seguir enumerando, si del olvido no se libró ni el propio Cirilo Entenza, no obstante haber sido Castells en persona, quien, al negarse aquel a entregarle la trinchera con que atacara a un compañero, le hizo un disparo que lo hirió en el muslo, y a consecuencia del cual una «vertiginosa» septicemia, lo remató en el hospital a las pocas horas!... ¡Centenares de hombres cuya vida no valió nada en Presidio y cuya muerte es una muerte muerta, muda, sin vibraciones!... ¡El olvido y el silencio, como dos perros fieles, reposan sobre sus tumbas, donde la clave de un número es el único rastro para el investigador!...

¡Por eso no quería hablar de Arroyito, sino de los desconocidos, de los infelices que nunca vivieron, porque se puede decir que nunca murieron, de tan olvidadas que han sido sus muertes!...

Mas, si no por él, por la cordillera íntegra que perdió la vida entonces; por la desfachatez sin paralelo del crimen; por la comedia trágica que se pretendió hacer creíble y hasta por la injusticia cometida con el ídolo popular, debo hacerlo, debo contar lo que sé de aquel episodio, uno de los más singulares y sangrientos en la historia del terror en Isla de Pinos.

La cordillera exterminada

Todo el mundo sabe en Presidio que hubo una cordillera, conocida por «la cordillera de Arroyito», que fue íntegramente exterminada y que nunca llegó al Presidio... Por fortuna, era pequeña, pues sólo la integraban seis hombres.

¿Quiénes eran estos hombres?... ¿Por qué murieron?... ¿Cómo murieron?... ¿Quiénes fueron sus asesinos? ¡Yo voy a aportar nuevos datos y testigos; nuevas acusaciones que si quisieran ser investigadas por aquellos a quienes corresponde tal deber, podrían resultar en la definitiva aclaración oficial del «misterio»!...

Julio Enrique Pintado Martínez (a) *Güelelea* era un negro joven, corrompido, según el decir de sus propios compañeros, que se había fugado del muelle en una ocasión, y que por indisciplinado, fue trasladado de El Príncipe a La Cabaña. Tenía un mal expediente, sin duda. Era el 13 606.

Julio Ramírez Ojeda, 11 424, «consorte» de Arroyito, tuvo siempre fama de ser más valiente aún que su socio, y, como él, también se había fugado de la prisión una vez. Por lo demás, por tres años se había ganado la rebaja «buena conducta».

Andrés Calderón Luna, 11 461, *El Mexicano*, tenía un expediente de «buena conducta» y era un hombre joven.

José Ramos Ramos, 10 555, *El Moro*, como el anterior, observaba «buena conducta», pero de esas a las que los presos le añaden: «¡Muy buena conducta, sí señor!»...

Ramón Arroyo Suárez, 10 354, *Arroyito*, tenía una tentativa de fuga el año 1927 y ¡cuatro años de buena conducta!...

El último de la cordillera, Luis Díaz Fuentes, 4 997, *Cundingo*, tenía el dato más elocuente en su número de presidiario. ¡El 4 997! ¿Cuántos años llevaría preso Cundingo?... Arroyito, que era un diez mil y pico tenía seis años de prisión cuando lo mataron...

¡Esta era la cordillera exterminada!... ¡La más feliz de todas!... ¡La que no conoció la monstruosidad de El Cocodrilo, el asco de La Yana ni la emboscada traidora del hospital!...

Un escolta

En las mismas galeras que habitó Arroyito en El Príncipe he vivido yo. Hasta en la famosa cueva lóbrega de los «in-correctibles», que fue su última residencia en el Castillo, y que era más propia para sapos que para vivienda de hombres...

Hablando de estas cosas y de su muerte, encontré un testigo de verdadero interés: Aurelio Lara, un viejo escolta de El Príncipe, que luego estuvo en Presidio, donde lo conocí.

El escolta Lara es un hombre de edad mediana, de pelo canoso y habla con la seguridad de lo que dice. Tiene el recuerdo firme de millares de hombres que han desfilar por la prisión, y, a veces, hasta puede citar fechas. Así, él me contó cómo «por saber tratar a los presos, no tenía nunca dificultad con ellos, y, por eso, estuvo algún tiempo encargado de los “in-correctibles”, que estaban entonces donde está ahora el depósito de harina. Allí estaban Arroyito, Ramírez, Güelelea, Cundingo, Brain y otros»...

Luego Lara me contó que la noche en que los sacaron de El Príncipe, fue él el encargado de llevarlos hasta el patio grande y los pararon con sus paquetes en el corredor, cerca de la oficina, en donde fueron amarrados.

—Más tarde, cuando los pasaron al «rastrillo», los amarraron por parejas y recuerdo cómo se formaron esas parejas. El Moro y El Mexicano; Güelelea y Ramírez y Arroyito y Cundingo.

»Un grupo numeroso de clases del Ejército, pues ninguno era soldado, sino cabos y sargentos, los iba a acompañar; pero antes de salir del Castillo, vino Goyito Santiesteban y les dijo que fueran a la casa del capitán Castells, que quedaba muy cerca de la fortaleza... Allá fueron para recibir las «instrucciones» del caso y, a su regreso, se abrió el «rastrillo» para dejar pasar a los condenados... para dejarlos irse para Isla de Pinos... ¡«para el otro mundo»... que es como algunos presos nombraban este viaje con un doble sentido profético, sarcástico y fúnebre!...

Hay, pues, un hombre —y hay muchos más, desde luego— que estuvo presente en el momento en que sacaron la cordillera de El Príncipe, y que asegura rotundamente que en las condiciones en que eran conducidos nadie podía intentar fuga de ninguna naturaleza...

Recuerdo ahora, al escribir estas páginas —y sería fácil el comprobarlo—, que los periódicos anunciaron la partida de Arroyito y sus compañeros, diciendo que iban a ser cuidadosamente custodiados para evitar todo intento de fuga...

En el camino

Como de la tragedia sólo los asesinos podrían acumular todos los fragmentos, y ellos no van a hablar de buena gana, es preciso reunir, poco a poco, los elementos dispersos y concatenarlos con todo el escrúpulo necesario para reconstruir el inhumano suplicio.

En el camino también hubo testigos. El comandante Felipe Loys, entonces al mando del «24 de Febrero», podría contar cómo, a su llegada al muelle de El Columpo, se hizo la noche antes de que partieran para el Presidio los presos...

Mas algo debió de haber sucedido en el trayecto de La Habana a Batabanó cuando entre los confinados de Isla de Pinos circula este rumor que me dio por escrito Rodríguez Villar:

Unos kilómetros antes de llegar a Batabanó se encontraron con un carro de leche que había sido lanzado a la cuneta por un automóvil, cuyo dueño luchaba en vano por sacar el carro de la cuneta, por no tener una soga fuerte con que amarrarlo.

En esto se presenta el camión que conduce a los penados y se brinda el chofer para ayudarlo en su empeño. Una vez el carro en la carretera, pasan unos minutos de chanzas por el suceso y aprovecha el conductor del automóvil una oportunidad para cambiar unas palabras con el del camión:

—Oye, chico, ¿quiénes son esos presos?

—Pues Julio Ramírez y Arroyito... los otros no los conozco.

—¿Y para eso llevan tantos guardias?

—No solamente eso, sino que van dos por cada preso y otro sargento al mando de la escolta, y, además, los llevan esposados... ¡Creo que no llegan al Presidio!...

El hecho

Sigue el relato de Rodríguez Villar:

Así sucedió. Llegó el cañonero al muelle del *Columpo* próximamente a las cuatro de la tarde y se cansó de llamar al Presidio para que fueran a recibir a los presos y no los fueron a buscar sino cuando la noche tendía su manto sobre aquel lugar destinado a unos asesinatos originales. Aún no se había alejado el barco cuando cuatro de aquellos penados, esposados todavía, caían bajo el plomo certero de aquellos tiradores expertos, escogidos para ese crimen, en la oscuridad de la noche.

A los otros dos les esperaba una muerte más horrible que a los primeros, pues estos pasaron de la vida a la muerte,

súbita e inesperadamente, en tanto los dos últimos ya sabían lo que les esperaba, y tenían además, que sufrir toda una noche, y amarrados, la plaga de mosquitos y jejenes. «¡Asesinos!» —gritaban Ramón Arroyo y Luis Díaz—. «¡Acábennos de matar!... ¡Criminales!... ¡Cobardes!...» Y así se pasaron estos infelices toda la noche, pidiendo la muerte, provocando a sus verdugos para que se cumpliera cuanto antes la sentencia impuesta por Castells, y verse libres de la espantosa plaga que, a tres kilómetros de la playa, obliga a dormir tapado, si se carece de mosquitero. Tal sería la noche que pasaron estos infelices que a la mañana siguiente amanecieron con los rostros hinchados y amoratados de las picadas de los insectos... ¡Después de una noche de martirio semejante, la muerte!... Y todo por orden de Castells e ideado por su cómplice Goyito. Con este nuevo procedimiento aparecía que se habían fugado realmente y que los otros dos lograron escapar. Para mejor engañar a la opinión pública, fueron muertos los dos últimos por fuerzas al mando del teniente Pino, mientras los cuatro primeros lo fueron por los custodios que los conducían!

Esta es la versión del Presidio; la que me escribió Rodríguez Villar y la que, con ligeras variantes, es aceptada por todos. Es más, al juez que inició las causas contra Castells, doctor Rodríguez Aymerich, uno de los escoltas que condujo la cordillera, le declaró en términos fundamentalmente semejantes.

Un testigo

Georges Kelly, testigo presencial de la muerte de Capetillo y de la hecatombe de El Cocodrilo, debe aparecer también en este relato. Su declaración abre interrogaciones sobre algunos extremos relativos a la veracidad absoluta de la versión aceptada.

A mí me contó —y en presencia del escolta Lara, precisamente— que, como a las dos de la mañana, un día, cuando ya habían pasado como cinco o seis domingos de lo de El

Cocodrilo, Américo López, el Capitán Ayudante, lo fue a buscar a su celda, que era entonces la número 73, en el primer piso de la circular número 1. Enseguida, en unión del chofer, a quien le decían Urraca, pero que se llamaba René Ponce de León, Américo lo llevó al almacén a buscar seis cajas...

Sin preguntar una palabra, cargaron las seis cajas en el famoso Buque Fantasma, el camioncito de los muertos, y salieron por la «requisa». En unos minutos llegaron al lugar donde estaban los muertos, que no era al pie del muelle de El Columpo, ni a ocho ni a cuatro kilómetros del Penal, como respectivamente se dijo que era a donde habían muerto Arroyito y Cundingo; sino en un punto del lugar conocido en el Presidio por El Guanal, y que queda a un lado de La Yana; entre la Avenida de Zayas Bazán y la carretera del muelle. ¡En este lugar, en un espacio relativamente pequeño y limpio de yerbas, estaban tirados los seis cadáveres, que estaban esposados!...

Con la linterna, Américo López los enfocaba, porque la noche estaba muy oscura, y Kelly pudo verlos bien... A todos los conocía, por haber sido sus compañeros de prisión y me contó que ni a Arroyito ni a Cundingo se les reconocían las caras, de desbaratadas que las tenían por los balazos. Al Moro sí recuerda haberle visto la *cara bastante completa*, al igual que a Ramírez...

Hay algo que demuestra cómo toda aquella gente no perdía su «elegancia» de buenos artistas: el juez y sus «ayudantes», que ya estaban allí cuando llegó el camión, hablaban con los soldados y estos comentaban cómo habían «querido fugarse aquellos tipos»... ¡Sin duda, la comedia sangrante del Presidio tuvo más de un actor!...

Luego, a punto de ser puestos ya en las cajas, se dio la orden de que les quitaran las esposas a los «fugados»... Y entre George Kelly, el gigantesco americano, y Urraca, cargaron los seis ataúdes depositándolos en el camión, conduciéndolos al cementerio, en donde echaron tres en cada fosa. De allí, acompañados siempre por Américo López, fueron

hasta la playa, a llenar el camión de arena para traerla a verter sobre los charcos de sangre que habían quedado en El Guanal... Todavía era demasiado oscuro y fue necesario utilizar otra vez la linterna para encontrar los rastros sangrientos, sobre los que, como la última palabra, cayó un camión de arena...

De aquí Américo López trajo a Kelly hasta su circular y le dijo:

—De esto, todo el que te pregunte di que se fugaron Arroyito y Ramírez...

Y Urraca se fue a guardar el camión.

Apenas pudo dormir Kelly, porque poco después sonó la diana...

Conjeturas

En primer lugar, ¿por qué es a Kelly a quien precisamente va a buscar Américo López, y no a otro cualquiera? La cosa no tiene mayor importancia, pero tiene una explicación «presidaria». Kelly era, sin él quererlo, por supuesto, testigo aterrado de los asesinatos de El Cocodrilo, de fecha muy reciente; y en Presidio, mientras menos testigos mejor, por eso, probablemente, lo escogieron para enterrar a Arroyito y sus compañeros.

Además, se trataba de un hombre de fuerzas extraordinarias, capaz de cargar los seis cadáveres si hacía falta. ¿Qué razón puede haber para dudar de lo que dice Kelly? Yo no veo ninguna. Con su declaración él ni ataca ni defiende, ni señala concretamente a ningún asesino. Puede añadirse que se trata de un norteamericano, silencioso, con pocos amigos en el Penal, un hombre trabajador, en fin, que asustado una vez de manera inolvidable, dejó de considerar como demasiado espeluznantes las cosas que veía. Por lo demás, en este caso él sólo cita un hecho que puede ser comprobado, a saber: que en la madrugada del día de la muerte de seis hombres, de sobra conocidos para los presos, junto con el chofer del camión, fue al almacén a buscar

seis cajas para darle sepultura a seis cadáveres. En El Guanal, trabajó Kelly siete meses y con seguridad puede reconocer exactamente el lugar de los hechos. Ahora bien, una vez que se admite la declaración de Kelly, con poco que se piense, penetra la duda sobre la veracidad de la versión oficial relativa a que Arroyito y Cundingo fueron muertos a mayor distancia que sus cuatro compañeros y un día después que ellos. Porque, de ser cierto esto, para que Kelly viera a los seis hombres juntos era necesario que alguien los hubiera traído antes, lo que resulta hipotético. Mas la versión oficial no nos debe interesar demasiado, en la búsqueda de la verdad, ya que, por principio, debemos considerarla falsa. La que nos debe interesar es la popular, la de los presos, la que llegó hasta ellos por filtración, por las mismas imprudencias jactanciosas de los soldados asesinos, cuando alardeaban de su hazaña para aterrar a los castigados con el ejemplo infligido a los que tanta fama tenían entre los reclusos...

Esa leyenda es la que nos asegura que Arroyito y Cundingo fueron muertos después de una noche de angustia y de sufrimientos, para dar tiempo a que el Juzgado determinara pomposamente el paripé de la fuga: ¡cuatro muertos el 28 de septiembre de 1928, y los otros dos al día siguiente... luego, la fuga era evidente!...

Sin embargo, como tantas otras veces, la versión popular puede ser perfectamente relacionada con la pantomima legal y para ello sirve de nexo la realidad constatada por Kelly...

Lo que hay, probablemente, es que la leyenda, por primera vez, se quedó aquí por debajo de la historia. ¡Lo que, seguramente, hay, es que la famosa noche de los tormentos de Arroyito y Cundingo, fue mucho más terrible de lo que todos han imaginado, pues se puede asegurar que los infelices la pasaron esperando la muerte... ¡haciendo tiempo!... ¡delante de sus propios compañeros, asesinados ya! ¡Esta es la verdad, fácil de colegir para quien vivió aquello!... ¿Quién cree a cualquiera de aquellos soldados asesinos capaces de molestarse en caminar un par de kilómetros,

para matar a un hombre, sólo por tener la piedad de no mostrarle durante una noche entera los cadáveres de sus compañeros de infortunio?... ¡Nadie!... ¡Nadie en el Presidio los creería capaces de tal cosa!... ¡Al contrario!... ¡Entre bromas brutales y bestiales tratamientos, rivalizando entre sí, en salvajismos, es casi seguro que se divertieron ellos las horas que tenían que dejar pasar para que la «fuga» fuese con los planes acordados!... ¡Pobres hombres!... ¡Yo fui injusto al comienzo, al pensar que ya bastante fama y nombres alcanzaron en la vida para no dar preferencia a otros en la muerte!... ¿Acaso muchos más sufrieron tanto en una sola noche?... Y, a la evocación del recuerdo, pregunto, ¿puede haber piedad para los asesinatos? ¡Si alguien se atreve a responder que no podemos ser como ellos, yo le respondería que nuestra piedad no puede ser como su crueldad, que no tuvo límites!...

Un documento

¡Mas no he terminado!... (¿cuándo se termina en Presidio?). El documento que ahora copio, de un minucioso cinismo, revela, además, interesantes detalles para quien conozca un poco lo que fue todo aquello.

Por lo pronto, demuestra que la conmoción popular del crimen, dada la personalidad, realmente nacional, de Arroyito, llegó a preocupar a las más altas autoridades. Se trata, nada menos, que de un informe rendido por el capitán Castells, al general Machado, y dice así:

Jefatura del Presidio de la República. Isla de Pinos, Octubre 4 de 1928.

Honorable Señor Presidente de la República, Palacio Presidencial, Habana.

Honorable Señor:

De acuerdo con un aerograma recibido del Sr. Secretario de la Presidencia en que me transmitía sus deseos de que se

abriese una investigación minuciosa sobre los hechos que produjeron la muerte del recluso No. 10 354, Ramón Arroyo Suárez y otros al ser conducidos del Castillo del Principe a este Campamento del Presidio Modelo, cúpleme informar a Ud. con el debido respeto, lo siguiente:

Que: el día veintiocho de septiembre del corriente año, fueron trasladados en camiones del Ejército, debidamente custodiados, de la Cárcel de la Habana a Batabanó, donde embarcaron en el Cañonero de la Marina Nacional «24 de Febrero» para ser conducidos al muelle de la Playa de Columpo, en territorio de este Campamento del Presidio Modelo, los reclusos Núm. 11 461 Andrés Calderón Luna, o Andrés Calzada o Jesús Bermúdez Tamargo o Jesús Mejjido (a) «El Mejicano»; Núm. 10 555 José Ramos Ramos (a) «El Moro»; Núm. 11 424 Julio Ramírez Ojeda; Núm. 13 605 Julio Enrique Pintado Martínez (a) «Guelelea» o «Gueleleque»; Núm. 10 354, Ramón Arroyo Suárez (a) «Arroyito» o «Delirio»; y Núm. 4 997 Luis Díaz Fuentes o Secundino Vélez Suárez (a) «Cundingo», cuya custodia la formaban los soldados del Ejército Nacional, Leandro Machín, José Guerrero Guzmán, Ramón H. Hernández, Filomeno Hernández, José M. Socorro, Pablo de la Guardia, Prudencio Marichal, Santiago Méndez y Miguel A. Sotolongo Álvarez, en servicio de armas, por haber sido nombrados oficialmente para la conducción de dichos penados.

Que: Al desembarcar en la noche del 28 de dicho mes en el muelle del Presidio Modelo los citados reclusos y la mencionada custodia, para trasladarse a este Campamento, en el trayecto y en el lugar conocido por «Playa de Columpo», donde existían espesos matorrales, a una distancia como de cuatro kilómetros del Campamento del Presidio Modelo, al amparo de las sombras de la noche, creyendo ventajosa para sus propósitos la situación del terreno, los penados arriba descritos, intentaron fugarse corriendo hacia la manigua próxima, a una voz de «Arroyito» que dijo: «Ahora», e intentando escaparse en la espesura. Pero los soldados que tenían antecedentes de la propensión a las fugas que tenían «Arroyito» y sus compañeros, para evitar que se fugaran, hicieron uso de sus armas cayendo

atravesados por las balas, a excepción de «Arroyito y Cundingo» que lograron internarse en el monte, sin que sus perseguidores lograran darles alcance ni hacerles blanco con los disparos que les hicieron, tomando rumbo los fugitivos hacia el lugar conocido por «Sierra de Caballos».

Que: Inmediatamente de tener conocimiento de estos hechos, dio órdenes oportunas al Primer Teniente de la Guardia Rural Francisco V. Pino y Pérez, Jefe del 2do. Pelotón del Escuadrón No. 6—5to. Distrito Militar, para que con las fuerzas a sus órdenes, iniciara la persecución de los prófugos y tomara las medidas adecuadas para evitar que pudieran evadirse. El citado Teniente después de perseguirlos durante varias horas sin lograr verlos ni saber su rumbo exacto, optó por establecer varias emboscadas, fijando éstas en los lugares siguientes: una en «La Guanábana», otra en los «Cerros de Bibijagua», otra en la finca «La Belencita» y otra en «Punta de Piedra».

Con estas emboscadas y los soldados facilitados por mí, se cubrieron todos los sitios por donde hubieran podido escaparse los fugitivos, pero como transcurrió la noche sin que éstos dieran señales de vida ni los soldados notaron ningún movimiento, se pensó que se hubieran internado en la loma de «Sierra Caballos» y que desde aquella cima pudieran observar los movimientos de las fuerzas.

Que: Posteriormente, esto ha sido confirmado por el Primer Teniente Pino, quien agrega que al hacer un recorrido, el cordón de vigilancia en la mañana siguiente, al llegar a la última emboscada compuesta por los soldados Norberto Barquín Pérez e Isidro Martínez Martínez, los cuales estaban en el lugar conocido por «Punta de Piedra», y siendo como las nueve de la mañana, el soldado Isidro Martínez divisó por un claro del monte a dos hombres, llamándole la atención al Teniente por lo que se pusieron en guardia inmediatamente, ocultándose y logrando aproximarse, hasta cerciorarse de que eran los dos prófugos, saliéndoles al encuentro y dándoles el «alto»; pero ellos lejos de detenerse emprendieron una veloz carrera en sentido inverso, pretendiendo internarse nuevamente en la espesura. Entonces se dio la orden de hacer fuego,

amparándose en los preceptos del artículo 10 de la Ley Militar, cayendo muertos los citados reclusos «Arroyito» y «Cundingo».

Es casi seguro que de no haber obrado así las fuerzas que mandaba el Teniente Pino, los fugitivos hubieran logrado sus propósitos de fugarse del territorio en que está enclavado el Presidio Modelo y esperar la oportunidad propicia para escapar de la Isla.

Que: De todas estas actuaciones y sus resultados, di cuenta oportunamente al Estado Mayor del Ejército, telegráficamente, rogando fuese entregada una copia de ese despacho al Sr. Secretario de la Gobernación, por serme imposible comunicar a esa hora con dicho Centro, sin perjuicio de hacerlo después en extenso y por otra vía, para sus conocimientos y efectos.

Es cuanto el firmante puede informar a Ud. Honorable Sr. Presidente, de lo que se relaciona con los hechos que se investigan. «Respetuosamente, Pedro A. Castells Varela, M. M. Capitán de Infantería, Jefe del Presidio Modelo.

Aparte de lo grotesco que resulta el que el general Machado —que nunca vaciló en ordenar el asesinato de estudiantes, obreros y periodistas— se interesara tan vivamente por el crimen cometido con unos cuantos «condenados», el documento anterior nos sirve para sacar algunas conclusiones en extremo interesantes.

Por lo pronto, la defensa que alguien ha hecho, de que los soldados que conducían la cordillera, como tantas otras veces, nada tenían que ver con el Presidio, se viene al suelo y de manera en extremo ruinosa. De los nueve soldados que aparecen en la lista, seis, José Guerrero Guzmán, Filomeno Hernández, José M. Socorro, Pablo de la Guardia Álvarez, Santiago Méndez y Miguel A. Sotolongo, figuran entre los que tienen a su haber muertes de reclusos en Isla de Pinos... ¡Y aún más!... De esos seis soldados, tres de ellos, La Guardia, Socorro y Santiago Méndez figuraron entre la exigua lista de los «privilegiados» que pasaron a convertirse en

Presidio en cazadores de hombres. Y, para que no haya más duda, los seis soldados, ya tenían en sus «récorde» nombres apuntados, a pesar de que, por entonces, lo corriente era poner: «Muerto al tratar de fugarse, sin que conste el nombre de sus custodios.»... Quiere decir, pues, que los soldados escogidos, no iban a una *iniciación*... ¡Al contrario, estaban ya de vuelta de la hecatombe de El Cocodrilo!... Castells acumuló, contra Arroyito y Ramírez y sus compañeros, esposados, una constelación de estrellas del crimen...

Y hay todavía algo más significativo que señalar: los seis trasladados hacían *su primer* viaje a Isla de Pinos.

¡En toda la historia del Presidio no hubo un solo caso más de presos que se fugaran en el mismo día de su llegada!... Porque es claro que ni al novelista de más desordenada imaginación y público más infantil, se le podría ocurrir el que sus protagonistas, al llegar a un lugar desconocido para ellos, de noche además, y, por ende, vigilados estrechamente por nueve hombres de corazón de lobo y puntería excepcional (¡y Arroyito y su gente sabían de sobra quiénes los conducían!...) se lanzaran a una fuga loca; sin estudiar antes el terreno; sin tratar antes de analizar las probabilidades en pro y en contra; sin buscar auxilios, cómplices, amigos; máxime, teniendo en cuenta, que todo lo que sabían con absoluta certeza, era que aquel territorio era inhospitalario; que no contenía bosques de frutales; ni animales de caza; ni aguadas abundantes... ¡ni posibilidades de salida de él para el extranjero, o siquiera, para Cuba!...

Y aún podemos estrechar más el círculo de las posibilidades y admitir lo que más condena a los asesinos: su propia declaración. ¡Admitir que sí, que efectivamente aquellos hombres, tan estrechamente vigilados; tan indefensos; tan desconocedores del terreno, se dieran a la fuga!...

Y esto es lo mejor que podemos admitir para que la verdad del salvaje escenario salte a la vista, y la repelente cohorte de asesinos adquiera el siniestro fulgor que tuvo.

¡Sí!... ¡Se dieron a la fuga, aquellos hombres, porque sabían ya que los iban a matar sin remedio, fríamente, con

placer!... ¡Se dieron a la fuga, para morir, siquiera, en un intento de salvar la vida!... ¡Para no ver el cañón de los rifles apoyarse en sus pechos, en sus cabezas!... ¡Para no ver, como último espectáculo del mundo, el rostro feroz, los ojos crueles y los dientes violentos de sus inmoladores!... ¡Se dieron a la fuga para morir pronto... para huir de la vida que les esperaba!...

Mas, debemos volver a la realidad, y, por mucho que nos resulta acusadora la «verdad oficial» ante la grotesca pantomima no nos queda más remedio que rechazarla. Véase si no:

Para trasladar *seis presos*, encadenados, esposados, se envían *nueve soldados*, tiradores expertos, ya matadores de hombres, en su gran mayoría. En el segundo párrafo hay esta descripción:

[...] donde existen espesos matorrales, a una distancia, como de cuatro kilómetros del Campamento del Presidio Modelo, al amparo de las sombras de la noche, creyendo ventajosa para sus propósitos la situación del terreno, los penados arriba descritos, intentaron fugarse, corriendo hacia la manigua próxima, a una voz de «Arroyito», que dijo: «Ahora», e intentando escaparse en la espesura.

Es decir, que se confiesa que desconocían el terreno, y se supone además que en el viaje los seis presidiarios, vigilados tan de cerca, habían fraguado su plan de fuga, sin que ningún soldado se diera cuenta de los conciliábulos, que, necesariamente, tenían que haber celebrado...

¡Es verdad que el cañonero era *tan grande!*...

¡Luego sigue, sabiamente!...

Pero los soldados que tenían antecedentes de la propensión a las fugas que tenían «Arroyito» y sus compañeros, hicieron uso de sus armas cayendo atravesados por las balas, a excepción de «Arroyito» y «Cundingo»...

Y, si estaban tan en «antecedentes» de la propensión a las fugas.. ¿por qué no hicieron lo que es tan frecuente hacer en casos análogos, y se esposó a cada preso con un soldado... o se encadenó a todos en una sola fila... o se les amarró al camión o a la plancha del ferrocarril que al efecto se pudo haber traído?... Además, ¿por qué la casualidad de que, precisamente, los únicos «afortunados» que lograron escapar fueron los dos menos indicados para conseguir la fuga: Arroyito, que estaba casi obeso, y a quien, por su fama, le hubieran disparado antes que a nadie, y Cundingo, el más viejo del grupo?... ¡Era que tenía que ser Arroyito por su historia, por su leyenda, el que justificase una hazaña ante la que los propios protagonistas de Emilio Salgari hubieran desistido... y el pobre Cundingo pagó la culpa de venir amarrado con él!...

Pero todavía es más interesante esto que ocurre a la mañana siguiente:

[...] y siendo como las nueve de la mañana, el soldado Isidro Martínez divisó por un claro del monte a dos hombres, llamándole la atención al Teniente por lo que se pusieron en guardia inmediatamente, ocultándose y logrando aproximarse, hasta cerciorarse de que eran los dos prófugos, saliéndoles al encuentro y dándoles el «alto»...

Desde luego, dos hombres perseguidos a balazos apenas hacía unas horas; que habían perdido cuatro compañeros en la aventura; que sabían que detrás de ellos andaba una jauría furiosa... era absolutamente natural que, al llegar la luz del día, en vez de ocultarse en lo más enmarañado del monte, se pusieran a descansar en «un claro» tan despreocupadamente, que, sin montar, como era elemental, una guardia, sus perseguidores pudieron acercárseles lo suficiente como para reconocerlos... Y ellos, que por la noche habían escapado, sin ver, sin conocer el terreno, a los disparos de nueve grandes tiradores, hechos casi a boca tocante, ahora, en cambio, a pleno día, ya con cierto conocimiento del lugar

donde estaban, no acertaron a huir y cayeron bajo los disparos hechos por una sola pareja y a mucha mayor distancia...

Y, para terminar el informe y *convencer* al Presidente de la necesidad del remedio empleado, se dice: que de no haberse obrado así los prófugos hubieran encontrado oportunidad de salir de la Isla y escapar a la justicia... Y, para evitar que esto sucediera algún día, es que siempre se exterminó a los «fugados», de manera que si de la Isla del Diablo se han escapado numerosos confinados, de Isla de Pinos no se sabe de nadie que conservara la vida en el intento... Y ahí está El Cayeno para revelar su frase sombría que es la comparación definitiva entre las dos terribles prisiones:

—¡Ojalá que no me hubiera fugado de allá!...

Capítulo XLV

La hecatombe

Reparto

Entre todos los episodios del Presidio se destaca el de la hecatombe de El Cocodrilo. Y no es sólo por el hecho de que en él ocurriera el mayor número de asesinatos de un solo golpe, sino también, por la trascendencia que tuvo; por la intención que se puso en él; por la grandeza extraordinaria de los protagonistas; por las circunstancias que acompañaron al hecho... En fin, porque fue el final de una tragedia de proporciones colosales, a pesar de haber sido una tragedia de presidiarios... en la que el odio, el valor, el miedo, la traición y la crueldad llegaron a su ápice... ¡La intención de escribir el drama intenso me persigue y, sin duda, yo realizaré el empeño, porque una fuerza secreta va germinando en mi interior el ambiente creador!...

Mientras tanto, en este relato se muestran la mayor parte de los caracteres del crimen impar.

Tales son los elementos a considerar en la tragedia.

El responsable: capitán Pedro A. Castells, jefe del Presidio Modelo.

El inspirador: Goyito Santiesteban, el recluso modelo.

El delator: José Veiga, de múltiples alias.

El testigo: George Kelly Willing, un forzado.

Los asesinados: Rogelio Fernández Febles, Francisco Álvarez, Sebastián Mesa Pupo, Juan Soto Hidalgo, William Müller Smith, José Martínez Mediandúa, Adolfo Fernández del Llano, Eugenio Díaz Novo y Gabriel Pérez González.

Los «prófugos» quemados: Alberto de Huerta Romero, Carlos Estrada Cabrera y José Bravo Suárez.

Los cremadores: Américo López, capitán ayudante del Presidio; Eulogio Galdeano y José Cuxidor, dos presidiarios.

Asesinos materiales: un grupo de clases y soldados de la Compañía Provisional destacada en la Isla de Pinos.

Escenario: Primero, el Castillo del Príncipe; después, el Presidio Modelo, y, por último, El Cocodrilo, zanjón de los castigados.

Época: la del general Machado.

Desenlace: la mañana del 18 de agosto de 1928.

Este es el reparto de la tragedia que algún día he de escribir, en memoria de las víctimas y para execración de los victimarios, con la esperanza de que millares de hombres conozcan el sacrificio de unos y la villanía de otros. ¡Y para que el recuerdo perdure!...

Hoy, por la segunda vez, doy a conocer los detalles de aquella inolvidable hecatombe.

Móviles

Un testigo de aquellos días en que se originó todo el largo período del terror, José Rodríguez Villar, cuyos relatos he utilizado varias veces, me escribió algo sobre esto y yo ahora lo traslado aquí:

El día 18 de agosto de 1928 son destinados al sacrificio doce penados. Nueve caen bajo el plomo de los soldados y tres desaparecen para siempre. Los desaparecidos se llamaban Alberto de Huerta Romero, José Bravo Suárez y Carlos Estrada Cabrera.

La Trama: Hacía poco tiempo que Castells había sido nombrado jefe de las obras del Presidio Modelo y tenía el propósito de demostrar más eficiencia que su anterior y aprovechar toda la energía del penado para llevar la obra a cabo en el menor tiempo posible.

Para lograr tal fin, empezó por prohibirle a los penados que realizaran trabajos particulares y someterlos a jornadas largas y forzadas, mediante los modernos

cabos de vara llamados por él Capataces. Estos, incitados por el sueldo que les daba, cumplieron bien la misión que les encomendó lo que contribuyó tanto como el imposibilitar al penado de resolver su situación económica con los trabajos particulares que hacían, al descontento general del Penal. Esto no lo sabía él, pues nadie quería aventurarse a hacer público su pensamiento, pero se hablaba mucho de tal estado de cosas, ya durante las comidas o bien mientras descansaban sobre la hierba los domingos por la tarde. No se pensaba en otro medio de salvación que en la denuncia, fantasma horrible y pesadilla constante de Castells y Gregorio Santiesteban.

Así las cosas, no tardaron en aparecer los delatores, los traidores, los «chivatos», como generalmente son llamados tales individuos en la prisión. La recompensa a tales servicios no se hacía esperar y no era muy costosa, por ejemplo, un destino que lo evadiera del trabajo rudo que se llevaba a cabo en este sitio que con el tiempo sería un Modelo de Presidio. Esta retribución es suficiente para un vago como el «Figurín», con más razón si el trabajo es forzado como aquí lo era. Este individuo no es conocido en la prisión más que por «Figurín» y aquí logró que Castells le hiciera más largo el nombre, llamándolo «el simpático Figurín». Es el diploma que se ganó por su delación. Mulato de estatura mediana, grueso, cabeza voluminosa para alojar todos los vicios y maldades humanos, tales como tramposo, enredador, «chivato», afeminado arrebatado y otras preciosidades por el estilo. Le salieron los dientes en la prisión y siente la nostalgia de ésta las pocas y cortas temporadas que pasaba en la calle, donde no gozaba de los privilegios y ventajas que en aquella tenía al servicio de la infamia y posteriormente del crimen, sirviéndole de confidente a su ídolo Castells, a quien informó de los proyectos de denuncias y de cuanto decían de él los penados.

Esas confidencias fueron corroboradas por una denuncia escrita y firmada por el traidor José Veiga (a) «El Jorobado» o «El Madrileño».

Enterado Castells del pensamiento común del Penal, y sabiendo que entre ellos estaban los que inútilmente habían intentado sacar denuncias en otras ocasiones, y, que, además, uno de esos individuos se había destacado como escritor al mismo tiempo, pensó conjurar la tormenta de denuncias que amenazaban su fama de honrado, bueno, justiciero, reformador y otros tantos nombres adjudicados por esos corruptores del Diccionario que periódicamente lo elogiaban desde la prensa... ¿Y qué podrían decir estos penados para que Castells y su «hermano Goyito», como él llamaba a Gregorio Santiesteban, los temieran? Una sola cosa, la verdad. A ésta temían y contra ella se conjuraron en unión de Américo López. Creían que esa palabra podrían enterrarla con el cadáver del que intentara pronunciarla. No pensaban ya en otra cosa y se olvidaron de que ella flotaría sobre las tumbas de los muertos. Castells mismo lo decía: «La verdad se oculta temporalmente; pero no se pierde», y este hombre, cuando escribía tal pensamiento, ya se había olvidado de que una noche, mientras unos inocentes reclusos descansaban de las aterradoras y agotadoras labores del día en el Ojo de Agua, «El Cocodrilo», él, Gregorio Santiesteban y Américo López, decretaron la muerte de doce hombres, culpables del delito de amar la verdad, enlutando otros tantos hogares y condenándolos a la miseria porque les quitaban la ayuda de los seres queridos que mañana volverían a llevarles el sustento.

Como una prueba del plan fraguado contra todos los «enemigos» sigue informando Rodríguez Villar:

Entre los nueve a que le aplicaron la «Ley de Fuga», se encontraba otro de los que participaron en la denuncia hecha en el Castillo del Príncipe, llamado William Müller Smith, y entre los seis que fueron asesinados el día 28 de septiembre de 1928, se hallaba Andrés Calderón Luna, otro de los autores de aquella denuncia interceptada en Cartería y que trataban de sacar oculta en un portarretrato.

Hablaban en ella de las delicias del Castillo, tales como que la Cigarrería y Tabacquería no pagaban impuestos a la Hacienda, ni sellos del timbre, ni matrícula, ni nada, en fin, lo que les permitía hacer una fácil competencia a los industriales, teniendo además la ventaja del bajo precio de la mano de obra; que no dejaban comprar los tabacos y cigarros fuera del Penal a fin de que se consumieran los fabricados en el mismo; que la comida estaba en malas condiciones; que los Sargentos Mayores tenían las cualidades de borrachos, sodomitas, y otras lindezas por el estilo; pero todo verdad.

Este fue el móvil. ¡Como en el caso de muchos «valientes», los asesinos mataron por miedo!...

Los hombres muertos

Ya, a lo largo del libro, he ido dejando siluetas y rasgos aislados de las fisonomías de varios de los participantes en la tragedia: Castells, Goyito Santiesteban, Américo López y los soldados del Presidio.

Debo, pues, hablar ahora de la personalidad de los victimados, del delator y del testigo. De los dos últimos me ocuparé más tarde y ahora voy a relacionar algunos datos sobre los hombres muertos, que resultaron terriblemente acusadores y de incontrastable fuerza, para los que todo lo justifican por el delirio paranoico de Castells, que lo impulsaba a matar «para limpiar la sociedad de los criminales incorregibles»... Esta vez —¡la más extraordinaria de todas!— Castells dejó a un lado su «misión» y descendió al bajo rol asesino impune... Y no hay más que una razón: la imperiosa necesidad de quitarse de encima enemigos demasiado peligrosos...

Estos son los hombres asesinados en El Cocodrilo, según el propio expediente oficial, jamás inclinado a favorecerlos:

Rogelio Fernández Febles, 12 544. Primer ingreso. *Buena conducta*.

Francisco Álvarez, 7 960. Primer ingreso. *Buena conducta*.

Sebastián Mesa Pupo. Segunda condena.

Juan Soto Hidalgo, 8 475. Primer ingreso. *Buena conducta* ¡durante ocho años consecutivos!...

William Müller Smith, 9 096. Primer ingreso. Acusado de *anonimista* el 29 de julio de 1928, veinte días antes de su muerte.

José Martínez Mediandúa, 9 510. Tercera condena. Acusado de *anonimista y anarquista* el 11 de agosto de 1928, siete días antes de su muerte.

Adolfo Fernández del Llano, 12 129. Primer ingreso. Acusado de *falta de respeto a sus superiores e indisciplinado*, el 12 de julio de 1928; acusado también de *anonimista* el 29 de julio del propio año, veinte días antes de su muerte. Cumplía su condena en 1929.

Eugenio Díaz Novo. Primer ingreso, 12 920. *Buena conducta*.

Gabriel Pérez González, 11 682. Primer ingreso. *Buena conducta*.

Alberto de Huerta Romero, 12 645. Primer ingreso. Castigado por *indisciplinado* el 7 de febrero de 1928. ¡Le faltaban dos o tres meses para cumplir su condena!...

José Bravo Suárez, 12 291. Primer ingreso. *Buena conducta*. Acusado de *anonimista y anarquista*, el 11 de agosto de 1928, siete días antes de su muerte.

Carlos Estrada Cabrera, 10 990. Primer ingreso. Acusado de *anonimista y anarquista*.

Como la lista es un poco larga y me es fácil hacerlo, le ahorraré a los lectores una serie de observaciones interesantes. De los doce muertos, de los doce *criminales perjudiciales para la sociedad*... ¡sólo dos son reincidentes!... De los diez restantes, presos no reincidentes, seis observaban *buena conducta*... ¡Uno de ellos, por ocho años consecutivos!... De los doce muertos, seis habían sido acusados por *indisciplinados, anonimistas y anarquistas*, poco antes de morir; algunos, sólo una semana antes... ¡Por último,

cuatro de aquellos hombres iban a salir en breve para la calle, y, entre ellos, nada menos que Alberto de Huerta y Romero!...

Miedo

¿Dónde está aquí el papel mesiánico de Castells, de exterminador en Cuba del delincuente nato?... ¡Crimen sin paranoia, vil y asqueroso, este de El Cocodrilo!...

Alguien podría sugerir que acaso a los que se proponía exterminar Castells era a los *anarquistas*... Mas esto también es falso... Es cierto que él —como buen engranaje del machadato— tenía fobia contra los luchadores obreros, cualquiera que fuese su tendencia. Es justo recordar aquí que una de las primeras pruebas que de su hipocresía recibimos fue cuando, en ocasión de trasladar para el pabellón donde estábamos a José Sánchez Herrera, Emilio Rangel Utrilla y Reynaldo Escudero Busto, los tres marineros del crucero «Patria», que, por conspirar contra el Gobierno, estuvieron un año presos junto con nosotros, les advirtió sabiamente:

—Muchachos... ahora van a entrar ahí. Hay dos grupos: la derecha y la izquierda. Estos últimos, a ustedes no les conviene andar con ellos ni juntarse con ellos... Son gente que profesa ideas *ácratas*, contrarias a la patria y la sociedad... Siempre están leyendo libros y cosas que a ustedes no les interesan...

Como en las palabras de Machado, en las de Castells se nota un confusionismo pintoresco y malintencionado a la par sobre las luchas obreras. Pero su «confusión» era muy relativa, ya que, si mató por «anarquistas» a tantos que en lo absoluto lo fueron, en cambio nunca se atrevió a realizar el asesinato de José Rodríguez Villar, de quien sí le constaba que había ido a Presidio por anarquista; por matar a un patrón explotador, siguiendo la norma de la lucha anarquista; y que, además, en Presidio, no sólo mantenía sus ideales, sino que los propagaba y, por último, no perdía oportunidad de poner en comunicación de los presos políticos que se le po-

dían acercar, todos los horrores de aquel «Antro Modelo», como él lo llamaba... ¿Por qué no lo mató entonces?... ¡Por miedo!... ¡Por miedo a que los anarquistas en su día vengaran la muerte de su compañero!...

¡Y por miedo también fue que mató a los infelices castigados de El Cocodrilo!... ¡Por miedo a que de veras fueran *anonimistas*!... ¡Por miedo a que los que iban a salir, pronto lo acusaran públicamente, y a que, los que aún se quedaban, lo hicieran desde la prisión!... ¡Por miedo sobre todo a que Huerta cumpliera su terrible amenaza!... ¡Por miedo a Huerta, que sabía hablar en público; que era escritor; que tenía una entereza de alma y una generosidad de corazón que lo hacían estremecer de rabia y de temor!...

Protagonistas

De los doce asesinados, tres tenían una robusta personalidad, y uno era un hombre extraordinario.

José Bravo Suárez llegó a la prisión con cierto nombre. Su delito fue reprobable en extremo. Bajo un régimen socialista hubiera sido justamente fusilado. Como tesorero —creo— de la Sociedad de Torcedores, se alzó con los fondos. Si se considera este hecho no puede haber simpatías ningunas para él, porque burló la confianza de sus pobres y explotados compañeros de trabajo, que con tanta dificultad pueden desprenderse de alguna pequeña suma para los fondos comunes de reserva.

Sin embargo, Bravo se condujo con estricta honradez en todos sus actos del Presidio. Sin duda, rectificó. Había obtenido buena conducta. Y, en lo que se refiere a las relaciones con sus compañeros, perteneció al grupo que denunció la explotación de Goyito Santiesteban en El Príncipe, lo que le condujo a la muerte.

William Müller Smith, *El Ruso*, fue otra clase de individuo. No era ruso; era polaco, natural de Varsovia. Era un hombre fuerte, de grandes ojos claros, robusto cuello, hombros ligeramente caídos y frente amplia, creciente... Su nom-

bre llena de admiración las interjecciones de sus compañeros sobrevivientes cuando lo pronuncian... ¡Nadie tuvo nunca su desprecio a la muerte... su desprecio a la vida!... Parecía como si en su sangre corriera el ardiente soplo de aquellos caballeros polacos, de indomable bravura, que se ejemplarizaron en Sobiesky...

¡El Ruso!... Los presos, hombres, por lo general, de educación rudimentaria, incapaces de conservar su nombre exótico ni de distinguir Polonia de Rusia, por un instintivo sentido de exaltación le pusieron ¡El Ruso!... ¡Y El Ruso alcanzó en Presidio las proporciones de un verdadero símbolo de las ansias libertadoras, aunque estas tuviesen que llegar hasta las puertas del suicidio!... Hombre de leyenda, las cosas increíbles le corresponden totalmente. Los supervivientes, con los ojos iluminados de orgullo, como si ellos también tuvieran parte de su grandeza, cuentan lo que hizo y todo lo que ellos imaginan que él era capaz de realizar. Así, aseguran que El Ruso, una vez, increpado por Castells, fingiendo una actitud de humildad que resultaba terriblemente irónica, se le arrojó y le cogió la mano, besándosela, y diciéndole, a la manera con que los humildes y toscos mujiks se dirigían al Zar: «¡Padrecito... Tú tienes razón... Castígame como quieras... Tú eres el amo!»... ¡Y otro día, ya a las puertas de la muerte, consciente de su proximidad, irritado, sin ánimo esta vez para el sarcasmo, lo insultó y hasta llegó a escupir al «Padrecito» Castells!...

Se comprende que este hombre diera pábulo a lo inverosímil. Sólo hombres inverosímiles pueden hacer germinar las leyendas y estas, a su vez, se convierten en sus únicas y verdaderas historias.

Hay momentos en que un hombre cobarde alcanza la grandeza del valor; hay momentos en que un valiente llega hasta la estatura de un héroe... Pero es muy difícil ser héroe siempre, constantemente... Como si fuera un oficio... ¡Como si fuera una costumbre!... ¡Un prisionero indefenso, que se rebela, es más héroe cien veces que el vencedor que dirigió la carga en que fue capturado!... ¡Y si este prisionero se

rebela en el momento de la captura, en el de la marcha y en el de la muerte, su grandeza sale del territorio humano; pasa a ser un ser sobrenatural digno de lo increíble!

En Isla de Pinos los forzados eran prisioneros sobre los que un grado superior de ignominia y desvalimiento gravitaba. Eran vencidos de la vida y de la ley; eran despreciados del mundo; ¡eran carne podrida... alejada para no sentir su olor!... Vivían aislados; estaban indefensos; sin esperanzas; custodiados por asesinos; bajo el imperio del terror; depauperados por el hambre; destrozados por un trabajo de una inhumanidad increíble; con escasas horas para el sueño, asaltado siempre por las visiones de la muerte; a la disposición de jefes crueles e impunes, bajo un período general de impunidad... ¡Eran en fin, hombres cuyos cadáveres, amontonados por pares o tríos en la misma fosa, no eran hombres sino números!... ¡Vivían en el reino del silencio... en un lugar sin eco, sin resonancia! ¡No eran más que espectros que conservaban la conciencia de la vida!...

Y allí, en aquel mundo de sombras; allí donde el último grito de un hombre asesinado, no dejaba recuerdo más que en las pupilas aún aterradas de los supervivientes; allí, donde la imaginación se dio por vencida y en donde la Isla del Diablo pasó a ser, de puro humanizada y libre, un grato lugar de reposo... ¡Allí fue donde William Müller Smith, *El Ruso*, se hizo acreedor de la leyenda, porque tuvo algo indefinible superior al valor; porque encarnó, como ningún otro, el arquetipo de lo que, para un preso, es el verdadero hombre libre!...

¡Y, sin embargo, hubo allí otro hombre más grande que él!... Se llamaba Alberto de Huerta y Romero, y, si algún día el hombre ascendiera en la escala zoológica lo suficiente como para comprender que cabe la nobleza y la dignidad de un presidiario, se le rendiría a su memoria un homenaje que perpetuara su recuerdo, merecedor como pocos del respeto y la admiración. Fue valiente, generoso, altivo, digno, inteligente. Fue incapaz de consentir una injusticia. Fue tal, que hay un abismo insondable entre él y sus asesinos. Fue el

antípoda de Goyito Santiesteban... Su nombre reivindica una clase y sirve para desconceptuar una injusticia inhumana, mecánica y fría, como una máquina de calcular...

Mas yo prefiero que su silueta la haga una voz más íntima; un compañero suyo, que también asumió una actitud ejemplar en el Presidio: José Rodríguez Villar. Dice así lo que este me escribió sobre su amigo:

Alberto de Huerta pertenecía a una distinguida familia madrileña y se encontraba en Cuba accidentalmente, cuando una intriga judicial lo arrojó en el Presidio.¹ Para librarse del Consejo de Guerra a que sería sometido por dar muerte a un compañero de armas en duelo irregular, pero severamente castigado por el Código Militar del Ejército Español, del cual era primer teniente, vino a este país a esperar al lado de unos parientes el fallo del Consejo, dedicándose en tanto a la enseñanza y al periodismo.

Era un carácter imposible de amoldar a la voluntad de Castells y tenía la desgracia de confiarse a los hombres sin estudiarlos bien y no podía contener sus ímpetus de rebeldía ante las injusticias. Esto lo llevó a la tumba, faltándole unos días para cumplir.

Conocía Castells su historia penal, y había escuchado de sus labios las amenazas de combatirlo desde la prensa a su salida de la prisión y sabía que cumpliría su palabra con el mismo ardor, con la misma entereza y civismo con que frente a frente lo desafiaba para un futuro próximo.

Las pruebas de que así lo haría, las tenía bien presente en su memoria. Primero, denunciando al Alcaide de la cárcel de Santiago; después, al Poder Judicial con su famosa carta dirigida al reo de muerte Hernán Peña, lo que le cuesta el traslado para la de La Habana; en esta,

¹ He perdido la carta que me envió un amigo de Huerta, profesor en La Habana con ocasión de un trabajo que publiqué sobre él. Por ella se acrecentaban las simpatías hacia el protagonista, al aclararse que sólo fue a Presidio gracias a una intriga, baja y ruin, de enemigos, envidiosos de los éxitos alcanzados por Alberto de Huerta, principalmente entre las mujeres, gracias a su juventud, gentileza y buena presencia.

apaleado por los Escoltas y acusado de atentado por quejarse del régimen de la misma; en el Castillo del Príncipe, declarado loco por decir las verdades y aporreado por los reclusos Camacho y Manuel Santana; en el Presidio Modelo, le captura el brigada Manuel una denuncia y le hace un disparo al recuperarla y destruirla; de vuelta nuevamente al Castillo del Príncipe, donde lo esperaba la celda, incomunicado del mundo, teniendo de enemigos declarados a Castells y Goyito, sufre las iras de éstos, pero con el mismo estoicismo de siempre y ya que no puede decirles la verdad porque ellos no se ponen a su alcance ni tiene papel para escribársela se vale de un alfiler que le facilité desde mi celda colindante para escribirle, marcando las letras sobre un sobre usado el siguiente pensamiento: «Cuando se blasona de tener buenos sentimientos, es un sarcasmo tener a un hombre cincuenta y dos días en una celda y no permitírsele comunicación con su familia. Quiera Dios que esto que Ud. hace conmigo, caiga sobre la frente de sus hijos»; nuevos y más duros castigos hasta que, al fin, ya dueño Castells de vidas de penados por su nombramiento de Jefe Absoluto del Presidio Modelo, lo traslada nuevamente a éste, para quemarlo en un montón de ramajes del desmonte que se había hecho en los alrededores del Ojo de Agua, conocido por El Cocodrilo. De esto pueden dar fe los penados Eulogio Galdeano y José Cusidor, exhumadores improvisados, y el oficial Américo López, encargado de que el cadáver quedara completamente destruido.

Así murió Alberto de Huerta por su amor a la verdad y a la justicia, en plena juventud y lleno de vida, en el siglo de las luces y a dos kilómetros de donde Martí sufrió las furias de los cabos de vara del coloniaje.

¡No siento haber extendido demasiado el curso del relato, para evocar la figura de hombres como William Müller y Alberto de Huerta, que, todavía, en Presidio, pueden hacer alentar tan ferviente emoción evocadora!...

¡Castells los mandó a matar por miedo!... ¡Por miedo a la voz de Huerta! ¡Y la voz de Huerta sigue hablando por la emoción de todos!... ¡Y su voz es ahora más terrible!...

El delator

Para que todo este suceso tuviera las características más dramáticas, el delator, el instrumento utilizado por Goyito Santiesteban para armar su trama, tiene el tipo físico ideal, el clásico tipo de hombre para representar la traición... Se le jorobó la columna vertebral para arrastrarse mejor; en la mirada se le acabó la mentira; su boca es el signo de la hipocresía... Además, en contraste con casi todos los inmolados, José Veiga sí era reincidente de Presidio y en su expediente aparece con tantos nombres distintos que cualquiera podría figurarse que él solo integraba una banda de malhechores... Sus nombres eran: José Veiga; Jacinto Eguis García o Elías García o Casteboy o Carlos Elósegui o Joaquín Elera García o Andrés Gálvez Prieto o Alfredo Camargo o Eusebio Sambrosáin García u Oscar Ramiz Díaz o Jacinto Díaz Castelo o Jacinto Elías García o Eusebio Zamborain García (a) *El Jorobado* o *El Madrileño*...

A cada nombre corresponde una pericia judicial... y con individuos como este era con los que se informaba Castells... ¡para depurar la sociedad de criminales incorregibles!...

Fue registrando un paquete grande de papeles de los hermanos Santiesteban, que vine a dar con el documento que es la clave definitiva del crimen. ¡Es la delación!... A otro que no hubiese estado enterado como yo de los asuntos del Presidio, y, particularmente, de lo ocurrido en El Cocodrilo aquella inolvidable mañana, el documento no le hubiera llamado la atención. Fue una fortuna que cayera en mis manos y, más de una vez me he preguntado por qué misteriosas razones Goyito lo conservó a través de los

años... Creyó acaso que la frase de Castells «la verdad no puede permanecer oculta mucho tiempo»... ¿era una farsa más? ¿o pensó que el día del castigo —si llegaba— iban a resultar inútiles las pruebas legales?

Esta es la delación:

Sr. Capitán Pedro Castells. Penal. La situación en que me encuentro y el haber sabido la acusación en que me hallo envuelto me obliga a diafanizar mi conducta ante Ud. y decirle que por boca de ellos mismos sé que los individuos que a usted mandan anónimos o denuncias son el Ruso, el Rápido, Mediandúa, un blanco cabezón que se reúne con ellos, un gallego albañil y ellos están en combinación con un penado de la Oficina. Quisiera serle más explícito, pero como no tengo papel no puedo. Respetuosamente. (fdo.) José Veiga.

Veiga aquí lanza acusaciones, que en Presidio podían considerarse como mortales, contra seis individuos. A tres los identifica claramente. De ellos, de dos me consta la muerte, y el otro, El Rápido, según me han asegurado los presos, también murió asesinado. De los otros tres —que sin duda identificó personalmente— no hay más relación con el hecho sino que se trata de blancos, como lo fueron los doce castigados de El Cocodrilo... Porque, por lo menos, hay que reconocerle a Castells que no fue racista a la hora de escoger sus víctimas...

Todos en Presidio sabían que Goyito había utilizado un delator para hacer más creíble su trama; para demostrarle la necesidad de hacer algo que pusiera freno definitivo a las denuncias y, al señalar quién podía ser el «personaje», unos se inclinaban a considerar que había sido Galdeano y otros a Figurín, el bufón favorito de Castells... Cuando yo descubrí quién había sido uno de los «protagonistas» más importantes —lo que no excluye que los otros también tomaran parte en «la fiesta»— el asombro no fue excesivo entre los presos amigos míos. «Nunca se hubiera confiado en ese hombre»,

me dijo uno. Y, no obstante, tengo que hacer su defensa. ¡También él acusa a los verdaderos culpables, que lo fueron, más aún que con los asesinatos de los hombres muertos, con el envilecimiento de los hombres por el terror!...

Gregorio Menéndez, ya en libertad, se topó un día en la calle con José Veiga. Yo le había impuesto del papel que este había desempeñado, y, en consecuencia, quiso detenerlo, para entregarlo a la policía. El asunto le costó ir también para el vivac.

Cuando José Veiga fue llevado para el juicio correccional correspondiente, yo pude interrogarlo delante de agentes de la Judicial y de varias personas más. De lo que me confesó hay testigos. Me dijo que, condenado a morir también, como aquellos hombres, sintió la necesidad de salvar la vida... Él no podía resistir aquel trabajo... Además, se lo dijeron con toda claridad: para salvar la vida no le quedaba más remedio que decir quiénes eran los *anonimistas*... y los denunció. El miedo fue quien lo convirtió en traidor... En sus palabras no se nota la emoción de una conciencia minada por el remordimiento... Sólo tiene palabras para evocar el terror a que estaban sometidos; para pintar el espanto de aquello; la inhumanidad de aquel trabajo que su enteco cuerpo era incapaz de resistir... No piensa en que su cobardía sirvió para arrancarle la vida a doce compañeros suyos... En la voz sólo se le nota el miedo a que se le someta a castigo... Es un hombre que, bajo el terror, es capaz de inventar culpables si fuera necesario...

¡Fue sabiamente escogido el delator!... Pero hoy se vuelve contra sus inductores de entonces y con la misma facilidad con que envió a la muerte a sus compañeros...

Testigos

Es poco menos que imposible no dejar rastros de un crimen. En el de El Cocodrilo, que fue planeado por las *autoridades*, no había, por lo demás, empeño especial en borrar las huellas. Al revés, se realizó como un *escarmiento*... Y así, todos los presos, más o menos sabían lo que en la siniestra

charca había ocurrido... Los propios soldados se jactaban de la «hazaña»...

Mas yo quise ir hasta el dato directo. Supe, investigando, que antes de producirse la masacre, un grupo de hombres que estaba en el trabajo, se salvaron de la muerte y regresaron para el Penal en unión del capataz Basilio Guerra.

Sin embargo, al aclarar este punto surgían varias versiones. Pero no hay buen esfuerzo que no logre triunfar y, al cabo, di con los dos mejores testigos de la catástrofe del 18 de agosto. Sus declaraciones son emocionantes. Se llaman Liberato Pérez Díaz, 13 082, y George Kelly Willing, un gigantesco americano que, cuando le insinúo si no cree que salvó la vida al hecho de ser ciudadano americano, sonrío socarronamente pensando, sin duda, que no es tan malo lo del «imperialismo yanqui» que tanto combatimos...

Antes de oír a este —único testigo presencial— es bueno leer este relato de Liberato Pérez Díaz que refleja las zozobras que sufrían los hombres en aquel Presidio Modelo. Todavía sus ojos conservan el espanto...

Esta es su historia:

—¡Por una «combinación» que me hicieron entre Argüelles, de Guamá, y Félix, de Palma Soriano, fui a El Cocodrilo!... ¡Oh... es una historia!... «Ligaron» a Manes, el que fue mayor de la Comisión, y este le dijo al Jefe: «¡Capitán, este hombre ha dicho que me va a dar y que así me meta debajo de sus polainas me va a dar!...»

»¡Calcule usted!... ¡Y que nadie se podía defender, porque lo que uno decía siempre era mentira!...

»¡En El Cocodrilo el trabajo era por «electricidad»... rápido!... ¡Yo estaba «contudente» y allí me puse enseguida que parecía un trapo!... ¡Calcúlese!... arrancar con las manos troncos y raíces!... ¡Y que no se podía hablar ni media palabra!... ¡Es más, que si lo veían a usted hablar con elementos «sospechosos» le levantaban una calumnia!... Bueno, pues el día 17 por la tarde, el cabo La

Guardia me dijo: «¡Oye... trata de no venir mañana *porque me voy a llevar a trece* y tú vas a ser el catorce!...»

»Yo le contesté que si había Dios yo no moriría, porque era inocente en ese caso... y me repitió: ¡Bueno... tú trata de no venir... que te conviene!... ¡Porque si no, completo contigo!...»

»Yo entonces, cuando llegué, procuré hablar con Favila Regojo y con Antonio Rosabal y les conté lo que me pasaba... que me iban a matar al día siguiente si iba a El Cocodrilo... Y ellos parece que se compadecieron de mí y le hablaron a Goyito y al Capitán haciéndoles ver que mi caso era un caso de moralidad y criterio... ¡Por esto me salvé de ir a El Cocodrilo!... ¡Al día siguiente La Guardia y los soldados «acabaron» allí!... ¡No se salvó más que uno!... ¡Si yo llego a ir me matan también!

¡El viejo Junco fue quien me encargó que no dejara de hablar con Liberato Pérez Díaz y me alegro de haberlo satisfecho!... Pocas veces he visto yo a un hombre tan impresionado por sus recuerdos como este Liberato Pérez Díaz... ¡Pobre gente!... ¡Todos estos, los que vivieron en Presidio, bajo Goyito y Castells, vivieron doble; cada día representa a veces un año, y, sin embargo, siguen presos!... ¡La ley sólo conoce los días de 24 horas, los años de 365 días!...

Pero George Kelly Willing es aún un testigo de mayor interés; es, realmente, un testigo excepcional. Presenció en el Ojo de Agua la muerte de Capetillo, y fue, luego, como ya narré, el encargado, con Urraca, el chofer, de recoger los cadáveres de Arroyito y sus compañeros. Él fue ese «uno» solitario que todo el penal sabía que se había salvado...

George Kelly es un hombre de más de doscientas libras y con 183 centímetros de estatura... Un verdadero gigante, blanco, rubio y joven, a quien Castells un día, admirado de tanto esplendor físico, le ofreció el puesto de tambor mayor de la Banda, y al no aceptar Kelly, le dijo a Goyito refiriéndose al inolvidable episodio:

—¡Este es como los gatos, que cierra los ojos para no ver quién le da comida!...

Como los otros presos amigos míos, Kelly me contó el inhumano régimen de trabajo a que estaban sometidos en El Cocodrilo. ¡En los veinte días que permaneció en aquel lugar, bajó 50 libras y no pudo nunca dormir más de dos horas!...

Su estupenda constitución física y sus conocimientos de la mecánica, resultaban muy útiles en el Presidio, y, aunque nunca se le hizo ninguna rebaja de pena, a pesar de que se le utilizó en los trabajos de mayor peligro, como la construcción de las estructuras de las circulares, se le respetó la vida a cambio del silencio, y, sin duda, por ser un ciudadano norteamericano, blanco...

La matanza

Aunque Kelly, típicamente sajón, era un temperamento mucho menos emotivo que Liberato Pérez, también me gustaba oírle relatar los episodios de su vida en el Presidio. Así, me hablaba de aquellos veinte inacabables días que trabajó en El Cocodrilo.

—Nos paraban a las dos de la mañana frente a la circular número uno, hasta que daban las cinco y a esa hora íbamos para El Cocodrilo... ¡Allí estábamos dentro del agua desde las seis de la mañana hasta las seis de la tarde y comíamos dentro del agua en los diez minutos que nos daban para almorzar!... ¡A las seis veníamos a paso doble para acá y a las seis y media nos daban la comida y enseguida nos llevaban para La Piedra, a dar mandarria hasta las doce de la noche muchas veces!... ¡Bueno... la gente se desmayaba tres y cuatro veces como si nada!... ¡Yo no, porque entonces estaba muy fuerte... pero cuando entré pesaba 225 libras y al salir 175 nada más!... ¡Y si sigo allí me vuelvo tuberculoso! Aquella mañana de los doce, apenas llegamos, sacaron al capataz Basilio Guerra y a cinco más y los mandaron para acá... ¡Nos quedamos trece nada más tra-

bajando!... Al poco rato llegó el Jefe Castells, con Goyito y dijo: «¡Tú... sal para fuera!...»

»Digo: «¿Yo?»... «¡Tú mismo... sal y vístete!...»

»Sí, porque allí trabajamos desnudos... Me puse la ropa y me paré a un lado... al pie de un roble, donde había una casita...

»¡Había como veinticuatro soldados por entre la yerba y la gente estaba metida en el fango... trabajando sin parar!... (¡Sí... porque cualquier cosa que hubiera no se podía parar el trabajo!...)

»El cabo La Guardia le dijo a Castells, que qué hacía conmigo y este le contestó: «¡No!... ¡Deja a este aquí para que vea lo que va a pasar!...»

»Y enseguida le dijo al Cabo (allí estaba también Maceo... Matasiete...): «¡Hazte cargo de esa gente!...»

»¡En el acto los soldados hicieron varias descargas y todos los hombres cayeron en el agua!... Sólo el Guajiro de la Leña parece que se dio cuenta a última hora y dio un salto y cayó con medio cuerpo fuera, sobre el terraplén de la palizada... Era como un 6 000... ¡Por ahí más o menos!...

»Cuando acabaron, me dijo Castells: «¿Qué te parece esto?...»

»Yo le hice así... con la cabeza... ¡Qué me iba a parecer!... Después me dijo: «¡Monta!...»

»Y me llevó en la máquina, junto con Santiesteban, sin hablarme una palabra y me dejó en la circular número ocho. Allí le dijo al mayor Magín Agüero: «¡A este me lo llevas luego a la oficina!...»

»Luego me llevaron a la azotea con Goyito, Sanabria y Silva, y Goyito me dijo: «¡Bueno!... ¡Te he salvado yo la vida!... ¡La vida me la agradeces a mí!... ¡Así que de esto que has visto aquí no tienes que hablar nada absolutamente!...»

»Y me mandó para la cuadrilla de la mecánica...

Así ocurrió el exterminio aquella mañana del 18 de agosto de 1928. El hombre que salvó la vida por sabe Dios qué cúmulo de afortunadas circunstancias, pudo venir conmigo

al lugar de la hecatombe y allí me ayudó a reconstruir la escena... ¡Al pie del mismo roble se puso y desde él vio tirar las planchas fotográficas!... ¡Desde el mismo lugar en que vio disparar la lluvia de balas asesinas!...

Leyenda

Olvidé mencionar un cómplice más del capitán Castells en este sangriento y feroz crimen: el escenario. El Cocodrilo es cómplice de él lo mismo que lo fueron los soldados, Américo López, Goyito y José Veiga... ¡Además, no le ha sido traidor, como todos ellos, ni como La Yana, que lo acusa con toda su repelencia!... ¡El Cocodrilo es un lugar grato, propicio para las tardes bucólicas!... ¡Qué bien sonaría bajo el roble testigo, un viejo fonógrafo que tocara *La siesta del fauno* de Claudio Debussy!... ¡Sus aguas ensangrentadas hace años que desaguaron en La Yana y hoy, filtradas por el bosque, son de un azul triste, melancólico, y sobre ellas flotan las hojas de las yagrumas, las malangas y las ovas florecidas!... Alguna vez, cruza, como un pequeño cisne, algún saramaguyón que se zambulle a los ruidos... Sólo algunas madrugadas —me contó Antonio Pérez— por la parte del Ojo de Agua, sale de la charca el cocodrilo que se ha ido comiendo poco a poco los conejos del Capitán...

Mas si el escenario pretende ser cómplice con su hipócrita aspecto, la historia se lo impide... Como sobre todos los lugares donde ¡algo! ha ocurrido, una porción de frases abruma la leyenda de El Cocodrilo...

Cuentan que Castells, completamente poseso el día de la hecatombe, pronunció una frase de corte napoleónico:

—¡Este día es demasiado pequeño para hacer todo lo que tengo pensado!...

También le atribuyen otra frase: la que desde entonces, cuando ocurría algo en el Penal, pronunciaba, presentando a alguien:

—¡En cada hecatombe tiene que haber un superviviente!... ¡Este es el superviviente... fíjense bien!...

¡Y lo que hizo resultó demasiado grande para que se pudiera olvidar nunca!... ¡Y de la hecatombe de la caída él fue el único superviviente, ya que todos sus cómplices están en fuga y sólo él cayó en prisión para pagar las culpas más tarde o más temprano!...

Dicen que en su galera de La Cabaña, en el mismo lugar donde estuvimos presos nosotros, él pasa buena parte de su tiempo escribiendo unas memorias que han de ser de un profundo interés. Sin duda en ellas se repetirá su famoso pensamiento: «¡La verdad sólo se oculta temporalmente!» Ahora comprenderá que, si a alguien debió exterminar sin piedad «para limpiar a la sociedad de criminales» fue a sus propios auxiliares; a su «hermano» Goyito, a sus mayores de la Comisión; a sus delatores y a sus soldados... Hoy, ninguno ha salido a su defensa y todos los que han podido se han perdido en el extranjero a vivir una vida oscura y medrosa por los rincones del mundo, o tal vez, sufren ya prisión en cárceles ignoradas...

Pero «la verdad sólo se oculta temporalmente»... y ya Castells debe saber quiénes fueron sus «auxiliares» y sus «amigos», y, tal vez, algún día sea capaz de comprender a quienes exterminó.

El «misterio»

Al referirse a los crímenes de aquel día, Rodríguez Villar analiza las causas del «misterio», que hubo en ellos, cuando se utilizó un recurso «ingenioso» a fin de «despistar» y dar mayor verosimilitud a la tesis de la «fuga», que sería la base del informe oficial. Dice Rodríguez Villar:

Ya habían caído otros antes que estos: el día 5 José Capetillo, Ricardo Ramos González y Raúl Poll; el día

siete, Pedro Calderín Carmona; el día nueve, Pedro Escaño Lino y Gumersindo Rodríguez Mérida; el día once, Gonzalo Vega Aguilar; y así, hasta llegar al desconcertante día diez y ocho que lleva al pánico a toda la población penal. Pero lo más sorprendente de este día, no es el número de muertos, sino la desaparición de tres de los doce penados que formaban el grupo destinado a morir, en circunstancias tales y bajo una granizada de balas, que hacen imposible admitir toda idea de fuga. Alrededor de esta desaparición «misteriosa» giran mis palabras:

Las causas del misterio: Hay hombres que aún en la tumba llevan la intranquilidad a sus enemigos, por la posición que ocupan sus familiares en la sociedad y podrían hacer pasar un mal rato a quien amparado en el cargo que ocupa le diera una muerte violenta sin una razón «legal». A estos pertenecían Alberto de Huerta Romero y José Bravo Suárez, y para no suscitar sospechas con el nuevo sistema los acompañaron en la «desaparición» con uno de los anónimos.

Luego, al referirse a los desaparecidos, emocionado y acusador, dice Rodríguez Villar:

Así murió Alberto de Huerta por su amor a la verdad y la justicia, en plena juventud y lleno de vida, en el siglo de las luces y a dos kilómetros de donde Martí sufrió las furias de los cabos de Vara del coloniaje; así murió José Bravo por denunciar la tabaquería y cigarrería que funcionaba en el Castillo del Príncipe al margen de la Ley, cuyos dueños eran Goyito, García Llanes y Compañía, Compañía ésta que no era otro que el hijo mayor de Castells; así murió Carlos Estrada; así se querían quitar los enemigos y destruir toda prueba de tan horrendos y fríos asesinatos, llevados a cabo para imponer el silencio y acallar la verdad...

De esta manera se entretenía la atención de los familiares de los penados y no tenían que temer que un día se

personaran en el cementerio para proceder a una investigación, si anunciaban haber sido muertos en fuga.

Para terminar esta parte del «misterio», de los tres hombres «fugados» tan maravillosamente, basta recoger, la frase áspera y sarcástica de un preso común, Macerino, que encontró en unas pocas palabras la más irrefutable prueba de la mentira. Él dice:

—¡Sí... efectivamente se «fugaron»... pero fueron a dar a un país tan bueno... tan sublime... que ni a sus mismas madres les han mandado a decir dónde están... para que no los vayan a molestar!...

¡Y, al lado de esta observación, apenas si tiene importancia el recordar como un argumento más para la acusación que de los nueve presos oficialmente muertos en la «fuga» de El Cocodrilo, siete, si mal no recuerdo, tenían fracturada la base del cráneo!... ¿Era una «fuga» o un tiro al blanco?...

NOVENA PARTE

ESCENAS

PARA EL CINEMATÓGRAFO

Mi palabra no sirve para transcribir, con la fuerza con que las siento vibrar en mi imaginación, las bárbaras escenas del Presidio.

¡Alas trémulas!... ¡Afán desesperado de la mariposa que no puede atravesar el cristal y que ve la libertad del campo a su través!... ¡Humo que al expandirse se pierde!... ¡Eso será mi palabra: intento inútil de transferir mi emoción interna; anhelo reiterado de trasponer por el cristal de la pupila, por el humo de la voz, el mundo de sombras, de pavores, de siniestros estremecimientos que, como los élitros trémulos de un escarabajo traspasado por un alfiler, vibra en mi interior al evocar los recuerdos de los relatos del Presidio!

Por eso yo quiero que el lector venga ahora conmigo al cine; que me lea con los ojos cerrados... con la imaginación dispuesta a esta tiniebla roja, propia para el salón de proyecciones... ¡La función va a comenzar!...

Capítulo XLVI

Las pupilas

¡Las pupilas avanzan sobre el espectador... crecen, crecen... crecen... se agigantan... ocupan toda la pantalla los ojos enormes!...

No hay más claridad que la que se desprende de ellas... ¡Y en una superposición consecutiva de imágenes, sobre los ojos dilatados, convertidos a su vez en pantalla, se abre el escenario bárbaro y el cruel y angustioso episodio comienza a desarrollarse!...

Charcas de fango negro, cubiertas a trechos por costras de lamas verdosas, fermento de las pudriciones... Palmas jatas, urdimbre de las yanas, pujanza espléndida y verdecida de los manglares... ¡A lo lejos, un guanabá gris desliza su velo majestuoso!...

Comienza a oírse un rumor creciente. De vez en cuando, gritos indescifrables también se escuchan... ¡Se ve avanzar la fila!... Es un plaf plaf precipitado, casi de fuga, el que traen los hombres saltando sobre el lodo tembloroso y traidor... Traen sobre los hombros leños inmensos, de corteza áspera... La sangre les brota a cada movimiento y se les mezcla con un agrio sudor interminable... El chapoteo en el fango les salpica por todos lados... ¡También el fango se les mezcla con el sudor y la sangre!... Los leños son enormes e irregulares... ¡Algunos, como hormigas humanas, llevan una carga mayor que ellos mismos!... La fila se prolonga... Un negro poderoso trae él solo una gigante raíz de yana... ¡Los primeros, los más potentes, humillan las glorias de Caupolicán!... ¡Muchos llevan ya meses cargando leños gravidos, sin que les tiemblen las rodillas, domesticadas por el hambre y el terror!... ¡Al soldado a veces esto le da tanta

rabia como la debilidad de los hombres y, furioso, como el niño malcriado que desbarata un juguete para saber por qué suena, de un balazo en el cráneo acaba con aquel inverosímil dinamo de energía!...

¡Pero la fila es terrible al final!... Los primeros hombres, los fuertes, soplan, rugen al respirar, como atletas cansados con un vaivén de oleaje en los brillantes músculos del estómago; los últimos hipan, sollozan, tienen espasmos agónicos en el alentar desesperado... La fila entera, desde la cabeza a la cola, es una canción del esfuerzo que muere... ¡Que muere asesinado!...

No se oye una voz... ¡No se oye más que la queja de los pulmones!... Al fondo, de pronto, irónica, sarcástica, cruel, casi divertida, se escucha la cantinela de la muerte... Es el Cabo que se dispone a hacer algo.

¡Resbala... resbala... resbala y se levanta!... Resbala... resbala... resbala... ¡Cae y se levanta!... Resbala... Resbala... Cae... ¡Y no se levanta más!... ¡Algunos, los que aún están fuertes, sonríen con el bestial y humano egoísmo del que no ha de morir tan pronto!... Pero al fondo de la fila se ha entablado la más angustiada de las competencias que ha habido nunca... Los hombres se disputan el último lugar... ¡Y al que se quede en él definitivamente, la muerte lo alcanzará por la espalda!... ¡Los troncos les aplastan los hombros y se hunden en el fango, pero ni Jesús Andréu ni Daniel Pérez Díaz flaquean!... ¡Detrás, gozando con el espectáculo, como quien ve el final de una carrera de cien metros, el escolta trata de seleccionar para quién será la bala que tiene en el «directo»!...

¡Daniel Pérez tiene las piernas destrozadas; ya las uñas, a punto de desprendérsele, le encharcan de sangre y agua el zapato roto!... ¡Pero es joven y tiene un furioso deseo de vivir!... Jesús Andréu sabe que está castigado, que puede prolongar la vida un día más si consigue pasar a su compañero... ¡Si logra que la bala sea para este!...

¡Cada uno, en la desesperación de vivir, se hace cómplice secreto del asesinato del otro!... ¡La competencia macabra

se prolonga, interminable, como un hilo desenrollado de un carretel!... ¡Pero el hilo se acaba y suena el disparo!... La fila entera, como si fuera un caballo que recibiera un latigazo, da un arranque eléctrico, se hace más ágil... ¡Los leños les pesan menos a los hombres!...

Los dos hombres del fondo de la fila sintieron en la misma milésima de segundo el impulso intuitivo de acelerar el paso en un esfuerzo extrahumano... ¡Pero sólo uno se dio cuenta de que no caía, de que volaba por sobre las charcas, como si comenzara a trabajar!... ¡Una alegría indescriptible lo invadió!... Pero para convencerse de que no estaba muerto, lanzó una relampagueante mirada de refilón... ¡El otro estaba en el fango, con el cráneo destrozado!... ¡Luego el cabo Canals quiso obligar «a la cañona» a Tomeguín y a Sandalio a que cargaran el cadáver hasta la palmita de los muertos, de los fugados!...

Las pupilas se disuelven en la pantalla y Daniel Pérez Díaz, el 13 876, está hablando conmigo... ¡Podría estar muerto!... ¡En sus ojos, iluminados por el terror retrospectivo, he reproducido la escena mucho mejor que con sus palabras inolvidables!...

Él no sabe que yo tengo tres de sus angustiadas cartas al médico del Penal, doctor Francisco Santiesteban, suplicándole que intercediera por él. En una, al final, le hace un desesperado llamamiento en unas conmovedoras líneas que acaso, para comprender en toda su intensidad sencilla, es necesario haber estado en Presidio.

Le dice:

Se me olvidaba decirle, que yo fui el que le dije adiós desde lejos el domingo. Vi a su niño, ¡qué gracioso está y qué lindo! ¡Que Dios lo guarde!... También lo vi el día de Viernes Santo por la mañana, iba en los brazos de su aya...

¡Si alguien pudiera comprender, pudiera «ver» esto!...

Capítulo XLVII

Centella

Centella es un negro de un extraño color, de un brillo como mate. Algo singular. Nadie podrá decir tampoco qué edad tiene. Sin embargo, a la que tenga se le puede añadir un año, por lo menos... ¡Un año que vivió en una sola tarde de La Yana... Pero esto hay que verlo también en la pantalla!...

Los culatazos caen sobre el hombro derrengado... ¡El pobre Eladio Agüero es ya un guiñapo!... ¡Resucita levemente a cada golpe!... ¡Después, el escolta hace que los nueve compañeros lo rodeen en la laguna, «para que aprendan»!... ¡Y más tarde cae otro de ellos, Aurelio Águila Mazorra!... Iría a ser el 20 de septiembre de 1932, día de hecatombe... El pánico se expande, como un explosivo... Centella se esconde detrás de unos mangles... El Cabo Primero ve... ¡El pobre Centella será el tercer hombre!... Le dice, ya con la furia de los culatazos un poco calmada:

—¡Antes de las cuatro te mato!...

¡El negro Centella se pone febrilmente a vivir el tiempo que le falta hasta la muerte!... En espera de que le diga una mentira consoladora, le pregunta a Goyito Naranjo:

—Consorte, ¿tú crees que me mate?... Goyito le responde:

—¿Y cuándo ese ha fallado?...

Se pone a trabajar furiosamente en espera de que una piedad que no existe lo compadezca y lo perdone... ¡El Cabo goza con su angustia!... ¡Antes de las cuatro te mato!... ¡Antes de las cuatro te mato!... ¡Antes de las cuatro te mato!... ¡En sus oídos suena la frase como el tic-tac de un reloj!...

Su imaginación, que ha estado inédita hasta entonces, «realiza» una página de un autor que no existe... Se acerca a su «consorte» Goyito y le dice:

—¿Tú crees que si me hago una herida... que si me doy un golpe me mate?

—¡Ah!, yo no sé... ¿Pero tú tienes valor?... Espera que llegue el camión, a ver qué pasa... ¡Puedes morir desangrado!...

Y de nuevo el negro Centella se puso a trabajar con furia, mirando para la calzada por donde debía venir el camión del agua... El Cabo le miraba la nuca... ¡Él sentía su mirada clavada en ella, como un puñal... como una flecha... como una bala!...

Pero cuando llegaba el camión, Centella se jugó la vida o se adelantó la muerte... Con disimulo dio dos cortes cruzados de hacha en el tronco y colocó el pie en el hueco... ¡El hacha bajó como un relámpago!...

El isleño Quintero, al ver tanta sangre, dijo, magnánimo:

—¡Llévenselo, a ver si se muere por el camino!...

Cuando llegó al hospital, como un grifo exhausto, sólo gotas de sangre le colgaban... ¡El chorro ya se había agotado!...

¡Alfonso Hernández, el 9 322, se quita el zapato y muestra el muñón en que se le quedó el pie destrozado por el hacha!...

—¡Pero salvé el resto!... —dice, con un gesto del suelo hacia arriba, que tiene mucho de regocijo... Centella piensa que hizo un «buen negocio»...

¡Y apenas si se acuerda de que, antes de entrar en Presidio, había sido compañero del capitán Castells en el Ejército, en la misma unidad!...

Tampoco Castells se acordaba... ¡Porque la memoria del soldado no es igual a la del comandante!...

Capítulo XLVIII

¡El grito!

¡El padre oía el grito!...

¡Quinientos hombres de la circular también lo oían!...
¡Y todos tenían agua para darle al sediento y no se la podían dar!...

—¡Papá, que me muero de sed!...

¡El pobre también tenía agua que darle!... ¡Con sólo las lágrimas que le brotaban de los ojos le habría calmado la sed al hijo!...

—¡Papá, que me muero de sed!...

¡El grito, como un pájaro herido, huía desde lo alto, desde las celdas asesinas del sexto piso, y se desplomaba contra el patio de la circular!... ¡Con el estremecimiento del padre anciano, toda la circular número uno temblaba!... ¡Y el pobre viejo, ni al grito podía responder!

¡La esperanza, la estúpida y cruel esperanza, la cómplice más vil de los asesinos!... ¡La esperanza, responsable única de que tanto hombre contuviera sus ansias vengadoras!... ¡Si no llega a ser por ella, por su traición, cuánta puñalada merecida no se hubiera dado en el Presidio por centenares de hombres que esperaron, para convencerse de la fatalidad de su sentencia, a que la muerte se la notificara!...

¡Escolástico Kindelán!... ¿Por qué no acabaste a puñaladas con los que te impedían llegar hasta arriba? ¿Por qué no mataste a Durán, después que murió tu hijo?...

¡Primero fue la esperanza, la gran prostituta de los deseos!... ¡Después, el abatimiento, ese afeminamiento de la voluntad!...

¡Y tu hijo se murió de sed!... ¡Lo mataron de sed!...

El pobre muchacho se tomó primero, como todos, poco a poco, economizándola, el agua que se asienta en la taza del inodoro de la celda... Después, le cortaron el paso del agua y la sed lo angustió... ¡Quién sabe qué esfuerzo no hizo para evitar la desesperación!... ¡Para que el padre no se desesperara también!... ¡Pero no pudo más y gritó!...

—¡Papá... que me muero de sed!...

¡Gritó con la desesperación del que se muere, con la angustia del que lucha porque siente el tantálico tormento de oír correr el agua en la celda vecina y no poder tomarla!...

Dicen que aquel día, el padre pidió permiso para quedarse en la circular, para estar más cerca de la agonía del hijo, y no se lo concedieron... Y por la tarde, a las tres, los asesinos entraron en la celda: ¡Amado Kindelán Sánchez, el 12 506, con la horrible lengua fuera, lamía, muerto, la cruel sequedad del piso!... ¡Del piso que tantas otras inútiles veces había estado tan húmedo!...

¿Qué cosa le haría a Durán, el mayor Durán, que también lo fue de nosotros, y que era tan insignificante, para que este optase por tan terrible castigo?...

¡Pero qué fantasía tengo yo!... ¿De qué vale, entonces, el certificado médico del íntegro doctor Santiesteban?...

¿Fue de «edema de los pulmones» de lo que murió Amado Kindelán, el 7 de marzo de 1929?...

Capítulo XLIX

Un antropófago

Por las laderas de La Guinea, la loma mayor de la Sierra de Caballos, al fondo del Presidio Modelo, bajábamos nosotros y frenábamos el impulso de la rápida pendiente agarrándonos de los troncos de los ceibones y de las matas de plátano.

Ya casi al llegar abajo, un negro joven y sonriente, un típico negro de Santiago de Cuba, nos salió al camino. Venía de retirada de su trabajo, de limpiar los platanales, y, por ir hablando algo, al paso le pregunté que si había estado en La Yana.

Se sonrió más aún —la sonrisa era su costumbre, parece— y dijo:

—¡Una vez el cabo Quintero me llevó el sombrero, de un balazo!... ¡Por suerte, al segundo tiro se le encasquilló el rifle y ese mismo día me dejé caer un leño en el pie para no tener que volver al día siguiente!...

»Pero yo estuve dos veces... ¡Una vez vi cuando a José de la Cruz, el cabo Claudino García le hizo comerse su porquería!... ¡Le puso entonces el pie en el pescuezo y le restregó en ella la cabeza!... ¡Al día siguiente lo mataron!...

»¡Y a otro, que no me acuerdo, lo hizo pasar con un renuevo de mangle, de parte a parte, y como un «macho» asado así lo «trajieron» desde la ciénaga!...

¡Y Pedro Ríos, el 11 827, me lo contaba todo, sonriendo, como si lo pasado no despertara en su imaginación insensible ningún estremecimiento trágico... (¡Acaso, acostumbrado a la bárbara realidad de la vida, pensaba con ironía cruel que nada devolvería ya la vida a aquellos infelices y que la protesta y la acusación serían cosas inútiles!...)

Pero Pedro Ríos vio más y le sucedieron más cosas. Vio cuando a Jíquima, el negro de Victoria de las Tunas, por pedir agua dos veces, el cabo Quintero, como en un tormento medieval, le llenó el vientre hasta ponérselo tenso, igual que un tambor, y se le subió encima, pisoteándole el estómago... «¡Le dio un baño de María... botaba el agua... sucia!»... dice Ríos...

¡Mas, a Pedro Ríos, aún tenían que sucederle cosas más extraordinarias que la vulgaridad de que una bala le llevara el sombrero!...

Y cuenta, siempre sonriendo:

—¡Al día siguiente a lo de Jíquima, a Raulito (Raúl González Aguilera, 13 621), un muchacho blanco, joven, se le ocurrió botar un pedacito de pan!... El Cabo lo vio y le dijo: «El pan es bendito... No se bota...»

»Nosotros estábamos comiendo allí, en el descanso. ¡Sonó el tiro y Raulito se dobló!... Tenía un hoyo así en la cabeza... ¡Todos los sesos se le botaron!... ¡Entonces el Cabo hizo que yo y otro muchacho recogiéramos los sesos y se los echáramos dentro del hueco de la cabeza!...

»Los recogimos, así, como pone uno las manos juntas para tomar agua... ¡Pues igual!... ¡Y cuando acabamos me fui a limpiar las manos, aunque fuera en el agua sucia, para seguir comiendo!... Pero el Cabo me dijo: «¡Qué!... ¿Tienes asco?... ¡Vamos! ¡Cómete el pan, negrito!... ¡Cómete el pan!...»

»¡Y me tuve que comer el pan embarrado con la sangre y con los sesos de Raulito!...

Capítulo L

El negro Arroz Amarillo

Mientras La Rosa afeitaba a uno, yo escucho los cuentos que no se olvidan... El del pobre negro Arroz Amarillo; el de la muerte de El Imperial, que era un niño... que era un chiquillo para todas sus cosas y que la Comisión lo metió en una celda por la tarde y por la noche se ahorcó... Y aquel cuento tan doloroso del infeliz que castigaron a morir de hambre, y que gritaba: «¡Ay mi madre!... ¡Ay mis hijos!... ¡Denme qué comer que me muero de hambre!»... ¡Y el pobre, como a los quince días de castigo, cuando ya no podía ni tenerse en pie, le levantaron la pena y lo sacaron a trabajar dentro del cordón y allí, sobre la yerba menuda, se cayó muerto, apenas le dio el primer rayo de sol!...

La Rosa, cuando fue barbero de la cuadrilla de los castigados, presencié espectáculos inauditos. Nunca podrá él olvidar al cabo Quintero, el que mató al pobre negro Arroz Amarillo... ni a José Ramón, ni a Barcos, ni a El Indio, ni a Albertico, ni al haitiano Clark, el feroz capataz...

¡Lo que él vio aquel día nunca se puede olvidar!...

Desde entonces le habían puesto a aquel negro Arroz Amarillo... desde la vez en que, hostigado por el hambre, se le ocurrió llevar «refuerzo» al trabajo, y se llenó los bolsillos del arroz amarillo que daba el penal, para comérselo a puñados en las horas de mayor agotamiento...

¡Y era un negro simpático!...

¿Por qué sus compañeros le hicieron aquella «maraña» v «acizañaron» al Cabo para que lo matara?...

Siempre hubo en las cuadrillas de los castigados algunos que, para rehuir la muerte o el rigor implacable del trabajo, descendiendo a cobardías y bajezas increíbles, fraternizaron con los escoltas que asesinaban a sus compañeros. En su complacencia, ellos mismos se encargaban de buscarles víctimas a los tiradores «expertos»... Y procuraban escogerlas entre aquellos que no eran sus amigos, que tenían que ser sus enemigos, porque no podían estar de acuerdo con la lóbrega oscuridad de sus almas...

Arroz Amarillo fue una de estas víctimas. Por sabe Dios qué razones, habían indispuerto al cabo Quintero con el negro, que era un buen trabajador, y esa vez le empezaron a llenar la tina de fango hasta un punto que ni el mismo Hércules hubiera podido realizar el trabajo...

Pero Arroz Amarillo sabía que la vida le iba en poder terminar aquel día el trabajo, y los esfuerzos que hacía para sobrellevar el peso enorme eran extraordinarios... Sobre la cabeza, sobre los hombros, llegó a sustentar una verdadera pirámide de fango... ¡La tina que apenas si podían izar hasta sus hombros entre los cuatro traidores envilecidos, la tenía él que llevar, porque la vida le iba en ello!... Pero ya las piernas le temblaban como si hubiera frío, y a cada nuevo viaje sus fuerzas disminuían y los «compañeros» le aumentaban la carga inmundada... La Rosa no se pudo contener y le dijo a Quintero:

—Cabo, ¡ese compañero no puede más!...

—¡Cállese la boca, porque a usted mismo lo matamos aquí!...

—Cabo... ¡A ese hombre lo han matado!...

Y el pobre Arroz Amarillo vencido, más que por el peso por la crueldad infinita, había caído en el fango, flácido, ya con el deseo de la muerte...

Y le pusieron encima la tina, y la llenaron de fango, y los cuatro «compañeros», José Ramón, Baracoa, El Indio y Albertico, mandados por el Cabo, se le pararon encima...

Y se fue hundiendo en el fango negro... En el fango que se mezcló con toda la porquería verdosa que le salía de la boca en los estertores de la agonía...

Así murió el pobre negro Arroz Amarillo. Y La Rosa, que no olvida aquel momento terrible, mientras continúa afeitando a un compañero, me dice:

—Oh, ni en quince días... Todavía le dicen a usted y no le dicen todo lo que pasó aquí...

Capítulo LI

La mordaza

Cuando yo la vi, ninguna conmoción me sobrecogió. Era de cuero, fuerte, con una hebilla de hierro para cerrarla por la nuca, y por el frente, a la altura de la boca, formada por varias capas superpuestas, tenía una especie de tacón, que obligaba a la lengua a retroceder, atropellada, contra la glotis, produciendo una asfixia lenta y desesperante. En esta pieza se notaban, con toda claridad, dos cosas espeluznantes: los dientes de los amordazados se habían clavado con tanta rabia en el cuero, que su huella persistía indeleble a pesar del tiempo; parecían las marcas de los pasos que deja un hombre al marchar por un camino reblandecido por la lluvia...

Pero todavía era capaz de producir una emoción más violenta el contemplar las huellas de la sangre, de las convulsiones agónicas, con un color ya casi negro, sobre el sucio carmelita del cuero, semejantes a borrones de tinta sobre papeles viejos...

Y, sin embargo, ninguna conmoción me sobrecogió... Ni porque el escenario donde la examiné era el más propicio a las funestas evocaciones, ya que fue en la casa del capitán Castells; en su mismo cuarto, en donde tantas cosas macabras se planearon. Es más, la mordaza la sacaron de la propia mesa de trabajo del Capitán, para enseñármela...

¡Y ninguna conmoción me sobrecogió!...

Pero más tarde, descansando en mi cuarto, tirado sobre la cama, con la cabeza calenturienta por la búsqueda de tanto dato trágico, a plena luz, a pleno día, me ocurrió algo de lo más extraordinario que jamás me haya pasado: ¡tuve un sueño despierto!...

Yo, que sólo recuerdo haber tenido un sueño en mi vida, allá en la infancia, he sido propenso, por el contrario, a crear extrañas fantasías y singulares elucubraciones en la hora preliminar del dormir. Pero siempre lo he atribuido a una imaginación inquieta, estimulada por las lecturas o por los sucesos. Esta vez, no obstante, no se trataba de nada de eso. Simplemente, estaba descansando, sin deseos ningunos de dormir, con conciencia plena de mí.

Fue de pronto que me puse a pensar en la mordaza, en los dientes clavados en ella y en la sangre, ennegrecida por el tiempo.

Me sucedió entonces que adquirí la convicción absoluta de que quien estaba pensando no era yo, sino otro yo que no era yo mismo... Algo muy raro, lo comprendo, pero absolutamente cierto.

Y vino lo inaudito: primero pensé en la mordaza —es decir, pensaba el otro yo que no era yo— enseguida, en los dientes clavados en ella y en la sangre... ¡E inmediatamente después los dientes se adherieron a sus maxilares, los maxilares se completaron en las cabezas y las cabezas en las figuras de los presidiarios martirizados!... ¡Y todo aquel conjunto aterrador se puso a gesticular, primero, a aullar después, a quejarse con sobrehumanos gemidos, con desgarradores lamentos... y dirigidos todos a mí, amontonados sobre mis ojos dilatados, unos me imploraban venganza, otros me increpaban por mi silencio; aquellos me suplicaban un recuerdo para la madre lejana y otros lloraban sobre mis ojos lágrimas ardientes de cólera, de pena, de pavor, de angustia!... Es inenarrable, verdaderamente. ¡De pronto alguna cara se destacaba del conjunto y se aproximaba a mis pupilas y en ellas lanzaba un grito agudo, un chillido de pánico, y se alejaba!... ¡Otras veces, aunque era completamente de día, la oscuridad de la noche rodeaba los contornos, y los ojos fosforescentes de un preso taladraban los míos en una súplica aterrada!... ¡Y una vez, de una de aquellas bocas convulsas, por las comisuras de los labios, fluyó la san-

gre, hirviente y lenta, y me rodó por la cara como una lágrima incendiada!...

Sumido en el singular estado que he descrito, observaba con atención, pero sin emocionarme de modo extraordinario, la crisis violenta que el espectáculo provocaba en el otro yo que no era yo mismo, y esperaba que todo acabaría pronto, cuando ocurrió algo más fantástico aún. Ocurrió una regresión; mejor pudiera decir, una fragmentación del grupo.

Todos se callaron y uno sólo se puso frente a mis ojos, mientras los demás me miraban con ojos severos, llenos de una tristeza indescriptible. Y el que estaba frente a mis ojos comenzó a agitarse en convulsiones terribles, y a tomar su rostro espantosas figuraciones del dolor. En su cara el miedo vibraba como un grito. Y todo el cuerpo le temblaba con estremecimientos como de la fiebre. La mordaza tapaba su boca y la angustia de la asfixia contraía su rostro e hinchaba las grandes venas del cuello hasta ponerlas tensas y moradas, como gajos de arbustos... ¡Por los bordes de la mordaza, gritos estrangulados borbotaban, y con un babeo asqueroso, espumoso de saliva y de sangre, se le escapaban fragmentos de súplicas y maldiciones!...

¡Un hombre se fue sustituyendo por otro: caras negras que se ponían verdosas, violetas, rojo profundo; caras mulatas que se ponían pálidas, lívidas, y caras blancas, amarillas por la anemia, que en un esfuerzo desesperado adquirirían un rosado de enfermedad!... ¡Y ojos, eternos ojos de angustia, inflamados por el esfuerzo, rojos por el llanto o la cólera, dilatados por el terror!... ¡Gritos ahogados por las mordazas, insultos abortados en la lengua estrujada por el cuerpo, sangre saltada de las encías por la rabiosa presión de los dientes sobre el taco!...

¡El grupo todo se agitó con estremecimiento aún más terrible cuando la evocación vino a completarse ante mis ojos, que comenzaron a ser los míos!...

Los mayores, los repulsivos mandantes, surgieron de las mismas bocas babeantes de los martirizados, cobraron vida

real, se perfilaron sus figuras y sus rostros bestiales, y vi a Badell, a Domingo el Isleño, a Gómez Montero, a Durán, Oropesa, Cabodevilla, Chilango Morales, Walfrido y toda la siniestra cohorte de asesinos, acercarse a los presidiarios atormentados, tirárseles al cuello, estrangularlos, golpearlos brutalmente, arrojarlos contra las paredes y los pisos, mientras los infelices sangraban, impotentes para defenderse ni gritar siquiera...

Al fin, una convulsión profunda me conmovió y di un salto en la cama... Como ratas huyeron los asesinos, pero ante mis ojos persistió la imagen de los infelices atormentados con los rostros más conmovedores que nunca, más imploradores también de venganza...

Y se esfumaron poco a poco, como si se alejaran, y sus quejidos se fueron diluyendo en el silencio pensativo de mi imaginación atormentada.

Los recuerdo bien. Su aparición fue para mí como un mandato de mí mismo, y haré que la ignominia caiga sobre los asesinos. Es todo cuanto yo puedo hacer.

DÉCIMA PARTE
ESTADÍSTICAS

Van en este libro, que es de acusación, y también de recuerdo, dos estadísticas: la de los presos políticos del machadato que pasaron por el Presidio Modelo a través de dos años, y la de los hombres que murieron en Presidio mientras este estuvo bajo la jefatura del capitán Castells.

De los primeros, algunos han muerto en la revolución.

De los segundos, muchos no tendrán otra mención pública de su muerte, que esta de aparecer en una larga lista de cementerio...

Un recuerdo para todos.

Capítulo LII

Lista de los presidiarios muertos

Esta es la lista de los hombres muertos en Presidio, bajo la jefatura del capitán Castells.

La publico como una acusación, como la acusación abrumadora que es siempre el número. Además, la publico como un triunfo a la memoria de aquellos que murieron en silencio, sin eco... Como un tributo a la memoria de aquellos infelices de cuya muerte ni sus propias madres se preocuparon nunca...

Al final de esta lista hay tres nombres de presidiarios que se dan como «desaparecidos en fuga»... La «fuga» ocurrió el 18 de agosto de 1928 y todavía no han aparecido. Alberto de Huerta Romero, Carlos Estrada y José Bravo Suárez, fueron los tres forzados cuyos cadáveres se entregaron al fuego, para justificar con una fuga imaginaria la hecatombe de El Cocodrilo, cuando los soldados ametrallaron a doce reclusos.

1925

2443 Francisco Hinojosa Gil. **9626** Félix Guerra González. **9276** Octavio Quintana Hernández. **9652** Emilio Marcos. **6834** Alberto Segrera. **7386** Vicente Díaz Legón. **9220** Antonio Fernández Alonso. **11144** Carlos Sampil Hurtado. **10981** José Escariz Escariz. **6943** Antonio Mejías Cedeño. **5458** Francisco Cardoso Rodríguez. **11053** Basilio Hipólito o Pie.

1926

6435 Benito Puerta Alonso. **10334** Antonio Hinojosa Mirguerza. **11581** Julio Cisneros García. **11722** Santiago Ayllón. **11056** Pedro González. **12157** José Rodríguez López. **7440**

Valentín Castañar. **11724** Juan Núñez Placencia. **7761** Lino Castro. **11709** Angel Escoda Hernández. **9413** Antonio Víctor García. **7878** Juan Carmona Simón. **10825** Florencio Bouillon Noriega. **9973** Salomón Blanco. **5442** Rafael Rojas Batista. **10945** Luis Pérez Martínez. **7428** Julio de la Rosa Méndez. **11805** Lázaro Calderín Hernández. **9303** Juan Pérez Gorrín. **8704** Grant Jons. **11010** Rogelio Sardiñas. **11523** José Domínguez Casals. **12174** Rogelio Ceballos Hernández. **5418** José Librado Llanes Gutiérrez. **12361** José Juan. **11220** Florentino Peñalver. **11372** Valentín Betancourt Gil. **10615** Luis Rafael. **12526** Amado García García. **7435** Benito Pérez. **11047** José Guerra Boccoardo. **12243** José Ramón Chongo. **4304** Bruno Acanda. **4967** Carlos Vázquez. **11658** Arsenio Sánchez Díaz. **11650** Teodoro Alfonso. **9925** Emilio Cruz.

1927

5542 Julián Ramírez. **10448** Marcial Silveira Arias. **6949** Domingo Ayestarán del Sol. **8500** Rafael Orozco Broche. **8024** Florentino Real Lazo. **10347** Pedro Durán. **8700** Alfredo Menegias. **11000** Apolonio Albrizar Graverán. **12674** David Gooden. **9757** Luciano Ramos Curro. **8138** Nazario Fernández. **10341** Andrés Medina. **7495** Nicolás Bello Vázquez. **8626** Ernesto Gasparini Roca. **10946** Alfonso Kung. **9027** Juan Crespo Valiente. **10996** Antolín Hernández Campanioni. **12530** José Martínez Rodríguez. **10624** Adel López Pon. **5180** Egiquio García Alfonso. **8482** José María Sigle Rodríguez. **8463** Inocencio Rivero. **12749** José Landa Coba. **10754** Tomás Cansillo Torres. **11370** Antonio Fernández Yáñez. **10773** José Vázquez Pérez. **11519** Mauricio Pérez Pérez. **12115** Antonio García. **12239** José Fernández. **10588** Pablo Monaga Linares. **11185** Juan Guillén Quintana. **6254** José Lario García. **10919** Manuel Ocaña Escobar. **12437** Abad Valerio Mesa. **11168** José Rodríguez. **7043** Francisco Savón Negrete. **11082** Pedro González Rodríguez. **11440** Pedro Vázquez Fernández. **10575** Felipe Zúñiga González. **12490** Federico García Menocal. **9997** Vicente Ortiz. **12210** Silverio Cuesta. **9941** Felipe Delgado García. **11091** Arquímedes Donro Rodríguez. **12732** José Manuel s.o.a. **12354** Manuel Almanza s.o.a. **12656** Valeriano Bompellier Garzón. **12059** Juan Valdés. **10108** Juan Capote García. **11543** Juan O. Manuel Rodríguez. **10760** Salustiano González Artega. **7837** Ricardo Muñoz. **11727** Rafael Pol.

1928

12551 Juan Martínez Gutiérrez. **13152** Liborio García Carcerán. **11489** Pedro Acosta Pérez. **11379** Manuel Broche Monteagudo. **10655** Juan de Mata Palomino y Guevara. **13428** Antonio Galloso García. **6946** Juan Ruperto Delgado. **12564** Emiliano Pérez Díaz. **10573** Agustín Esquirol. **12477** Ramón Monteagudo Nápoles. **11396** José Pereira Hernández. **11387** Manuel Chuzco Calderón. **13406** Antonio Novo Suárez. **7147** Jesús Espinosa Mojena. **10054** Dimas Fonts Arozarena. **12943** Andrés Caballero. **12672** Angel Espinosa. **12491** Juan Aponte García. **12700** Florentino Valdés Hernández. **12402** Eusebio Gutiérrez Brito. **12648** Flores Ceballo Sosa. **11311** Emilio Roque. **12364** Arturo Baró Brunet. **11831** Francisco Ávila Pupo. **12511** Felipe Luis. **9161** Mariano Bravo González. **13615** Graciano Canelles Bucela. **13463** Pedro Monzón Peña. **13260** Jorge Juan. **13106** Francisco Tellería Najarro. **11299** Arturo Bryant. **13313** Javier Nápoles Moya. **8598** José Capetillo. **10533** Ricardo Ramos González. **11420** Raúl Pol. **12190** José Fernández Fernández. **9314** Pedro Calderín Carmona. **13456** Pedro Ascanio Lino. **12894** Gurmersindo Rodríguez Mérida. **11954** Gonzalo Vega Aguiar. **13522** José Luis Cuervo Cuervo. **12544** Rogelio Fernández Febles. **7960** Francisco Álvarez. **12613** Sebastián Mesa Pupo. **8475** Juan Soto Hidalgo. **9096** William Müller Smith. **9510** José Martínez Mediandúa. **12120** Adolfo Fernández del Llano. **12920** Eugenio Díaz Novo. **11682** Gabriel Pérez González. **13469** José López García. **11084** Jon Gau. **13524** Lliodomiro Herrera Herrera. **11437** Cirilo Álvarez Lezcano. **13960** Roberto Martell. **12752** Ramón Aleaga Solano. **13605** Julio Enrique Pintado Martínez. **11424** Julio Ramírez Ojeda. **11461** Andrés Calderón Luna. **10555** José Ramos Ramos. **10354** Ramón Arroyo Suárez. **4997** Luis Díaz Fuentes. **7559** Manuel Nodal González. **13669** Juan González Martínez. **9565** Miguel Antonio Norberto Mariño. **8954** José Álvarez Suárez. **12137** William Jau o Julio Justiniano Robert. **13520** Rafael Corrales Domínguez.

1929

10420 Leonides García Sepúlveda. **9239** Antonio Medero Soa. **13467** Jacinto Trimiño. **7632** Cirilo Entenza. **12424** José Trinidad

Frías. **7127** Felipe Rivera Téllez. **8050** Bolívar Peña Carrero. **12508** Amado Kindelán Sánchez. **12887** Serafin López Ruiz. **6689** Ramón Moares Rodríguez. **11167** Pedro Olivera Reyes. **12362** Luis Lastra. **11921** José Ravelo Oliver. **9260** Ricardo Jiménez Duarte. **12631** Luis Torres Medina. **12590** Antonio Rodríguez Delia. **12636** Manuel Fis s.o.a. **12065** Juan Aega Borroto. **7148** Pantaleón Jorge. **11040** Román Valdés. **11439** Honorio Galdós. **12426** Antonio Cárdenas. **12608** Juan Rodríguez Galbán. **12668** Jacinto González Hernández. **11178** Alejandro Zapata. **11486** Enrique Mustelier Rodríguez. **7206** Marín Rodríguez Barrios. **8920** Esteban Díaz Pino. **11504** Manuel Vidal Rico. **9860** Hedilberto Moronta. **12779** Leonardo Rugger. **13062** Hilario Hernández Herrera. **13031** Francisco Ramírez Martínez. **11273** Guillermo Diestro Oropesa. **12884** Antonio Rodríguez s.o.a. **11215** José Riverí. **12379** Florencio Suárez del Villar. **11778** Sacramento Solís. **9392** Eleuterio Remedios Batista. **12381** Daniel Posada Sánchez. **13553** Raúl Gumá. **4291** Saturnino Salgado Otaño. **7429** Juan María Lorenzo Armenteros. **10178** Sabino Méndez Larache. **14082** Manuel Suárez García. **11889** Cecilio Morales Barquinet. **9285** Julio César Montoto Marrero. **14362** Manuel Pazos Valdés. **13842** Federico Taxis Tore. **13906** José Justo Viladoy. **12216** Julio Jiménez Herrera. **6183** Pablo Martínez Díaz. **8075** José Pérez Leyva. **10436** Juan Andrade Correoso. **14409** Luis Martínez García. **7590** Raimundo Barrientos Navales. **11494** Narciso Poey Poey. **13256** José Suárez Jovellar. **7832** Daniel Díaz Díaz. **13674** Virgilio Marcelino s.o.a. **1146** Enrique Vázquez Martínez. **5527** Feliciano Alfonso González.

1930

12203 Favila Regojo Margarit. **11438** José Rubio Hernández. **12484** Félix Núñez Rivas. **10897** Manuel Nodal. **10140** José Dolores Díaz. **8724** Toribio Leonard. **14081** Ramón González Reyes. **13548** Ramiro Neyra León. **13889** Edelmiro Sánchez García. **11763** Francisco Marcial Delgado. **6974** Nicolás Valdés Ayala. **11964** Alberto Núñez Antomarchi. **11579** Julián O'Biart Vinnier. **12942** Emiliano Armenteros Vaillant. **13721** Inocencio Martínez La Rosa. **12367** Guillermo González Pérez. **14704** Juan Pérez Martínez. **13501** Augusto Ramírez. **14499** Pedro Avelos Bazos. **7867** Domingo Rescala. **7868** Antonio Rescala. **11063** Juan Sánchez

Armenteros. **12829** Mariano Martínez Ruiz. **7955** Manuel Álvarez. **14809** Maximiliano Guillot. **13958** Antonio Suárez Delgado. **13907** Cosme Valdés Fernández. **8328** Juan Rodríguez Alonso. **11594** José Ramón Rodríguez. **11202** Narciso Venero Villendas. **14319** José Arenal Cabrera. **12149** Aniceto González. **14571** Victoriano Tomás. **6210** Inocencio Isaac. **14367** Wenceslao Díaz s.o.a. **14287** Enrique Amaya Cabello. **13831** Andrés Anderson. **12514** José Matos. **8850** Armando Báez. **12469** Miguel Villaurrutia Echevarría. **13100** José García. **8390** Basilio Baró. **8465** Juan Duman Zárraga. **13751** Lorenzo Poey León. **12031** Raimundo Sánchez Rodríguez. **11118** Antonio Moya Torres. **10680** Julio Guilarte Anido. **14067** José Arcos. **13514** Arturo Pulido Pulido. **13317** Eugenio Felipe Ricardo. **14930** Armando Miaris Rodríguez. **13370** Domingo Cuesta. **10038** José de las Mercedes González Moreno. **13648** Antonio Bonada Fontanet. **11932** Antonio Esquijarrosa Sánchez. **9204** Jesús Varela González. **11924** Cornelio García González. **5320** Celestino Bless. **6065** Teófilo Solís Salazar. **11534** Antonio Franqui. **10502** Constantino Seoane Rodríguez. **11968** Elías Fernández Guerra. **14225** Miguel Fis s.o.a. **14341** Flores Salas Batista. **14405** Alberto Camilo. **4192** Juan Cordovés. **12453** Juan Salazar Salazar. **14438** José de la Cruz García. **11931** Alfonso Miranda Carbonell. **14114** Pedro Angarica Miñoso. **15152** Manuel Tovar Tovar. **10180** Luis Cruz Pino. **12775** Alejandro Fidel Rodríguez González. **14960** José Ángel Campos. **13992** Benigno Varela Neyra. **11434** José de la Rosa. **14382** José Interián Domínguez. **9347** Rafael Urrutia Rivas. **10275** Francisco Castellanos Tebles. **9659** Ramón Román Martínez. **15199** Hilario Rodríguez García. **14026** Luis Rodríguez. **9584** Francisco Isidoro Borrego Collazo. **13867** Antonio Robles Aguilero. **15851** Justo Savón Botaille. **14743** José Castellanos Fis. **14047** Lino Ortiz Rivera. **14227** Antonio Felipe González. **14593** Manuel Castervi. **14188** Antonio Olivera Cintra. **14385** Julian Wilson s.o.a. **11005** Luis Juan. **15141** Ernesto Ruiz Fuentes.

1931

14289 Emilio Morales. **10934** Ignacio Mujica Agramonte. **7284** Jaime Serra Palmer. **13274** Amado Guerra Hernández. **14550** José Manuel Goulet. **10567** Juan Hernández Hernández. **10845** Celedonio Herrera Ruiz. **14931** Arturo Iglesias Rodríguez. **15135**

Francisco Villavicencio Cárdenas. **6420** Pascasio Speek Sierra. **13244** Eduardo Reyes Berto. **13226** Fernando Duthil Veranes. **15311** Rogelio Castillo Alomá. **13662** José Martín Padrón. **10376** Antonio Torres Rodríguez. **14547** Gabriel Barrios Seguin. **14089** Cándido Martínez Porras. **13805** Guillermo González Vila. **15254** José Tomás Canto Márquez. **12120** Antonio Báez Hernández. **12552** Edelmiro Acosta Martínez. **14360** José Hernández Domínguez. **14976** Carlos Manuel Minerva. **13518** Juan Imbert Verdecia. **12591** Luis Díaz Díaz. **13727** Rafael Majana. **12431** Eleno Hernández Hernández. **14726** Mateo Aroche Valle. **13654** Rafael Ortega Duque. **15571** Francisco Fernández Díaz. **15579** Damasco Romero. **7432** José Castells González. **15175** Andrés Jorge. **8078** Carlos Luna Burgos. **13533** Manuel Cañizares Madrigal. **8533** Juan Fariñas Campos. **15618** Alfonso Martínez. **12966** Elio Prado Martínez. **6046** Francisco Márquez. **9458** Ramón Martínez Ledesma. **8297** Pedro Álvarez Rodríguez. **13952** José Marquetti Barbón. **14560** Moisés Donne. **10775** Melvill Mc Laughlin. **9780** Francisco Campos. **15262** Luis Heredia Amores. **11524** José López Jiménez. **12922** Daniel Martínez Pernas. **12196** José Hernández González. **13961** Oscar Torres. **11666** José Ramos Fuentes. **12857** Manuel Muñoz López. **14191** José León Roque Aldama. **13909** Ramiro Peñalver Delcourt. **14270** Ángel Mendoza González. **11086** Victoriano Silveira. **8679** José López López. **11997** Enrique Martínez. **14631** Nicolás Fis s.o.a.

1932

12983 Anacleto Mayor. **14827** Ramón Azar Zarrafs. **8288** Rafael Laborde. **9067** Esmeraldo Rodríguez. **13761** Francisco García Gallego. **15422** Jaime Peral Alonso. **13951** Orfilio Peña Rodríguez. **14315** Salomón Lupe. **12933** José de la Rosa Hernández. **11620** Miguel Avich. **13365** Anselmo Morell. **12235** José de la Caridad Oramas. **14376** Feliciano Rojas. **13023** Rafael Sánchez Díaz. **15029** Alfonso Moré Moré. **14428** Raúl Hernández Serrano. **15814** Jaime Acosta García. **15435** Víctor Manuel Moreno Merlo. **12180** Hilario Peñalver Aguirre. **15461** Pedro Donatien Ducasse. **14796** Oscar Neri Edward. **6672** Teodoro Miranda Fernández. **15443** Rafael Uriola Poviano. **14008** Francisco Castañeda Díaz. **10895** Virgilio Valbuena Dechansin. **12980** Oscar Bernal Amaro. **15631** Enrique Márquez Pérez. **15846** Alberto

Sotolongo Rojas. **15304** Pascual Ordóñez. **15022** Crescenciano Torres Serrano. **15291** Miguel Ángel Muñoz Valdés. **14404** Pablo Mena Sánchez. **15316** Gabriel Armenteros. **11458** Teófilo Valdés Maza. **5962** Nicolás Morillos Prieto. **10843** Julio Aguilar Pedrón. **11902** Braulio Quesada. **11897** Anastasio Zayas Sierra. **15852** Tomás Mc Lean. **15102** Guillermo Jiménez Téllez. **9817** Manuel González. **15054** Máximo Ley s.o.a. **14599** José Gabriel Lorite. **13802** Belarmio Díaz Santos. **15754** Melchor Pichardo Lerene. **15982** Tomás Abréu Martínez. **14235** Sergio Rodríguez Reyes. **13512** Modesto Lescay Savigne. **13786** Jorge Calzado. **14878** José Pedroso Ramírez. **15498** Hipólito Carreras Carrera. **14234** Juan Matamoros s.o.a. **12024** Guillermo Valdés Udanera. **15765** Vicente Jiques. **13611** Raúl González Aguilera. **11246** Amelio Montes García. **16269** Félix Casablanca Casao. **9840** Manuel Martínez Rubio. **8287** Cirilo Carrión Rodríguez. **14151** Leoncio Varona Armenteros. **14963** Fidencio Moya Abreu. **8275** Enrique Agüero Hernández. **14924** Oscar Félix s.o.a. **14505** Benito Pol. **15722** Víctor Rubiera Prieto. **14152** Juan Rodríguez Vargas. **13235** Pastor Baigorria Baños. **9648** Manuel Lorenzo Rodríguez. **15707** Rafael Pares Carlin. **16243** Armando Rodríguez Echevarría. **16096** Javier Sánchez Artiles. **13519** Antonio Ferrer Fava. **16359** Antonio de la O. Rodríguez. **14373** José Jorge Clark. **7902** Higinio Macías Oropesa. **15185** Eladio Agüero. **14620** Aurelio Águila Mazorra. **10274** Eligio Prendes Guerra. **15771** Crescenciano Campos. **13821** Alejo Cañizares. **11205** Gustavo Pérez Rizo. **4709** Nicasio Sarría Sarría. **15083** Antonio Pereda Hernández. **14606** Eduardo Rodríguez Ochoa. **12965** Jorge Valdés Manes. **15123** Florencio Galán. **14604** Benito Carrascosa García. **16299** Alfonso Torres Domínguez. **7394** Saturnino Acea. **9012** Dámaso Saladrigas González. **15983** Benito Herrera Herrera. **16295** Estanislao William William. **15249** Germán González González. **13475** Guillermo Ribalta. **7582** Lorenzo Castañeda Herrera. **15833** Celestino Valdés Montalvo. **14007** José Quintín Herrera. **13139** Juan Martínez González. **12718** Juan Luis. **8194** Juan Arcis. **16218** Julio Liz Gabiel.

1933

13033 José Haití s.o.a. **13167** José Iznaga. **13455** Evaristo Casas. **16228** Manuel Limonta. **12098** Martín Enrique Rivero.

14712 Ramón Ponce Álvarez. **16014** Rafael Martínez Díaz. **15131** Bienvenido Semanat. **15988** Antonio González Duque. **15898** Manuel Fernández Book. **15985** Manuel Fernández Hernández. **7451** Domingo Julio Figueredo González. **15335** Pedro Chambers Briñas. **11341** Emiliano Pons. **11919** Juan Reyes Leyva. **15386** José Díaz Caballero. **16684** Armando Denis Díaz. **15258** Modesto Ruiz Arredondo. **14845** Félix Albert. **16650** Manuel Meriño. **14033** Ramón Marrero s.o.a. **14471** Celio Álvarez s.o.a. **14328** Ambrosio Quesada Zulueta. **16715** José Manuel González. **16743** José Ángel Hernández. **15665** José García Díaz. **16392** Jesús Peñalver Oliva. **15799** José de la Cruz Castañeda. **12448** Pedro Fonseca Naranjo. **15922** Antonio Deviller. **14707** Antonio Ojeda Pérez. **16349** James Brown s.o.a. **16626** Francisco Cuellars. **14750** Tomás Ravelo Girón. **15764** Ignacio Estrada. **16362** Modesto Bonne Sariol. **9100** Adelaido de Jesús Cruz. **16569** Julián Planas Buigas. **15005** Andrés Casiano Tavío Espinosa. **8267** Francisco Javier Filomeno Hernández. **14469** Armelio Hernández s.o.a. **15662** José Dolores Hernández Delfín. **11766** Arsenio Díaz Díaz. **12121** Alfredo Pol. **5159** Vidal Ordaz Pérez. **15592** Domingo Valdés. **15735** José Miguel Luis. **15008** Flores o Florencio Martín Santos.

Desaparecidos
18 de agosto de 1928

12645 Alberto Huerta Romero. **10990** Carlos Estrada Cabrera. **12991** José Bravo Suárez.

Capítulo LIII

Lista de los presos políticos*

Esta lista sólo comprende los nombres de los presos remitidos al Presidio Modelo de Isla de Pinos, a cuyo lugar se enviaba a los individuos a quienes se quería aislar el mayor tiempo posible.

Los presos políticos del Presidio Modelo sufrimos, al principio, de la privación de correspondencia y visita de los familiares. En las Pascuas de 1931 se nos concedieron unos días de visita y se nos permitió la correspondencia, aunque censurada. Pero nunca más tuvimos visitas. Hasta que salimos, o en libertad o para el exilio, nunca más vimos ni una mujer, ni un perro, ni un gato... Sólo tuvimos una iguana pequeña, que me regaló Cristalito, y que se llamaba *Catalina*, y un ganado de hormigas que yo tenía y al que le echaba almíbar todas las tardes, por las rendijas del mármol.

La lista de los presos políticos del machadato, incluyendo los reclusos en la Fortaleza de la Cabaña, el Castiillo del Príncipe, el Castillo de Atarés, la Cárcel de Nueva Gerona y las cárceles y cuarteles de las capitales de provincia, nunca se ha hecho, pero se llenaría un libro.

En esta que doy de los prisioneros del Presidio Modelo, conservo la edad de los mismos como un tributo a la juventud de Cuba, que sin perder el típico buen humor criollo, se ofreció al destierro, la prisión y la muerte con una generosidad digna, hasta hoy, de mejor suerte. Asimismo, hago llamadas especiales sobre aquellos que murieron o alcanzaron

* Esta lista fue cotejada con la que publicó José Embade Neyra en su libro *El gran suicida (Apuntes de una época revolucionaria)* (La Habana, Imprenta y Librería La Propagandista, 1934). Se suprimieron los nombres repetidos y se añadieron los que no aparecían incluidos en las dos primeras ediciones de *Presidio Modelo*. (Nota del Editor.)

singular significación por uno u otro motivo. Y me refiero, desde luego, a mis recuerdos personales, exclusivamente, pues no puedo asegurar que no hayan muerto también algunos de los que, por no tener noticias en contrario, los considero vivos.

Por último, debo significar que el Presidio Modelo se quedó, desde entonces, como lugar de destierro político para todos los gobiernos que sucedieron al de Machado, y que nunca ha dejado de guardar entre sus paredones de cemento y acero, a luchadores revolucionarios.

1. Bernardo Blanco Grandío (21). 2. Justo Carrillo Hernández (19). 3. Manuel Garza Fernández (22). 4. Zacarías Lara Alfonso (37). 5. Guillermo Estrada Estrada (26). 6. Antonio González Muñoz (30). 7. Raúl Ruiz Hernández (26). 8. José Enrique Leyva Gordill (25). 9. Pablo de la Torriente Brau (29). 10. Raúl Roa García (24). 11. Alberto Saumell Soto (22). 12. *Raúl Cabrera Ortega* (18).¹ 13. Carlos Prío Socarrás (26). 14. Benito Girón Rosales (37). 15. Miguel Montero García (30). 16. César Vilar Aguilar (31). 17. Ladislao González Carbajal (20). 18. Roberto Lago Pereda (22). 19. *Rodolfo Ariet Calvo* (43).² 20. Alejandro Vergara Leonard (30). 21. *Gabriel Barceló Gomila* (24).³ 22. Aureliano Sánchez Arango (24). 23. Juan Antonio Rubio Padilla (22). 24. *Juan Rodríguez Pintado* (28).⁴ 25. Pedro Pablo Torrado e Hidalgo (30). 26. Alfonso Hernández Catá (23). 27. Mario Labourdette Scull (25). 28. *René Cortina González* (28).⁵ 29. Luis F de Almagro y Elizaga (41). 30. Carlos Manuel Álvarez Tabío (36). 31. Elicio Argüelles y Pozo (47). 32. Manuel de Armas y Martín (44). 33. *José Azcue López* (31).⁶ 34. *Liberato Domingo Azcuy* (46).⁷ 35. Victoriano Breijo Maqueira (38). 36. Julio Cadenas Aguilera (36). 37. Luis Carrillo Medina (31). 38. Catalino Collazo García (61). 39. Salomé Cordero Díaz (40). 40. José Antonio Cruz Cruz (59). 41. Gabriel García Menocal y Molina (28). 42. Jacinto García Menocal y Moreno (35). 43. Mario García Menocal y Moreno (36). 44. Rafael García Perera (40). 45. Justo González del Pozo (24). 46. Agustín Gutiérrez Brito (27). 47. Eduardo Lebrede Sánchez (31). 48. Alfredo Lima Tardiff (54). 49. Antonio Linares

Guardesno (57). **50.** Mauricio López Luna (52). **51.** Serafín García Menocal y Ferrer (20). **52.** Fausto García Menocal y Deop (51). **53.** Tomás García Menocal y Deop (56). **54.** Federico Morales Valcárcel (51). **55.** Rafael Angel Mora Adelit (29). **56.** Pedro Navarro Rodríguez (31). **57.** Julio Paz Pintado (29). **58.** Enrique Pedro (52). **59.** Joaquín Peláez Ramos (52). **60.** Ismael Pintado Pintado (44). **61.** Julio Rabell Menocal (24). **62.** Juan Luis Rodríguez López (28). **63.** Julio San Martín Sáenz (45). **64.** Eugenio Sardiñas Segre (30). **65.** Carlos M. Tosca Valle (36). **66.** Antonio Vega Almerich (31). **67.** Eleuterio Vega Pérez (46). **68.** Agustín Vidal Valdés (50). **69.** Gustavo A. de Aragón y del Pozo (42). **70.** Rafael Suárez Solís (50). **71.** Bartolomé Barceló Gomila (29). **72.** José Francisco Sanjurjo (26). **73.** Matías Barceló Gomila (29). **74.** José Pilar Herrera y Mendoza (58). **75.** Salvador Reina Sánchez (30). **76.** Mario Fortuny Rodríguez (20). **77.** Carmelo García Iglesias (48). **78.** José Garza Fernández (20). **79.** Andrés Vargas Gómez (16). **80.** David Antes Álvarez (38). **81.** Alberto Gálvez Ruiz (41). **82.** Eduardo René Chibás y Rivas (23). **83.** José Manuel Castillo Iglesias (49). **84.** José Sánchez Herrera (32). **85.** Reynaldo Escudero Busto (23). **86.** Emilio Rangel Utrilla (26). **87.** Arsenio Bringas Chávez (26). **88.** Lorenzo Izquierdo Mesa (24). **89.** Luis Publio Dulzaides Aguiar (25). **90.** *José Soler Lezama* (23).⁸ **91.** Silvio Machado Águila (22). **92.** Marcos García Villarreal (18). **93.** Manuel Guillot Benítez (24). **94.** Manuel Cotoño Valdés (23). **95.** Angel de la Osa Perdomo (21). **96.** Ubaldo Antuña Pons (21). **97.** Antonio Díaz Baldoquín (23). **98.** Ildelfonso Triana Sánchez (24). **99.** Arnaldo Escalona Almeyda (20). **100.** Arturo Sacassa Olivé (22). **101.** Armando Fernández Grenet (18). **102.** Mariano Rodríguez Peces (20). **103.** Mario Fernández Trujillo (18). **104.** *Marcio Manduley Murillo* (20).⁹ **105.** Benigno Castellar Souza (20). **106.** Alfredo Luis Pérez Mayor (22). **107.** Roberto Casals Otero (22). **108.** Fernando G. Leyva y González (22). **109.** Ricardo Riaño Jauma (24). **110.** Salomón Fleshin s.o.a. (25). **111.** Julio César Fernández (23). **112.** Julio C. Torra Cabarroca (21). **113.** *Juan Mariano González Rubiera* (18).¹⁰ **114.** Oscar L. Murphy (23). **115.** Aníbal Corredor García (18). **116.** Rubén León García (24). **117.** Rafael Escalona Almeyda (24). **118.** Ramiro Valdés Daussá (22). **119.** *Ramón Grau San Martín* (48).¹¹ **120.** *Guillermo Portela Moller* (44).¹² **121.** Gaspar Betancourt Qeral (28). **122.** Federico Ripes y Muro (24). **123.** Segundo Curti Messina (22).

124. Orlando Alonso Velázquez o Velazco (23). **125.** Sergio Velázquez Muiño (22). **126.** Augusto Valdés Miranda García (20). **127.** *Luis Fuentes Guzmán* (23).¹³ **128.** Domingo o Pedro Castillo Álvarez (27). **129.** José Luis Viego Delgado (23). **130.** Ismael Seijas Guzmán (24). **131.** Ricardo López Valiña (19). **132.** Ángel Lázaro Giralt Casielles (21). **133.** Vicente Rodríguez Rodríguez (30). **134.** Celedonio Cañizares García (28). **135.** Albino Ucha Groba (31). **136.** Tiburcio Ramos Gómez (26). **137.** Maximino Morales Velázquez (31). **138.** Luis Ramos de las Iglesias (30). **139.** Pedro Vizcaino Urquiaga (23). **140.** Mario Salabarría y Aguiar (17). **141.** Rafael Benavides Salazar (21). **142.** Manuel Marín Muñoz (21). **143.** Horacio Escalona Almeyda (23). **144.** Pedro Rodríguez Delcourt (48). **145.** Antonio Rodríguez Rodríguez (53). **146.** Benito Fernández Castillo (24). **147.** Rolando Soria Ramos (23). **148.** Antonio Rodríguez Gamboa (21). **149.** Rufino Peruyero Bueno (25). **150.** Antonio Cendón López (28). **151.** Eugenio Recio Recio (27). **152.** Francisco Ábalo y Ábalo (22). **153.** Guillermo Mas Cayado (24). **154.** Juan Febles Secretal (22). **155.** Marcelino Sastre Padrón (26). **156.** Florentino Mas Cayado (28). **157.** Juan de la Asunción Andrino (35). **158.** Manuel García Álvarez (26). **159.** Francisco Yáñez Martínez (31). **160.** Amador López Martínez (25). **161.** Miguel Ángel Peña Nerey (32). **162.** Jesús Martínez Álvarez (31). **163.** Sebastián Tornavacas Alamar (26). **164.** Antonio García Cánovas (25). **165.** Emilio Martínez Álvarez (25). **166.** Ignacio González Tellechea (27). **167.** Miguel Ángel Quesada (33). **168.** Sebastián Castro Fernández (32). **169.** Manuel Doval Méndez (31). **170.** José Cañizares García (38). **171.** Leonilo Gonzalo Caballero La Rosa (33). **172.** Manuel Antonio Varona Loredó (25). **173.** Oscar Andino Andino (20). **174.** José Fresneda Etchegoyen (24). **175.** José Vicente de Lara Cadalso (46). **176.** Francisco García Casanova (23). **177.** Rafael Iglesias Diéguez (30). **178.** Miguel Pérez Menéndez (19). **179.** Armando Machado Águila (19). **180.** Rogelio Portuondo Portuondo (24). **181.** Modesto González del Valle (22). **182.** Luis Prada (43). **183.** Eugenio Castro Fernández (39). **184.** Jerónimo Padilla Padilla (26). **185.** José Eguilior Suárez (18). **186.** Alfonso González Suárez (31). **187.** Carlos Fernández Arrate (24). **188.** Juan Andreu Barrios (29). **189.** Juan Manuel Márquez y Rodríguez (16). **190.** Gabriel Cánovas Villanueva (50). **191.** Ramón Figueredo Avilés (31). **192.** Luis Pérez Rey (23). **193.** Bernardo Campos Abreu (27). **194.** Gonzalo J. del Cristo y de la

Maza (35). **195.** Manuel Delgadillo Leyva (24). **196.** Rosendo López Barrios (25). **197.** Roberto Bellido de Luna Barceló (19). **198.** Daniel Valdés Pérez (25). **199.** Waldo Valdés Pérez (19). **200.** Pedro de la Paz y Castañón (25). **201.** Juan Pérez de la Riva y Pons (18). **202.** Ángel García Valle (23). **203.** Jesús Rodríguez Acebo (24). **204.** Juan Marinello Vidaurreta (33). **205.** Alberto Boza (21). **206.** Pedro Boza s.o.a. (a) *Fumero* (23). **207.** Prudencio Boza s.o.a. (25). **208.** *José Miguel Irisarri Gamio* (36).¹⁴ **209.** José Díaz García (17). **210.** José Isidro Hernández López (29). **211.** Mario J. Fernández Fernández (31). **212.** José Alonso Morejón (47). **213.** *Armando Feito e Insúa* (24).¹⁵ **214.** Carlos Diago González (24). **215.** Edgardo Buttari Puig (22). **216.** José Eulalio Caraballo Guerra (43). **217.** Ángel Segura Bustamante (21). **218.** Armando Palma Méndez (19). **219.** Humberto Linares Fernández (16). **220.** Pedro Linares Fernández (26). **221.** Porfirio Ramos Cabrera. **222.** Vicente Lago Pereda (19). **223.** *Juan Ramón Brea Landestoy* (26).¹⁶ **224.** Alfredo Pérez García (18). **225.** Francisco Camejo Gutiérrez (19). **226.** Eladio Novoa Llera (21). **227.** Fermín Cowley Gallego (27). **228.** Antonio Sánchez Calvo (25). **229.** Raúl Rodríguez Falcón (23). **230.** Gerardo Hernández Álvarez (28). **231.** Miguel Acosta Rodríguez (28). **232.** Horacio Montero Úbeda (22). **233.** Armando Correa (29). **234.** José Rafael Lauzán Rodríguez (20). **235.** Aurelio Valdés García (53). **236.** *Florencio Hernández Coto* (30).¹⁷ **237.** Francisco González García (31). **238.** Benito Sereira Valdés (28). **239.** Edmundo Nin Rodríguez (41). **240.** Salvador Martínez Milián (27). **241.** Felipe Martínez Arango (23). **242.** José Emilio Maza Batista (24). **243.** Francisco García Reigada (26). **244.** José Valdés Valdés (30). **245.** Aurelio Valdés Aguilar (23). **246.** Eduardo Chibás Guerra (63). **247.** Benito Conde Gil o Conde Cid (32). **248.** Enrique Pintado Russell (48). **249.** *Carlos Mendieta Montefur* (58).¹⁸ **250.** *Roberto Méndez Peñate* (60).¹⁹ **251.** José A. Cociña del Abad (27). **252.** Juan J. Fernández (48). **253.** José Zambrana Álvarez (48). **254.** Cecilio Nápoles Hidalgo (22). **255.** Rutilio Ramos (25). **256.** Santiago Álvarez Rodríguez (21). **257.** Juan Ramírez (24). **258.** Ignacio Hernández Flores (27). **259.** Eduardo Marques Rizo (26). **260.** Carlos Mesa (28). **261.** Ramón Casales Rizo (32). **262.** Santiago Valle Rodríguez (31). **263.** José A. Rodríguez Fierro (23). **264.** Antonio N. Tabares (26). **265.** Antonio Armenteros Linares (25). **266.** Narciso Romero Borrego (26). **267.** Francisco Gómez García (23). **268.** José Antonio Cruz Cruz (60). **269.** Enrique

Cotubanama Henríquez Lauranzón (30). **270.** *Guillermo Martínez Martínez* (21).²⁰ **271.** Armando Iglesias del Castillo (21). **272.** Ignacio González de Mendoza y de la Torre (29). **273.** Luis Pérez Hernández (26). **274.** Francisco Corrons Canalejo (36). **275.** Porfirio Saturnino Pendás Garra (24). **276.** Tomás Cabrera Rodríguez (29). **277.** Manuel García Fernández (45). **278.** Alejandro Francisco Roca Mesa (31). **279.** Crescencio Valladares Hernández (43). **280.** José Humberto Zulueta s.o.a. (18). **281.** Raimundo Alonso Vilalta Cabrera (26). **282.** Juan Castellanos Larent (19). **283.** Alberto Sánchez Maldonado (26). **284.** Marcos Antonio Pérez Díaz o Martínez (29). **285.** Patricio Echevarría Salas (24). **286.** Miguel del Valle Mata (25). **287.** Rafael Augusto García o Rafael García Collazo (22). **288.** Orlando Álvarez Barquín (18). **289.** Armando Palma Méndez (19). **290.** Martín Quiñones Zerquera (25). **291.** Adolfo Antonio López Tomey (20). **292.** José María Martínez Martínez (29). **293.** Timoteo Sinfiriano López Paz (24). **294.** Arcadio Nicolás Pérez Ruiz (21). **295.** José Morales Velázquez (29). **296.** Juan Rodríguez Ortega (28). **297.** Antonio Santana Macías (24). **298.** Francisco Melitón Alemán y Rivero (27). **299.** Blas Barreras Daniel (25). **300.** Florentino Julio Bienvenido Ortega Orellana (25). **301.** Sandalio Bombino Águila (24). **302.** Manuel del Valls Marrero (35). **303.** Francisco Vergara Morales (a) El Sargento Liberal (57). **304.** Juan Ramón Cabezas Barroso (36). **305.** Tomás Ortiz Barboza (31). **306.** Eladio Llano Morejón (28). **307.** Donato Vázquez Vázquez (27). **308.** Emilio Jacob Manzo (25). **309.** Ildefonso Triana Chávez (24). **310.** Francisco Masiques Landeta (27). **311.** Miguel Ángel Cruz Rodríguez (23). **312.** Manuel Alea Bárcenas (21). **313.** Manuel Lozano Pino (23). **314.** Alfredo Pequeño Mejías (28). **315.** Francisco Loredó Arocha (18). **316.** Rafael Trejo Loredó (43). **317.** Mauro Vega Gutiérrez (30). **318.** José Antonio Mora Cobo o Como Mora (34). **319.** Manuel Arán Vidal (23). **320.** Aristides Betancourt Quintana (36). **321.** Manuel Ventura Espinosa (36). **322.** Manuel Mariano Escalona Almeyda (20). **323.** Francisco Blanco Rodríguez (44). **324.** Oscar Rodríguez Loeches (29). **325.** Oscar Ruano Estrada (29). **326.** Evaristo Fernández Padrón (20). **327.** Manuel Llorente Salvador (29). **328.** Evelio Tapia Balseiro (18). **329.** Antonio González Ordaz (23). **330.** Faustino García Menéndez (28). **331.** José Antonio Inclán (27). **332.** Urbano Armesto Hallado (25). **333.** Rolando Arnoldo Martínez Rengifo (45). **334.** Salvador Tuma e

Iza (38). **335.** Miguel Menéndez Alberdi (28). **336.** Ricardo Machín Álvarez (35). **337.** Leonardo Cano Martín (37). **338.** Joaquín Fernández Pellón y Reiné (25). **339.** Joaquín Eugenio Martínez Sáenz de Abascal (32). **340.** Emilio Marill Hermoso (31). **341.** Ernesto Arturo Carcas González (36). **342.** José Fernández Pellón (22). **343.** Zacarías Pol Cardenach (23). **344.** Fernando Fernández Pellón y Reiné (29). **345.** Oscar de la Torre Reiné (38). **346.** Aquiles Maza Santos (26). **347.** Pedro Cobiella Alonso (19). **348.** Froilán Castro Acea (30). **349.** Juan Cuza González (41). **350.** Eduardo Sjostrom Vee (28). **351.** Cándido Mora Morales (23). **352.** Julio Villegas Trinchet (31). **353.** Antonio Reitor (35). **354.** Camilo García Sierra (21). **355.** Miguel de Armas Suárez (21). **356.** Aurelio Figueredo Martell (23). **357.** Argelio Rodríguez Álvarez (20). **358.** Justo Herrera Sotolongo (34). **359.** Pedro Sánchez Pascual (34). **360.** Manuel Menéndez López (19). **361.** Manuel Jiménez Calama (27). **362.** Francisco Rondón Pacheco (32). **363.** Baldomino Amigó González (42). **364.** Justo Velázquez Gordillo (55). **365.** Antonio Rodríguez González (26). **366.** Antonio Juncal Álvarez (17). **367.** Manuel Gaona Souza (33). **368.** Ricardo Garrido Álvarez (24). **369.** Roberto León (26). **370.** Fernando Gómez Travieso (27). **371.** Francisco García Marchena (22). **372.** Raúl Silva, conocido por Raúl Alfa Lay (22). **373.** Mario Martínez León (24). **374.** Aurelio Tosca Artiles (24). **375.** Silvino Rodríguez Riverón (23). **376.** Víctor Estrada Oro (22). **377.** José Gutiérrez Rodríguez (21). **378.** José Ramón Armenteros Ferrán (21). **379.** Enrique Pascual Mora (20). **380.** Rafael Ibáñez Martín (22). **381.** Tomás Martín y Hernández (24). **382.** Carlos Martín y Hernández (23). **383.** Juan Rodríguez Pérez (24). **384.** Roberto Vilar Aguilar (24). **385.** Miguel Ángel Quesada (34). **386.** José Manuel Sancerni y Gómez (29). **387.** José Antonio Viego Delgado (27). **388.** Antonio Parada Cabral (30). **389.** Lorenzo Nirs Zaldívar (28). **390.** Alberto Rodríguez León (23). **391.** Osvaldo Rodríguez León (19). **392.** Alfonso Betancourt Arredondo (37). **393.** Menelao Mora Morales (26). **394.** Carlos Manuel Martínez Sánchez (25). **395.** Luis Orlando Rodríguez Rodríguez (21). **396.** Domingo Cañal Ferrer (30). **397.** Erasmo Rey Drets (22). **398.** Ramiro Isern Figueredo (31). **399.** Sebastián Lanz Ramos (27). **400.** Ángel Rodríguez Lladó (22). **401.** Pedro Primitivo Fajardo Buera (23). **402.** Armando Fuentes Prieto (33). **403.** Gustavo Faval Pérez (18). **404.** Manuel Forte Alfonso (24). **405.** Abel Ferrer Ferrer (23). **406.** José

González Brea (37). **407.** Jesús Rumayor Cobos (19). **408.** Pedro Montero Pinazo o Montes Pinazo (18). **409.** Mario Lago Peña (19). **410.** Miguel Valdés Hernández (22). **411.** Eugenio Menéndez Martínez (38). **412.** Evelio Crespo Caamaño. **413.** Bartolomé Más Portuondo (22). **414.** Luis Socorro Méndez y Consuegra (18). **415.** Julio Lima Rovira o Jorge Rovira Cepero (21). **416.** José Ramón Fuentes Isaac (24). **417.** Orestes Figueredo Vallejo. **418.** Justo González Carrasco (30). **419.** Pedro Núñez Miranda (21). **420.** Tomás Pentón Hernández (20). **421.** Bernabé Aguilar Betancourt o José Menéndez Rodríguez (37). **422.** Carlos Manuel Pérez Moreno o Romero, conocido por *Jaramillo* (22). **423.** Manuel Braojo Morales (26). **424.** Justo Manuel Sánchez Cruz (19). **425.** Ramón Ruiz Bello (40). **426.** Ramón Santos Chirone (30). **427.** Arturo Santos Chirone (26). **428.** Isidoro Santos Chirone (18). **429.** *Carlos Duque de Estrada* (32).²¹ **430.** Gustavo Rodríguez Balagán (20). **431.** José Morín Hernández (18). **432.** Juan Lázaro Fernández (48). **433.** Manuel Hernández Mujica (17). **434.** Guillermo MacKinley Sánchez (34). **435.** Francisco Fajardo Cisneros (27). **436.** Manuel Hartman Garrido (50). **437.** Antonio Pérez Pérez (24). **438.** Benigno Martínez Mancebo (28). **439.** Francisco Feijóo Pérez (26). **440.** Benigno Rivero Blanco (32). **441.** Manuel Gómez Rojas o Francisco Sanjurjo Gómez (27). **442.** Antonio Brígido Andréu Hernández (32). **443.** Manuel Andréu Hernández o Andrés Hernández (24). **444.** Manuel Lamas Pérez (31). **445.** Enrique Travesa González (24). **446.** José Celestino Rodríguez Lugo (28). **447.** Osvaldo Évora Valdés (16). **448.** Raúl Rodríguez Parrado (24). **449.** Alberto León Pérez (26). **450.** Abelardo Cardona Ferrer (27). **451.** Luis Magín Vinajeras (19). **452.** José Humberto Zulueta (18). **453.** Luis Gallo Jiménez (18). **454.** José Miguel del Cuadro Cárdenas (27). **455.** Gerardo Machado Cruz (28). **456.** Manuel Morales Pérez (27). **457.** Martín Castellanos Martínez o Mario Castellanos Martínez (32). **458.** José Grau Agüero (48). **459.** Ramón Cuervo Galán (23). **460.** Roque Eugenio Garrido Salido (55). **461.** José Antonio Cabrera Trujillo (40). **462.** Pedro López Dorticós (36). **463.** Rafael Pérez Morales Ruval (28). **464.** Rafael Funes Tovar (28). **465.** Benito Cruz Cárdenas (21). **466.** Isidro López Contreras (24). **467.** Diego Monzón Sánchez (32). **468.** Francisco Ortega Izquierdo (30). **469.** Sixto Méndez (30). **470.** Miguel Gilberto Llópiz (26). **471.** Augusto Betancourt González (20). **472.** Rafael Santos Hernández (a) La Rata (18). **473.** Juan Bolaños o

César Vilar Aguiar (33). **474.** Ángel Ramón Ruiz Cortés (29). **475.** Ramón Agüero Loyola (31). **476.** Florentino Agramonte Fernández (32). **477.** Fulgencio Estrada Nerey (29). **478.** Luis Gutiérrez Hernández (26). **479.** Fabián Iglesias o Iglesia (33). **480.** Antonio Palmer Álvarez (34). **481.** Pedro Pillado Montalvo (31). **482.** Martín Rodríguez Rodríguez (27). **483.** Joaquín Fernández Rodríguez o Abelardo Fernández González o Abelardo Fernández Fernández (26). **484.** Armando Cárdenas (a) *Boquita* (27). **485.** Carlos José Guerra (23). **486.** Antonio Manuel Lagunas Barquintero (33). **486.** Manuel Ángel Suárez Cepero (a) *El Legionario* (33). **487.** Luis Martínez Hernández (18). **488.** Antonio Fuentes Cano (29). **489.** Néstor Enseñat Díaz (17). **490.** Gerardo Batard Castell (21). **491.** Orlando Jiménez Espinosa (19). **492.** Justino Vieite Reyes (21). **493.** Miguel Hernández Concepción (40). **494.** Rafael Iglesias Diéguez (31). **495.** Juan Martínez Rodríguez (24). **496.** Octavio Santillana Sánchez (26). **497.** Herminio Posada Pedraza (58). **498.** José Rodríguez Marino o Jorge A. Vivó (27). **499.** Silverio Hernández Martínez o Severo Aguirre (19). **500.** Manuel Calvo Rodríguez (30). **501.** Felipe Quintero Chouzo (34). **502.** Pedro Juan Rodríguez Ojeda (45). **503.** Ramón Rivacoba Torres (29). **504.** Alfredo Pérez Proenza (28). **505.** Alfredo Montero Sánchez (29). **506.** Enrique Royo de Juan (31). **507.** Antonio Cid Carballo (23). **508.** Francisco Romero González (31). **509.** Ignacio Luis Pérez García (28). **510.** Ramón Martínez González (32). **511.** Félix González Suárez (39). **512.** Miguel Ramos Pérez (a) *El Isleñito* (32). **513.** Leopoldo Chávez García (38). **514.** Alberto González Atienza (21). **515.** Marino Ayala Delgado (27). **516.** Abelardo Ramos Antúnez (22). **517.** Juan Piñeiro Martínez (40). **518.** Carlos Jorge Guzmán (51). **519.** Eugenio Soler Ortiz (26). **520.** Artemio Echevarría Hernández (19). **521.** Pedro Sansó Martínez (22). **522.** Humberto Soto del Rey (24). **523.** Severo Ortega Torres (32). **524.** Fernando Martínez González (57). **525.** Fausto Sánchez Osorio (21). **526.** Pedro Roberto Batard Castell (27). **527.** Francisco Cambeiro Alemán (33). **528.** Miguel Aramburo Pérez (28). **529.** Enrique Funes Valdés (51). **530.** Arturo Soto del Valle (37). **531.** Horacio Tozca Valle (35). **532.** Carlos María Tozca y Valle (40). **533.** Restituto Barroso y Pérez (50). **534.** *Miguel Ángel Hernández Rodríguez* (no constan sus generales).²²

Notas

- ¹ Murió dos años más tarde en el combate del Hotel Nacional, peleando contra la oficialidad del machadato. Cabrerita es la figura heroica de la Escuela de Comercio de La Habana. Era silencioso como ningún otro hombre que yo haya conocido, sin embargo, su valor era impetuoso. Una vez se escapó del Castillo del Príncipe, desde la propia sala de visitas del público. Le gustaba el dibujo, y los primeros presos de Isla de Pinos conservamos en nuestras maletas aquellos rótulos burlones que él hacía, con su impresión cubista de la prisión, titulados: «Hotel Presidio Modelo»...
- ² Muerto por enfermedad.
- ³ Muerto. Vivió por la revolución y murió por ella, a consecuencia de una terrible tuberculosis meningea contraída en las privaciones que sufrió en prisiones y destierros. Ningún recuerdo tan firme con el suyo. Mereció, como pocos, por noble, generoso y valiente, el honor de un balazo en la frente.
- ⁴ Este grupo de 24 prisioneros fue el que inauguró el Presidio Modelo de Isla de Pinos, llegando a la Isla el 16 de septiembre de 1931. Lo integraban obreros, estudiantes y políticos de todas las tendencias, escogidos entre los presos de la fortaleza de «La Cabaña» y el Castillo del Príncipe. Los presos políticos que vinieron más tarde, en sucesivas cordilleras, siempre los llamaron, entre burlones y envidiosos «los gloriosos primeros 24».
- ⁵ Muerto trágicamente.
- ⁶ Muerto trágicamente.
- ⁷ Asesinado en un traslado, en unión de otros compañeros cuyos nombres no recuerdo. Era un alcalde de pueblo, cordial, simpático e ingenioso, que leía *Los tres mosqueteros* y se entretenía haciendo con nosotros trabajos en madera. Su asesinato fue uno de los más repugnantes e injustos que cometió el machadato.
- ⁸ Fusilado por sus compañeros estudiantes al comprobarse que había sido traidor. Su fusilamiento, después de su persecución de varios días, su captura espectacular y su juicio, largo y angustioso, en el que demostró un valor inverosímil, ha sido uno de los actos más dramáticos que hasta ahora ha conocido la revolución.
- ⁹ Muerto. Ametrallado por la espalda en una demostración revolucionaria por el centro de la ciudad de La Habana, cuando aún estaba Macha-

do en el poder, una bala le seccionó la médula. Su agonía duró casi un año y él sólo tenía 21. Era alegre, jovial. Su recuerdo sería siempre una sonrisa si su muerte no hubiese sido tan larga y atroz.

¹⁰ ¡Rubierita! Nada queda en la memoria tan conmovedor como su recuerdo. Cuando lo asesinaron entre los árboles solitarios de aquel reparto, sólo tenía 18 años y su adolescencia era bella y perfecta. Murió por la revolución, cuando apenas si tenía sentido de las cosas del mundo, arrastrado por ese instinto que impulsa hacia el lado de la justicia a los hombres de corazón honrado. Sólo tenía 18 años, pero tenía más virilidad que muchos generales abrumados de medallas.

¹¹ Pentarca, a la caída del gobierno de Céspedes, por el cuartelazo del 4 de septiembre, y más tarde Presidente Provisional de la República.

¹² Pentarca.

¹³ Muerto por enfermedad.

¹⁴ Pentarca.

¹⁵ Asesinado de la más villana manera, bajo el gobierno del coronel Mendieta, de quien había sido, como de todo el mundo, amabilísimo amigo. Cuando la última huelga general de marzo, una noche los «porristas» llegaron a su casa y lo arrancaron del pie de la cuna de su pequeña hijita. Su suegro quiso acompañarlo, pensando, ingenuamente, que con ello le evitaría graves mayores, y también se lo llevaron. Los asesinaron juntos en la soledad nocturna de un reparto de La Habana. Feito, que desde los tiempos de Mella había prestado su entusiasmo al movimiento estudiantil, fue recogido, ametrallado por la espalda, con un puñado de tierra y de yerba en la mano...

¹⁶ Desaparecido. Se ha perdido el rastro de Brea, uno de los tipos más singulares que pasaron por la prisión. Se dice que fue internado en un campo fascista y muerto. Brea era el campeón de las discusiones y, en consecuencia, el hombre que más peleas sostuvo mientras estuvo preso. Tenía una inteligencia ágil y disponía de frases felices y agudas para todo.

¹⁷ Muerto por enfermedad.

¹⁸ Presidente Provisional de la República. Durante años mantuvo una injusta fama de ser un hombre de carácter íntegro. La realidad ha demostrado que no sólo no disponía de carácter íntegro, sino que de ningún otro tampoco. Bajo su gobierno se ha robado tanto como en el que más y se ha asesinado probablemente más que en ninguno, a pesar de

ser tan corto su período. Ha plegado su voluntad a la de un aprovechado, rapaz y sangriento, el sargento coronel Batista, y, aunque dijo que «quería salir de Palacio vestido de blanco» la historia sabe que saldrá manchado de sangre y de mierda.

¹⁹ El coronel Roberto Méndez Peñate había sido compañero de toda la vida del coronel Mendieta. Pero poco después de haber ascendido este a la presidencia de la República, no pudiendo resistir el *shock* moral que le produjo el cambio de actitud de su amigo, se suicidó, provocando su muerte enorme expectación en Cuba.

²⁰ Muerto trágicamente en una reunión revolucionaria.

²¹ Carlos Duque Estrada fue el único preso político que logró evadirse del Presidio Modelo, realizando una fuga perfecta por la noche. Sin embargo, fue capturado antes de desembarcar en Cuba.

²² Efectivamente, en el expediente del Presidio no pueden constar las generales del sargento Miguel Ángel Hernández, porque, como todo el mundo sabe, el capitán Castells se prestó a dar a un pasaje con ese nombre a un soldado, para que, legalmente, quedara justificada la libertad del sargento revolucionario, y, de ese modo, encubrir su bárbara mutilación y muerte en el Castillo de Atarés, sombrío lugar de tormentos donde dejaron la vida Alfredo López, Félix Ernesto Alpizar y tantos otros estudiantes y obreros.

Isla de Pinos, 1932
Nueva York, 1935

APÉNDICE

CORRESPONDENCIA

En la correspondencia escrita durante su segundo exilio en Nueva York (abril de 1935-agosto de 1936), la preocupación de Pablo de la Torriente por encontrar los medios para publicar Presidio Modelo aparece una y otra vez desde los primeros días de su forzada estancia en esa ciudad. También pueden encontrarse referencias a esta obra en algunas cartas que recibió de los amigos a los que solicitó ayuda en esa —lamentablemente— frustrada empresa.¹ Dichas referencias, en ambos sentidos, subrayan el interés que Pablo tenía porque se conociera lo antes posible su denuncia del sistema carcelario cubano y la satisfacción que el autor experimentaba por la tarea realizada. Por estas razones y, además, por las sugerencias que hace en esas cartas para la edición de esta obra, reproducimos algunos fragmentos en los que Pablo y sus corresponsales abordan este tema.

Para cerrar este apéndice, incluimos las últimas referencias conocidas de Pablo a su libro Presidio Modelo, hechas en dos de sus cartas escritas en España.

¹ *Cartas cruzadas*, selección, prólogo y notas de Víctor Casaus, Editorial Letras Cubanas, La Habana, 1981, passim. Se incluyen también fragmentos de dos cartas recientemente halladas en el Fondo Chacón y Calvo de la Biblioteca Hispánica de la Agencia Española de Cooperación Iberoamericana. Agradecemos a María del Carmen Diez, su Directora, el habernos facilitado estos documentos.

1935

De José Antonio Fernández de Castro (5 de marzo)

[...]

El escritor negro norteamericano Langston Hughes [...] se propone en breve ofrecer a sus editores norte-americanos, una selectísima antología de cuentos escritos por jóvenes autores de izquierda cubanos y mexicanos [...]

[Q]uiere que sea yo, quien escriba la introducción de conjunto, y también quien lo ayude en la selección del material, aunque en definitiva la última palabra corresponderá a él.

Yo me permito dirigirme a ti, para que me envíes tanto los libros de cuentos que hayas publicado, como cualquier otro material más reciente, y señalándome las piezas que tú estimes más representativas de tu labor actual y tendencia ideológica, así como una ligera reseña de tu vida por poco accidentada exteriormente que haya sido.

Excuso decirte el interés que tengo en que aparezcas en este libro. [...]

A José Antonio Fernández de Castro (8 de abril)

[...]

Te doy algunos datos por si Langston Hughes [...] decide traducir algún cuento mío. [...] He escrito «Batey», en colaboración con Mazas, en 1930. He escrito «Presidio Modelo» —inédito aún y que le rompería la cara a todos los libros publicados sobre el tema del Presidio y del cual podría sacarse una película prodigiosa. He escrito muchísimos cuentos más, algunos de la revolución; pero no he publicado casi nada. Casi todo lo he hecho en trabajos para los periódicos. [...]

De Pedro Capdevila (26 de abril)

[...]

Sólo un par de letras a manera de presentación del mamotreto adjunto.

Te van cinco ejemplares de cada capítulo [de Presidio Modelo]. Reservo uno, para tenerlo junto con el otro juego de copia, pero si te fuera necesario dímelo para enviártelo.

[...]

De José Antonio Fernández de Castro (29 de abril)

[...]

¿Sería posible aquí [en México], gestionar la publicación de tu obra inédita? Pagan poco, pero pagan y no cuesta. ¿Qué hubo? [...]

A Ramiro Valdés Daussá (6 de mayo)

[...] Y a propósito de trabajar: aquí [en Nueva York] he hecho todas las gestiones posibles, pero aún no he conseguido nada. Empieza esto a preocuparme. Estoy tratando de abrir camino por los cuentos. Pero aquí, aparte de que son muy malos los que se publican —me explico el hambre de Poe— el problema de las «conexiones» es la base. El libro de Presidio, si tuviera esas milagrosas «conexiones», sería aquí un éxito sin duda, aunque no sea un mal libro, por lo sensacional y extraordinario. Además, esto llevaría a la película con facilidad. Yo, con tal de que se conociera el bárbaro escenario, todo lo daría gratis. Pero, ni de gratis aparece la famosa conexión. [...] ¡Caramba!... Acabo de tener la gran idea. Langston Hughes va a traducir dos cuentos míos, «El Héroe» y «Nosotros solos», para una antología de cuentistas jóvenes de Cuba y Méjico. Hoy me mandaron de Méjico cinco pesos adelantados y pienso que acaso él, que ya tiene esas prodigiosas co-

nexiones, podría sacarme adelante el libro. Además, en Méjico me lo pueden publicar en español. Ya ves tú como escribiendo es que tiene uno las ideas. [...]

A Pedro Capdevila (6 de mayo)

[...] Recibí, a su tiempo, con Pendás, el trabajo de Presidio, y, enseguida me puse a hacer las correcciones; pero trabajaba con muchas dificultades y, además, Teté me ha dicho que no cree que el tribunal que vaya a discernir los premios sea muy «católico». Infórmate con Tallet, si buenamente puedes, y, si puedes también, me notificas si vale la pena correr el riesgo de ganarse \$500.00. Por lo demás, creo que el envío de todo ese material sólo serviría para darte lata a ti y gusto al tribunal de permitirse el lujo de no premiar-me el libro para serle grato al Gobierno. Y, en vista de esto, decido no mandar nada y al carajo. En cambio de esto, he recibido algunas indicaciones y puede ser que lo publique en México, sin que me cueste un kilo, que es todo lo más a que aspiro. Y así quedo en condiciones de escribir algo más. En vista de esto, me ha venido perfectamente el que me enviaras copias de los capítulos, porque así puedo mandar alguna copia para el caso improbable en que todo se perdiera. Bueno, después me llegaron los capítulos que faltaban, por los que también te acuso recibo. Teté, como si yo no fuera mecanógrafo también, me encarece la clase de trabajo que tú me has hecho [...].

A Enrique Figarola y Generoso Funcasta (10 de mayo)

[...] Y, de contra, la oportunidad de trabajar no aparece por ningún lado. [...] Mientras tanto escribo y puede ser que publique el libro del Presidio, en donde ya empiezan a asesinar gente, como en los tiempos del buen Castells...

[...]

Entre los papeles que se quedaron en la casa, tengo particular interés en que me manden, por el conducto más seguro, la lista de los muertos de Isla de Pinos, que está en papel cebolla, y que tiene comentarios a lápiz. Son varias páginas, y me hacen mucha falta, para comprobar datos. [...]

A Angel Gutiérrez Cordoví (11 de mayo)

[...] Escribo algo, siempre, y ahora estoy gestionando la publicación del libro de Presidio. Puede ser que obtenga su publicación en inglés. [...]

A Manuel Navarro Luna (22 de mayo)

[...]
Espero, por cierto, ser pronto autor doble. Quiero decir que es probable que se edite en México mi libro de Presidio. Ese sí que es un libro decente. Ese sí me da «la satisfacción del deber cumplido». Hace más de un año que está escrito y sin chance de publicar y ahora creo que por fin salgo de él. [...]

A Pedro Capdevila (22 de mayo)

[...] He recibido una proposición desde México, para publicar allí el libro de Presidio sin costo alguno, y voy a aprovechar esta oportunidad. Al efecto, como ayer terminé todas las correcciones, mañana o pasado lo envío; pero, como me hace falta de todas maneras, tener aquí una copia del libro, y no poseo más que un original, con excepción de los últimos cinco capítulos que me enviaste, te ruego que me prepares un par de juegos de todos los otros. Para ello, como el envío certificado de todo eso, supone algunas serias dificultades [...] te voy a indicar dos posibilidades. Dos amigas de nosotros habrán de pasar en breve por aquí. [...] Gladys López, la Sra. de Saumell [y] Ada Kourí, la novia de Raúl Roa [...]. Aparte de esto, si tienes alguna otra oportunidad, y te merece la confianza necesaria, que es bastante, utilízala también. No tengo que decirte que si no tienes más copia que el trabajo original, me mandes este y no te pongas a sacar una nueva edición. Si tienes, aunque sea una copia, guarda el original allá. De paso, mira a ver si te consigues un ejemplar prestado de un libro que se titula «El Gran Suicida», por José Embade Neyra, y del cual sólo me

interesa una copia de la lista que trae atrás, de los presos políticos del Machadato en Isla de Pinos. No lo vayas a comprar, porque no tiene otro interés. Si acaso haz que Barceló lo pida «para ver si le interesa», y me copias esa lista.

[...]

A José Antonio Fernández de Castro (5 de junio)

[...]

De tu carta lo que más me interesa contestar, en el orden personal, es tu ofrecimiento de publicar allá el libro mío de Presidio. En el acto acepté, y, cada rato que he tenido libre lo he dedicado a hacer las correcciones en el texto, y en la copia, para enviarte el original, a fin de que veas qué puedes hacer allá. Estoy seguro que te gustará y quisiera que lo leyese antes de que se iniciara cualquier gestión por él, a fin de que me hicieras las sugerencias que estimaras pertinentes. Te mando esta carta por delante, porque el paquete con los originales te lo mando certificado mañana, y acaso te convendría no abrirlo en la Legación, donde, fatalmente, ha de haber algún apapipio de altura que podría aprovecharse del hecho para causarte perjuicio. [...]

Yo creo que si tuviera las conexiones necesarias, el libro, traducido al inglés, sería un éxito. No conozco nada en literatura presidial que se pueda comparar al Presidio Modelo. Quisiera, como lo digo en el Prólogo, que se hiciera la película y que se tradujera a todos los idiomas para que se conociera ese mundo inmundo. Pero mis deseos hasta ahora han tenido que limitarse a unos artículos en el periódico «Ahora» en la Habana. Por eso te agradezco el ofrecimiento. Si ello no te perjudica puedes añadir en el prólogo, en el lugar en que proceda, que por gestiones tuyas se imprime. Te advierto, de paso, que tengo entendido que en México esta viviendo Goyito Santiesteban, el criminal más criminal y más vil que ha pasado por el planeta desde los tiempos del hombre de Neardenthal. De él hago una silueta en el libro, aunque es una figura intraducible para cualquiera. Te hago la advertencia, por si

acaso no vayas a cometer el error de hacer amistad con con él ni con ninguno de los que lo rodeen.

Según las noticias que he recibido de Cuba, es probable que pongan en libertad al Capitán Castells, y, como el libro es un libro de denuncia, me satisfacería [sic] plenamente el dar a conocer quién fue, fuera de Cuba. Por eso, mientras más pronto pudiera publicarse, mejor.

[Y] contéstame, después que leas el libro, sobre las reales posibilidades de éste.

A José Antonio Fernández de Castro (9 de junio)

[...]

Ya he terminado la revisión del libro de Presidio y te lo mando, con los correspondientes «poderes generales», «tan amplios y bastantes como en derecho se requieran»... [...]

Bien, en mi optimismo [...] considero que el libro se publicará sin mayores obstáculos, y te hago las siguientes advertencias:

- 1a.) Tienes absoluta independencia en cuanto al aspecto económico. No estoy dispuesto a dar un kilo y sí a aceptar todo lo más que tú puedas obtener. No estoy dispuesto a vender la propiedad intelectual del libro bajo ninguna condición. Estoy dispuesto a no aceptar un kilo con tal de que se publique. Y más nada, aunque me parece que es bastante.
- 2a.) Tienes también absoluta independencia en todo lo que se refiere a la impresión. Puedes escoger el tipo de letra, el papel, el tamaño y la portada, de acuerdo con tu criterio y gusto, sin consultarme para nada. Sólo quiero hacerte estas sugerencias. Sabes que la portada es problema de importancia en un libro de venta. Yo le había pedido a Horacio [González] una portada que tuviera como tema el capítulo «Los Hombres Azules». Algo así como una fila humillada y larga, del azul al negro, que se perdiera en el término de una Circular en gris. Tengo todas las fotografías del Presidio Modelo que sean necesarias. Teté te quiere hacer unas sugerencias también. Acaso también pudiera ser un «hit», la carátula a base de los

rostros de varios de los asesinos más famosos. Pero si se te ocurre algo mejor, leyendo el libro, allá tú. En cuanto al tamaño, lo que te envió suma 387 cuartillas, y aún tengo que enviarte dos estadísticas, una de los quinientos y tantos muertos del Presidio, y otra de los 539 presos políticos, cada una con varias anotaciones. Ambas listas han de ir a punto y raya y con letra menor, por lo que no ocuparán demasiadas páginas. De todos modos, pienso que el tamaño de «Batey» resultará pequeño para el libro.

3a.) En cuanto a la impresión, desde luego que no accedo a que se suprima ninguna palabra, por puerca que parezca. Esta advertencia no te la hago a ti, por supuesto, sino por si los editores se ponen con miramientos. Quisiera, de publicarse el libro, ver la última prueba, que podría revisar en un par de días a lo sumo. Si notas alguna repetición, la suprimes. Si quieres hacerme alguna advertencia no dejes de hacérmela.

[...]

Bueno, por último, si no se puede publicar el libro allá, apelaré a la editorial «Ercilla», en donde me han ofrecido un chance amigos conectados con ella. Pero prefiero México. En todo caso, me devuelves el material que te envió, porque sólo tengo una copia más.

[...] Y otra cosa que me olvidaba era la de pedirte que me consiguieras el mayor número de ejemplares para mí.

En fin, que como todo testamento, esto se prestará a miles de interpretaciones y, ojalá que, por la *cuantía* de la herencia dé lugar a seculares pleitos.

[...]

A José Antonio Fernández de Castro (15 de julio)

[...]

Te escribí el día 5 del mes pasado y luego el día 9 te envié mi libro del Presidio Modelo, y aún, a pesar de que ha transcurrido casi mes y medio, no he recibido un acuse de recibo. Necesito, pues, que me mandes unas líneas para saber algo sobre la suerte que haya corrido el envío, que hice por certificado. [...]

Tengo muchos asuntos en la cabeza y por eso no te he escrito antes para indagar algo, pero ahora te suplico que me constestes, Y no necesito decirte que no tengas pena por no haber obtenido nada favorable. al contrario, pues mientras antes sepa que no se publica allá, más pronto podré hacer gestiones por otro lado. Precisamente mañana veré aquí a José María Chacón, que pasa para España, según supongo, y espero que él podrá darme algunas direcciones para gestionar en España, con algunos amigos, la publicación del libro.

Te suplico, asimismo, que, en caso de publicarse allá, me mandes a la mayor brevedad posible los originales, pues sólo tengo una copia y de ella no me puedo desprender. De todos modos, quisiera saber si has leído el libro y qué opinión te merece. Hasta ahora, en realidad, sólo lo han leído lectores más o menos interesados, por haber hecho vida conmigo allá y quisiera tener tu opinión, de lector casi puro, si no fuera porque ya has sido crítico, para conocer una impresión independiente.

[...]

De José Antonio Fernández de Castro (12 de julio)

[...]

Tu «Presidio Modelo» me parece, sin ninguna exageración, un libro que hará época. Esta opinión no es sólo mía, es la de Marta y la de cuantos amigos íntimos (no han sido más de tres) han tenido conocimiento de tu libro. Indudablemente encuentro que hay que hacerle algunas supresiones de repeticiones que a lo largo de las cerca de cuatrocientas hojas de que se compone el original, llegan a molestar al lector; pero esto se debe exclusivamente, como tú lo comprendes, a los defectos de redacción ya que el libro ha sido dado a conocer parcialmente en distintos momentos literarios. Botas, el Editor, con quien estoy en contacto continuo, todavía no lo ha leído pero al hablarle yo de la obra, en vista del original, de las supresiones que tenía que hacerle, etc., de las adiciones que toda-

vía no me has mandado, de las fotografías que dices pueden ilustrarlo y que a mi juicio convendría tener aquí para caso de utilizarlas. Botas me sugirió que el título debía ser precisamente «Los hombres azules» con un subtítulo «Recuerdos del Presidio Modelo en Cuba» y los años. ¿Qué te parece esta sugerión con miras a la mayor venta de la obra? Por otra parte, un escritor mexicano de los de más fibra y valer, nombrado Juan de la Cabada, tipo verdaderamente extraordinario, luchador de las organizaciones que tú puedes imaginar etc., tiene ahora el original y está enamorado del mismo, ofreciéndome que si Botas no lo edita en las condiciones en que tú y yo queremos, lo hará una de las organizaciones a que pertenece. En estos momentos el original está en su poder y él es quien va a confrontar mis supresiones, no hechas en el texto todavía, sino en las hojas en blanco con las que a él se le ocurran. Como ves no he dejado de ocuparme ni un solo momento de tu libro, con las naturales reservas justificadísimas que se te ocurrieron a ti desde tu primera carta y que yo he encontrado también perfectamente justificadas.

Al mismo tiempo debo anunciarte que María Teresa León, la misma que se entusiasmó con los versos de tu mujer y de la que seguramente tú conocerás sus antecedentes, labores y tareas actuales, escribió motu proprio a Luis Araquistáin, como sabes posee la Editorial España en unión de Álvarez del Vayo, proponiéndole el libro para una edición española. Todavía no hemos obtenido respuesta como es natural, porque la carta hace sólo unos diez días que salió de aquí. Todo esto te indica cómo va tu asunto. Contéstame respecto al particular.

[...]

A su padre (5 de agosto)

[...]

En [México] es probable que se publique pronto mi libro sobre el Presidio Modelo. Y hasta es posible que se publique también en España. Esto no me dará nada, según parece, pero saldré de ese cargo moral que tenía por no haberlo publicado. [...]

A José Antonio Fernández de Castro (14 de agosto)

[...]

Hace días que tengo que contestarte por tu optimista carta sobre el libro de Presidio. En realidad no he tenido tiempo [...]

Ya, un poco más desocupado ahora, he podido ocuparme de sacar las copias de las listas que quiero se incluyan en el libro de todas maneras. La primera, sobre todo, que contiene la lista de los presidiarios muertos. La segunda también sería muy revolucionario incluirla porque contiene los nombres de todos los presos. Esto último, además, puede propiciar la venta de varios ejemplares, supongo yo.

Me queda aún por enviarte el grupo de las fotografías. Ahora bien, éstas no te las mando sin promesa formal tuya de no desprenderte de ellas como no sea para publicarlas, y, aun en este caso, debes recuperarlas. El asunto es que tengo un compromiso moral muy grande con ellas, pues son de un preso ilustre, José Rodríguez Villar, aquel que mató al dueño de La Ambrosía Industrial, y el cual, a escondidas, fue haciendo un álbum para regalárselo a su madre cuando saliera. Él me dio el álbum en custodia, con promesa de que lo hiciera llegar hasta ella en caso de que lo mataran, cosa que muy bien puede ocurrir todavía. Comprenderás, pues el interés que tengo en no perderlas. Son magníficas y sólo te las enviaría si hubiera efectivas posibilidades para la impresión del libro. Avisame sobre esto. La colección que tengo de retratos de los asesinados es estupenda, y lo mismo la de las vistas del Presidio y su construcción. Además, tengo reproducción de escenas de trabajo y de muerte.

Me satisface mucho que el libro te haya gustado. Y me alegra conocer la buena impresión que les ha producido a otros escritores de allá. La idea de cambiarle el título sí no me seduce. Comprendo que «Los hombres azules» es un título bello, de posibilidades hasta cinematográficas, pero no se te ocultará que es un poco literario. En cambio, «Presidio Modelo», es una terrible ironía que quiero conservar. Además, yo escribí el libro con el propósito de la denuncia, para que se conociera ese antro y debo sacrificar cualquier cosa a este propósito. Si acaso, y creo que como subtítulo —ya el libro tiene un capítu-

lo que se titula así— se le puede poner lo de «Los hombres azules». Te agradezco las efectivas gestiones que has hecho por el libro y ya sabes que quedas nombrado padrino del mismo.

A Luis Gómez Wangüemert (17 de agosto)

[...]

Creo que pronto se publicará mi libro sobre el Presidio, que le ha gustado mucho a varios escritores mejicanos. Cuando esté impreso te mandaré una copia, como dicen aquí.

De Luis Gómez Wangüemert (23 de agosto)

[...]

Espero el ejemplar de tu libro sobre el Presidio. Y si es posible publicaré un capítulo que te será pagado.

[...]

A Gustavo Aldereguía (11 de septiembre)

[...]

Te acompaño tres relatos del libro mío sobre el Presidio. Se los das cuanto antes a San Jenis, que el quedó en traducírmelos para dárselos a Joseph Freeman, que me los pidió. Dile que quiero que se conserve la frase rústica y puerca tal como está, porque mis personajes no hablan como los de Calderón sino tal como ellos son. [...]

A Aureliano Sánchez Arango (21 de noviembre)

[...]

Otro asunto que me interesa mucho. Te doy poder general «tan amplio y cumplido como por derecho se requiera» para que le

quites el libro de Presidio a quien lo tenga, y me lo mandes. Ese pobre libro es tan desgraciado como los presidiarios que en él retrato. Pero no me queda otro camino que seguir haciendo pruebas con él, por lo que lo mandaré a España tan pronto como tú me lo envíes. Dile a José Antonio —a quien no le escribo porque me parece inútil, ya que hace tiempo que no me contesta— que lo siento, pero que no se lo puedo dejar más tiempo a Botas. Haz porque me llegue pronto aquí, y cerciérate de que está completo. También deben entregarte la lista de los muertos y de los presos políticos que remití como apéndice.

[...]

A José Antonio Fernández de Castro (15 de diciembre)

[...]

Hace mucho tiempo que me debes carta, pero no puedo demorar más tiempo en escribirte de nuevo. Ya le escribí a Aureliano dándole poderes amplios para que rescatara el libro del Presidio y me lo remitiera a fin de hacer, por otros lugares, nuevos intentos de publicarlo. Dado su volumen, no creo que, fuera de Botas, pudiera publicarlo ninguna otra editorial en México. Por lo tanto, como es mi deber hacer todas las gestiones posibles por publicarlo, te pido que, a vuelta de correo, me lo remitas para enviarlo a España, probablemente a Suárez Solís, que supongo yo tendrá buenas conexiones allá. Tal vez Aureliano no te haya podido ver para pedirte los originales, pues no he tenido contestación a la carta que le remití.

Cuando me hagas el envío, no olvides de incluirme las dos listas que te acompañé últimamente. Te ruego, asimismo, que me hagas el envío por certificado, aunque te cueste unos «kilos» más.

[...]

A Joseph Freeman (16 de diciembre)

[...] Como estoy cesante puedo dedicarle algún tiempo mayor a mis propios asuntos y uno de éstos es el de mi libro sobre

el régimen brutal a que son sometidos los presos —políticos y comunes— en el Presidio Modelo, de Isla de Pinos.

En aquella oportunidad yo le dije que tenía escrito un libro sobre los horrores de esa Penitenciaría, y Ud. me pidió que le enviara algunos capítulos para traducirlos y publicarlos. Entonces yo me ocupé de darle algunos de esos capítulos a un compañero, que escribe en los dos idiomas, para que hiciera una traducción de los mismos a fin de remitírselos a Ud. para que escogiera entre ese material el que más le interesara. Desde fines de septiembre tengo la traducción hecha por él, pero había olvidado hacerle el envío hasta ahora en que la lectura de su trabajo sobre Barbusse me lo recordó.

Le acompaño, pues, las tres traducciones hechas, en unión de los relatos originales en castellano. Ahora bien, otro amigo mío que conoce bastante inglés, me asegura que las traducciones son «demasiado finas», que el inglés empleado en ellas es «demasiado correcto». No sé lo suficiente como para juzgar por mí mismo la cuestión. Pero sí tengo interés especialísimo en que el lenguaje de los presidiarios, que yo expongo con toda su crudeza en español, pudiera conservarse en inglés. Si Ud. se interesa al cabo por alguno de esos trabajos, le ruego que lo revise con vistas a esta recomendación. Particularmente en el relato «La Obra» que puede considerarse el más fuerte.

El libro, que se titula irónicamente «Presidio Modelo», está en México, pero los inconvenientes puestos por la editorial Botas van a hacer imposible su publicación allá, por lo que lo enviaré a España. Le ruego que, en caso de que no tenga oportunidad de publicarlos, me los devuelva, pues, de todas maneras es un trabajo ya hecho que algún día puede serme útil.

[...]

A José María Chacón y Calvo (30 de diciembre)

[E]sta carta va en compañía de mi libro del Presidio Modelo. Al fin lo he rescatado de las manos de José Antonio, que lo tuvo en México más de seis meses, al cabo de los cuales nada pudo obtener de la Editorial «Botas», según parece. Me lo envió hace dos o tres días, y, como yo considero un deber el hacer cuantos intentos

estén a mi alcance para que se publique, para dar a conocer la tragedia que pinto, en la que viví, hago un esfuerzo más y te lo mando para «tomar otro chance» como dicen estos salvajes.

Por todo ello te mando ahora el libro, primero, para que lo leas y, después, para que hagas lo posible porque se publique. Estoy seguro de que tu fina sensibilidad se sentirá hondamente impresionada por la calidad dramática que intenta tener el libro. Yo estoy completamente seguro de que no he sido capaz de reproducir con la suficiente fuerza la bárbara, la monstruosa realidad. Pero estoy también seguro, después de haber estado dos años en Presidio Modelo, de que nadie ha sabido describir nunca la profundidad insondable y lóbrega de la vida de los prisioneros. En el propio Presidio leí algunos libros de presos: Dostoievsky y Víctor Serge. Todo pura literatura al lado de lo tangible, al lado de las 24 horas infinitamente iguales; de los años iguales; al lado del olvido de los hombres que viene a ser como el aprendizaje de la muerte, para que se vayan acostumbrando a ella; al lado de la tragedia, la barbarie, el crimen, tan repetidos, que llegan a ser monótonos; al lado de hombres tan inverosímiles, que ninguna imaginación honrada puede hacer otra cosa que ponerse a la observación con la intención más fiel. Aquél es otro mundo. O mejor aún, es el mundo actual, retrocedido a los períodos primitivos de la humanidad, pero con la lección aprendida de la astucia, la vileza, la ignominia. Y, de tarde en tarde, el heroísmo inverosímil y la generosidad inaudita e incomparable.

Yo le tomé compasión a la gente humillada y olvidada de este mundo, sometida a todos los terrores y a todas las vejaciones. En Cuba hay Sociedades Protectoras de Animales, pero no hay ninguna que se ocupe de los presos. Por eso, en lo absoluto me extraña que las campañas que emprendí por dos veces sobre el régimen penal no tuvieran efectiva resonancia. Pero cuando uno cumple con su deber, por lo menos se siente tranquilo personalmente. Y como parte de mi deber consiste en obtener la publicación del libro en el que expongo muchas de las cosas que observé y de los relatos que obtuve, por eso le envíé el original para ver qué esfuerzo puede hacer allá, en donde acaso haya oportunidades de publicarlo.

Lo nombro, pues, apoderado general. En la portada hay un dibujo de Teté que trata de interpretar la portada como ella la

querría. Al leerlo, hágale las correcciones que estime pertinentes, salvo en todo lo que es expresión fiel del lenguaje de los presidiarios, sus costumbres, sus dichos, sus expresiones, etc., en las que he seguido la más justa interpretación. Creo que, a veces, hay repeticiones de hechos, según me dice José Antonio. Si las encuentras y lo consideras así, suprimelas y me lo comunicas.

En cuanto a la parte económica, aunque todo me viene bien —estoy sin trabajo de nuevo hace ya dos meses— pues no tengo pretensiones de ninguna clase. Lo que quiero es que el libro se publique y tenga difusión. Lo único que no haré será vender la propiedad intelectual. Esto, en trabajo que uno ha hecho sin que nadie se lo encargue, sólo está justificado, a mi juicio, en trabajos cedidos a entidades, corporaciones u organizaciones. Un libro, creado con la misma emoción con que se crea un hijo, no debe venderse, creo yo. Además, esto es sólo una hipótesis parecida a ésta de los viajes que uno prepara cuando tiene un billete de lotería.

[...]

Bueno, espero que harás algún esfuerzo en pro de la publicación del libro y, en caso de que fracasen las gestiones, me lo devolverás para hacer la última prueba en la América del Sur, en la Argentina o Chile.

[...] Al libro le faltan dos estadísticas finales que todavía no me han enviado desde México.

1936

A Gonzalo Mazas Garbayo (6 de enero)

[P]or lo visto, estoy condenado a ser un eterno amateur de las letras. Sabrás —porque te lo comunico ahora— que de nuevo he fracasado en mi intento de publicar mi libro sobre Presidio que vale mucho más que nuestro «Batey», por lo menos en el aspecto humano. Estuvo el libro como seis meses por

México, en donde les gustó mucho a varios escritores mexicanos, pero la editorial Botas no se atrevió a publicarlo. Ahora, hace unos días, lo mandé a España a ver si hay alguna oportunidad de que se publique allí. Espero, naturalmente, que me lo devuelvan, aunque con los elogios de rigor.

[...]

A Aureliano Sánchez Arango (13 de enero)

[...]

Tu eficiencia en el despacho del libro, aparte de que te la agradezco de veras, porque de ser por José Antonio todavía estaría esperando su contestación, me ha dejado sorprendido. O una de dos; o has «tomado una enérgica resolución» o estás cagando como Dios manda. Me inclino a creer que sea esto último. Y, mientras cagues bien, te aseguro el dinamismo y la actividad y el buen humor y hasta la paciencia que tenemos que acopiar en gigantescas cantidades para poder resistir todo esto.

[...]

A Luis A. Sanjenís (13 de enero)

[...]

Tus traducciones me llegaron a su debido tiempo. Por cierto que las había olvidado y hace poco, al encontrarlas, se las remití a Freeman en New Masses, pero resultaba que ya no trabaja allí y a los pocos días me las devolvieron con una nota excusando su publicación por no considerarlas un éxito.

[...]

De José María Chacón y Calvo (24 de enero)

[...]

Tu carta me ha hecho mucha impresión. Tu gran libro lo he leído casi todo. Me parece una de las cosas vitales de nuestras

letras. Quizá porque no haya demasiada preocupación por las letras. Hay capítulos excesivos. El lenguaje demasiado gráfico será un inconveniente para que Espasa Calpe publique el libro. Yo no tengo relaciones con las casas editoras de aquí, salvo las de tipo académico. Quiero decir relaciones eficaces. Por eso Lino Novás Calvo, amigo fraternal mío, que estaba en casa cuando llegó tu libro, escribió a tres editores amigos: Araquistáin, que contestó diciendo que ya había cesado la editorial España, Aguilar, que no quiere publicar sino clásicos, y Espasa Calpe, que ha pedido el manuscrito. Pero éste no es libro para Espasa Calpe. En caso de que fuera posible, habrá esto: se querrá reducir el número de las palabras fuertes. Es lo que quiero consultarte —y lo hago por correo aéreo: qué tanto por ciento de desvergüenzas permites que se supriman en Presidio Modelo.

Otra cosa: Emilio Delgado le ha dicho a Novás Calvo (Novás leyó en casa algunos capítulos del libro y le parecieron magníficos: él es partidario de que no se quite una sola palabra sonora del libro) que él tiene relaciones con una editorial de Valencia que con seguridad publicaría el libro. Tú conoces a Delgado: creo que precisamente me lo presentaste por una carta hace años. Un gran muchacho, pero un poco abúlico. Yo no le entrego el libro sin una autorización expresa tuya. Por eso también te escribo por avión. Puedes escribirle a Delgado al Centro de Estudios Históricos, Medinacelli 4, Madrid.

Por correo ordinario te escribiré más extenso. Te daré mis impresiones concretas de tu libro. [...]

P.S. He estado enfermo. Olvidé mandar la carta. Sale hoy 2 de febrero. Álvarez del Vayo le ha dicho a Suárez Solís que puede publicar el libro. Espero tu carta. Otro abrazo.

A José María Chacón y Calvo (17 de febrero)*

[...]

Por una pura casualidad llegó tu carta del día 24 de enero a la mañana siguiente de una noche en que Teté y yo, de cama a cama,

* No aparece en *Cartas cruzadas*.

y escondidos del frío, nos dormimos comentando si no estarías enfermo que no habías tenido tiempo de escribirme o de leer el libro. Decidimos entonces dejar pasar unos días más para escribir de nuevo, pero a la mañana llegó tu carta con buenas y malas noticias.

[...]

Lo mejor de todo es que te fuera grato el esfuerzo del libro y lo peor que no se pueda publicar. Sobre todo, que no se pueda publicar por inconvenientes de su propio lenguaje. En todos sentidos en [sic] una lástima, porque, en primer lugar, no tengo tiempo ninguno para leer ahora de nuevo los manuscritos (debe decirse de ahora en adelante «mecanoscritos» ¿no?) y, en segundo lugar, porque aunque tuviera tiempo estoy seguro de que no suprimiría nada que fuera el reflejo fiel de aquel mundo con perfecto derecho a ser soez. Yo pretendo reflejar aquello y no domesticarlo ni disfrazarlo. Si los señores editores encuentran dificultades —que considero muy justas dentro de sus horizontes— pues dejaremos el libro para obra póstuma. Por lo demás, ni siquiera me cabe el honor de ser innovador, pues recuerdo perfectamente haber leído muchas desvergüenzas en Shakespeare, por más que no eran presidiarios sus protagonistas.

Pienso que del libro, lo que puede suprimirse es el prólogo a fin de que, de alguna manera pueda ser introducido en Cuba, en donde algún día habrá que hablar de nuevo —y bien largo— sobre los modernos Castells. En ese caso, podría dejarse como tal el que realmente lo es, un capitulito muy corto, que no me acuerdo cómo se llama, pero que cuenta que encontré en Presidio a un hombre que mató en El Cristo, cuando yo era muchacho.

En cambio, de todas maneras, y caso de publicarse, el libro habrá de llevar, aunque sea en la letra más pequeña a fin de ahorrar páginas, dos estadísticas: la de los presidiarios asesinados y la de los presos políticos. Son, en total, más de quinientos muertos y más de quinientos presos políticos. Con lo que se lleva el prólogo que podemos suprimir puede pararse esto otro.

Te agradezco las gestiones y el interés tomado, a pesar de tu enfermedad. [...]

Y agradezco también mucho las gestiones de Lino Novás y de Delgado. [...]

Caso de que se presentara el problemático capítulo de «A escoger editor», prefiero que sea Álvarez del Vayo, por cuestión ideológica. Y en cuanto a todo lo relativo a los otros aspectos de libro y su publicación, ratifico mi carta anterior.

Puedes darle el manuscrito a Delgado, si se presenta el caso, recargándole la recomendación del cuidado.

Si los editores insisten en carajo de más o de menos, de mi parte los mandas a todos al mismísimo carajo, pues sólo por mi conducto podrán decir al mundo su lenguaje de explosión los pobres presos y no hay dinero bastante para que se pueda impedir que yo no les dé esa oportunidad. Mejor es que no hablen a que hablen mal, es decir, bien. Por ellos es el libro excesivo, como su vida, y así se queda.

[...]

A José María Chacón y Calvo (7 de junio)*

[...]

Hace ya cerca de un semestre que recibí tu carta acusándome recibo del libro mío sobre Presidio Modelo y dándome cuenta de las gestiones que habías estado realizando con el auxilio de Novás Calvo. Y pronto hará también cuatro meses que te contesté a esa carta. Desde entonces, aunque anunciabas en aquella que por correo ordinario me remitías tu impresión concreta del libro, no he tenido una línea tuya. Te escribo hoy por eso.

[...] He supuesto, entonces, que los sucesos de la revolución española, con sus bárbaros desquites, han debido impresionar tu sensibilidad de una manera profunda. [...]

Bien, como supongo que todos estos sucesos, aparte de tus trabajos, habrán sido un inconveniente invencible para triunfar sobre las escasas probabilidades de que ya me hablabas en tu carta de enero, de que se pudiese publicar mi libro, lo que te pido ahora es que me lo remitas en la primera ocasión que

* No aparece en *Cartas cruzadas*.

tengas. Antes no te había hecho la petición, por el vicio de ir estirando los días y, también, porque, en realidad, no veo ya posibilidades para él en ninguna parte. Sólo ahora, con la perspectiva de un posible regreso a Cuba [...] puede ser que se presente alguna coyuntura, pues si vuelvo allá, acaso pueda lograr su impresión. Si no, estoy decidido a que sea mi obra póstuma. [...] Bien, te dejo aquí mismo. Espero que estarás bien. Y a la primera ocasión, remítame mi libro. Dale recuerdos a Lino Novás y a Emilio Delgado, a quien aún no he tenido tiempo de escribirle.

En las cartas escritas desde España

Madrid, 21-10-936

[...] De todas maneras, tengo ahora una entrevista pendiente con Álvarez del Vayo, entre otras cosas para que me devuelva los originales de mi libro sobre el Presidio Modelo.

[...]

Madrid, 22-10-936

[...] Después estuve con Álvarez del Vayo, que por cierto estuvo muy amable conmigo y me hizo muchos elogios del libro del Presidio, cuya publicación impidió esta rebambamba. [...]

Contenido

La odisea para *un grito de indignación*.
Ana Cairo / 11

Prólogo. Presidio Modelo / 35

Primera parte. Iniciación

Capítulo I. ¡Recojan! / 53

Capítulo II. El traslado / 56

Capítulo III. El Comandola / 60

Capítulo IV. El discurso / 64

Capítulo V. ¡Incomunicados! / 69

Capítulo VI. La «disciplina consciente» / 73

Segunda parte. Hombres del Presidio

Capítulo VII. Domingo el Isleño / 79

Capítulo VIII. Badell / 86

Capítulo IX. Durán / 92

Capítulo X. Luis María / 96

Capítulo XI. Lugo / 103

Capítulo XII. Fu-Manchú / 109

Capítulo XIII. Cortizo / 116

Capítulo XIV. Cristalito / 121

Tercera parte. El Zar de Isla de Pinos

Capítulo XV. El capitán Castells / 129

Capítulo XVI. El odio de los presos / 152

Capítulo XVII. Documentos / 165

Capítulo XVIII. La «Filosofía de un farsante» / 179

Capítulo XIX. El Sargento de las Truchas / 189

Cuarde parte. Bestias

- Capítulo XX. El «Recluso Modelo» / 211
- Capítulo XXI. Panchito el médico / 226
- Capítulo XXII. Los ayudantes / 239
- Capítulo XXIII. La Fiebre Amarilla / 247
- Capítulo XXIV. La Flota Blanca / 252
- Capítulo XXV. Los estranguladores / 257

Quinta parte. Divinidades

- Capítulo XXVI. La Justicia / 267
- Capítulo XXVII. La Venganza / 280
- Capítulo XXVIII. El Tiempo / 285

Sexta parte. Víctimas

- Capítulo XXIX. Los tísicos / 295
- Capítulo XXX. Los locos / 304
- Capítulo XXXI. Los hombres azules / 311

Séptima parte. Geografía del pánico

- Capítulo XXXII. La isla traicionada / 319
- Capítulo XXXIII. El Columpo / 321
- Capítulo XXXIV. La Piedra / 322
- Capítulo XXXV. El Cocodrilo / 324
- Capítulo XXXVI. La Fuente Luminosa y la Loma de Tierra / 327
- Capítulo XXXVII. La Yana / 329
- Capítulo XXXVIII. El último insulto / 332

Octava parte. Relatos

- Capítulo XXXIX. Historia de dos relatos / 335
- Capítulo XL. El Guanche / 341
- Capítulo XLI. La obra / 346
- Capítulo XLII. Lo que nos contó Saumell / 351
- Capítulo XLIII. Una «fuga» / 357
- Capítulo XLIV. La cordillera de Arroyito / 366
- Capítulo XLV. La hecatombe / 387

Novena parte. Escenas para el cinematógrafo

Capítulo XLVI. Las pupilas / 413

Capítulo XLVII. Centella / 416

Capítulo XLVIII. ¡El grito! / 418

Capítulo XLIX. Un antropófago» / 420

Capítulo L. El negro Arroz Amarillo / 422

Capítulo LI. La mordaza / 425

Décima parte. Estadísticas

Capítulo LII. Lista de los presidiarios muertos / 431

Capítulo LIII. Lista de los presos políticos / 439

Apéndice

Correspondencia / 453

Ediciones *La Memoria*

Títulos publicados

Colección *Palabras de Pablo* (Obras de Pablo de la Torriente Brau)

- ✓ *Cuentos completos*
- ✓ *Cartas y crónicas de España*
- ✓ *Aventuras del soldado desconocido cubano. Crítica artística y literaria*
- ✓ *Presidio Modelo*

Colección *Coloquios y testimonios*

- ✓ *Pablo: la infancia, los recuerdos.* Zoe y Ruth de la Torriente Brau
- ✓ *El rosario mágico de la Novoa.* Mercedes Santos Moray

Otros títulos

- ✓ *Cuba y Puerto Rico son. Cuentos boricuas*
- ✓ *Cuba y Puerto Rico son. Cuentos cubanos*
- ✓ *Alabanzas. Antología.* Juan Antonio Corretjer

Títulos en proceso editorial

Colección *Homenajes*

Historia de las doctrinas sociales. Raúl Roa

Colección *Coloquios y testimonios*

El testimonio a las puertas del 2000

La Guerra Civil Española

El Congreso de Intelectuales de 1937

Taller de historias de vidas. Arturo Alape

Coloquio sobre Raúl Roa

Colección *Palabras de Pablo*

Correspondencia I.

Pablo en Ahora.

Otros títulos

Los títeres de Ferrara. Pablo de la Torriente

Brau

Para recordar a Pablo. Varios

